

268

CIÓN C

DUMAS

HISTORIA

DE LOS CELESTES

DC268

D8

V.1

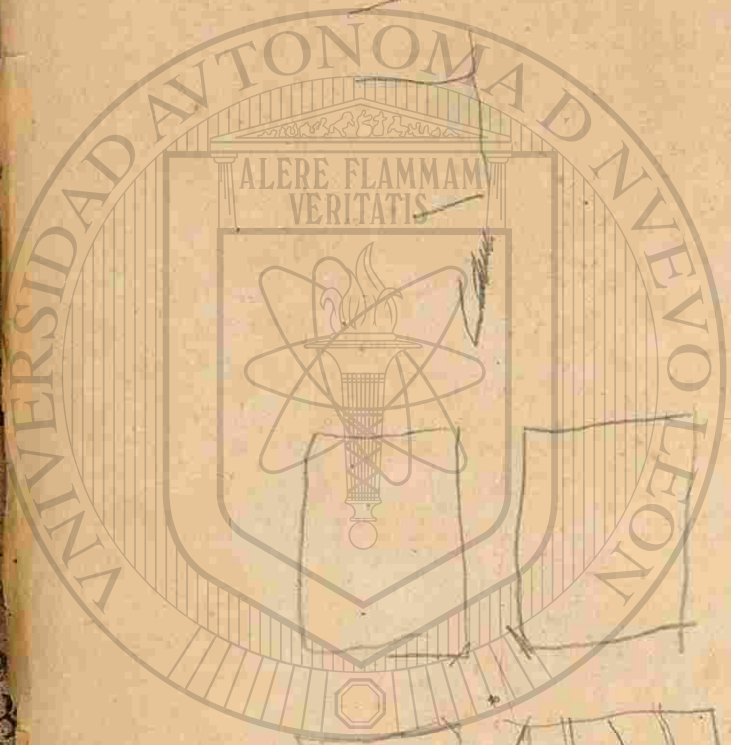
C.1

9(44)

ENCUADERNACION
DE GUTIERREZ Y MANCERA,
Calle de Cadena núm 15.



1080043906



JULIEN
D. A. L. I. T. A.

E # 7 - C # 5

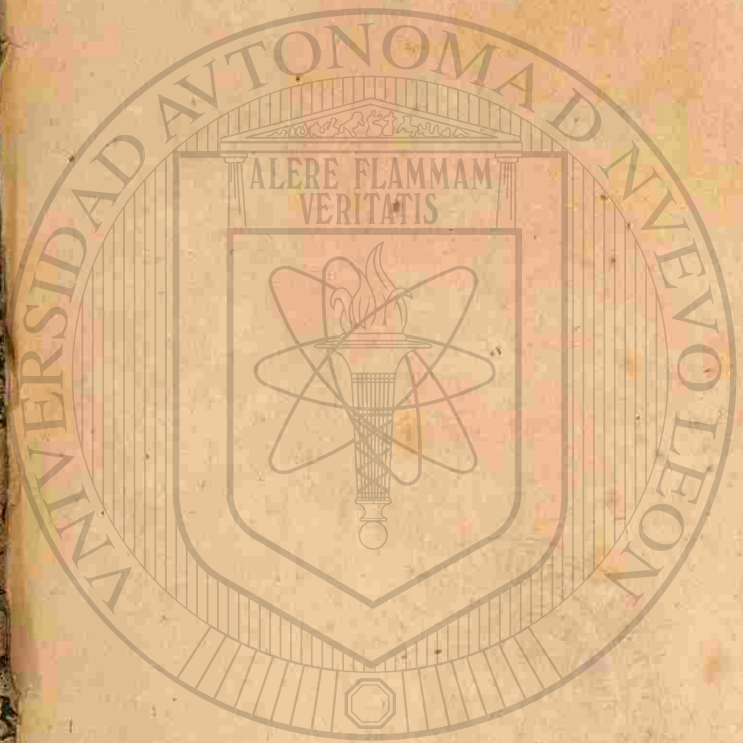
920.2 F

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





HISTORIA

DE LA VIDA POLITICA Y PRIVADA

DE

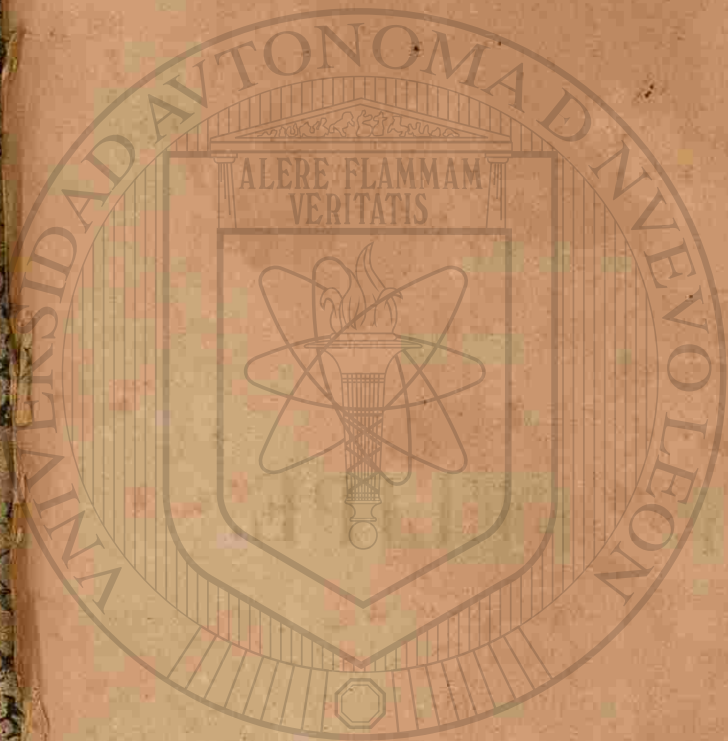
LUIS FELIPE.

TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Esta obra es propiedad de los editores, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso, conforme al art. 4.º de la ley de 3 de Diciembre de 1846, que dice: "El simple editor de una obra, tendrá propiedad literaria solo el tiempo que tarde en publicar su edición y un año despues, sin que este derecho se estienda á las ediciones extranjeras."

HISTORIA

DE LA VIDA POLÍTICA Y PRIVADA

*9 (44)
-D-*
Segura y Decaen
LUIS FELIPE,

POR

M. ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCIDA DEL FRANCÉS.

IMPRESA PÚBLICA DEL ESTADO

PRIMERA EDICION MEXICANA.

TOMO I.

Segura y Decaen,
EDITORES.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MÉXICO.

TIPOGRAFIA DE VICENTE SEGURA ARGÜELLES,
calle de Cadena núm. 10.

1852.

54714

17035

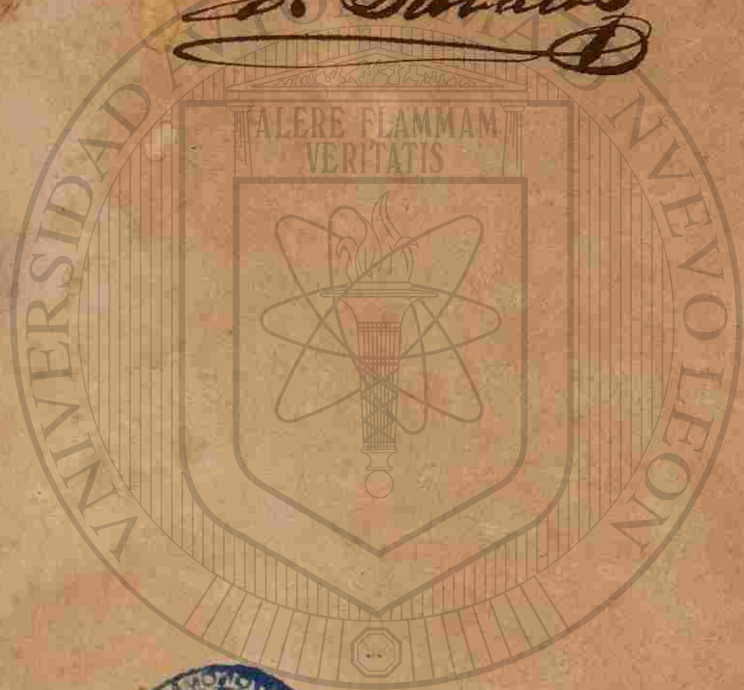
DC 268

D8

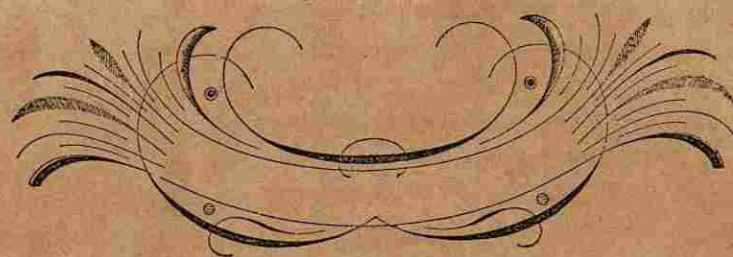
V-1

Monteney Oct. 10/70.

J. Davalos



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



CAPITULO PRIMERO.

LUIS FELIPE de Orleans nació el 6 de Octubre de 1773 en el Palacio Real, y recibió al nacer el título de duque de Valois.

Fué su padre Luis Felipe José, quien despues se llamó Felipe Igualdad, y gozaba en aquella época el título de duque de Chartres.

Tuvo por madre á Luisa María Adelaida de Borbon, hija del duque de Penthièvre, último representante de la descendencia legítima de Luis XIV, y de madama de Montespán, en la persona del conde de Tolosa.

El parentesco de Luis Felipe se remonta al hermano del

rey Luis XIV, por su padre, rama legítima; y al mismo Luis XIV por su madre, rama legitimada.

Su abuelo fué Luis Felipe de Orleans, de Valois, de Nemours, de Chartres y de Montpensier.

Su abuela, Luisa Enriqueta de Borbon-Conti.

El matrimonio de estos dos últimos personajes se verificó en 1743. En los primeros años de su union fué Luis Felipe de Orleans el esposo mas feliz y el amante mas apasionado que habia en el mundo: eran notables los dos nuevos esposos por la pasion exajerada que manifestaban profesarse mutuamente. Sobre esta pasion se citaban las anécdotas mas singulares. Impacientes por la llegada de la noche, todo les parecia bueno, el tálamo, los canapés, las sillas, el blando césped, las carrozas, las casas de sus amigos y el salon de Versailles: diariamente se contaban nuevos episodios de la crónica escandalosa de *l'Œil-de-Bœuf*; crónica que se admiraba de llevar al capítulo *Escándalo*, las caricias que una mujer hacia á su marido y un marido á su mujer.

Quién de los dos era el primero que se cansaba, difícil será decirlo; pero bien claro se advierte, que á ese cinismo conyugal se agregaba por parte de la princesa otro cinismo no menos escandaloso: casi repudiada de su marido con motivo de sus públicos descarríos, los cuales el esposo mas complaciente no podria tolerar, la duquesa de Orleans, que se lisonjeaba de poseer el apetito insaciable de Mesalina, recorrió en sus amores toda la escuela social, y algunas veces, aventajando á la esposa adúltera de Claudio, bajaba de los salones al jardin del Palacio Real, y sin tomarse el trabajo de pedir prestado á la antigua cortesana su nombre de Lisisca y sus rubios cabellos, solicitaba de los paseadores los placeres anónimos que la loba imperial, segun dice Juvenal, exijia á los ganapanes de Roma durante el sueño de su esposo.

Estos son aquellos desenfrenos tan conocidos que invocó Felipe Igualdad el día en que, en una sesion de la Comu-

na, renunció la nobleza de los palacios para adoptar la de las caballerizas; nobleza engañadora que no podia salvarle del patíbulo.

Desde 1748, es decir, cinco años despues de su casamiento, el duque de Orleans se separó completamente de su mujer, quitándole á su hijo, y fué uno de los primeros que en Francia tuvo el valor de mandarlo inocular. Entró en relaciones con madama de Villemomble y tuvo de ella tres hijos naturales, madama de Brossard y los abates de San Far y de San Albino.

En 1759 murió la duquesa de Orleans.

Siete años despues de esta muerte comenzó el duque de Orleans á cortejar á la marquesa de Montesson, Carlota Juana Beraud de la Haie-de-Riou. M. de Montesson, su marido, vivia en aquella época, y aunque la marquesa era treinta años mas jóven que él, no obstante le fué fiel hasta su muerte, acaecida en 1769. Entonces se declaró el duque de Orleans, pero en vano, segun se decia en aquellos tiempos. Tambien, hácia fines de 1772, comenzó á hablarse de un matrimonio entre madama de Montesson y el príncipe. Por último, el 24 de Abril de 1773, se despidió de la corte numerosa de Villers-Cotterets, diciendo á sus mas íntimos amigos:

—Caballeros, me separo de esta amable compañía: volveré tarde; pero no solo, sino bien acompañado de una persona á quien haréis partícipe del afecto que me profesais.

Todo el día estuvo el palacio en la expectativa, y en la tarde á cosa de las seis, se vió entrar en el salon al duque, conduciendo de la mano á madama de Montesson, con quien se habia casado en la mañana. El arzobispo de Paris, despues de haber obtenido el consentimiento del rey, concedió á los esposos las tres dispensas de la publicacion de vanas, y el cura de San Eustaquio los casó en la capilla de la Chaussé-d'Antin.

Madama de Montesson era en aquella época una mujer encantadora, de treinta y cinco á treinta y seis años, y re-

presentaba apenas treinta. Era poetisa y filarmónica, representaba con gracia sus papeles cómicos, y conservó hasta 1806, en que murió, en el salon de la Chausse-d'Antin, las mejores tradiciones del siglo de Luis XIV y de Luis XV.

Napoleon la consideró mucho por su elevado rango y le asignó una pensión de treinta mil francos.

Sobrevivió veinte años al príncipe su marido, que murió el 18 de Noviembre de 1785; y Luis XVI, mas susceptible que su abuelo Luis XV, le prohibió llevar luto.

El duque de Chartres, cuando su padre se casó con madama de Montesson, era un jóven de veinte á veinticinco años, que contaba ya diez de haber entrado en un mundo que deslumbra con sus placeres. Una mujer llamada la Deschamps, fué su primera querida, y de sus brazos pasó á las garras de las prostitutas mas célebres de la época. El compañero ordinario de sus placeres era el príncipe de Lamballe, hijo del duque de Penthièvre; pero la salud de este príncipe, menos fuerte que la del duque de Chartres, no pudo resistir esa vida lujuriosa, y sucumbió de una manera indecorosa. Entonces se acusó al duque de Chartres, no solo de hombre depravado, sino de ambicioso y calculista: se decía que habia seducido, prostituido y envenenado al príncipe de Lamballe, para reunir sobre la cabeza de la señorita de Penthièvre, con quien debia casarse, la colosal fortuna de su casa, y la condecoracion de grande almirante que poseia el duque de Penthièvre. Veinte años despues, cuando la princesa de Lamballe fué asesinada, aquellas acusaciones se renovaron con mas crueldad, por el homenaje que sus asesinos quisieron hacer al duque de Orleans presentándole su cabeza. Pero nosotros, que solo apoyándonos en pruebas nos constituimos intérpretes de semejantes acusaciones, nos decidimos á protestar en contra de estas dos infamias, que los folletistas pueden consignar, pero que deben desmentir los historiadores.

Sin embargo, ademas de estas cosas falsas, hay algunas

verdaderas que decir sobre este pobre príncipe, que pagó sus faltas como se pagan los crímenes.

Aconteció al duque de Chartres, al principio del reinado de Luis XVI, lo que habia acontecido á su abuelo á fines del reinado de Luis XIV; los dos chocaron con las costumbres reales. Luis XIV se hizo devoto al fin de su vida; Luis XVI fué severo desde el principio. El regente habitó el Palacio Real y lo hizo célebre por sus orgías; el duque de Chartres ilustró á Monceaux con su desenfreno: por lo demas, tenia siquiera el mérito de la franqueza, y no cubria el rostro del hipócrita con la máscara del libertino. Apostó cierta ocasion que regresaria desnudo, á caballo, de Versalles al Palacio Real, y ganó legalmente su apuesta.

La anglomanía, que comenzaba á hacer grandes progresos en Francia, era obra esclusiva del duque de Chartres, quien gustoso se habia puesto á la cabeza de la sociedad que recibia todo de Inglaterra, modales, costumbres, jockeys y caballos. Las primeras corridas fueron fomentadas por él: María Antonieta asistió á ellas; pero Luis XVI se opuso á semejantes juegos, y sobre todo á las ruinosas apuestas que traian consigo. Una orden del rey hizo que cesasen las corridas.

El duque de Chartres se consoló de esta persecucion, yéndose á Londres dos veces al año, comprando allí propiedades y alistándose como miembro de dos ó tres clubs.

Por lo demas era un lindo caballero, bien formado, y amigo de los ejercicios violentos, sin retroceder ante el peligro que produce gloria y ruidosa fama. En 1778 viajaba por la Baja Bretaña, y se le ocurrió descender á una mina de quinientos piés de profundidad. Algunos años despues, cuando se inventaron los globos, y el furor de volar se apoderó de todos, quiso viajar por el nuevo mundo, y se remontó hasta quinientas toesas de altura.

Gustaba de las artes y de la mecánica; de las artes como aficionado, y de la mecánica como mecánico. Mandó que se pusiese su relieve en todas las manufacturas de Lyon, y

soñaba con toda clase de empresas maravillosas. Concibió el proyecto de demoler todas las casas de la Cité y reedificarlas sobre un nuevo plan: desgraciadamente se le ocurrió otro proyecto que le grangeó menos popularidad; este se redujo á especular con las tiendas del Palacio Real.

En este intermedio, y cuando el duque de Chartres todavía estaba en buenas relaciones con la delina, á quien divertía con su ingenio y con sus extravagancias, como después se dijo, comenzó á chocarse con el delfin, por cuyo motivo el *Almanaque Real*, anotó en el 6 de Octubre de 1773 el nacimiento de Luis Felipe de Orleans, duque de Valois.

Mas adelante veremos, en la época en que Luis Felipe subió al trono, qué partido se quiso sacar de este título.

Sea por casualidad, sea porque así estuviese decretado, no se cumplió con ninguna de las ceremonias acostumbradas en el nacimiento de los príncipes de la sangre, sin embargo de llenar éste todos los deseos, supuesto que en cuatro años de casado no había tenido de su mujer el duque de Chartres mas de una hija que murió al nacer.

El duque de Valois fué sencillamente festejado; la ceremonia se verificó en el Palacio Real por el limosnero de la casa, en presencia del cura de la parroquia y dos escuderos. Doce años habían pasado cuando Luis XVI y Maria Antonieta llevaron al jóven duque de Chartres á la fuente bautismal: el jóven duque de Valois cambió entonces su título por el de duque de Chartres, por haber muerto su abuelo y llegado á ser su padre duque de Orleans.

Cincuenta y dos años después, una mujer llamada Maria Estela Petronila debía venir á Francia á disputar al duque de Orleans este nacimiento, que la negligencia paternal descuidó acreditar con todos los requisitos acostumbrados.

Consignaremos aquí la fábula que debe servir á Maria Estela para entablar su reclamacion.

Hemos dicho que después de cuatro años de matrimonio no tuvo el duque de Chartres, de su esposa, mas que una hija que murió al nacer.

Segun Maria Estela, *perfectamente instruida*, una gran parte de la fortuna del duque de Chartres, que estaba en depósito, debía volver al Estado en caso de estincion de la descendencia masculina; motivo que hacia desear al duque de Orleans un hijo á cualquier precio que fuese.

Tal vez entonces, con intencion de aprovechar las ocasiones que la casualidad pudiera presentarle para conseguir su objeto, seria cuando á principios del año de 1772, salieron para Italia el duque de Chartres y su mujer, tomando los nombres del conde y la condesa de Joinville.

Al cabo de dos ó tres meses de viaje, los dos ilustres *turistas* encontraron en la cima de los Apepinos un sitio conveniente, y se detuvieron (*Maria Estela es quien habla y no nosotros*) en la pequeña ciudad de Modigliana: allí se manifestaron en la princesa de Joinville los primeros sintomas de un nuevo embarazo.

La propension del duque de Chartres á mezclarse en las aventuras nocturnas de Paris y Lóndres, le acostumbró á familiarizarse con el populacho: en consecuencia trabó en Modigliana conocimiento con un carcelero llamado Chiappani, cuya mujer tenia casualmente de estar en cinta el mismo tiempo que la princesa: entonces se hizo este convenio entre el carcelero y el príncipe: que si la carcelera paria un hijo y la princesa una hija, se cambiarian las dos criaturas; en la inteligencia, de que como en todos los países del mundo una niña es menos apreciada que un niño, se le daría una indemnizacion al carcelero. En consecuencia, segun dice siempre Maria Estela, el niño nacido en Modigliana el 17 de Abril de 1773 seria trasladado á Paris, y tenido oculto hasta el 6 de Octubre, dia en que se fingiria el parto de la princesa.

De aquí esa falta de testigos y pompa regia en el bautismo del recién nacido.

Maria Estela Petronila se quedó pues en Italia, y allí fué educada como hija del carcelero Chiappani, quien con los

socorros que anualmente le llegaban de Francia, y la suma que recibió del conde de Joinville al tiempo del cambio, le proporcionó una brillante educación.

Ya veremos reaparecer en 1823 á María Estela y volveremos á tomar el hilo de la anécdota del cambio, que interrumpimos para seguir al jóven duque de Valois en los primeros años de su vida.

Su aya principal fué madama de Rochambeau, y su segunda madama Denois. A los cinco años de edad y por recomendación de Mr. de Buffon, se le nombró por preceptor á Mr. de Bonnard, quien gozaba entre los poetas eróticos de la época la reputación de hacer madrigales y cuartetas.

Todo el mundo era poeta en aquella época, hasta Turgot, que iba á ser ministro: cierto es que el título de poeta no traía consecuencia: habia poetas *in partibus*, como en nuestros dias vemos que Mr. de Frayssinous es obispo de Hermópolis; se obtienen los beneficios, pero no se ejercen.

Por desgracia de Mr. de Bonnard, habia en la casa del duque de Chartres un poder que contrarestaba el suyo; y era el de Felicitas Estefanía Duerest de San Albino, condesa de Genlis.

La condesa de Genlis, casada con el conde Bruslard de Genlis, condecorado despues con el título de marqués de Sillery, era sobrina de madama de Montesson: por influencia de su tia, que como hemos dicho se casó con el abuelo del jóven príncipe, entró en clase de dama de honor de la señora duquesa de Chartres, y en 1778 se encargó de la educación de la princesa Adelaida: ya colocada allí, sus funciones tomaron un incremento que la duquesa estaba muy lejos de esperar; y madama de Genlis permanecía públicamente en la casa con el doble título de instructora del hijo y querida del padre.

Mas adelante veremos, por una carta de la duquesa de Orleans, lo que esta señora padeció con semejante amistad.

Madama de Genlis no queria á Mr. Bonnard; rivalidades de poetas sin duda. Aunque el duque de Chartres, un año

despues del nombramiento de este caballero, dijo á Mr. de Buffon: "Celebro veros, señor, para daros las gracias por la elección que nos indicásteis, pues ha sido generalmente bien recibida," al cabo de tres años Mr. de Bonnard fué despedido, por los motivos que espone madama de Genlis en sus memorias: se notó que su método de enseñanza era vicioso y sus modales ajenos de la buena sociedad. De consiguiente el jóven duque de Valois se quedó sin preceptor.

Entonces le ocurrió al duque de Chartres la peregrina idea de nombrar á madama de Genlis preceptora de su hijo.

Esta señora, para proporcionarse mayor comodidad en el desempeño del doble empleo que tenia en la casa de Orleans, vivia en Bellechasse. Se construyó con arreglo á sus planes en los jardines del convento, un hermoso pabellon, que se comunicaba con el claustro por medio de un emparrado.

Una noche, como de costumbre, entre ocho y nueve vino á visitarla el duque de Orleans. Subrayamos estas palabras porque las tomamos, como un dato, de la misma madama de Genlis. Esta se hallaba sola; el duque tocó el asunto del ayo de su hijo, y suplicó á madama de Genlis le aconsejase en su elección.

La señora indicó al momento á Mr. de Schomberg.

—No, respondió el duque, volveria pedantes á mis hijos.

—Entonces, dijo madama de Genlis, tomad al caballero de Durfort.

—Este seria peor que el caballero de Schomberg; los volveria exajerados y enfáticos.

—M. de Thiers.

—Es muy ligero, y absolutamente se ocuparia en educarlos.

—Entonces, dijo sonriéndose madama de Genlis, tomadme á mí.

—¿Por qué no? respondió el duque de Chartres.

Pretende madama de Genlis en sus Memorias, que al espresarse así, solo quiso chancearse; y afirma que ninguna

conversacion preparatoria le habia sugerido la idea de que el príncipe la confiara este empleo.

El lector creará lo que mejor le parezca; nosotros de ninguna manera garantizamos la veracidad de madama de Genlis.

Sea lo que fuere, el *por qué no* del señor duque de Chartres no fué una exclamacion perdida.

“Vi la posibilidad de una cosa extraordinaria, dice madama de Genlis, y me complací que pudiera efectuarse.” De consiguiente, ninguna objecion hizo al duque de Chartres: todo lo contrario, le confesó el placer que le causó la singular proposicion que se le hacia, y es claro que entonces no se chanceaba.

—¡Muy bien! sea enhorabuena, negocio concluido, dijo el duque, seréis aya de mis hijos.

Y en efecto, pasado algun tiempo, tuvo otros dos niños el duque de Chartres, y se les pusieron los nombres de duque de Montpensier, y conde de Beaujolais.

Nació el duque de Montpensier el 3 de Julio de 1775.

Y el conde de Beaujolais el 7 de Octubre de 1779.

Solo se trataba de obtener el consentimiento del rey, y se ignoraba cómo recibiria semejante infraccion de las leyes de la etiqueta. El rey no simpatizaba mucho con el duque de Chartres, ni estimaba bastante á madama de Genlis.

Así es que cuando el duque fué á visitar al rey y le esplicó cuál era la autorizacion que pretendia,

—Sea ayo ó aya, le contestó Luis XVI, haced lo que os agrade.

En seguida, volviendo la espalda al duque, le dijo en voz alta para que todos lo oyesen:

—¡Es dicha, y muy grande, que el señor conde de Artois tenga hijos!

Al pronunciarse estas palabras, la educacion de los hijos del duque de Chartres, hembras y varones, se confió enteramente á madama de Genlis.

Las niñas vivian con ella en Bellechasse; los niños iban á sus horas.

CAPÍTULO II.

Rousseau, que acababa de morir, era entonces el filósofo de moda: no todos habian leído el *Emilio*; pero todos hablaban de él. Madama de Genlis se decidió á educar á sus ilustres discípulos segun el método de Juan Jacobo.

Es decir, se resolvió á formar primero los hombres; los príncipes vendrian despues.

Estraña prevision de la suerte reservada á los tres hermanos, para quienes parece haber escrito Rousseau estas líneas:

“En el orden natural todos los hombres son iguales, su vocacion comun es el estado de hombre; y cualquiera que esté bien educado, no puede dejar de cumplir con sus deberes de tal: destínese á mi discípulo á las armas, á la iglesia, al foro, poco me importa; antes de seguir la vocacion que se le indica, la naturaleza lo llama á la vida humana: vivir es el oficio que quiero enseñarle: al salir de mis manos, convengo en que no será ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote: antes que todo será hombre, lo que un hombre debe ser, y lo será por necesidad lo mismo que cualquiera otro; la fortuna podrá hacerle cambiar de lugar, pero él permanecerá en el suyo.”

“Solo se piensa en conservar á un niño, y esto no basta; se le debe enseñar á conservarse siendo hombre, á sobrellevar los golpes de la fortuna, á despreciar la opulencia y

conversacion preparatoria le habia sugerido la idea de que el príncipe la confiara este empleo.

El lector creará lo que mejor le parezca; nosotros de ninguna manera garantizamos la veracidad de madama de Genlis.

Sea lo que fuere, el *por qué no* del señor duque de Chartres no fué una exclamacion perdida.

“Vi la posibilidad de una cosa extraordinaria, dice madama de Genlis, y me complací que pudiera efectuarse.” De consiguiente, ninguna objecion hizo al duque de Chartres: todo lo contrario, le confesó el placer que le causó la singular proposicion que se le hacia, y es claro que entonces no se chanceaba.

—¡Muy bien! sea enhorabuena, negocio concluido, dijo el duque, seréis aya de mis hijos.

Y en efecto, pasado algun tiempo, tuvo otros dos niños el duque de Chartres, y se les pusieron los nombres de duque de Montpensier, y conde de Beaujolais.

Nació el duque de Montpensier el 3 de Julio de 1775.

Y el conde de Beaujolais el 7 de Octubre de 1779.

Solo se trataba de obtener el consentimiento del rey, y se ignoraba cómo recibiria semejante infraccion de las leyes de la etiqueta. El rey no simpatizaba mucho con el duque de Chartres, ni estimaba bastante á madama de Genlis.

Así es que cuando el duque fué á visitar al rey y le explicó cuál era la autorizacion que pretendia,

—Sea ayo ó aya, le contestó Luis XVI, haced lo que os agrade.

En seguida, volviendo la espalda al duque, le dijo en voz alta para que todos lo oyesen:

—¡Es dicha, y muy grande, que el señor conde de Artois tenga hijos!

Al pronunciarse estas palabras, la educacion de los hijos del duque de Chartres, hembras y varones, se confió enteramente á madama de Genlis.

Las niñas vivian con ella en Bellechasse; los niños iban á sus horas.

CAPÍTULO II.

Rousseau, que acababa de morir, era entonces el filósofo de moda: no todos habian leído el *Emilio*; pero todos hablaban de él. Madama de Genlis se decidió á educar á sus ilustres discípulos segun el método de Juan Jacobo.

Es decir, se resolvió á formar primero los hombres; los príncipes vendrian despues.

Estraña prevision de la suerte reservada á los tres hermanos, para quienes parece haber escrito Rousseau estas líneas:

“En el orden natural todos los hombres son iguales, su vocacion comun es el estado de hombre; y cualquiera que esté bien educado, no puede dejar de cumplir con sus deberes de tal: destínese á mi discípulo á las armas, á la iglesia, al foro, poco me importa; antes de seguir la vocacion que se le indica, la naturaleza lo llama á la vida humana: vivir es el oficio que quiero enseñarle: al salir de mis manos, convengo en que no será ni magistrado, ni soldado, ni sacerdote: antes que todo será hombre, lo que un hombre debe ser, y lo será por necesidad lo mismo que cualquiera otro; la fortuna podrá hacerle cambiar de lugar, pero él permanecerá en el suyo.”

“Solo se piensa en conservar á un niño, y esto no basta; se le debe enseñar á conservarse siendo hombre, á sobrellevar los golpes de la fortuna, á despreciar la opulencia y

la miseria, á vivir, si es necesario, entre los hielos de Islanda ó sobre la ardiente roca de Malta.

“Ejercitad los niños á las penalidades que algun día tendrán que sufrir; acostumbra sus cuerpos á la intemperie de las estaciones, de los climas, de los elementos, á la hambre, á la sed, á la fatiga; empapadlos en las aguas de la Estigia.”

¡Oh rey educado en el destierro, y muerto en el destierro despues de haber pasado diez y ocho años sobre el trono mas brillante del mundo! decid: ¿formó en vos, vuestra severa instructora, una alma estóica, capaz de despreciar la opulencia y la miseria?

A lo menos este fué su objeto, reformar los abusos de la primera educacion. Ninguno de los dos príncipes,—no se encargó de Mr. de Beaujolais hasta el año de 1783,—ninguno de los dos príncipes tenia disposicion para la música, y sin embargo tuvieron un maestro de música, que en dos años no pudo enseñarles ni el nombre ni el valor de las notas. El maestro de música fué suprimido y reemplazado con maestros de latin, de griego, de aleman, de inglés y de italiano: cada criado hablaba una de estas lenguas modernas, y tenian orden formal de no hablar á los príncipes una sola palabra en francés; así es que almorzaban en aleman, comian en inglés y cenaban en italiano. La mitología, la fisica, la geografia, las ciencias exactas, las leyes, el dibujo, la agricultura, la cirujía, la farmacia, la arquitectura y las artes mecánicas, completaron aquella educacion maravillosa, por la cual hemos visto al rey, no solo independiente en el destierro, sino hecho príncipe y al fin rey, causando la admiracion de los diplomáticos, con quienes hablaba de política, en sus respectivos idiomas, de los sabios, con quienes trataba de ciencias; de los practicantes con quienes hablaba de medicina y farmacia; en fin, de los comerciantes, de los agricultores y manufactureros, con quienes hablaba de comercio, de agricultura y artes mecánicas.

En cuanto á los oficios que deben formar parte de la educacion *del hombre*, recomienda Rousseau á los padres que hagan aprender uno á sus hijos, y madama de Genlis quiso que aprendiese tres el mayor de sus discípulos. En los ratos perdidos fué el jóven duque de Valois carpintero, cirujano y jardinero.

Por lo demas, esta parte de la educacion agradaba mucho á los ilustres educandos; no así la parte científica. Madama de Genlis refiere en sus Memorias el trabajo que le costó hacer que se aplicase algo el duque de Valois.

“Nada sabian los niños, dice en sus Memorias, y el duque de Valois era en extremo desaplicado: discurrí leerle la historia, pero no hacia ningun caso de mis palabras; se estiraba y bostezaba, sorprendiéndome mucho verle, á la primera lectura, acostarse sobre el canapé en que estábamos sentados, y poner los piés sobre la mesa que teniamos delante: para corregirle le impuse inmediatamente una penitencia, y lo hice de tal manera que no produjo malos resultados.”

En efecto, segun madama de Genlis, su discípulo llegó á quererla *apasionadamente*.

El adverbio es significativo.

“Tenia, dice madama de Genlis,—habla del duque de Valois, pues como si hubiera adivinado su destino, se ocupa de él con particularidad,—tenia tan buen sentido natural, que desde los primeros dias me admiró ver que le agradaban las cosas serias, y no los cuentos frívolos con que se divierten otros niños; pues si se le esplicaban oportunamente y en términos claros, las escuchaba con interes. Siempre me quiso *apasionadamente*, porque vió que yo no era inconsecuente ni frívola.”

Si hemos citado este adverbio, *apasionadamente*, es porque en un folleto escrito contra el rey despues de su caída, se ha pretendido interpretarlo de una manera indecorosa. Al citar todo el período, creemos haber devuelto al *adver-*

bio la sencillez con que fué dictado. Lo repetimos: no queremos ser folletistas ni panegiristas, sino historiadores.

No intentamos, ciertamente, presentar á madama de Genlis mejor de lo que fué, ni tenemos derecho tampoco para hacer lo contrario, exajerando sus defectos.

Se cuenta que un dia la aya del duque de Valois, contemplando en Anet el sepulcro de Diana de Poitiers, esclamó: *¡Dichosa mujer: fué amada del padre y del hijo!* Y de aquí se infirió, que si no habia sido tan feliz como Ana de Poitiers, al menos deseó para sí la misma dicha.

Se ve, pues, que sobre un adverbio escrito y sobre una exclamacion referida por el secretario de las órdenes Myris, se funda esta acusacion, que dejaremos á un lado, en primer lugar porque nos repugna, y en segundo porque está lejos de parecernos probada.

Es verdad que existe una cruel misiva de la aya á su discípulo, y en ella se encuentran varios rasgos de una muger apasionada. Ya la citaremos oportunamente: por ahora basta decir que se imprimió durante el gobierno del rey, y que sondea profundamente varios secretos del corazon del hombre.

Por lo demas, el método de enseñanza que madama de Genlis eligió para sus discípulos, les proporcionó la ventaja de familiarizarse con tres lenguas vivas que aprendieron de una manera práctica mas bien que teórica: debido á esto, el duque de Valois, particularmente, llegó á saber tanto de historia, historia natural y geografía, cuanto se necesitaba para ser catedrático de Reichenau; y en la ciencia quirúrgica hizo tales progresos, que podia muy bien dar una sangría y practicar la primera curacion de una herida.

Las diversiones, por supuesto, se eligieron con el mismo discernimiento que el plan de estudios. Madama de Genlis traía á Paris dos veces á la semana á sus discípulos, y los llevaba al teatro. Allí adquirieron ese gusto y esa admiracion por los antiguos; gusto y admiracion que tal vez se exa-

jeró demasiado por un rey, que olvidando las promesas del duque de Orleans, siempre rehusó, cuando subió al trono, conceder el mas mínimo valor á las obras de la moderna literatura.

Ese afectado desprecio por los insignes literatos del siglo XIX, costó tal vez el 24 de Febrero de 1848, la regencia á la señora duquesa de Orleans y el trono al conde de Paris.

El tribuno Lamartine vengó cruelmente á Lamartine el poeta.

Por otra parte, en el temperamento recibido de la naturaleza, y en la educacion recibida de la sociedad, debe buscar el historiador las causas primitivas que tienen en el hombre privado una consecuencia grave para la familia, y en el hombre político una consecuencia grave para el mundo.

Ahora bien: ¿no deberia el rey á los trabajos mecánicos á que se dedicó el señor duque de Valois y que comprendian la carpintería, la jardinería y la encuadernacion de libros, ese gusto por la albañilería, el cultivo de las plantas y el menaje interior que tanto dinero costó al rey, y convirtió al arquitecto Fontaine en su inseparable amigo de paseo?

A la vez que madama de Genlis perfeccionaba á los hombres, correjía á los príncipes, poniendo el mayor esmero en desterrar de ellos la aficion á las travesuras propias de las mujeres vaporosas y de los grandes caprichosos. Gracias á los trabajos, á los paseos y visitas á los talleres y fraguas, los discípulos de la autora de *Adela y Teodoro*, dejaron de temer el calor, el frio, la lluvia, las tempestades, la humedad, el ruido, el peligro y casi hasta el dolor.

Como el duque de Valois, siendo niño, tenía un horror instintivo á los perros, Mr. de Bonnard dispuso que cuando saliesen á paseo se adelantasen dos criados para espantar estos animales; de manera que si antes repugnaban al duque de Valois, despues ya no podia verlos ni de lejos. Madama de Genlis hizo todo lo contrario: para quitar esta manía á su discípulo, tuvo con él una conversacion en la cual le manifestó la ridiculez de sus temores; y sin duda se expresó tan

bien, que antes que la leccion terminase pidió el príncipe que se le trajese un perro.

Una cosa habia llamado mucho la atención del duque de Valois en la historia antigua, y fué la anécdota de aquel jóven espartano, que se dejó devorar las entrañas por un zorro, sin exhalar una queja, ni el mas leve suspiro; y desde luego prometió, que llegado el caso seria tan impasible como el espartano.

El caso se presentó.

Un dia concurrió madama de Genlis con su discípulo, que entonces contaba trece años de edad y era duque de Chartres por la muerte de su abuelo, á presenciar la fundicion de una fuente de plata en casa de un platero. El duque de Chartres se aproximó demasiado á la materia inflamada, y habiéndole salpicado esta en la pierna, no dijo una sola palabra, ni manifestó la menor señal de dolor; de suerte que madama de Genlis solo notó el accidente al ver quemada la media del príncipe.

Habia cumplido con su palabra.

Una cualidad notable del rey Luis Felipe, ó mas bien dicho, dos de sus cualidades notables, que sin vacilar aseguramos debió completamente á su educacion, fueron el valor y la paciencia.

Como valeroso, supo despreciar el peligro, y como paciente supo aguardarlo.

Ademas, en el rey, y la cosa no debia ser menos sensible en el príncipe, supuesto que todavia era jóven, es decir, candoroso en todas sus acciones; en el príncipe, decimos, su primer ímpetu siempre era bueno y generoso. Mientras que el duque de Chartres solo fué príncipe y el duque de Orleans proscrito, estas buenas acciones tomaron mayor incremento: no obró de la misma manera el duque de Orleans en el Palacio Real, ni el rey en las Tullerías. Como estos buenos sentimientos, ¡cosa estraña! eran mas bien hijos de una educacion liberal que de un corazon generoso, los que

rodeaban al príncipe y los que aconsejaban al rey, procuraban en el momento combatirlos. Si el príncipe queria conceder un socorro de mil francos, ellos lo reducian á quinientos; y si el rey acordaba una gracia cumplida, la desvirtuaban obsequiándola á medias; de manera que se disminuia la grandeza de un beneficio concedido voluntariamente, haciéndole, por estrañas sugeriones, aparecer pobre y mezquino.

Dos años estuve yo encargado de la distribucion de los socorros del señor duque de Orleans: daba, poco mas ó menos, mil francos diarios, es decir, como la duodécima parte de sus rentas. Muchas veces tuve la necesidad de pedirle directamente, para socorrer á los desgraciados en cuyo nombre hablaba, y nunca salí desairado, pues cuando deliberaba por sí mismo alcanzaba de él lo que queria. Bastaba que la resolucion se difiriese un solo dia para que obtuviese la mitad, la tercera parte si dilataba dos, y así sucesivamente. Todos los que rodearon al duque, así como los que rodeaban al rey, en vez de engrandecerlo trataron de apocarlo.

Al lado de su hermano mayor crecieron los otros dos príncipes, el duque de Montpensier, que tenia casi la misma edad del duque de Chartres, y el duque de Beaujolais, que les seguia inmediatamente.

El primero de ellos murió en Salthil, cerca de Windsor, á los treinta y dos años de edad, y el segundo en Malta á la edad de veinte y ocho años.

Apenas trascurrió un año entre la muerte de estos dos hermanos, á quienes parece les urgia reunirse: el duque de Montpensier falleció en 1807 y el de Beaujolais en 1808.

Poco los conoció la Francia, porque la dejaron antes de ser hombres. Veamos lo que con respecto á ellos pensaba su instructora: sobre este punto su diario nos será de grande utilidad.

Lo abrimos en 1791.

“El señor duque de Montpensier, dice madama de Gen-

lís, tiene una índole excelente: únicamente le recomiendo que modere su vivacidad: en general es bueno para todos y generoso cuando necesitan de sus socorros; pero se impacienta por bagatelas y dice cosas muy duras; si esta falta llegase á ser una costumbre, afearia mucho su carácter. Cuando parió su nodriza fué á verla personalmente, y le dió todo el dinero de que podía disponer para sus inocentes placeres. De seis meses acá me ha confiado varias cosas por este estilo, y como debe ser, con sencillez y sin ninguna ostentacion: por otra parte, su talento se madura cada dia. Siempre ha tomado el interes mas vivo por la revolucion, y ahora se complace en ocuparse de sus negocios desplegando una grande inteligencia."

El duque de Montpensier era á la vez escritor y pintor. Sobre su prision en Marsella nos ha dejado unas Memorias escritas con gracia inimitable, y en un estilo ameno y jocoso.

Dificil es trazar á la vez, con la pluma y el lapiz, un retrato mas original que el que hizo este príncipe de Mr. de Conti, cuyo terror pánico disipaba, de él y su padre, el terror verdadero.

Cansado de su prision el duque de Montpensier, intentó fugarse de la torre de San Juan, descolgándose por una ventana que tenia treinta piés de altura: el príncipe ejecutó su pensamiento, pero al caer se rompió una pierna: habiéndosele encontrado desvanecido al pié de la torre, fué trasladado de allí á la casa de un peluquero llamado Coriol, cuya hija enamoró despues; resultando de estos amores un niño que goza entre los abogados de gran clientela, y los jugadores elegantes de Paris un lugar distinguido: casi fué reconocido por la casa de Orleans, y sus lacayos llevan todavía su pequeña librea.

Existian en la galería del Palacio Real varios cuadros del señor duque Montpensier, y entre ellos habia uno muy notable que representaba la catarata del Niágara.

Con respecto al conde de Beaujolais, afirman los que lo

conocieron que tenia un corazón y una figura de ángel: las prendas de su corazón eran la dulzura, la sensibilidad, la rectitud y la lealtad; y se notaban en su cuerpo las bellas y delicadas formas del adolescente antiguo, las sonrisas del poeta y la mujer reunidas.

Veamos lo que decia de él su instructora.

"Mr. de Beaujolais es encantador, no sabe ser amable á medias, y nunca he visto en otro mayores deseos de hacer bien; su amistad no consiste únicamente en demostraciones.

"Sus sentimientos son excelentes y me atrevo á decir que superiores á su edad; ya se advierte en él el patriotismo de sus hermanos; la carta que dias pasados me escribió sobre este asunto es, para su edad, una magnífica disertacion; expresa minuciosamente en ella con claridad y buen sentido, las razones que le hicieron amar la revolucion, y termina de esta manera: estos son los sentimientos de Beaujolais."

No tenia mas defecto que ser voluntarioso y caprichoso; pero aun entonces esplicaba con tal resolucion las razones en que se fundaba, que hacia de este defecto una virtud.

Esta virtud era la franqueza, cuyos límites solia traspasar: ninguno de los que trataron íntimamente á Mr. de Beaujolais recuerda haberle oido mentir una sola vez en su vida.

Por lo que respecta á madama Adelaida, todos la hemos conocido: era firme, recta y honrada: cuando se deseaba que el rey hiciese algo bueno, útil y grandioso, únicamente elle podia vencer su repugnancia. En el Palacio Real fué amigo de su hermano, y en las Tullerías su genio tutelar: habiendo fallecido el mes de Diciembre de 1847, le dejó solo en la tremenda crisis de 1848. El duque de Orleans y madama Adelaida, eran los dos ángeles visibles del rey. La Providencia se los arrebató uno tras otro, porque la Providencia tiene sus designios.

Cuando jóven, madama Adelaida fué una criatura apacible y encantadora, magnánima, reconocida y de talento; solo

podian echársele en cara ciertos arranques de impolítica y ciertos rasgos burlones.

Entre toda esta serie de príncipes era la única que tenía pasión por la música. Madama de Genlis la enseñó á tocar el arpa, y llegó á adquirir, lo que es raro en una princesa, cierto dominio sobre el instrumento.



CAPÍTULO III.

HACIA el año de 1786, perdió madama de Genlis una de sus hijas, y como esta pérdida le ocasionase un grave dolor, el duque de Orleans discurrió consolarla mandando traer de Inglaterra una niña, á quien él y madama de Genlis amaban como á su hija: el pretesto fué dar una compañera á la princesa Adelaida que supiese hablar inglés, pero el verdadero motivo se reducía á que la niña estuviese al lado de sus padres: esta niña, á quien nunca se daba su nombre de familia, se llamaba *Herminia*, nombre que se le puso en el bautismo. El que escribe estas líneas fué casi educado por ella; fué la abuela de la desgraciada María Capeto, quien por línea transversal vino á ser sobrina del rey Luis Felipe.

Había una cosa notable en el duque de Chartres, una cosa atestiguada por madama de Genlis, y confirmada por el mismo diario del jóven príncipe, y es que en su juventud tenía grande inclinación á los sentimientos religiosos.

Pues bien, es preciso decirlo; las huellas de esta religion.

que derramó una dulce piedad en la entrada á la vida de los jóvenes príncipes, todos esos recuerdos consoladores que nos da la fé en Dios en los grandes infortunios, habian desaparecido del rey.

Después de haber sido piadoso y creyente desde el principio de su vida, llegó á ser, al aproximarse á la vejez, casi irreligioso; la desgracia produjo en él un efecto contrario, al que produce generalmente: le habia alejado del Señor, en lugar de aproximarle á él. ¿No sería quizás mas bien que la dicha, la gran facilidad con que lograba realizar planes poco morales, ó la proteccion directa concedida por el cielo á una existencia amenazada tan á menudo, que habia llegado á ser realmente providencial, lo que concluiría por alejarlo de Dios, y que lo atribuyese todo únicamente á la casualidad ó al destino?

Mas de una vez se encuentra en el diario del príncipe la espresion fiel de esos piadosos sentimientos, y nosotros los haremos notar al lector para que no pasen desapercibidos.

Quizás se creará que era pura hipocresía la manifestacion de tales sentimientos: se engaña mucho quien así crea: primero, porque á los 18 años muy pocas veces es uno hipócrita y además porque en aquella época de nada le hubiera servido la hipocresía religiosa: la religion no estaba de moda; mas bien lo estaba la impiedad.

En esa misma época fué cuando el duque de Chartres empezó como príncipe una série de viajes que debia continuar como desterrado.

De largo tiempo atrás, el duque de Orleans, su padre, estaba indispuerto con la corte, de la que vivía enteramente separado. Famoso cazador, para evitar que su caza se encontrase en la selva de Villers-Cotterets con la caza del rey, y cumpliendo con la etiqueta, tener que seguir la de éste en el bosque de Compiègne abandonando la suya, mandó cercar de un muro el parque de Villers-Cotterets, para encontrarse solo en sus tierras á su satisfaccion. Este muro le costó de tres á cuatro millones.

podian echársele en cara ciertos arranques de impolítica y ciertos rasgos burlones.

Entre toda esta serie de príncipes era la única que tenía pasión por la música. Madama de Genlis la enseñó á tocar el arpa, y llegó á adquirir, lo que es raro en una princesa, cierto dominio sobre el instrumento.



CAPÍTULO III.

HACIA el año de 1786, perdió madama de Genlis una de sus hijas, y como esta pérdida le ocasionase un grave dolor, el duque de Orleans discurrió consolarla mandando traer de Inglaterra una niña, á quien él y madama de Genlis amaban como á su hija: el pretexto fué dar una compañera á la princesa Adelaida que supiese hablar inglés, pero el verdadero motivo se reducía á que la niña estuviese al lado de sus padres: esta niña, á quien nunca se daba su nombre de familia, se llamaba *Herminia*, nombre que se le puso en el bautismo. El que escribe estas líneas fué casi educado por ella; fué la abuela de la desgraciada María Capeto, quien por línea transversal vino á ser sobrina del rey Luis Felipe.

Había una cosa notable en el duque de Chartres, una cosa atestiguada por madama de Genlis, y confirmada por el mismo diario del jóven príncipe, y es que en su juventud tenía grande inclinación á los sentimientos religiosos.

Pues bien, es preciso decirlo; las huellas de esta religion.

que derramó una dulce piedad en la entrada á la vida de los jóvenes príncipes, todos esos recuerdos consoladores que nos da la fé en Dios en los grandes infortunios, habian desaparecido del rey.

Después de haber sido piadoso y creyente desde el principio de su vida, llegó á ser, al aproximarse á la vejez, casi irreligioso; la desgracia produjo en él un efecto contrario, al que produce generalmente: le habia alejado del Señor, en lugar de aproximarle á él. ¿No sería quizás mas bien que la dicha, la gran facilidad con que lograba realizar planes poco morales, ó la protección directa concedida por el cielo á una existencia amenazada tan á menudo, que habia llegado á ser realmente providencial, lo que concluiría por alejarlo de Dios, y que lo atribuyese todo únicamente á la casualidad ó al destino?

Mas de una vez se encuentra en el diario del príncipe la expresión fiel de esos piadosos sentimientos, y nosotros los haremos notar al lector para que no pasen desapercibidos.

Quizás se creerá que era pura hipocresía la manifestación de tales sentimientos: se engaña mucho quien así crea: primero, porque á los 18 años muy pocas veces es uno hipócrita y además porque en aquella época de nada le hubiera servido la hipocresía religiosa: la religion no estaba de moda; mas bien lo estaba la impiedad.

En esa misma época fué cuando el duque de Chartres empezó como príncipe una serie de viajes que debia continuar como desterrado.

De largo tiempo atrás, el duque de Orleans, su padre, estaba indispuerto con la corte, de la que vivía enteramente separado. Famoso cazador, para evitar que su caza se encontrase en la selva de Villers-Cotterets con la caza del rey, y cumpliendo con la etiqueta, tener que seguir la de éste en el bosque de Compiègne abandonando la suya, mandó cercar de un muro el parque de Villers-Cotterets, para encontrarse solo en sus tierras á su satisfacción. Este muro le costó de tres á cuatro millones.

Con la reina era con quien estaba mas indispueto el duque de Orleans. Haciendo mérito de lo que él decia en ciertos momentos de despecho, la enemistad de la reina habia tenido por origen el no haber querido él corresponder á algunas dulces indicaciones que, añadia, habian logrado mejor éxito con el señor conde de Artois.

La enemistad de María Antonieta estalló al fin con motivo de la batalla de Ouessant.

El señor duque de Chartres montaba el *Saint-Esprit*. El fué uno de los primeros que empenó el combate; combate que duró mas de cuatro horas. Durante este tiempo, el jóven teniente general se mantuvo en su banco de cuarto, con su levita y chaleco bajo, y con su cordon azul en la bandolera, sobre su camisa, ofreciéndose así á todos los golpes, no solamente como soldado, sino como príncipe.

La noticia de la victoria llegó á la corte. La reina fué una de las primeras personas que la supieron, y al anunciarla á los suyos, les dijo: "Todos han cumplido con su deber, escepto el duque de Chartres, que por poco nos hace perder la batalla."

Ninguna razon tenia la reina para decir estas palabras: muy al contrario, la nota oficial del ministro de la marina á M. de Penthièvre se deshacia en justos elogios de duque de Chartres.

El ódio de María Antonieta hizo un gran bien al duque de Orleans. La reina empezaba á perder su popularidad, y por consecuencia se acrecentaba la de su enemigo. El rey tuvo la debilidad de dividir con ella esta enemistad, con un hombre al que un mes antes escribia en estos términos:

"Versalles, 28 de Junio de 1778.

"He recibido, primo mio, la carta que me habeis escrito. M. de Sartines me ha mostrado todos los detalles de vuestra inspeccion. Muy contento estoy del modo con que os habeis conducido, y del buen ejemplo que habeis dado: no dudo de la buena voluntad que teneis para servirme, y me

será siempre satisfactorio vuestro servicio. Vais á tener la ocasion de ejercitaros, y estoy seguro que todo irá bien, contando con la voluntad que manifiesta la marina y con los ejemplos que vos la dais. Contad siempre, primo mio, con mi amistad.—Luis."

Así es, que en lugar de hacer la debida justicia al duque de Chartres, en vez de vengarle de las deshonrosas palabras de la reina con una recepcion digna de los servicios que habia prestado, Luis XVI consintió en que el *Te-Deum* que debia cantarse por el triunfo de Ouessant, se cantase con motivo del estado interesante de la reina.

Habiendo un dia hablado alguno al duque de Chartres sobre la salud del futuro delfin:

—El hijo de Coigny, respondió el duque, nunca será mi rey.

Es verdad que á su vuelta de Brest el príncipe fué vengado, con la ardiente acogida que le hicieron los parisienses, de la frialdad con que lo recibió la corte.

Entrando una noche en un palco de la ópera, á la mitad de la representacion de *Ermelinda*, el autor, que estaba en escena, se interrumpió de pronto, entró á tomar una corona de entre bastidores, y volviendo á las tablas, la ofreció al príncipe, dirijiéndole estos versos de la pieza, que parecian compuestos para él:

Jóven guerrero, el triunfo se ha debido

A tu sin par valor:

Recibe este laurel que has merecido:

Es premio al vencedor.

Este triunfo hubiera podido hacer olvidar al príncipe las calumnias de la reina, si no hubiese comprendido en un baile de máscaras de la ópera, que aquellas calumnias no estaban completamente desvanecidas, sino mal apagadas. Con-

templando delante de sí á un dominó que creyó fuera una mujer, y que no era sino un hombre, se detuvo delante de él y mirándole con aquella impudencia que autoriza la careta

—Yo te conozco,—le dijo.—

—¿Quién soy entonces?

—Una belleza pasada,—replicó el príncipe.

—Como vuestra gloria, monseñor, contestó el máscara, y soltando una ruidosa carcajada se perdió entre la multitud.

El duque de Chartres habia, pues, continuado viviendo en mala armonía con el rey: llegó el 20 de Setiembre, y Luis XVI presentó en persona al parlamento el edicto por el cual creaba el préstamo sucesivo y fijaba la convocatoria de los Estados generales para los 5 años. El duque de Chartres, que llegó á ser duque de Orleans á la muerte de su padre, asistía á esta sesion, y levantándose entonces le preguntó al rey: “¿Se deberá mirar la sesion de este dia como de real justicia, ó como una deliberacion libre?”

—Es una sesion real,—contestó Luis XVI.

—En ese caso,—replicó el duque de Orleans,—yo ruego á V. M. me permita que á sus piés y en el seno de la corte, deposite la declaracion que hago de que la contemplo como ilegal, y que seria necesario para descargo de las personas que debian deliberar aquí, el añadir, “que es por espreso mandato del rey.”

Este apóstrofe mereció al duque de Orleans un destierro á Villers-Cotterets, y fué causa de que el jóven duque de Chartres, que debió haber recibido el cordon azul á la edad de 14 años, como era costumbre entre los príncipes de la sangre, es decir, el 6 de Octubre de 1787, no lo recibiese hasta el 1º de Enero de 1789.

Madama de Genlis juzgó que debia aprovechar este destierro momentáneo del padre para hacer viajar á los hijos; y como ella es el solo historiador de los primeros años del futuro rey de Francia, hecho duque de Chartres el mismo

ia en que su padre llegó á ser duque de Orleans, de ella tomaremos los pormenores necesarios de los primeros viajes de los jóvenes príncipes.

El viaje empezó por Spa, donde se hallaba la señora duquesa de Orleans, que á causa de su mala salud, tomaba las aguas de la *Sauvinière*.

De Spa, los príncipes se volvieron á Francia, deteniéndose en Givet, donde el duque de Chartres pasó revista al 14º regimiento de dragones, de que era coronel propietario desde 1785; y desde Givet siguieron hasta Sillery. Esta tierra, erijida en marquesado, pertenecia al marido de madama de Genlis, quien recibió y festejó á los jóvenes príncipes durante muchos dias.

El marqués de Sillery fué hasta el último instante uno de los mas fieles adictos al duque de Orleans: aun mas que su amigo adicto, fué su espíritu maligno.

Tornaron los príncipes á Paris, y al año siguiente se pusieron en camino para visitar la Normandía, la Bretaña y la Turena.

Empezaron por la Normandía.

En Saint-Valery el jóven duque de Chartres fué padrino de un buque que se botaba por primera vez al agua.

De Saint-Valery ganaron el Havre, y del Havre llegaron al monte de San Miguel.

Desde el siglo XVI, el Monte de San Miguel era una prision: el gran rey Luis XIV, renovando para un pobre gaceti-llero de Holanda el suplicio impuesto por Luis XI al famoso cardenal La Balue, habia hecho perecer á aquel desgracia-do en una jaula.

Toda la diferencia consistia en que la jaula de Luis XI era de fierro, y la de Luis XIV de madera; en que La Balue vivió 11 años en ella y el gaceti-llero murió al cabo de los 18.

Añadamos aún, que Luis XI tenia algun derecho para obrar como lo hizo, porque estaba el cardenal en su reino; mientras que despreciando el derecho de gentes, Luis XIV

habia hecho sacar á su gacetillero de en medio de la Holanda.

Esta jaula de madera era la mas terrible tradicion del monte de San Miguel: se les mostraba á los viajeros, y se les contaba en voz baja la historia del gacetillero y del gran rey. Muy poco habia servido bajo el reinado de Luis XV; pero desde el advenimiento al trono de Luis XVI, se habia transformado en una especie de sala de correccion, donde se encerraba por 12, 24 ó 48 horas solamente á los prisioneros rebeldes. La humedad del calabozo, la oscuridad que reinaba en él, y mas que todo, la sombría tradicion del gacetillero holandés, volvían sumisos y razonables á los caracteres mas malos.

Los príncipes llegaron al monte de San Miguel hácia las once de la noche; mas como se les esperaba, la fortaleza estaba iluminada y resonaban las campanas del convento. No sabemos qué efecto haria la vista del monte de San Miguel en los ilustres viajeros: en cuanto á nosotros, que con la diferencia de la iluminacion y las campanas, le hemos visitado bajo iguales condiciones, á una hora semejante, muy pocas veces hemos visto llegar á un grado igual de grandeza la sombría y tenebrosa majestad que dá la noche á los objetos inmóviles.

En esa época, muy al contrario de hoy en dia, la fortaleza estaba vacía y el convento lleno. El prior y una docena de religiosos reemplazaban á la guarnicion, y recibieron á los príncipes al pié de mas de 400 escalones que conducen al convento.

La tierra vegetal falta completamente á esta roca, sobre la cual solo se ha podido levantar una prision. Algunos habitantes de la única calle que pomposamente nombran la Villa, cultivan pequeños jardines, que un invierno precoz despoja de su verdura al fin de Setiembre, y que una tardía primavera reverdece á duras penas hácia el 15 de Mayo.

Los religiosos tenian que traerlo todo de Pontorson, hasta

el mismo pan. No por eso dejaron de recibir con suntuosidad á los príncipes, á quienes esperaba una escelente cena. En medio de ella, madama de Genlis, instigada por las señas de sus educandos, se atrevió á tratar de la famosa cuestion de la jaula de fierro. Entonces el prior esplicó á la marquesa, que la jaula era tan de fierro como la renombrada máscara: esta era solo de terciopelo, y la jaula era ni mas ni menos que de madera: pero aunque de madera, continuó, no deja por eso de ser menos sólida, pues está formada de enormes travesaños que apenas dejan entre sus intervalos pequeños huecos de tres á cuatro dedos. Por lo demás, prosiguió el prior, la tal jaula que ha llegado á sernos cuasi inútil, le presta un odioso nombre al convento, y al fin he tomado la resolucion de destruirla.

Era esta una bella ocasion ofrecida á madama de Genlis para poder mostrar la filantrópica educacion que habia dado á sus discípulos: agarró al vuelo la proposicion del prior, y le invitó á que la destruccion de la jaula se hiciese con toda solemnidad.

La ceremonia se aplazó para el dia siguiente.

Llegado éste subieron con gran pompa hasta el calabozo. Madama de Genlis conducia á sus cuatro educandos, el prior á sus doce religiosos y los carceleros iban cuidando á sus cinco ó seis prisioneros, á los que, como por distraccion, se habia autorizado á concurrir á la fiesta. Iban ademas tres carpinteros, que debian concluir la obra comenzada por el duque de Chartres.

Fácil era poner en escena este pequeño drama, y todo se hacia interesante en este calabozo tan fangoso y sombrío: subieron primero algunos religiosos, llevando antorchas encendidas; despues el prior, el resto de la comunidad y las personas de la Villa que fueron invitadas.

Los prisioneros y carpinteros aguardaban ya.

Se rodeó al fin la famosa jaula; un carpintero se adelantó y presentó su hacha al jóven duque de Chartres; tomola éste y descargó el primer golpe, diciendo:

—En nombre de la humanidad, destruyo esta jaula.
Los carpinteros acabaron la obra.

¡Ay! ¡cuán cierto es que no hay en esta vida ningun acontecimiento, que por alegre que sea, no tenga su lado triste para alguno! Un hombre habia allí, que con las lágrimas en los ojos, miraba caer en pedazos la jaula famosa. El duque de Chartres percibió su tristeza, y le preguntó la razon de ella.

—Monseñor, respondió el buen hombre, soy el suizo de la abadía, y sacaba gran provecho de esta jaula, que mostraba á los viajeros, refiriéndoles la historia del pobre gaceti-llero holandés: destruida la jaula, yo me he arruinado.

—Es verdad, dijo el duque de Chartres; yo os debo una indemnizacion.—Hé aquí diez luses, amigo mio, y en adelante, en vez de mostrar la jaula á los viajeros, les enseñaré el lugar en que estaba.

En 1830, el duque de Chartres, ya Luis Felipe I, recibió una diputacion de la villa de Avranches, que en la mitad de un discurso felicitándole por su exaltacion al trono, intercaló este recuerdo de 42 años atrás.

El rey contestó á sus felicitaciones con aquella facilidad que le era peculiar, añadiendo despues:

—Os agradezco el haberme recordado lo que he mirado siempre como una dichosa circunstancia de mi vida. Allí dí, en efecto, pruebas de mi amor á la libertad y de mi odio al despotismo, representado en aquella horrible roca. Tengo, añadió, un cuadro que representa aquella escena.

¡Ah, señor! ¿no hubiérais mirado como á un falso profeta, al que os hubiese dicho al fin de vuestro discurso:

—Rey popular, tú volverás á abrir ese convento, volverás á llenar sus calabozos, y el ruido de las quejas y gemidos que harás exhalar en ellos desde 1833 á 1848, absorberá para siempre el ruido del famoso hachazo de 1788?

Y sin embargo, señor, solo él os hubiera dicho la verdad en medio de los aduladores que os rodeaban.

CAPÍTULO IV.

EL duque de Chartres habia destruido la jaula de madera de Luis XIV.

El pueblo iba á destruir la jaula de piedra de Carlos V.

La dignidad real se engañó un dia: en lugar de encerrar los cuerpos en la Bastilla, llegó á encerrar las ideas.

Las ideas, mal comprimidas y guardadas por murallas de cuarenta piés de espesor, hicieron reventar á la fortaleza.

El pueblo entró por la brecha.

Los que forzaron la Bastilla no fueron ni Thuriot, ni Maillard, ni Elie, ni Hullin.

Fueron Pélisson, Voltaire y Linguet.

El duque de Orleans habia tomado parte en todos los movimientos que habian preparado la gran jornada del 14 de Julio; y solo su situacion falsa le habia impedido señalar francamente su posicion.

Si los La Fayette y los Lameth estaban incómodos en sus fraes republicanos, con mayor razon lo estaria un Orleans, un Borbon, un príncipe de la sangre, un descendiente del hijo quinto de San Luis.

Así es, que este hombre, que en Ouessant habia espuesto su pecho desnudo, sin mas coraza que su cordon azul, á las balas de siete buques de guerra ingleses, se revistió de un fuerte peto para ir á reunirse con sus tercios en la igle-

—En nombre de la humanidad, destruyo esta jaula.
Los carpinteros acabaron la obra.

¡Ay! ¡cuán cierto es que no hay en esta vida ningun acontecimiento, que por alegre que sea, no tenga su lado triste para alguno! Un hombre habia allí, que con las lágrimas en los ojos, miraba caer en pedazos la jaula famosa. El duque de Chartres percibió su tristeza, y le preguntó la razon de ella.

—Monseñor, respondió el buen hombre, soy el suizo de la abadía, y sacaba gran provecho de esta jaula, que mostraba á los viajeros, refiriéndoles la historia del pobre gaceti-llero holandés: destruida la jaula, yo me he arruinado.

—Es verdad, dijo el duque de Chartres; yo os debo una indemnizacion.—Hé aquí diez luses, amigo mio, y en adelante, en vez de mostrar la jaula á los viajeros, les enseñaré el lugar en que estaba.

En 1830, el duque de Chartres, ya Luis Felipe I, recibió una diputacion de la villa de Avranches, que en la mitad de un discurso felicitándole por su exaltacion al trono, intercaló este recuerdo de 42 años atrás.

El rey contestó á sus felicitaciones con aquella facilidad que le era peculiar, añadiendo despues:

—Os agradezco el haberme recordado lo que he mirado siempre como una dichosa circunstancia de mi vida. Allí dí, en efecto, pruebas de mi amor á la libertad y de mi odio al despotismo, representado en aquella horrible roca. Tengo, añadió, un cuadro que representa aquella escena.

¡Ah, señor! ¿no hubiérais mirado como á un falso profeta, al que os hubiese dicho al fin de vuestro discurso:

—Rey popular, tú volverás á abrir ese convento, volverás á llenar sus calabozos, y el ruido de las quejas y gemidos que harás exhalar en ellos desde 1833 á 1848, absorberá para siempre el ruido del famoso hachazo de 1788?

Y sin embargo, señor, solo él os hubiera dicho la verdad en medio de los aduladores que os rodeaban.

CAPÍTULO IV.

EL duque de Chartres habia destruido la jaula de madera de Luis XIV.

El pueblo iba á destruir la jaula de piedra de Carlos V.

La dignidad real se engañó un dia: en lugar de encerrar los cuerpos en la Bastilla, llegó á encerrar las ideas.

Las ideas, mal comprimidas y guardadas por murallas de cuarenta piés de espesor, hicieron reventar á la fortaleza.

El pueblo entró por la brecha.

Los que forzaron la Bastilla no fueron ni Thuriot, ni Mailard, ni Elie, ni Hullin.

Fueron Pélisson, Voltaire y Linguet.

El duque de Orleans habia tomado parte en todos los movimientos que habian preparado la gran jornada del 14 de Julio; y solo su situacion falsa le habia impedido señalar francamente su posicion.

Si los La Fayette y los Lameth estaban incómodos en sus fraes republicanos, con mayor razon lo estaria un Orleans, un Borbon, un príncipe de la sangre, un descendiente del hijo quinto de San Luis.

Así es, que este hombre, que en Ouessant habia espuesto su pecho desnudo, sin mas coraza que su cordon azul, á las balas de siete buques de guerra ingleses, se revistió de un fuerte peto para ir á reunirse con sus tercios en la igle-

sia de San Luis, á la cabeza de cuarenta y siete miembros de la nobleza.

Todavía, poco seguro con su peto, faltóle aire que respirar y se sintió malo: abrióse su chaleco y se percibió la coraza que le revestia.

Una igual se mandó fabricar para Luis XVI el 10 de Agosto, y el rey, débil como era, rehusó el colocársela.

Todos conocen la admirable frase que lanzó Mirabeau con este motivo, frase llena de una sublime obscenidad.

Elegido por unanimidad presidente de la asamblea nacional, cuando se trató de reemplazar á Bailly, cuyas funciones espiraban el 1.º de Julio, rehusó la presidencia, calculando que cuanto mas visible fuera su posicion, tanto mas necesario le seria tomar un partido rápido y decisivo. El pobre príncipe se encontraba mas á gusto en su media oscuridad, donde creia poder disimular mejor los latidos de su corazon y la palidez de su semblante.

Hé aquí por qué el partido de Orleans nunca fué bastante fuerte para obrar por sí solo, pero sí bastante visible para merecer que se le acusára.

Mucho tuvo que ver la Inglaterra en esta acusacion.

“Gastad, gastad, decia Pitt, y sobre todo no me deis cuentas.”

Así es, que estos millones que Pitt ordenaba se gastasen, servian no solamente para hacer una revolucion en Francia, sino para hacerla segun el corazon y los sentimientos de la Inglaterra; es decir, una revolucion terrible, sangrienta, infame muchas veces. Los ingleses tenian que hacer olvidar una cosa y que vengarse de otra.

Tenian que hacer olvidar la revolucion de 1648, el cadalso de Wite-Hall, los once años del reinado de Cromwell.

Tenian que vengarse del apoyo que prestó Francia á la América durante la guerra de la independenciam.

Pitt queria mucho menos á Washington libertando á su país, que á La Fayette coadyuvando voluntariamente al engrandecimiento de una nacion que no era la suya.

¿Se desea saber lo que pensaba madama de Staël, ese genio fuerte y noble, del carácter débil del duque de Orleans?

Copiarémos:

“Habia mas disgustos que proyectos, mas veleidades que ambiciones verdaderas. Lo que hacia creer que el partido de Orleans existia, era la idea establecida entre los publicistas de entonces, de que el estraviarse de la línea hereditaria, como habia sucedido en Inglaterra, podia ser favorable para el establecimiento de la libertad, colocando á la cabeza de la constitucion á un rey que la deberia el trono, en lugar de un rey que se creeria despojado por ella.

“Pero el duque de Orleans era, bajo todos conceptos, el hombre menos á propósito para representar en Francia el papel de Guillermo III en Inglaterra; y aun prescindiendo del respeto que se debia y se tenia á Luis XVI, el duque de Orleans no podia ni sostenerse á sí mismo, y por consecuencia, mucho menos podia servir de apoyo á ninguno.— Poseia mucha gracia, modales nobles, espíritu de sociedad; pero los acontecimientos que sufrió en su vida, desarrollaron en él una gran ligereza de principios; y cuando se sintió agitado por el huracán revolucionario, se encontró sin freno y sin fuerza alguna para detenerse. Mirabeau sondeó su valor moral en algunas conversaciones, y se convenció, despues de haberlo examinado, de que ninguna empresa política podia tener fundamento fijo en un carácter tan raro.

“El duque de Orleans votó siempre de acuerdo con el partido popular de la asamblea constituyente, quizás con la vaga esperanza de sacarse la primera suerte; pero esta esperanza jamas tuvo consistencia en cabeza alguna.

“Se dice que él ha comprado al populacho; pero sea esto cierto ó no, se necesita no tener ninguna idea de la revolucion para imaginarse que el tal dinero, si ha sido dado, haya ejercido alguna influencia. A un pueblo entero no se le pone en movimiento por tales medios. El mayor error de los cortesanos ha sido siempre el de querer buscar en algu-

nos hechos aislados la causa de los verdaderos sentimientos de la nación entera.”

Madama de Staël tiene razón: los grandes movimientos populares se llevan á efecto tan solo por esa necesidad de un cambio que en sus desgracias experimentan las naciones.

Esos movimientos son instintivos, irresistibles, providenciales. Los intereses individuales se aprovechan de ellos y conducen siempre á las naciones á un término muy distinto del que ellas deseaban.

Por eso, los parisienses, al tomar la Bastilla en 1789, no querían seguramente ni la prisión, ni el proceso, ni la muerte de Luis XVI.

Por eso los parisienses, al gritar *¡viva la Carta!* en 1830, no querían ni la caída de Carlos X, ni el llamamiento al trono del duque de Orleans.

Por eso los parisienses, al clamar *¡viva la Reforma!* en 1848, no querían ni la caída del rey Luis Felipe, ni la república.

Lo que querían en 1789 era una constitución.

Lo que querían en 1830 era que se les quitasen los estatutos.

Lo que querían en 1848 era el cambio de ministerio, era la reforma electoral.

Los intereses individuales han hecho lo demás.

Nuestra opinión sobre esto es, que como la Providencia no puede operar sino por medios humanos, estos intereses individuales son los medios de que se sirve la Providencia.

Pero los acontecimientos se suceden con rapidez:—volvamos á ellos.

El 10 de Julio, La Fayette, el hombre de las iniciativas, el que pasó una parte de su vida en hacer revoluciones y la otra en comprimirlas, el 10 de Julio, La Fayette leyó la declaración de derechos.

El 11 en la noche, en medio de su cena, recibió Necker

la orden de salir de Francia; metió la carta en su bolsillo, concluyó de cenar, y levantándose de la mesa pronunció esta sola palabra:

—Marchemos.

El 12, Luis XVI forma un nuevo ministerio, y el motin, ignorante todavía de su fuerza, mal asegurado todavía del peligro, el motin comienza á recorrer las calles.

Es Camilo Desmoulins, el único republicano quizá que hubiese entonces, en compañía de Péthion: Camilo Desmoulins es el alma de este alboroto.

El Palacio Real es el centro: el Palacio Real es el primero que ha tenido su *club*, el *Círculo social*, su diario, la *Boca de fierro*.

El Palacio Real, que tiene sus amotinados que enviarán diputaciones al cuerpo municipal (*Commune*) y á la asamblea.

Es del Palacio Real de donde brotan los hombres que quieren poner en libertad á los guardias franceses detenidos en la Abadía.

Es del Palacio Real de donde sale esa procesion que manchará de sangre el *Royal-Allemand*, y que lleva en triunfo los bustos de Necker y del duque de Orleans.

Es en el Palacio Real, en fin, donde muje el violento huracan que destruirá la Bastilla.

¿Adónde estaba el duque de Orleans durante esta terrible jornada? Tras de alguna ventana medio entreabierta, que miraba á una calle donde ardía la confusion y el desórden.

¿Adónde estaba el duque de Chartres? Oh! eso no lo sabe nadie: el duque de Chartres estaba con sus hermanos, su hermana y madama de Genlis en el castillo de Saint-Leu.

Pronto estaba á representarse el drama, cuando vinieron á avisar que las trincheras estaban ardiendo, que el *Royal-Allemand* habia hecho fuego sobre el pueblo, que los guardias franceses habian contestado al *Royal-Allemand*, y que se dirijian hácia la Bastilla.

Era una noticia demasiado interesante para que no se interrumpiese al momento el espectáculo. Los actores todos, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para cambiar de vestidos, montaron unos á caballo y otros en sus coches: uno de ellos llegó hasta el Boulevard en traje de Polifemo, y tomado equivocadamente por un aristócrata que se burlaba de la situación, le faltó poco para que le hubiesen hecho pedazos.

En esa época la casa de Beaumarchais, de la que todavía hemos conocido las ruinas, se alzaba sobre el Boulevard en medio de un delicioso jardín, con azotea. Beaumarchais era el amigo del Palacio Real: madama de Genlis condujo á los jóvenes príncipes á casa del autor de *El Casamiento de Fijaro*, y del jardín de éste fué desde donde vieron la caída de la Bastilla.

Esta caída causó un placer muy vivo al duque de Chartres.

Un folleto realista que tenemos á la mano le acusa de no haber podido contener el entusiasmo que experimentó con tal espectáculo.

“No podía estarse quieto un instante; movía los piés, se frotaba las manos, saludaba á todos los que pasaban, en fin, era tal su delirio, que madama de Genlis, que interiormente no estaba menos gozosa que él, creyó deber reprimir tan indiscretas demostraciones.”

No estamos nosotros de acuerdo con el folleto realista: ese entusiasmo era muy digno y hermoso, Señor. ¿Por qué no ordenásteis hacer un cuadro de la toma de la Bastilla, como lo mandásteis hacer de la destrucción de la jaula de fierro del Monte de San Miguel? Quizás ya rey hubiésteis fijado en él vuestra vista y hubiésteis comprendido qué poca lógica había entre la acción del príncipe y la conducta del rey.

Después de la jornada del 14 de Julio, llegó la noche del 4 de Agosto. El duque de Orleans tomó parte en los sacri-

ficios de esta noche, y renunció á todas sus prerogativas como *Bailio-Desonniere* en la Francia Valona.

Pero nada de esto ministraba pan á la Francia, y la Francia se moría de hambre.

CAPITULO V.

Los terribles presagios se multiplicaban, no anunciando por esa vez la muerte de un rey, pero sí el fin de una monarquía: hacia un año que no se oía hablar mas que de desgracias.

El 13 de Julio de 1788 una granizada espantosa habia devastado toda la Francia: el territorio de Chartres, el mas rico de Francia, se habia arruinado completamente: cuarenta y tres parroquias de la isla de Francia no habian recojido sus cosechas, y de Clermont en Beauvoisis escribian que cincuenta y cuatro parroquias, no solo no tenian qué comer, sino que aun les faltaba para sembrar.

Y el invierno se aproximaba, con el terrible aliado del hambre, *el frio*; ¡pero qué frio! diez y siete grados.—El puerto de Marsella se heló; la mar se heló en Calais: mas de dos leguas podian andarse sobre los hielos del canal de la Mancha como si fuesen los de un Océano polar: el Loire se desbordó, el Rhóne inundó el valle: en las costas de Nantes se

Era una noticia demasiado interesante para que no se interrumpiese al momento el espectáculo. Los actores todos, sin tomarse siquiera el tiempo necesario para cambiar de vestidos, montaron unos á caballo y otros en sus coches: uno de ellos llegó hasta el Boulevard en traje de Polifemo, y tomado equivocadamente por un aristócrata que se burlaba de la situación, le faltó poco para que le hubiesen hecho pedazos.

En esa época la casa de Beaumarchais, de la que todavía hemos conocido las ruinas, se alzaba sobre el Boulevard en medio de un delicioso jardín, con azotea. Beaumarchais era el amigo del Palacio Real: madama de Genlis condujo á los jóvenes príncipes á casa del autor de *El Casamiento de Fijaro*, y del jardín de éste fué desde donde vieron la caída de la Bastilla.

Esta caída causó un placer muy vivo al duque de Chartres.

Un folleto realista que tenemos á la mano le acusa de no haber podido contener el entusiasmo que experimentó con tal espectáculo.

“No podía estarse quieto un instante; movía los piés, se frotaba las manos, saludaba á todos los que pasaban, en fin, era tal su delirio, que madama de Genlis, que interiormente no estaba menos gozosa que él, creyó deber reprimir tan indiscretas demostraciones.”

No estamos nosotros de acuerdo con el folleto realista: ese entusiasmo era muy digno y hermoso, Señor. ¿Por qué no ordenásteis hacer un cuadro de la toma de la Bastilla, como lo mandásteis hacer de la destrucción de la jaula de fierro del Monte de San Miguel? Quizás ya rey hubiésteis fijado en él vuestra vista y hubiésteis comprendido qué poca lógica había entre la acción del príncipe y la conducta del rey.

Después de la jornada del 14 de Julio, llegó la noche del 4 de Agosto. El duque de Orleans tomó parte en los sacri-

ficios de esta noche, y renunció á todas sus prerogativas como *Bailio-Desonniere* en la Francia Valona.

Pero nada de esto ministraba pan á la Francia, y la Francia se moría de hambre.

CAPITULO V.

Los terribles presagios se multiplicaban, no anunciando por esa vez la muerte de un rey, pero sí el fin de una monarquía: hacia un año que no se oía hablar mas que de desgracias.

El 13 de Julio de 1788 una granizada espantosa habia devastado toda la Francia: el territorio de Chartres, el mas rico de Francia, se habia arruinado completamente: cuarenta y tres parroquias de la isla de Francia no habian recojido sus cosechas, y de Clermont en Beauvoisis escribian que cincuenta y cuatro parroquias, no solo no tenian qué comer, sino que aun les faltaba para sembrar.

Y el invierno se aproximaba, con el terrible aliado del hambre, *el frio*; ¡pero qué frio! diez y siete grados.—El puerto de Marsella se heló; la mar se heló en Calais: mas de dos leguas podian andarse sobre los hielos del canal de la Mancha como si fuesen los de un Océano polar: el Loire se desbordó, el Rhóne inundó el valle: en las costas de Nantes se

veían morir los pescados, y en Lille se encontraron niños y ancianos helados en sus mismas camas. En el mismo Paris se secaron las fuentes, los pozos se cambiaron en hielo, y los molinos de agua tuvieron que detener todos sus trabajos.

Algunas personas ensayaron el comer salvado, y otras, yerbas cocidas.

El duque de Orleans se portó admirablemente durante este invierno: los historiadores dicen que *por cálculo*; ¿pero qué nos importa eso á nosotros, que juzgamos de los hechos y no de los pensamientos? Admirablemente, repetimos, porque hizo distribuir pan y carne al pueblo en varios arrabales de la capital, y encender fuegos inmensos en sus patios. Su intendente ordenó al cura de San Eustaquio, el abate Poupert, repartiéndose entre los pobres, no dirémos que en su nombre, pero sí á su cuenta, mil libras de pan todas las mañanas. Hizo mas: mandó trasformar en cocinas dos cocheras del Palacio-Borbon, y todo el dia se preparaban en ellas enormes asados que se servían á los transeuntes.

Seria *cálculo*, pero fué un cálculo sublime en sus resultados, porque salvó la vida á millares de personas.

En este invierno terrible fué cuando acabaron de exaltar-se los espíritus: los fumaderos públicos vieron vagar entre hombres de andrajosos vestidos y de caras pálidas, mas de un proyecto amenazador, pero quizás menos amenazador todavía que los que vagaban en el círculo del Palacio-Real, en el café Fo y, ó en el gabinete de lectura de Girardin, entre los hombres que se llamaban Camilo Desmoulins, el marqués de Saint-Huruge, Danton y Marat.

El frio cesó con la primavera, pero continuó el hambre. Nada se habia arreglado entre la municipalidad y la asamblea, que atacaban, y la corte, que se defendía. El pueblo vivía á la aventura: su subsistencia pendía de la incierta llegada de un buque de Corbeil, ó de un convoy de la Beauce. Muy á menudo llegaba la media noche sin que tuviese Bailly mas que la mitad de la harina que necesitaba para el

otro dia, y entonces el pobre astrónomo se valentonaba, se volvía furioso, y llegaba hasta prorumpir en amenazas.

Un dia los habitantes de Versalles hicieron retroceder á un convoy que se dirigía á Paris.

“Si no nos volveis las harinas que nos habeis tomado, se escribia á Mr. Necker, treinta mil hombres irán mañana á buscarlas.”

Y las harinas volvieron.

La distribucion del pan se hacia entonces á las cinco de la tarde, hasta cuya hora esperaba el pueblo ansioso á las puertas de las panaderías para comprarlo, despues de haber perdido el dia entero. El pobre habia almorzado en la mañana, comeria en la tarde; y tendria que trabajar todo el dia siguiente para volver á comprar otro pan, á las cuarenta y ocho horas de haber comprado el primero. ¡Esto era horrible!

Las mujeres eran las que mas sufrían: sufrían por sus maridos, á los que el hambre volvía brutales; sufrían por sus hijos á los que el hambre volvía injustos.

—¿Por qué no me das pan cuando tengo hambre? preguntaba el niño, á quien la naturaleza no habia dado aún el conocimiento necesario para comprender la impotencia maternal. Así es como se forma una revolucion instantánea, y aquella, comprendíase que serían las mujeres las que llegarían á hacerla.

Los hombres habian hecho el 13 y el 14 de Julio: las mujeres hicieron el 5 y el 6 de Octubre.

Todas las faltas de comestibles se achacaban á la corte. La vuelta á Versalles del convoy de harinas, habia causado mucha sensacion.—Si han retornado los granos, decían, serán para el rey, para la reina, para el delfin y para la corte: ¿pero para qué quieren tantas harinas? *Panadero, panadera, mozo de tahona*: así era como llamaban al rey, á la reina y al pobre delfin, que tambien él habia de llegar á saber un dia lo que era hambre.

—Si el rey, la reina y el delfin estuviesen en Paris, en lugar de hallarse en Versailles, no sucederia esto, añadian.

—¿Por qué no los irán á buscar á Versailles, y los traerán á Paris?

En la tarde del 4 de Octubre, mas de cien mil personas habia quizás en Paris que no habian comido hacia veinticuatro horas, y mas de cinco ó seis mil que no habian comido hacia cuarenta y ocho.

El 4 en la noche, una mujer corre del barrio de San Dionisio al del Palacio Real, gritando:

—¡A Versailles! ¡Mañana á Versailles!

El 5 en la mañana, coje una muchacha un tambor y toca llamada. Quince mil mujeres se reunieron al instante, gritando: ¡A Versailles!

Ya se sabe cuál fué el resultado de esta terrible peregrinacion á mano armada, en la que el santo que se iba á invocar estaba amenazado de muerte.

Tres ó cuatro paisanos y cinco ó seis guardias de corps perdieron en ella la vida. Sangrienta espiacion de la famosa comida del día 1º, en la que la reina apareció con el delfin de la mano, y con la escarapela negra en la gorra.

En medio de esa orgía, un dragon borracho declara que es emisario del duque de Orleans y que el duque de Orleans le ha encargado asesinar al rey. Se hace él mismo una pequeña herida, y ruega á sus camaradas acaben de matarlo: estos cumplen en parte su deseo, dejándolo medio muerto á fuerza de golpes.

El 1º y el 3 de Octubre fijaron el 5 y el 6. Las cabezas de Varicourt y Deshutttes, matados á la puerta de la cámara de la reina, llevadas á Paris en las puntas de dos picas, fueron los odiosos trofeos de esa jornada.

La traida del rey á Paris fué un resultado inmenso.

El duque de Orleans estaba absolutamente inocente en el movimiento del 5 y el 6 de Octubre. Anduvo muy agitado de aquí para allá, en la noche del 5 al 6, y aun se le vió

en el camino de Paris á Versailles, es verdad; pero nadie tiene la menor sospecha ni le acusan de nada. El 6 en la mañana se muestra en el patio de mármol, en el que aun yacen los sangrientos troncos de los guardias, con una varita en la mano y una enorme escarapela en el sombrero.

Pero se ha pronunciado su nombre, en la comida por un soldado borracho, y en la noche por ese famoso pueblo. Despues se ha presentado con su escarapela, jugando con su varita, á ofrecer sus servicios al rey. El rey le vuelve la espalda, la reina le acusa. El duque de Orleans y Mirabeau, decian, son los autores de esas terribles jornadas: ellos son los responsables de la sangre que ha llegado á salpicar á la reina hasta en l' Œil-de-Bœuf.

El duque de Orleans, añadian, anhela la tenencia general del reino, y Mirabeau desea el ministerio.

Pero ¿qué hacer del duque de Orleans? El duque no era un hombre de quien poderse desembarazar con una palabra ó con una señal.

Liége acababa de sublevarse; el pueblo habia desterrado á su príncipe-obispo, y se habia echado sobre el gobierno. Esta era una bella ocasion: ¿querria el príncipe partir para los Países Bajos, calmar esa insurreccion del Austria contra la Bélgica? Podia ganar un hermoso título una vez efectuada la paz.

¿Qué diria del ducado soberano de Brabante?

M. de Montmorin se encargó de hacer esta proposicion al duque.

El duque la rehusó.

Entonces se le despachó á La Fayette.

Sirviéndose de su reputacion de anglomanía, deberia ofrecerse al duque una hermosa posicion en Inglaterra.

La Fayette le dirigió uno de esos discursos vacíos, pero sonoros, que tan bien sabia formar.

—Príncipe, le dijo, las gradas del trono están rotas; pero

el trono se conserva todavía, y se conservará siempre entero, porque es el escudo de la constitucion y de la libertad del pueblo. El rey y la Francia necesitan de paz, y vuestra presencia en estos sitios es un obstáculo para obtenerla. Los enemigos de la patria, que son los vuestros, abusan de vuestro nombre para estraviar á la multitud y escitarla al desórden. Ya es tiempo de poner fin á esos trastornos, á esas voces injuriosas. Vuestras relaciones en Inglaterra os dan los medios de prestar en ella servicios importantes al reino: el rey os hace cargo de defender allí sus intereses, persuadido de que os apresuraréis á corresponder dignamente á esta honrosa prueba de su confianza, contribuyendo al restablecimiento del órden, privando desde este instante de un pretesto á los perturbadores del reposo público.

El duque tenia buenas ganas de rehusar esta oferta como la primera; pero no encontró un pretesto para hacerlo.

Era este un hermoso y buen destierro, oculto bajo una mision.

El duque de Orleans partió.

CAPÍTULO VI.

MADAMA de Genlis, á la que madama de Buffon, nueva querida titular del duque desterrado, no habia privado en manera alguna de su influencia política, madama de Genlis

quedó encargada por él de velar sobre los jóvenes príncipes, á los cuales dejó trazada una línea de conducta durante su ausencia, cuya duracion no podia preverse.

Es por lo mismo muy difícil de creer, que sin la influencia paternal el joven duque de Chartres y sus dos hermanos, los duques de Beaujolais y de Montpensier, se presentasen todos tres con el uniforme de guardias nacionales en el distrito de San Roque, á prestar el juramento patriótico, del que por su corta edad estaban dispensados, pues solo era exigible á los veintium años.

No fué esto todo. El duque de Chartres asistia con la mayor exactitud á todas las sesiones de la asamblea nacional y del club de los Jacobinos. Un folleto realista asegura que el duque de Chartres y sus dos hermanos se hallaban en la asamblea nacional, en la tribuna de los suplentes, el dia en que Péthion y Mirabeau denunciaron el banquete dado á los guardias y á los oficiales del regimiento de Flandes.

¿Era cierto? Hé aquí lo que decia el folleto:

“Los realistas quedaron estupefactos, los orleanistas se desataron en dicterios, se enloquecieron todas las cabezas, y se lanzaron gritos de sangre. Mirabeau, Sillery, Alejandro de Lameth, Carlos de Lameth, Péthion y Grégoire gritaron con espantosa voz: “¡La nacion necesita víctimas!” Los orleanistas que se hallaban en la tribuna tomaron parte en esta embriaguez, en esta sed de sangre. Puget de Berbantane gritó desde la de los suplentes: “¡Parece que esos señores quieren todavía mas linternas; pues bien, se las daremos!” La esposa de Carlos de Lameth, que estaba á su lado, le habló al oido, y entonces repitió con animado tono: “¡Eh! ya vd. lo ve, madama, esos señores piden todavía linternas!”—¡Esto es abominable!—esc laman los marqueses de Raignecorut y de Beauharnais que se encontraban allí: ¡Osar decir aquí semejantes propósitos!— Los duques de Chartres y de Montpensier, hijos del duque

de Orleans, estaban tambien en la misma tribuna. El primero al oír la exclamacion de aquellos, les dijo con un tono de burla, y aplaudiendo:

—“Sí, señores, sí, ¡aun se necesitan mas linternas!”—

Lo que hemos copiado puede no probar que el duque de Chartres se espresó en aquellos términos, pero sí prueba que al menos el duque estaba en la asamblea ese día.

Es verdad que ese día el duque de Orleans estaba todavía en Versalles.

Pero, ya lo hemos dicho, ya estaba éste en Inglaterra, cuando el duque de Chartres y sus dos hermanos se presentaron el 9 de Febrero en el distrito de San Roque con el uniforme de guardias nacionales, y borrando aquel todos los títulos de nobleza con que habian adornado su nombre, añadió en su lugar solamente:

—“Ciudadano de Paris.”

Un día, un publicista le dió al pueblo el dictado de bestia feroz, y el duque de Chartres indignado, respondió al publicista en el diario de Marat, *El Amigo del Pueblo*.

En el diario de Marat, esto tenia su significado. . . .

Mas aún: el jóven revolucionario el día en que la asamblea abolía el derecho de primogenitura, abrazó á su hermano el duque de Montpensier diciéndole:

—Estoy muy contento, hermano mio, con el tal decreto; pero aun cuando la asamblea no lo hubiese dictado, para nosotros hubiese sido lo mismo.

El duque de Chartres deseaba entrar en los Jacobinos, pero tal paso era muy grave: su madre, la digna princesa de Penthièvre, se oponia á él con todo su poder.

Es verdad que su poder no era muy grande.

Dividido entre dos queridas, madama de Buffon y madama de Genlis, el duque de Orleans habia dado á la una su amor, á la otra su influencia.

Sin embargo, esta oposicion de la duquesa dió por resultado el que para dar aquel paso se esperase á la vuelta de

su marido, el cual, despues de diez meses de destierro, fué llamado para asistir el 14 de Julio de 1790 al campo de Márte, á la fiesta de la Federacion.

Algunos dias despues de su llegada de Inglaterra, fué cuando la duquesa de Orleans escribió una carta á su marido, carta que nos parece muy importante para dejar de insertarla tóda entera (1).

A pesar de esta carta, en que la esposa se resigna y la madre suplica, el duque de Chartres fué recibido en los Jacobinos.

Hé aquí cómo el jóven príncipe cuenta él mismo esta recepcion en su Diario.

Se nos habia olvidado decir, que á instancias de madama de Genlis el duque de Chartres llevó un Diario de sus acciones, de sus ideas y de sus impresiones, sin faltar dia, desde el 23 de Octubre de 1790, hasta el 23 de Agosto de 1791.

Este Diario existe todavía: nosotros le tenemos á la vista. Ha sido impreso en 1800 y reimpresso en 1831.

Volvamos á la nota del Diario relativa al 1º de Noviembre de 1790.

1º de Noviembre.—“He comido en Monceaux: y habiendo aprobado mi padre mi vivo deseo de entrar en los Jacobinos, M. de Sillery me ha presentado.”

2 de Noviembre.—“Ayer fuí recibido en los Jacobinos, y me han aplaudido mucho.”

No le bastaba el ser recibido en los Jacobinos: el jóven príncipe quiso que no se estableciese ninguna diferencia entre su noviciado y el de los otros miembros del club; y durante un mes llenó las funciones de portero ó bedel; es decir, tenia que abrir y cerrar las puertas, introducir á los miembros de la sociedad, rechazar á los intrusos é imponer silencio á los alborotadores.

[1] Véanse las notas justificativas, núm. 1.

Nada de esto amortiguó el entusiasmo del joven príncipe por la ilustre asamblea, y la prueba es, que quiso hacer entrar también en ella á su hermano Montpensier.

El 3 de Noviembre se encuentra en su Diario la nota siguiente:

“He pedido que la edad fija para la recepción en los Jacobinos, sea la de diez y ocho años: no se ha admitido mi solicitud, y entonces he dicho que tenía interés en su admisión, porque mi hermano deseaba ardientemente pertenecer á la sociedad. M. Collot-d’Herbois ha contestado que su falta de edad no importaba; que cuando se ha recibido una educación como la suya, estaba en el caso de que se le exceptuara. Le he dado las gracias y me he salido.”

¿No os parece que el duque de Chartres no comienza mal su carrera revolucionaria? Escribe en el Diario de Marat, y busca un protector á su hermano en M. Collot-d’Herbois.

En Marat, se comprende bien, tenía el duque una especie de convicción, la convicción del buitre y de la pantera; pero en Collot-d’Herbois, en el mal poeta, en el miserable bufón, en el tribuno siempre borracho, en el futuro bombardador de Lyon, en el futuro autor de las proscripciones de 93!

Los Jacobinos que llegarían á cortar la cabeza al padre, prodigaban las mayores muestras de afecto á los hijos. Veamos el Diario:

3 de Noviembre.—“Estuve esta mañana en la asamblea, y en la tarde me han nombrado miembro del comité de presentaciones, es decir, del comité encargado de examinar las proposiciones todas.”

9 de Noviembre.—“Esta tarde he estado en los Jacobinos y se me ha nombrado Censor: he sabido también que he sido elegido como uno de los diputados encargados de presentar á la asamblea el proyecto relativo á los juegos florales.”

Terminaremos aquí las citas del Diario del duque de Chartres. Nada que llame la atención se encuentra en ellas, como puede verse; solo su gran entusiasmo por la revolución y su inmenso amor á los Jacobinos.

CAPÍTULO VII.

APRESURÉMONOS á manifestar, para no hacer al duque de Chartres más sansculote de lo que era, que los Jacobinos de 1791 no se parecían en nada á los Jacobinos de 93.

No son ni los mismos hombres ni las mismas opiniones: una exterioridad brillante oculta sombrías y terribles profundidades.

Sin embargo, hay ya cierta cosa que dá mucho en que pensar á los espíritus escudriñadores.

El fundador de los Jacobinos es Duport, un sabio, un pensador, un hombre de especulación y de experiencia revolucionaria. Antes de fundar su club, había reunido en su casa, calle de Grand-Chantier, cerca del Templo, á algunos hombres políticos que conocían á fondo como él la policía parlamentaria y la antigua organización de los motines, practicada tantas veces por los tribunales y el pueblo en favor del gobierno.

Mirabeau y Siéyés fueron una sola vez á casa de Duport, y al retirarse se miraron asustados.—Política de caverna, dijo Siéyés, y no quiso ya volver más.

Nada de esto amortiguó el entusiasmo del joven príncipe por la ilustre asamblea, y la prueba es, que quiso hacer entrar también en ella á su hermano Montpensier.

El 3 de Noviembre se encuentra en su Diario la nota siguiente:

“He pedido que la edad fija para la recepción en los Jacobinos, sea la de diez y ocho años: no se ha admitido mi solicitud, y entonces he dicho que tenía interés en su admisión, porque mi hermano deseaba ardientemente pertenecer á la sociedad. M. Collot-d’Herbois ha contestado que su falta de edad no importaba; que cuando se ha recibido una educación como la suya, estaba en el caso de que se le exceptuara. Le he dado las gracias y me he salido.”

¿No os parece que el duque de Chartres no comienza mal su carrera revolucionaria? Escribe en el Diario de Marat, y busca un protector á su hermano en M. Collot-d’Herbois.

En Marat, se comprende bien, tenía el duque una especie de convicción, la convicción del buitre y de la pantera; pero en Collot-d’Herbois, en el mal poeta, en el miserable bufón, en el tribuno siempre borracho, en el futuro bombardador de Lyon, en el futuro autor de las proscripciones de 93!

Los Jacobinos que llegarían á cortar la cabeza al padre, prodigaban las mayores muestras de afecto á los hijos. Veamos el Diario:

3 de Noviembre.—“Estuve esta mañana en la asamblea, y en la tarde me han nombrado miembro del comité de presentaciones, es decir, del comité encargado de examinar las proposiciones todas.”

9 de Noviembre.—“Esta tarde he estado en los Jacobinos y se me ha nombrado Censor: he sabido también que he sido elegido como uno de los diputados encargados de presentar á la asamblea el proyecto relativo á los juegos florales.”

Terminaremos aquí las citas del Diario del duque de Chartres. Nada que llame la atención se encuentra en ellas, como puede verse; solo su gran entusiasmo por la revolución y su inmenso amor á los Jacobinos.

CAPÍTULO VII.

APRESURÉMONOS á manifestar, para no hacer al duque de Chartres más sansculote de lo que era, que los Jacobinos de 1791 no se parecían en nada á los Jacobinos de 93.

No son ni los mismos hombres ni las mismas opiniones: una exterioridad brillante oculta sombrías y terribles profundidades.

Sin embargo, hay ya cierta cosa que dá mucho en que pensar á los espíritus escudriñadores.

El fundador de los Jacobinos es Duport, un sabio, un pensador, un hombre de especulación y de experiencia revolucionaria. Antes de fundar su club, había reunido en su casa, calle de Grand-Chantier, cerca del Templo, á algunos hombres políticos que conocían á fondo como él la policía parlamentaria y la antigua organización de los motines, practicada tantas veces por los tribunales y el pueblo en favor del gobierno.

Mirabeau y Siéyés fueron una sola vez á casa de Duport, y al retirarse se miraron asustados.—Política de caverna, dijo Siéyés, y no quiso ya volver más.

Después de Duport, los que gozaban de mas influencia entre los Jacobinos eran Barnave y Lameth.

—Lo que Duport piensa, decíase, Barnave lo dice y Lameth lo ejecuta.

Mirabeau los habia bautizado con el nombre de *triumgucusat*.

Aparte de eso los Jacobinos son á esa hora la mejor sociedad de Paris. Es una reunion distinguida, acicalada, coqueta, y sábia sobre todo. Además de Duport, Lameth y Barnave, trinidad política del lugar, se encuentran allí en cada sesion á La Harpe, Chénier, Champfort, Andrieux, Sedaine, Vernet, Larive y Talma. Laís el cantor revisa las credenciales, el duque de Chartres, segun él mismo lo dice, es portero, y Lacroix, el autor de las *Amistades peligrosas*, ese hombre taciturno y sombrío, cuya sonrisa es tan caústica, Lacroix, el agente directo del duque de Orleans, preside la mesa, mientras que Maximiliano de Robespierre es dueño de la tribuna.

De todos esos hombres, uno solo debia servir de lazo entre los Jacobinos de 91, y los Jacobinos de 93; entre los falsos y los verdaderos Jacobinos.

Ese hombre era Robespierre.

Ahora, los Jacobinos futuros, los que aparecerán al paso y á medida que los otros se hundan en el abismo revolucionario, son Saint-Just, Couthon, Collot-d'Herbois, Tallieu, Santerre, Henriot, Lebas, Carrier, Garat y Roumme.

Se ve, pues, que esta segunda asamblea no se parece en nada á la primera.

¿Preveria la pobre duquesa de Orleans la llegada de la segunda asamblea oculta bajo la primera, al suplicar á su marido no permitiese la entrada de su hijo en los Jacobinos?

No, ciertamente: ella no veia mas que el resfrío de sus hijos hácia ella, y su amor creciente hácia una estraña.

“Como vamos á empezar otra vez nuestras correrías, ahora que hace buen tiempo, escribia el duque de Char-

tres, he anunciado á mi madre que no podria ya comer con ella mas que dos veces á la semana: le ha parecido muy bien, y me ha dicho que lo que á mí me gustase le gustaria siempre; que estaba bien segura de que yo iria á comer á su lado todas las veces que pudiera, pero no queria que me molestara.”

Al mismo tiempo el duque de Chartres escribia á madama de Genlis:

“Lo que mas amo en el mundo es la nueva constitucion y usted.”

Este fué el último golpe dado al amor maternal de la pobre duquesa. Abandonó de repente á Paris, yendo á refugiarse á Eu, al lado de su padre, y desde allí pidió separarse de su marido, fundándose en la diferencia de opiniones políticas y religiosas, en la ruina de su fortuna y en su odio hácia madama de Genlis.

Entonces fué madama de Genlis la que á su turno abandonó Bellechasse; pero lo mismo que Luis XV cuando la separacion de su preceptor M. de Fréjus, madama Adelaida se enfermó tan gravemente de pesar, que fué necesario volver á llamar á madama de Genlis.

Todas estas disensiones de familia causaron gran pena al jóven duque de Chartres, y entonces escribió las siguientes líneas, que son una imitacion del estilo de Rousseau, y en las que resalta toda la sensibilidad de los escritores de la época:

22 de Mayo de 1794.—“Las desgracias que hemos experimentado desde hace seis semanas, los cuidados que he prestado á mi pobre hermana, mis ocupaciones y mi traslacion á una nueva vivienda, me han hecho suspender mi Diario. Vuelvo á seguirle y daré cuenta de todas mis acciones, y hasta de todos mis sentimientos: al leerlo se leerá en mi alma, pues nada omitiré en él ni de bueno ni de malo. Desde hace cerca de un año, mi naturaleza me combate muy á menudo: sufro mucho; pero mi dolor nada tiene de

acerbo, al contrario, me hace vislumbrar un venturoso porvenir. Pienso en la dicha que gozaré al lado de una mujer amable y linda, que me prestará un medio legítimo de satisfacer los deseos ardientes que me devoran. Conozco bien que ese momento aun está lejano; pero llegará al fin; y esto me consuela y sostiene: sin eso quizás sucumbiría y me lanzaría á una vida desarreglada como todos los jóvenes. ¡Oh madre mia: yo os bendigo por haberme preservado de tantos males, inspirándome sentimientos de religion, en los que encuentro toda la fuerza que necesito. . . .!”

¿A quién creéis que se dirige la exclamacion de madre mia? ¿A la duquesa de Orleans, no es verdad? Pues os equivocais. Se dirige á madama de Genlis, á la querida de su padre, á la mujer, en fin, que con la nueva constitucion es lo que mas ama el jóven duque en el mundo.

Estraña idea tuvo el príncipe al hacer imprimir su Diario en 1800, y reimprimirle en 1831.

Mientras que en el interior de la casa del duque pasaban los diversos acontecimientos de familia que acabamos de referir, los sucesos políticos se sucedian, conduciendo á la Francia al 93, y al rey al 21 de Enero.

Necker presenta su dimision, y aplaudido un año antes como vencedor, huye como fugitivo: los parlamentos se suprimen. La asamblea, prevenida por el rey de que los emigrados fomentan entre los príncipes alemanes disposiciones hostiles, ordena se pongan todos los regimientos bajo un buen pié de guerra, y manda una leva de cien mil soldados auxiliares para completar los cuerpos que tengan plazas de menos.

A este decreto se sigue otro, ordenando á todos los coroneles propietarios vayan á unirse á sus regimientos, bajo pérdida de empleo.

En consecuencia el duque de Chartres partió el 14 de Junio para Vendôme, á donde estaba el suyo.

Este era el 14.^o de Dragones, el cual llevaba el nombre de Dragones de Chartres.

El dia 15 ya se habia unido á él; y el 16 empezó su servicio militar.

Este servicio lo desempeñaba el duque de Chartres con entusiasmo, á lo que parece, por lo que leemos en su Diario:

16 de Junio.—“Me he levantado esta mañana á las cuatro y tres cuartos, y á las seis he visitado todas las cuadras en compañía del teniente coronel.”

17.—“He estado esta mañana en las cuadras y no habia ningun oficial: debe siempre haber uno; los dragones me ponen muy buena cara.”

18.—“Esta mañana á las seis todos los oficiales estaban en las cuadras, en sus puestos.”

Volvemos á los Jacobinos: ya se sabe de qué hormiguero de clubs habia cubierto las provincias la logia madre. La sociedad de *Los Amigos de la Constitucion* de Vendôme, es solo una copia en pequeño de la Sociedad de Paris.

19.—“He estado en los Amigos de la Constitucion; los presidentes faltaban y me han nombrado presidente interino: he puesto algunas dificultades: he dicho que no podia estar mucho tiempo porque tenia algunas cartas que escribir para el correo de Paris; pero todo ha sido inútil, me he visto obligado á presidir y he presidido.”

Ahora bien, si el lector no está suficientemente edificado con los sentimientos revolucionarios del jóven príncipe, que nos permita presentarle esta nota del 20 de Junio:

“Esta mañana á las seis, lloviendo mucho, estuve en las cuadras: al salir de una, de la de M. Martin, me encuentro con M. Leguonde, que me dice:—Señor, ¿cómo venis á las cuadras con el tiempo que hace?—Nada me detiene, caballero, para cumplir mi deber.—Pero no deberíais prodigaros tanto; seria mejor que los dragones os viesan menos á menudo.—Yo no veo una razon para eso.—Es muy peligroso el que pierdan los dragones el temor que les inspira vuestro cordon azul, y la idea de que sois un Borbon.—Lejos de creer que sea peligroso el hacer perder á los

dragones el temor que indicais, deseo mucho que sea mi persona la respetada, y no todas esas faramallas.—Pero con faramallas se gobierna y conduce á los hombres. Si me fuera permitido daros un consejo sobre el club, os diria que en vuestro lugar no hubiera rehusado la plaza con que querian distinguiros, porque creo que hay un inminente riesgo en que os senteis en el mismo banco que un dragon. Eso lo habitúa á miraros como á un igual suyo.—*Mejor me hubiera comido esta silla que recibir una distincion cualquiera. Yo las detesto, y no me convenceré nunca de que sean necesarias para la disciplina de un regimiento. Os declaro que tanto respeto á un antiguo militar que lleva la señal de los servicios prestados á su patria, como desprecio al que pasa su vida en las antecámaras para obtener un cordon azul. Hé aquí mi opinion sobre las distinciones honoríficas. Usted tiene la suya, y á mí me es imposible cambiar la mia; con que mudemos de conversacion.*”

El señor duque de Chartres escribia esta nota el 20 de Junio, es decir, la vispera del día en que el rey debia abandonar la Francia.

El rey, detenido en Varennes por Drouet, hijo del maestro de postas de Sainte-Menehould, retornó á Paris conducido por el pueblo armado, y acompañado de Barnave, Latour-Maubourg y Péthion.

Ya se sabe el efecto que produjo esta huida en toda la Francia. La asamblea suspendió al rey de sus funciones, y como parecia ser este un ligero castigo para tan grave falta, el *Patriota francés* publicó las siguientes líneas:

“Que los ochenta y tres departamentos se unan y declaren que ya no quieren tiranos, ni monarcas, ni protectores, ni regentes, que son sombras de reyes, tan funestas á la cosa pública como la sombra del bohon-upas, que es mortal. Nombrando un regente, se enciende la guerra civil, y mas que por la libertad combatirá cada uno por tener un amo de su eleccion.”

Ya se comprende que si el *Patriota francés* era de este modo de pensar, otros diez diarios eran de opinion contraria: muchos deseaban la regencia, llegando algunos á hablar á las claras del duque de Orleans.

El príncipe publicó esta declaracion en el periódico llamado *La Asamblea Nacional*:

“Habiendo leído, señor, en vuestro Diario, número 689, vuestra opinion sobre las medidas que deben adoptarse, desde la vuelta del rey, y todo lo que con respecto á mí os ha dictado vuestra justicia y vuestra imparcialidad, debo repetiros lo que ya he declarado públicamente desde el 21 y el 22 de este mes, á varios miembros de la asamblea nacional, y es que estoy dispuesto á servir á mi patria, en la mar, en la tierra, en la carrera diplomática, ó, en una palabra, en todos los puestos que exijan celo y una atencion sin límites por el bien público, *pero que si se trata de la regencia, renuncio desde este momento y para siempre á los derechos que la constitucion me dá.* Me atreveré á decir, que despues de haber hecho tantos sacrificios en interes del pueblo y de la causa de la libertad, no me es permitido salir de la clase de simple ciudadano en que me he colocado, *con la firme resolucion de pertenecer siempre á ella, y que la ambicion seria en mí una inconsecuencia inescusable.* No es para imponer silencio á mis detractores para lo que estiendo esta declaracion, porque conozco demasiado que mi celo por la libertad nacional, y por la igualdad, que es su fundamento, alimentarán siempre su odio hácia mí: yo desdeño sus calumnias: mi conducta probará constantemente su mala fé y sus absurdos; pero debo declarar en esta ocasion mis sentimientos y mis resoluciones irrevocables, á fin de que la opinion pública no se apoye sobre una base falsa en sus cálculos y sus combinaciones relativas á las nuevas medidas que pudiera ser necesario tomar. 26 de Junio de 1791.—L.—P.—J. d’Orleans.”

Durante este tiempo, el duque de Chartres hacia otra co-

sa mejor que protestar contra los proyectos ambiciosos que podían atribuírsele; salvaba á dos eclesiásticos de la cólera del pueblo, y sacaba del agua á un hombre que se ahogaba.

Hé aquí cómo el duque de Chartres se dá cuenta á sí mismo de esta última accion:

3 de Agosto de 1791.—“¡Qué dichoso día! He salvado la vida á un hombre, ó mas bien he contribuido á salvarse-la. Esta tarde, despues de haber leído algunas páginas de Pope, de Metastasio y de Emilio, he ido á bañarme; ya estaba secándome, así como Eduardo, cuando oí gritar: *¡A mí, á mí, que me ahogo!* Corrí al instante, y lo mismo Eduardo, que estaba un poco mas lejos; llego el primero, y no veo ya mas que las puntas de sus dedos; tomo aquella mano, que apretaba la mía con tanta fuerza, que me hubiera hecho ahogar si Eduardo no hubiera llegado y no le hubiese agarrado de una pierna. Así le hemos conducido á la orilla, en la que pudiendo apenas hablarnos, ha manifestado mucho reconocimiento. Pienso con gusto en el efecto que esta noticia producirá en Bellechasse. Yo he nacido bajo una dichosa estrella: todas las ocasiones se me presentan, y no tengo mas que aprovecharlas. El que se ahogaba era Mr. Siret, que vive en Vendôme, y es sub-ingeniero de puentes y calzadas. Me acuesto muy contento.”

Y teneis razon, príncipe; es mucho ante Dios la vida de un hombre salvado por otro hombre. Y eso nos hace olvidar que pensabais solo en Bellechasse, y ni un instante en Eu, en madama de Genlis y no en vuestra madre.



CAPÍTULO VIII.

1º de Agosto de 1791.

DIA delicioso, ¡vivan los dragones! No hay un regimiento como éste en Francia: con hombres tales recibirémos bien á los miserables que tengan la audacia de entrar en Francia, y la patria será libre ó perecerémos con ella.”

El duque de Chartres escribía estas líneas en su Diario perezcedero diez y ocho meses antes que la historia escribiese estas otras en su libro eterno:

4 de Abril de 1793.—“El general Dumouriez, habiendo esperado demasiado de sus medios y de su influencia, y no pudiendo obligar á los soldados que manda á entrar en Francia y á dirigirse sobre Paris de acuerdo con los austriacos, se escapa de su cuartel general establecido en los baños de Saint-Amand, y se refugia en las avanzadas enemigas acompañado del duque de Chartres-Orleans.”

Ya verémos á esa fecha como se operó esta fuga, y qué influencia tuvo esta accion del hijo en el destino del padre.

¡Ay! la vida de los príncipes es una estraña mezcla de contradicciones, está llena de proyectos fieles y de acciones fatales; en ella propone el hombre, dispone el destino y el historiador vaga eternamente entre la reprobacion y la indulgencia. ¡Cuántas veces al tomar la pluma para

sa mejor que protestar contra los proyectos ambiciosos que podian atribuírsele; salvaba á dos eclesiásticos de la cólera del pueblo, y sacaba del agua á un hombre que se ahogaba.

Hé aquí cómo el duque de Chartres se dá cuenta á sí mismo de esta última accion:

3 de Agosto de 1791.—“¡Qué dichoso dia! He salvado la vida á un hombre, ó mas bien he contribuido á salvarse-la. Esta tarde, despues de haber leído algunas páginas de Pope, de Metastasio y de Emilio, he ido á bañarme; ya estaba secándome, así como Eduardo, cuando oí gritar: *¡A mí, á mí, que me ahogo!* Corrí al instante, y lo mismo Eduardo, que estaba un poco mas lejos; llego el primero, y no veo ya mas que las puntas de sus dedos; tomo aquella mano, que apretaba la mia con tanta fuerza, que me hubiera hecho ahogar si Eduardo no hubiera llegado y no le hubiese agarrado de una pierna. Así le hemos conducido á la orilla, en la que pudiendo apenas hablarnos, ha manifestado mucho reconocimiento. Pienso con gusto en el efecto que esta noticia producirá en Bellechasse. Yo he nacido bajo una dichosa estrella: todas las ocasiones se me presentan, y no tengo mas que aprovecharlas. El que se ahogaba era Mr. Siret, que vive en Vendôme, y es sub-ingeniero de puentes y calzadas. Me acuesto muy contento.”

Y teneis razon, príncipe; es mucho ante Dios la vida de un hombre salvado por otro hombre. Y eso nos hace olvidar que pensabais solo en Bellechasse, y ni un instante en Eu, en madama de Genlis y no en vuestra madre.



CAPÍTULO VIII.

1º de Agosto de 1791.

DIA delicioso, ¡vivan los dragones! No hay un regimiento como éste en Francia: con hombres tales recibirémos bien á los miserables que tengan la audacia de entrar en Francia, y la patria será libre ó perecerémos con ella.”

El duque de Chartres escribia estas líneas en su Diario perezado diez y ocho meses antes que la historia escribiese estas otras en su libro eterno:

4 de Abril de 1793.—“El general Dumouriez, habiendo esperado demasiado de sus medios y de su influencia, y no pudiendo obligar á los soldados que manda á entrar en Francia y á dirigirse sobre Paris de acuerdo con los austriacos, se escapa de su cuartel general establecido en los baños de Saint-Amand, y se refugia en las avanzadas enemigas acompañado del duque de Chartres-Orleans.”

Ya verémos á esa fecha como se operó esta fuga, y qué influencia tuvo esta accion del hijo en el destino del padre.

¡Ay! la vida de los príncipes es una estraña mezcla de contradicciones, está llena de proyectos fieles y de acciones fatales; en ella propone el hombre, dispone el destino y el historiador vaga eternamente entre la reprobacion y la indulgencia. ¡Cuántas veces al tomar la pluma para

juzgar como Tácito, se ve precisado á referir pura y simplemente los hechos como Suetonio!

La accion del duque de Chartres, de salvar la vida al jóven que se ahogaba, habia producido sus frutos. M. Siret, en un movimiento de gratitud, muy natural, habia escrito una carta al club de Vendôme, en la cual referia el hecho con todos sus pormenores. El presidente del club envió con este motivo una nota á todos los periódicos, acompañada de la copia de un discurso del príncipe sobre la abolicion de las órdenes (1).

Además, el cuerpo municipal de Vendôme decidió que, para que la recompensa fuese completa, se decretaba una corona cívica para todo ciudadano que hubiese salvado á un semejante suyo.

Por un efecto retroactivo de este decreto, la primera corona fué ofrecida al duque de Chartres.

Dos procesos verbales, fechas 10 y 11 de Agosto de 1791, consagran esta solemnidad.

El 6 de Julio, el emperador Leopoldo II, por una carta datada en Padua, habia invitado á los soberanos extranjeros á unirse á él para declarar que miraban todos la causa del rey Cristianísimo como suya propia, y que pedian que este príncipe y su familia fuesen puestos al instante en libertad; que se reunirían para vengar con el mayor brillo los atentados ulteriores cualesquiera que fuesen; y que, en fin, no reconocerían como leyes constitucionales legítimamente establecidas en Francia, sino aquellas que fuesen dictadas con el consentimiento voluntario del rey, gozando de una libertad perfecta; pero que al contrario, emplearían unísonos todos los medios que estuviesen en su poder para hacer cesar el escándalo de una usurpacion de poder que tenia el carácter de una abierta revolucion, cuyo funesto

[1] Véanse las notas justificativas, núm. 2.

ejemplo interesaba reprimir á todos los gobiernos de la Europa. Era una verdadera declaracion de guerra. La asamblea nacional la aceptó, y el duque de Chartres recibió la orden de partir para Valenciennes.

—¡Oh! exclamó al recibir tal orden, ya estoy seguro de servir á mi patria, y no faltará un golpe de sable.

El 14 de Agosto, el duque de Chartres dejó á Vendôme, se detuvo en Paris, firmó el día 17 en el registro de sus amados Jacobinos, y tomó la ruta de Valenciennes, donde le aguardaban, por la antigüedad de su grado de coronel, las funciones de comandante de la plaza.

El 27 de Agosto, cuando el jóven príncipe se instalaba en su nuevo puesto, Leopoldo II y Federico Guillermo se reunían en Pilnitz.

Al mismo tiempo, la asamblea nacional, del 3 al 13 de Setiembre concluía el acta constitucional, conocida despues bajo el nombre de Constitucion de 91, y el 14 de Setiembre el rey se presentaba en la asamblea, prestaba juramento á esta constitucion, y se obligaba á hacerla mantener con todo el poder que le estaba delegado.

El duque de Orleans, por su parte, habia tenido ocasion de manifestar en la asamblea nacional una nueva profesion de principios. El 24 de Agosto precedente, se habia discutido cuál era la posicion de los miembros de la familia real.

El párrafo presentado por el comité decia que no podrian ejercer ninguno de los derechos de ciudadano activo.

Este párrafo facilitó al duque de Orleans la oportunidad de hacer una salida completamente ciudadana.

“Solo una palabra tengo que decir, exclamó, sobre la segunda parte del artículo que se presenta, y es que la habeis desechado directamente hace muy pocos dias. En cuanto á la cualidad de ciudadano activo, preguntaré á la asamblea, si el privar de ella á los parientes del rey es ó no en favor suyo. Si es en su favor, un artículo de vuestra comision se opone formalmente á ello, y este artículo héle aquí:”

“No hay para parte alguna de la nacion ni para ningun individuo, privilegio ni escepcion alguna en el derecho comun de todos los franceses.” Si no es en favor de los parientes del rey, yo sostengo que no teneis el derecho necesario para llevar á cabo lo que os proponéis. Habeis declarado ciudadanos franceses á todos los nacidos en Francia de padre francés: pues bien, en Francia y de padre francés han nacido los individuos de que se trata. En el proyecto de vuestros comités habeis querido que por medio de condiciones fáciles de llenar, todo hombre, en el mundo, pueda hacerse ciudadano francés: yo pregunto ahora si los parientes del rey son ó no son hombres. . . .

“Habeis manifestado que la cualidad de ciudadano francés solo podia perderse por renuncia voluntaria, ó por estar condenado por algun crimen. Si pues no es un crimen en uno el haber nacido pariente del monarca, yo no puedo perder la cualidad de ciudadano francés sino por un acto libre y espontáneo de mi voluntad. Y no se me diga que seré ciudadano francés, pero que no podré ser ciudadano activo, porque antes de emplear esugio tan miserable, seria necesario explicar cómo puede nadie ser ciudadano si está privado en todos los casos y condiciones de ejercer los derechos de tal. Seria necesario explicar tambien por qué rareza, el sustituto mas lejano del monarca no podria ser miembro del cuerpo legislativo, mientras que el sustituto mas inmediato de un miembro del cuerpo legislativo, puede, bajo el título de ministro, ejercer toda la autoridad del monarca.

“Ademas, yo no creo que vuestros comités deseen privar á ningun pariente del rey de la facultad de optar entre la cualidad de *ciudadano francés* y la esperanza próxima ó lejana de llegar al trono. Concluyo, pues, pidiendo sea desechado pura y simplemente el artículo de que se trata; pero en el caso de que le adopteis, declaro que depositaré ahora mismo sobre la mesa la renuncia formal que hago de

mis derechos como miembro de la dinastía reinante, quedándome solo con los de ciudadano francés.”

El duque de Orleans bajó de la tribuna en medio de atronadores aplausos; y despues de un discurso de Sillery y de Robespierre, la asamblea decretó que los miembros de la familia real no serian privados de sus derechos de ciudadanos.

Dos otras cuestiones, á consecuencia de ésta, fueron resueltas en la misma sesion: 1.ª ¿Podrán los parientes del rey presentarse como candidatos del poder ejecutivo?

Respuesta.—Sí, escepto del ministerio: tampoco mandarán el ejército ni podrán encargarse de embajada ninguna sin previo consentimiento del cuerpo legislativo.

2.ª ¿Se les designará con alguna denominacion particular, y cuál será esta denominacion?

Respuesta.—Los miembros de la familia real llamados á la sucesion eventual del trono, llevarán el nombre que tengan en sus partidas de bautismo con la calificacion de príncipes franceses.

Las actas en que consten sus nacimientos, muertes y casamientos, se presentarán al cuerpo legislativo y se depositarán en sus archivos.

Esta doble decision reservaba al duque de Chartres, salvo el consentimiento del cuerpo legislativo, un despacho de gefe del ejército.

En lugar de uno, obtuvo dos.

El 11 de Setiembre fué nombrado teniente general y gobernador de Strasbourg. Tenia entonces diez y ocho años.

Aceptó el grado de teniente general; pero rehusó el de gobernador de Strasbourg.

Entonces, segun sus deseos, marchó á incorporarse en el ejército de Metz, á las órdenes de Kellermann.

El jóven príncipe se apresuró á llegar á su destino y á presentarse ante su superior: éste le coutempló de piés á

cabeza, y observando su poca edad, no pudo menos de decirle:

—¡Pardiez! Sois, caballero, el primer oficial general de diez y ocho años que he visto en mi vida: ¿cómo diablos os las habeis compuesto para llegar á oficial general?

—Muy sencillamente: he nacido hijo del que os ha hecho coronel.—Contestó el jóven duque.

—¡Muy bien! Si es así, replicó Kellermann, estoy muy gozoso con teneros á mis órdenes.

Esto ocurría hácia fin de Octubre, cuando ya se habia emprendido la campaña; campaña desgraciada, que empezó por la retirada, ó mas bien, por la derrota de Quiévrain y por el asesinato de Teobaldo Dillon.

En el mes de Marzo de 1792, el duque de Orleans, que pertenecía al rango de mariscal desde 1779, habia partido para Lorient, donde se preparaba una revista general de oficiales de marina. Durante este viaje fué cuando supo que el 20 de Abril de 1792, Luis XVI se habia presentado en la asamblea legislativa para declarar la guerra á Francisco I, rey de Bohemia y de Hungría.

Entonces se apresuró á dirigirse al ministro Lacoste, á fin de que solicitase del rey un mando para la guerra.

—Vos conocéis mi celo por la constitucion; le decia, me es imposible quedarme ahora que está declarada la guerra en una inaccion verdaderamente triste para todo buen ciudadano.

Este paso obtuvo una negativa por resultado.

Sin embargo, el duque de Orleans insistió, y entonces el rey respondió al ministro que defendia su causa:

—Pues bien, señor, que vaya adonde quiera.

El duque de Orleans se aprovechó de este permiso, que no fué muy gracioso, y marchó con su tercer hijo, el conde de Beaujolais, á reunirse con el ejército.

En este momento fué cuando tuvo lugar el desgraciado negocio de Quiévrain: los dos hijos mayores del duque de

Orleans recibieron en él su bautismo de fuego, y M. de Biron decia en su nota al hablar de ellos: “MM. de Chartres y de Montpensier han marchado conmigo en clase de voluntarios, y han aguantado por la primera vez algunos tiros de fusil de la manera mas brillante y mas tranquila.”

A causa de esta nota y á consecuencia de esta jornada, fué á lo que debió el duque de Chartres su nombramiento de mariscal de campo.

De allí habia pasado con una brigada de dragones á las órdenes de Luckner al campo de la Magdalena, y de aquí se habia presentado el 17 de Junio ante Courtrai, donde habia hecho de nuevo conocimiento con las balas enemigas.

Courtrai fué tomado por asalto.

Este es el momento en que Dumouriez va á aparecer en el ejército del Norte.

Ha tenido este hombre tan grande influencia en el destino del príncipe cuya historia narramos, que se nos permitirá decir sobre él algunas palabras, y referir en qué circunstancias abandonaba el ministerio y llegaba al ejército.

CAPÍTULO IX.

GRANDES COSAS acontecieron en Paris, desde que el duque de Chartres, á su paso por aquella ciudad, se filió entre los Jacobinos.

cabeza, y observando su poca edad, no pudo menos de decirle:

—¡Pardiez! Sois, caballero, el primer oficial general de diez y ocho años que he visto en mi vida: ¿cómo diablos os las habeis compuesto para llegar á oficial general?

—Muy sencillamente: he nacido hijo del que os ha hecho coronel.—Contestó el jóven duque.

—¡Muy bien! Si es así, replicó Kellermann, estoy muy gozoso con teneros á mis órdenes.

Esto ocurría hácia fin de Octubre, cuando ya se habia emprendido la campaña; campaña desgraciada, que empezó por la retirada, ó mas bien, por la derrota de Quiévrain y por el asesinato de Teobaldo Dillon.

En el mes de Marzo de 1792, el duque de Orleans, que pertenecía al rango de mariscal desde 1779, habia partido para Lorient, donde se preparaba una revista general de oficiales de marina. Durante este viaje fué cuando supo que el 20 de Abril de 1792, Luis XVI se habia presentado en la asamblea legislativa para declarar la guerra á Francisco I, rey de Bohemia y de Hungría.

Entonces se apresuró á dirigirse al ministro Lacoste, á fin de que solicitase del rey un mando para la guerra.

—Vos conocéis mi celo por la constitucion; le decia, me es imposible quedarme ahora que está declarada la guerra en una inaccion verdaderamente triste para todo buen ciudadano.

Este paso obtuvo una negativa por resultado.

Sin embargo, el duque de Orleans insistió, y entonces el rey respondió al ministro que defendía su causa:

—Pues bien, señor, que vaya adonde quiera.

El duque de Orleans se aprovechó de este permiso, que no fué muy gracioso, y marchó con su tercer hijo, el conde de Beaujolais, á reunirse con el ejército.

En este momento fué cuando tuvo lugar el desgraciado negocio de Quiévrain: los dos hijos mayores del duque de

Orleans recibieron en él su bautismo de fuego, y M. de Biron decia en su nota al hablar de ellos: “MM. de Chartres y de Montpensier han marchado conmigo en clase de voluntarios, y han aguantado por la primera vez algunos tiros de fusil de la manera mas brillante y mas tranquila.”

A causa de esta nota y á consecuencia de esta jornada, fué á lo que debió el duque de Chartres su nombramiento de mariscal de campo.

De allí habia pasado con una brigada de dragones á las órdenes de Luckner al campo de la Magdalena, y de aquí se habia presentado el 17 de Junio ante Courtrai, donde habia hecho de nuevo conocimiento con las balas enemigas.

Courtrai fué tomado por asalto.

Este es el momento en que Dumouriez va á aparecer en el ejército del Norte.

Ha tenido este hombre tan grande influencia en el destino del príncipe cuya historia narramos, que se nos permitirá decir sobre él algunas palabras, y referir en qué circunstancias abandonaba el ministerio y llegaba al ejército.

CAPÍTULO IX.

GRANDES COSAS acontecieron en Paris, desde que el duque de Chartres, á su paso por aquella ciudad, se filió entre los Jacobinos.

Estos acontecimientos son conocidos con el nombre de sus fechas.

Se llaman: el 20 de Junio, el 10 de Agosto, y el 2 y 3 de Setiembre. Estas fechas son demasiado conocidas para que nos detengamos en ellas. Trajeron consigo:

La prision del rey en el Temple;

La creacion del tribunal revolucionario;

Un movimiento unánime y terrible en la frontera.

En estas circunstancias pretendió La Fayette hacer el papel de Monk: puso en juego una intriga para obligar á su ejército á restablecer la Constitucion, anular el 10 de Agosto y colocar otra vez al rey en las Tullerías.

Por fortuna su ejército resistió mezclarse en la rebelion, y viéndose perdido, atravesó la frontera: por fortuna tambien, los austriacos se apoderaron de él y lo enviaron á los calabozos de Olmutz.

Antes de su prision, La Fayette era un traidor, ni mas ni menos coma lo fué Dumouriez siete ú ocho meses despues.

La asamblea decretó su acusacion.

Se le dió el mando del ejército de Oriente, y el del Norte se confió á Kellermann, á quien, como hemos dicho, se presentó el duque de Chartres.

Dumouriez habia hecho cuanto estaba de su parte para impedir los acontecimientos que precipitaron al rey.

Con la nueva asamblea se habia levantado un nuevo partido, el partido de la Gironda.

Robespierre, que creyó dominar la asamblea con los Jacobinos, vió de repente preponderar en los bancos que él y sus colegas habian dejado, á esa multitud de abogados, de poetas y publicistas, que llegaban á Paris con un corazon recto, con ideas ardientes y un valor á toda prueba.

Vergniaud reemplazó á Mirabeau y á Barnave.

La Gironda, en menos de seis meses contaba ya con mayoría, y la reina, á pesar de su repugnancia, se vió precisa-

da, á la caida de Mr. Narbona, á admitir un ministerio girondino.

Pero en los momentos de nombrar su ministerio se hallaron los girondinos casi tan embarazados como la corte. La tribuna era entonces un puesto de mayor importancia que el ministerio. Así es que tenia que conservar á sus oradores para defenderlo.

En consecuencia, se convino en formar un ministerio misto: á Dumouriez se encargó el de negocios estrangeros; á Clavière el de hacienda y á Roland el de lo interior. Hé aquí el ministerio de la Gironda.

Los otros tres ministros, Durantou, de La Grave y Lacoste, el primero de justicia, el segundo de guerra y el tercero de marina, eran insignificantes.

Hablemos, pues, de Dumouriez, el único que realmente tenemos necesidad de dar á conocer á nuestros lectores.

Nació Dumouriez el año de 1733, y era, en la época á que hemos llegado, un hombre de cincuenta y ocho años; sus ademanes rápidos, su andar firme y el fuego de sus miradas, le quitaban diez años á primera vista. Las circunstancias hicieron de él un hombre de intriga, pero jamas pudieron hacerle hombre de ingenio. A los diez y nueve años de edad ya era soldado, y tan valiente, que en cierta ocasion, viéndose rodeado de enemigos, rehusó rendirse y fué acribillado á heridas: era noble, pero de esos nobles de provincia sin influjo ninguno en la corte. Pasó los treinta primeros años de su vida, ya en el ejército ganando sus grados con penoso trabajo, y ya á la sombra de esa diplomacia desconocida que mantenía Luis XV al lado de su diplomacia de rango. Es cierto que se engrandeció en tiempo de Luis XVI, dando su nombre á aquella obra nacional que emprendió este monarca, que acabó Napoleon, y que se llamó el puerto de Cherbourg.

En fin, se habia encumbrado; pero ya arriba le faltó pa-

ra sostenerse esa cualidad rara en todos tiempos, y que de día en día se hace mas rara aun:—la conciencia.

Habia, pues, llegado al ministerio de negocios extranjeros, acompañado de Clavière y de Roland.

Mucho se ha dicho sobre Dumouriez. ¿Era realista constitucional, girondino ó jacobino? Todo lo era y no era nada: era ambicioso.

El ministerio de Dumouriez fué el que declaró la guerra al Austria, y ya se sabe con qué desgracias comenzó esta guerra: con una derrota y con un asesinato.

La derrota de Quiévrain y el asesinato de Dillon.

En cambio de los guardias de corps licenciados, despues del 5 y el 6 de Octubre, y de los suizos que sucumbieron el 10 de Agosto, se dió al rey una guardia constitucional, que á su lado degeneró poco á poco en realista. Así es que cuando circuló la noticia de la derrota de Quiévrain, la tal guardia se manifestó muy satisfecha.

Mas si la guardia nacional estaba contenta, Paris al contrario, estaba muy triste; Paris estaba sombrío y presentaba un aspecto amenazador.

Por el informe de Bazira y la denuncia de un soldado de la guardia constitucional llamado Joaquin Murat, quien declaró que se le quiso cohechar y enviar á Coblenz, lo que rehusó como buen patriota, fué licenciada la guardia constitucional, y confiados á la guardia nacional los puestos que aquella custodiaba en las Tullerías.

La derrota de Quiévrain no fué un golpe menos terrible para el ministerio de Dumouriez. Tuvo necesidad de abandonar á su ministro de La Grave como á una víctima espiatoria.

Ocupó la vacante el coronel Servan, hombre que era todo de Roland, ó mas bien de madama de Roland.

No hay que engañarse en la significacion de esta palabra. Nadie sospechará de la castidad de una mujer que proporcionándosele un asilo en la casa de un hombre que se dijo

habia sido su amante, en lugar de acudir á este asilo, se sentó junto á la cuna de su hija y esperó á que allí la arrestasen.

Tres dias despues de la entrada de Servan al ministerio, propuso á la asamblea, sin decir una sola palabra á sus colegas, reunir en Paris un cuerpo de veinte mil voluntarios, con motivo del próximo aniversario de la Federacion.

La conducta de Servan hirió en lo mas vivo la ambicion de Dumouriez, que miraba ya imposible una reaccion militar ó realista, cuando habia esperado poder llevar á cabo lo que no habia conseguido La Fayette.

Ese cuerpo de voluntarios, es decir, de hombres afectos á la revolucion, acababa de un golpe con sus esperanzas.

Tambien la corte se pronunció contra el tal cuerpo.

La Gironda se cansó de esta eterna lucha: se resolvió á quebrar de una vez con el rey, y dictó el 27 de Mayo un urgente decreto contra los sacerdotes refractarios.

Este decreto estaba concebido en estos términos:

“La deportacion fuera del reino, se efectuará en el trascurso de un mes, si es solicitada por veinte ciudadanos activos, aprobada por el distrito y pronunciada por el departamento. El desterrado recibirá tres libras por día, para gastos de su viaje hasta la frontera.”

Publicado este decreto, no pudo conservar ya la corte su máscara constitucional.

Si el rey le aprueba, el rey es tan girondino como la Gironda, y si le desaprueba se arranca la careta y se declara rey de los sacerdotes y de los emigrados.

Si abdica, se queda á medio camino, y la revolucion prosigue sola.

Con el pretesto de una carta que publicó, obligó el rey á Roland á que presentase su dimision. Roland así lo hizo, pero al mismo tiempo Clavière y Servan, es decir, la pura Gironda, presentaron tambien las suyas.

El rey contaba con Dumouriez: si Dumouriez se queda-

ba, aun se podia proseguir la lucha, porque Dumouriez era la espada del rey.

Dumouriez consintió en quedarse; pero propuso para ello sus condiciones.

Era necesario manifestarse girondino para acabar con la Gironda.

La cosa era difícil, pero no imposible.

Hé aquí el medio que propuso Dumouriez. Sancionar el decreto de los veinte mil hombres: sancionar la deportacion de los sacerdotes, y formarse un ministerio, con ayuda del cual, aparentando ceder á la Gironda, se pudiese ganar con el tiempo el terreno perdido.

Presentó á Naillae para las relaciones esterioras, á Vergennes para hacienda, á Mourgues para el interior, y se reservó para sí la verdadera fuerza, el ministerio de la guerra.

Pero cuando Dumouriez hubo aceptado, cuando hubo afrontado la cólera de la asamblea, mas temible en esa época para los generales que el fuego de los campos de batalla; cuando hubo apaciguado esa cólera demostrando que la cuestion contra Roland, Clavière y Servan, era puramente personal y referente solo á la publicacion de la carta de Roland; cuando hubo asegurado, en fin, que el rey era girondino en su corazon, y para mas probarlo se hubo comprometido á hacerle ratificar los dos decretos, el rey declaró á Dumouriez que consentia en sancionar el decreto sobre la creacion del cuerpo de 20,000 hombres; pero que su conciencia religiosa se oponia absolutamente á que aprobase el decreto de la deportacion de los sacerdotes.

Dumouriez comprendió que se habia perdido como ministro. No le quedaba mas que un recurso, que una absolucion de su pecado, y era el de salvar á la Francia como general.

Al dia siguiente envió su dimision, en cambio de la que recibió orden de marchar á reunirse con el ejército.

Habia, pues, como hemos dicho, reuniéndose al ejército; ¡pero en qué momentos!

Cuando la Vendée se sublevaba; cuando Longwy estaba sitiado y Valenciennes bombardeado; cuando Verdun, en fin, abria sus puertas y enviaba á sus mas puras y hermosas vírgenes á llevar coronas de flores al enemigo.

Es verdad que Beaurepaire se levantó la tapa de los sesos por no rendirse, que Paris estaba comprometido por los asesinatos de Setiembre, y que la Francia entera impelia á sus hijos hácia el enemigo como una muralla viviente; pero á pesar de todo esto, apenas se hallaba á tres ó cuatro jornadas de Paris.

Entonces logro Dumouriez la fortuna, de que si juzgaban en él severamente al ministro, apreciaban, en lo que valia, al guerrero. Es que al quitar al general de la política, comprendieron que al poner la espada en su mano, lo verian vencer, aunque fuese en provecho de la revolucion.

¿Cuál fué el resultado? Que la Gironda, es decir, Vergniaud, los Jacobinos, es decir, Robespierre, y los frailes, es decir, Danton, se unieron sinceramente á Dumouriez.

Y eso que los girondinos le odiaban porque los habia engañado; que los Jacobinos le odiaban porque los habia combatido siempre; y que Danton le odiaba, como odiaba todo lo que le recordaba la aristocracia del antiguo régimen.

Con todo, los girondinos fueron á sacarlo de su humilde posicion en el ejército, é hicieron de él un general en jefe: los Jacobinos aprobaron y sostuvieron su nombramiento, y Danton, en fin, le envió la inspiracion con Fabre d'Eglantine y la fuerza con Westermann.

Con Fabre d'Eglantine á su derecha y con Westermann á su izquierda, Dumouriez combatia entre el 20 de Junio y el 10 de Agosto.

Dumouriez no era, pero parecia ser el hombre de la revolucion.

Por lo demas, la situacion física, si puede llamarse así, parecia desesperada; pero la situacion moral era fuerte y orgullosa.

CAPÍTULO X.

LONGWY había sido por fin tomado, gracias á la traicion de algunos oficiales realistas, y Verdun había abierto sus puertas, merced al terror de algunos paisanos. Beaupire había protestado contra esta capitulacion levantándose la tapa de los sesos. Le encargó á un oficial que presentase al rey la capitulacion, y el rey la recibió con un semblante triste, pero con el corazon gozoso. El jóven oficial al entregársela lo hizo con una voz tan conmovida, con los ojos tan bañados de lágrimas, que llamó la atencion del rey y le preguntó su nombre.

El oficial se llamaba Mareeau.

Habia perdido todo su equipaje y se habia visto obligado á entregar su espada.

—¿Qué indemnizacion deseais? le preguntó el rey. Entonces la voz del jóven vibró sonora, y un vivo relámpago brilló en sus miradas.

—Otra espada, señor, contestó al rey.

Diósele otra espada; y cuatro años más tarde se hizo matar como general en Altenkirchen.

Brunswick se detuvo ocho días en Verdun; y desde allí respondió á los emigrados que le decian avanzase:

“Aguardó á los realistas cuyos socorros me ofreceis: sus comisionados deben llegar pronto. Es verdad que nuestros

enemigos nos envían lindas jóvenes y hermosas flores; pero esto no me basta: desearía mejor ver llegar hombres y pan.”

En lugar de esto, qué es lo que veía, qué es lo que escuchaba el autor del manifiesto? Veía á seiscientos mil voluntarios dirigirse á la frontera, con mal armamento, mal vestidos, peor alimentados, es verdad, pero llenos de entusiasmo y decididos á morir. Escuchaba el antiguo canto del *Za ira*, y la moderna *Marsellesa*, creada espresamente para ser el cántico triunfal de Valmy.

Ademas, á causa de su famoso manifiesto, no estaba muy tranquilo el pobre duque de Brunswick, que maldita la gana habia tenido de escribirle, y menos de firmarle.

¿Quereis saber cómo se hizo esto? Preguntadlo á un libro intitulado *Carlos d'Este, ó treinta años de la vida de un soberano*: hé aquí lo que encontraréis:

“Los emigrados franceses habian obtenido permiso del rey de Prusia, que se encontraba entonces con su ejército, de lanzar un manifiesto contra la Francia republicana, capaz de llenar de terror á sus asambleas.

“Los ministros de Federico Guillermo y los generales que lo rodeaban, persuadieron al duque de Brunswick, de acuerdo con el monarca, que como generalísimo del ejército del rey, debia emanar de él este acto. El duque espermentó una viva repugnancia en acceder; pero creyendo que debia obedecer las órdenes positivas del rey, consintió en firmar un manifiesto del que le presentaron el borrador. Firmó por fin la copia en limpio que le presentaron, sin mirarla apenas, no pensando siquiera que fuese posible sospechar de la lealtad del rey; pero este habia añadido al famoso borrador el mas famoso párrafo, por el cual hacia declarar al duque “que si los franceses no consentian en dejar las armas y recibir al rey Luis XVI, haria quemar á Paris y mandaria diezmar á la poblacion.” El duque, cuando vió publicado el manifiesto, conoció el aumento del tal párrafo y presentó su dimision al rey; mas éste no quiso aceptarla, y se humilló tanto ante

él, que el duque no pudo persistir mas en llevar á cabo una determinacion que hubiera comprometido ante el mundo entero el honor de la causa que habia jurado servir noblemente."

¿Qué era Brunswick? ¿Qué era el hombre que tenia entre sus manos la fortuna del rey y de la confederacion?

Brunswick era solo un príncipe soberano que sostenia su pequeña corona en medio de las grandes coronas reales é imperiales que le rodeaban, y de las cuales era el brazo armado.

Brunswick era viejo, sabia mucho, y como todos los que saben mucho, desconfiaba mucho tambien.

Solo en una cosa tenia una fé absoluta, en el placer. El placer era su Dios. Brunswick se habia colocado entre el gran sacerdote y la sacerdotisa del placer, Leopoldo II y Catalina II: Leopoldo habia sucumbido á él; Catalina al contrario, parecia sacar de él sus fuerzas.

Tan sabio como era ignoraba Brunswick una cosa puramente material y física, y es que las mujeres viven de lo mismo que mata á los hombres. Él aun era bravo, espiritual y experimentado; pero su cerebro se habia debilitado, y su voluntad, esa Minerva que debia brotar completamente armada, habia muerto, ó mejor dicho, agonizaba antes de haber nacido.

Brunswick habia dicho al hablar de la campaña de Francia: *Es un paseo militar.* Federico Guillermo se convidó á este paseo, y convidó tambien á sus duques y á sus príncipes, príncipes y duques que no saben aun hoy en dia si son verdaderos soberanos, ó solo son vasallos poderosos de la Prusia ó del Santo Imperio.

Entre el número de estos príncipes se contaba el duque de Weymar: éste, como Brunswick, habia tenido el honor de traer á un rey consigo; pero á un rey del pensamiento.

Este era Goëthe, que en medio de todo aquel aparato militar, de todo aquel ruido de guerra, componia su catecismo

de la duda, llamado *Fausto*; obra débil é incoherente en el fondo, como todas sus obras, pero rica y maravillosa en los pormenores.

Y hacia esto el gran poeta, sin pensar que Dios tambien creaba en aquel momento su *Fausto* en Napoleon, y su *Mephistópheles* en Talleyrand.

Los primeros capítulos de los dos *Faustos*, debian aparecer al mismo tiempo, y acabar tambien casi en la misma época.

Decid, demonios, decid: ¿en quién cupo mayor desesperacion, en *Fausto* al contemplar decapitada á *Margarita* en Broken, ó en Napoleon al mirar degollada á la Francia en Waterloo?

El buen duque de Brunswick habia cometido una grave falta para ser un hombre de talento: en lugar de dar la palabra al rey de la poesia, es decir, á Goëthe, se la dejaba tomar al rey de la materia, es decir, á Federico Guillermo.

Ahora bien: ¿qué decia este rey? Veámoslo:

"Me preguntan qué es lo que voy á hacer en Paris.—Creia ya estar en él.—Es bien sencillo: hé aquí lo que voy á hacer: voy á volver al rey su trono, á los sacerdotes sus iglesias, y á los propietarios sus propiedades."

La frase estaba bien formada, señor, y el académico mas escrupuloso nada hubiera encontrado que decir sobre ella.

Pero el pueblo comprendia de otra manera el *volver á los propietarios sus propiedades.*

¿Sabeis á qué os comprometéis, señor Federico Guillermo, como os llamaban entonces los Jacobinos franceses? Os comprometéis á desmontar un bosque mucho mas vivo, mucho mas frondoso y de mas fuertes raices que el famoso bosque del Tasso, en que los árboles hablaban y vertian sangre por las heridas que les inferian.

Os comprometéis á separar al labrador de una mujer á la que ama mas que á la suya propia: esta mujer es la Tierra;

el labrador se ha unido á ella, y de esta union ha nacido una hija que se llama la Libertad.

Se ha creado una Francia nueva desde hace un año, señor Federico Guillermo, una Francia como no la esperábais. Esta Francia se compone: de los compradores de primera mano que han vendido á otros, lo que éstos han vuelto á vender á su turno. Las propiedades divididas en porciones se han subdividido en partículas, y éstas han vuelto á subdividirse en átomos. Id, pues, á quitarle al labriego su pequeño pedazo de tierra, en el que están interesados, no solo él, sino su padre, su hijo y hasta el agiotista que les ha prestado dinero hipotecándolo. ¡Imposible, señor Federico Guillermo, imposible; y ademas, esperad, va á ocurrir una cosa mas sencilla!

Dumouriez os aguarda en los desfiladeros de la Argonne.

El cielo está de inteligencia connos otros: una lluvia, la lluvia de 1792, tan providencial bajo otro punto de vista, como lo seria veinte años mas tarde la helada de 1812, se desata á torrentes sobre los prusianos, empapa la tierra que pisan y hace resbalar sus piés.

La lluvia moja lo mismo á los franceses que á los prusianos, sí; pero las situaciones son distintas. Ante el enemigo todos los víveres se ocultan y se arman todos los hombres: el labrador empieza por esconder sus granos, despues toma un fusil si tiene un fusil, una hoz si tiene una hoz, ó una horquilla si no tiene mas que una horquilla.

Es verdad que le quedan al enemigo las uvas de la Champagne; pero las úvas de Setiembre producen disenteria, y la disenteria causa la muerte.

Ante los franceses al contrario, todos abren sus puertas llenos de entusiasmo; comen mal pan, beben mala cerveza, es verdad; pero se los ofrecen de corazon y lo comen y beben con ganas.

Ademas, la situacion de Dumouriez tiene algo de rara y de caballeresca, algo que participa á la vez del régimen an-

tiguo y del régimen nuevo. Tiene por ayudantes á dos jóvenes y lindos húsares, tan buenos para el baile como para la batalla: las señoritas de Fernig, que le acompañan en union de su padre y hermano para libertarse de toda idea calumniosa: esto participa algo del gusto del régimen antiguo. Tiene, ademas, á un fiel criado, á Renaud, del que ha hecho su ordenanza, y esto tiene algun sabor al régimen nuevo.

Aun hay mas: este ejército, ejército de vagos, de sastres y de zapateros, ¿sabeis lo que acaba de hacer, señor Federico Guillermo? Acaba de hacer pedazos á Charlat, á Charlat, al asesino de la princesa de Lamballe, al que paseó su cabeza clavada en una pica. Sí, le ha hecho pedazos, y al hacerle pedazos ha dicho:

“Somos todos gentes honradas, y no queremos entre nosotros bribones ni asesinos.”

Cuando hombres semejantes tienen esa conciencia de su pureza, no puede negarse que tales hombres son bien fuertes.

Dirémos todavía una palabra sobre Charlat, porque la palabra que vamos á decir se refiere á la historia del duque de Chartres.

La cabeza de la princesa de Lamballe, despues de haber sido paseada por el Temple fué llevada al Palacio Real.

El duque de Orleans estaba comiendo con madama de Buffon, con esta buena y escelente criatura, á quien perdonaba tan cristianamente la piadosa duquesa; pero se vió precisado á levantarse y salió á su balcon á saludar á los asesinos. Madama de Buffon, ignorante de lo que pasaba, salió con el duque; mas al contemplar trofeo tan horroroso, se echó hácia atrás, y se cubrió los ojos, exclamando:

—¡Dios mio! pronto tambien pasearán mi cabeza por las calles!

CAPÍTULO XI.

SE había reunido también al ejército otra banda de voluntarios de Chalons, gentes perdidas que llegaron furiosas contra Dumouriez, gritando: ¡Muera el aristócrata! ¡muera el traidor! y creyendo, que en el ejército todo, iban á hallar eco sus imprecaciones.

Al día siguiente de su llegada, el general ordena una revista, coloca á los recién llegados entre su caballería con sable en mano, y sus artilleros con mecha encendida, y les dice sencillamente:

—Hay entre vosotros buenos y malos: gentes honradas y malas gentes: escojeos vosotros mismos y echad á los pícaros, porque sino acabais todos entre el sable y la metralla: yo no quiero aquí ni asesinos ni verdugos.

Al otro día, á los pícaros los habían echado, y no quedaban en torno de Dumouriez mas que los que eran dignos de la victoria.

Y debemos decirlo, este ejército de Dumouriez se portó admirablemente, lo mismo en el combate que despues de la batalla.

Hablemos por fin de la batalla y de la parte que tomó en ella el duque de Chartres.

Dos hombres habían lanzado gritos bien distintos, y que sin embargo, contribuyeron igualmente á la salud de la Francia.

Danton había gritado: ¡Es necesario meter miedo á los realistas! y los asesinatos de Setiembre habían tenido lugar.

Vergniaud había gritado: ¡La patria está en peligro! y cien mil voluntarios se lanzaron á la frontera.

Pero es menester decirlo: lo que contribuyó mucho á la salvacion de la Francia, fué la enérgica voluntad de Dumouriez.

Todos los generales estaban por la retirada, y de acuerdo en defender solo la línea de la Marne; pero Dumouriez se obstinó en defender la línea de la Argonne, inmenso bosque que separa de la pobre Champaña el rico país de Metz, de Toul y de Verdun. ¡Quién prestaba á Dumouriez la fuerza necesaria para luchar así contra todos? Ya lo hemos dicho: Fabre d'Eglantine y Westermann, el pensamiento y el brazo de Danton.

Dumouriez escribió á Paris:

“La Argonne será las Termópilas de la Francia, con la diferencia de que las defenderé mejor y con mas fortuna que Leónidas.”

Segun él mismo dice en sus Memorias, al día siguiente del en que escribió estas palabras, faltó poco para que se perdiese todo de resultas de haber guardado mal un paso.

El 14 de Setiembre atacó su ala izquierda el duque de Brunswick é invadió la Champaña.

El 17 ocupó Dumouriez el campo de Sainte-Menehould, y los prusianos establecieron delante de él, sobre unos elevados montes, el campo que se llamó de la Luna.

Colocados así, los prusianos estaban dos leguas mas cerca de Paris que Dumouriez.

Creyeron los prusianos haber hecho una maniobra magnífica.—Nosotros le aislamos, decian,—y eran ellos los que estaban aislados.—El entusiasta ejército de Dumouriez encontraba en todas partes pan, vino y fuego, y á los prusianos, separados de Alemania, les faltaba todo.

Dumouriez aguardaba á Kellermann, que era ya viejo, sol-

dado veterano desde la guerra de los siete años: furioso con estar al mando de Dumouriez no solo no se apresuraba á obedecer las órdenes de éste, sino que las ejecutaba á su antojo.

Por fin, el dia 29 se dirigió Kellermann hácia el ejército de Dumouriez; pero en vez de tomar las alturas de Girancourt, atravesó en la noche del 18 al 19 de Setiembre el riachuelo de l'Œuve y se colocó en las eminencias de Valmy.

Aquí fué donde Dumouriez le encontró acampado el 19 en la mañana. Las tropas de Kellermann estaban divididas en dos líneas, una al mando del general Valence y la otra á las órdenes del duque de Chartres. Las fuerzas de Kellermann y Dumouriez reunidas ascendían á setenta mil hombres.

La posición que guardaba Kellermann en Valmy, era excelente para un hombre decidido á vencer ó á morir: allí era ya imposible toda retirada.

Creyeron los prusianos que al tomar á Valmy Kellermann habia cometido un error: se engañaban: Kellermann sabia lo que hacia, Kellermann les enviaba un reto.

Al salir el alba atacaron los prusianos la vanguardia de Kellermann, puesta á las órdenes de Depretz de Cranier, y despues de una resistencia heroica, vióse precisada á replegarse; pero un oportuno socorro de Kellermann le facilitó el colocarse otra vez en su orden primitivo.

Este ataque causó naturalmente un trastorno en todo el cuerpo del ejército, que quedó formando un ángulo: la primera línea delante de Orbeval, entre el Œuve y la meseta de Valmy, perpendicularmente á la calzada de Châlons, y la segunda paralela á la misma calzada y perpendicular á la primera en las alturas de dicho Valmy.

En la referida meseta colocó Kellermann una batería compuesta de diez y ocho cañones; y mandó al duque de Chartres fuese á reemplazar al general Steigel en su puesto, y á éste que ocupase las colinas del Hyron.

El duque de Chartres se apresuró á cumplir su orden;

pero le fué imposible llegar á donde estaba el general Steigel hasta las ocho de la mañana. Steigel, luego que percibió al dupue le gritó desde lejos:

—Llegad, llegad pronto: no puedo dejar este puesto sin que tomeis posesion de él, y si no me amparo en breve de las colinas del Hyron morimos aquí todos aplastados como ranas.

Era el 20 de Setiembre, el cielo estaba nebuloso, hacia mucho frio y una espesa niebla impedía que se viesen los dos ejércitos. No, no se veían, pero adivinaban sus posiciones, y se dirigían á oscuras sendos metrallazos, que no dejaban de causar horribles desgracias.

La situación de nuestro entusiasmado ejército era la peor, porque recibía la muerte sin saber si la daba. De repente una bala de obus hiere mortalmente al caballo del general Kellermann: éste cae en tierra, pero sano y salvo, y solamente un poco aturdido del golpe. Su caballo está ya muerto y monta en otro nuevo.

Deshácese por fin la bruma á los ardientes rayos del sol de Setiembre, y percíbense tres columnas prusianas que se dirijen á la meseta.

Kellermann mira su reloj: son las once.

Divide como el enemigo su gente en tres columnas y comunica la orden á toda la línea de no hacer fuego y recibir al enemigo á la bayoneta.

Los veteranos del gran Federico siguen avanzando poco á poco graves y sombríos: llegan por fin al pié de la colina y comienzan su difícil ascension.

Dumouriez los ve y empieza á hacerles fuego.

Los prusianos continúan subiendo.

Kellermann y su tropa ofrecen un extraño espectáculo: interin oyen la señal de ataque, generales, oficiales y soldados colocan sus morriones en su fusil, en su espada ó en su sable.

Un grito inmenso escúchase de pronto, grito que hiere como el rayo al ejército enemigo: *¡Viva la nacion!*

Los prusianos siguen ascendiendo, pero á cada instante el fuego de Dumouriez desbarataba sus líneas; una muralla de fierro les espera en lo alto de la meseta y un huracán de fuego hiere de lleno sus flancos.

Sin embargo, los prusianos avanzan y las dos líneas están próximas á encontrarse.

Entonces Kellermann, que era mediano general pero soldado valiente, se elevó diez codos por lo menos. El genio de la Francia estaba con él ese día; y Kellermann estuvo sublime.

—¡Hijos míos, exclamó, ha llegado el momento, á la bayoneta!

La muralla de fierro se conmueve, y el duque de Chartres es uno de los primeros que entran á la carga. Prusianos y franceses se baten cuerpo á cuerpo: mas súbito el ejército enemigo rómpese por medio, y se replega, porque la artillería de Dumouriez le deshace las vértebras.

Brunswick conoce que todo se ha perdido, y dá la señal de la retirada: un cuarto de hora mas tarde hubiera sido la suya una completa derrota.

Esta retirada abate el orgullo del rey de Prusia: se lanza en persona á la cabeza de sus soldados, manda tocar á la carga y dirige su aguerrida infantería hácia la nuestra. Llega con su estado mayor á dos tiros de fusil de ésta: comprende que en el cuerpo del ejército francés hay en aquel instante una sola alma, y convencido de lo infructuoso que sería un nuevo ataque, se retira como lo hizo Bránswick.

Cuarenta mil cañonazos se tiraron ese día: número fabuloso si se atiende á que Napoleon no nos habia aun acostumbrado á las batallas de artillería. Por eso á esta jornada se la llamó: *El cañoneo de Valmy*.

Solo siete mil cañonazos se tiraron en Malplaquet.

En la tarde del mismo día abandonaron los prusianos el campo de batalla; pero al día siguiente, 21 de Setiembre, volvieron á ocupar su mismo puesto.

En el mismo 21 de Setiembre la Convencion proclamaba la República.

Un parlamentario prusiano, que ignoraba los acontecimientos de la víspera, se presentó al día siguiente ante el duque de Chartres. Llevaba cartas de recomendacion para los dueños de todos los castillos escalonados en el camino de Paris, y se las mostró al jóven duque, manifestándole con la mas viva alegría los deseos que tenia de llegar á Paris, para ver ahorcar á todos los patriotas. El duque de Chartres le contó entonces los cambios ocurridos en los asuntos del rey de Prusia, y añadió sonriéndose:

—Lo mas prudente, y lo que deberíais hacer, mi querido amigo, es volveros á Berlin, donde deseo que no veais ahorcar á ninguno.

Pocos dias antes un coronel prusiano se habia presentado en el cuartel general del duque de Chartres: era un ayudante del rey de Prusia, protegido por el baron de Leyman, que servia en nuestras filas y que debia los adelantos en su carrera á la proteccion del duque de Orleans. Era portador de una carta para éste, é iba á suplicar al duque de Chartres se sirviese dirigirla á su padre.

—Caballero, contestó el jóven duque, de muy buena gana cumpliré con vuestro encargo, si esta carta contiene solo los testimonios de vuestra adhesion hácia mi padre.

—¡Ah! Monseñor, replicó M. de Manstein, contiene mas de lo que decís.

—Veamos, pues, ¿qué contiene?

—Ofrecimientos.

—¡Ofrecimientos! ¿de qué clase?

—Monseñor, estoy autorizado por los soberanos aliados para hacer saber al príncipe vuestro padre, que deseándose antes que todo libertar á la Francia de la anarquía, quedarían contentos y tranquilos si él se pusiese á la cabeza del gobierno.

—¿Y habéis podido creer, contestó el duque, que mi padre y yo haríamos caso alguno de tales patrañas?

El coronel quedó desconcertado por el pronto; pero después entregó al duque de Chartres una sencilla carta de afecto, que éste remitió á su padre, y que el duque de Orleans depositó cerrada sobre la mesa del presidente de la asamblea.

Esta decidió que se quemase sin ser leída.

Un hecho acontecido durante el combate dará una idea del entusiasmo de los valientes voluntarios que marcharon á la frontera para oponer á tiempo una barrera á los invasores.

Se habia encargado á un destacamento que estaba á las órdenes del duque de Chartres el cuidar los equipajes mientras durase el combate; pero al estallido de los cañones, los bravos que componian aquel declararon que no querian cuidar equipajes sino combatir. El jóven general sabe esta sublime insubordinacion y se dirige á galope á donde están sus soldados. Al verlo, los gritos se aumentan y el mas antiguo sale de las filas y

—General,—le dice,—hablo á nombre de mis camaradas y mio: hemos venido á batirnos en defensa de la patria, y no á cuidar equipajes: queremos entrar en la lucha.

—Pues bien, amigo mio, respondió el duque de Chartres, sea como deseais: los equipajes se guardarán solos por hoy: id á batiros y mostrad á todos vuestros compañeros que tambien sois soldados franceses.

El destacamento entró en batalla y se portó admirablemente.

En cuanto á los equipajes, como lo habia dicho el duque de Chartres, se cuidaron ellos solos.

Al dia siguiente de la batalla recibió la convencion el parte de Kellermann y se le dió lectura en alta voz.

“Entre los que han desplegado mayor valor—decia—debo mencionar especialmente al duque de Chartres y á su

ayudante M. de Montpensier: ambos jóvenes han mostrado una admirable sangre fria en medio de uno de los fuegos mas vivos que pueden darse.”

Resonaron estrepitosos aplausos, y todas las miradas se dirijieron al duque de Orleans.

¿Quién hubiese creído entonces que un año mas tarde la cabeza del duque de Orleans caeria en un cadalso, que el duque de Montpensier estaria prisionero en la torre de San Juan de Marsella, y que el duque de Chartres se pasaría al enemigo?

CAPÍTULO XII.

Y A hemos dicho que los prusianos habian abandonado el campo de batalla; pero que al dia siguiente se les volvió á encontrar en los mismos puestos que ocupaban antes.

En ellos se estuvieron fuertes, no solo uno, sino diez dias. En el combate no habia habido tanta carnicería como debia esperarse de 40,000 cañonazos. Los prusianos solo habian perdido 1,200 hombres, y nosotros nada mas que 800.

Paris, sin embargo, creyó que esta batalla era decisiva. Paris, que habia manifestado tan pánico terror hácia fines de Agosto, tanta postracion después del 2 y 3 de Setiembre, se levantaba ahora orgulloso y valiente, con la noticia del triunfo. Los parisienses creian que Dumouriez les traicionaba,

—¿Y habéis podido creer, contestó el duque, que mi padre y yo haríamos caso alguno de tales patrañas?

El coronel quedó desconcertado por el pronto; pero después entregó al duque de Chartres una sencilla carta de afecto, que éste remitió á su padre, y que el duque de Orleans depositó cerrada sobre la mesa del presidente de la asamblea.

Esta decidió que se quemase sin ser leída.

Un hecho acontecido durante el combate dará una idea del entusiasmo de los valientes voluntarios que marcharon á la frontera para oponer á tiempo una barrera á los invasores.

Se habia encargado á un destacamento que estaba á las órdenes del duque de Chartres el cuidar los equipajes mientras durase el combate; pero al estallido de los cañones, los bravos que componian aquel declararon que no querian cuidar equipajes sino combatir. El jóven general sabe esta sublime insubordinacion y se dirige á galope á donde están sus soldados. Al verlo, los gritos se aumentan y el mas antiguo sale de las filas y

—General,—le dice,—hablo á nombre de mis camaradas y mio: hemos venido á batirnos en defensa de la patria, y no á cuidar equipajes: queremos entrar en la lucha.

—Pues bien, amigo mio, respondió el duque de Chartres, sea como deseais: los equipajes se guardarán solos por hoy: id á batirlos y mostrad á todos vuestros compañeros que tambien sois soldados franceses.

El destacamento entró en batalla y se portó admirablemente.

En cuanto á los equipajes, como lo habia dicho el duque de Chartres, se cuidaron ellos solos.

Al dia siguiente de la batalla recibió la convencion el parte de Kellermann y se le dió lectura en alta voz.

“Entre los que han desplegado mayor valor—decia—debo mencionar especialmente al duque de Chartres y á su

ayudante M. de Montpensier: ambos jóvenes han mostrado una admirable sangre fria en medio de uno de los fuegos mas vivos que pueden darse.”

Resonaron estrepitosos aplausos, y todas las miradas se dirijieron al duque de Orleans.

¿Quién hubiese creido entonces que un año mas tarde la cabeza del duque de Orleans caeria en un cadalso, que el duque de Montpensier estaria prisionero en la torre de San Juan de Marsella, y que el duque de Chartres se pasaría al enemigo?

CAPÍTULO XII.

YA hemos dicho que los prusianos habian abandonado el campo de batalla; pero que al dia siguiente se les volvió á encontrar en los mismos puestos que ocupaban antes.

En ellos se estuvieron fuertes, no solo uno, sino diez dias. En el combate no habia habido tanta carnicería como debia esperarse de 40,000 cañonazos. Los prusianos solo habian perdido 1,200 hombres, y nosotros nada mas que 800.

Paris, sin embargo, creyó que esta batalla era decisiva. Paris, que habia manifestado tan pánico terror hácia fines de Agosto, tanta postracion después del 2 y 3 de Setiembre, se levantaba ahora orgulloso y valiente, con la noticia del triunfo. Los parisienses creian que Dumouriez les traicionaba,

porque aun no habia enviado al rey de Prusia á Paris atado de piés y manos.

Lo que en realidad habia era que la situacion de los prusianos no era materialmente ni mejor ni peor que antes. Habian perdido alguna confianza, y nosotros la habiamos adquirido: esto era todo. Los duques de Broglie y de Castries, emigrados ambos y ambos consejeros del rey de Prusia, instaban vivamente á Federico Guillermo á seguir adelante. Habian recibido algunos víveres de Alemania. Su juego empezaba mal, es verdad; pero apenas habia perdido la primera partida.

¿Qué es lo que impedía al rey de Prusia seguir avanzando? Digámoslo de una vez, que despues diremos tambien por qué fué retrándose tan poco á poco.

En toda máquina descompuesta, por grande que sea, casi siempre se observa que la causa de que no funcione bien es una causa pequeña, mínima, imperceptible á veces. Al rey de Prusia lo que le impedía adoptar los consejos de Broglie y de Castries, era tambien una causa tan pequeña, un obstáculo tan imperceptible, que no lograban distinguirle las vulgares miradas.

El rey de Prusia tenia una querida, á pesar de no seguir en eso las huellas del gran Federico.—La tal querida no se habia atrevido á seguir al ejército á Francia, ó quizás no habia obtenido permiso para ello de su real amante: el caso es, que se habia detenido en Spa, y que desde allí escribia todos los días tristísimas cartas al rey de Prusia, en que manifestaba serios temores de que las balas de los franceses conmoviesen su cuerpo, ó que los ojos de las francesas hiriesen su corazón.

Ademas habia dos partidos en la corte: el partido de la paz y el partido de la guerra.

Vencido el rey de Prusia en Valmy, el partido de la paz quedó triunfante. Mil veces habia dicho este á S. M., que no

solo trabajaba por sí sino tambien á favor del Austria, que le impelia adelante, y que tan mal le ayudaba despues.

—Teneis razon, respondió el rey; si no se tratase de una cuestion que interesa á todos los reyes de la tierra, yo dejaria al Austria que se compusiera como pudiese; pero Luis XVI está en el Temple, Luis XVI está prisionero, y la vida de Luis XVI corre peligro. Seria una vergüenza abandonar ahora á Luis XVI.

Cuando en política se está detenido nada mas que por la vergüenza, no se está muy lejos de ceder.

La Francia tenia á favor suyo, como se ve, á la querida del rey de Prusia, la condesa de Lichtneau; y ademas á dos franceses que se habian hecho prusianos, y estaban al lado del rey de Prusia; pero que no dejaban por eso de servir á los intereses de su madre patria. Estos eran el francés Lombard, secretario del rey de Prusia, y al franco-aleman Heymann, general que acababa de emigrar.

Lombard, viendo la indecision del rey de Prusia, le propuso que se dejaria prender por los franceses para poder llegar hasta Dumouriez, y entrar en arreglos con él sin que se sospechase nada. El rey consintió, y Lombard, fiel á su promesa, se dejó prender y conducir ante el general en jefe.

Lombard manifestó entonces á Dumouriez el único motivo que tenia el rey de Prusia para continuar su marcha agresiva, y era la palabra que habia empeñado á Luis XVI; palabra que, por nada en el mundo, podia dejar de cumplir.

Dumouriez indicó entonces á Lombard, que al continuar su marcha el rey de Prusia, trabajaba no en favor sino en contra del prisionero del Temple. No contento con esta indicacion, Dumouriez comisionó á Westermann, al hombre de Danton, para que fuese al campo enemigo, con pretexto de canjear prisioneros, á tratar con el general Heymann.

La luz de la verdad iluminó el campamento prusiano. Westermann era uno de los soldados mas activos de la jor-

nada del 10 de Agosto. Esplicó al rey de Prusia y al duque de Brunswick la verdadera situacion de la Francia: les manifestó que la asamblea no queria mas reyes, ni franceses ni extranjeros, y que acababa de abolir el trono y de proclamar la República.

La cólera del rey de Prusia estalló con esta noticia. Con gran placer de los emigrados, dió orden de volver á comenzar las hostilidades el 29 de Setiembre. El 28, Brunswick publicó un manifiesto furioso; pero ya se sabe lo que eran los manifiestos de Brunswick. El 29 llegaron cartas de Inglaterra y Holanda, en que manifestaban aquellas dos potencias, que rehusaban entrar en la confederacion ó liga. El 30 se supo que Custine marchaba sobre el Rhin. La frontera de Prusia quedaba sin guarnicion alguna, y no dejaban de inspirar temores Coblenz y su fortaleza. Custine en Coblenz cortaba toda retirada á Federico-Guillermo.

Mientras pasaba todo esto, Dumouriez enviaba á Westermann á tratar con Danton, que era hombre de viva inteligencia; comprendió todas las ventajas que le resultarian á la recién nacida República de entrar en arreglos con la Prusia, aun cuando fuesen solo respecto á una retirada que debia salvar á ésta. Además, comprendió que de estos arreglos, quizás sacase un millon para sí, y otro para Dumouriez, Westermann y Fabre d'Eglantine. Dumouriez y Danton eran hombres disipados, amantes de los placeres materiales, y querian mucho al dinero, no para atesorarlo, sino al contrario, para botarlo en orgías. Pesadas bien estas consideraciones, Danton dirigió á Dumouriez dos cartas: una del consejo de ministros, austera, inflexible, violenta, á propósito para ser mostrada; y otra, particular y secreta de él mismo.

Danton no rechazaba absolutamente la idea de un arreglo político-mercantil: al contrario, anunciaba á Dumouriez que el jacobino Prieur de la Marne y los girondinos Carra y Sillery marchaban á reunirse á él para tratar con S. M. Federico-Guillermo.

Las conferencias se entablaron, y el rey de Prusia, ya calmado, comprendió por fin que los emigrados le habian metido en un enredado laberinto, y toda su cólera recayó sobre ellos. Así es, que cuando se le preguntó qué pedia se les concediese á ellos en el tratado,

—Nada,—contestó,—yo trato solo por mí: que ellos se arreglen como puedan.

Faltaban aun los austriacos, estos buenos aliados, que sin moverse siquiera, habian lanzado al rey de Prusia hasta la batalla de Valmy.

Dumouriez habló algo sobre ellos al duque de Brunswick.

—Veamos, le dijo Dumouriez al duque inglés, ¿cómo se va á arreglar esto?

—De un modo muy sencillo,—contestó Brunswick: ya sabéis aquella cancion ¿eh?

Vámonos, los convidados,
Vámonos á nuestras casas.

Pues bien, nosotros nos iremos como los convidados de la boda.

—Conforme,—replicó Dumouriez;—pero los gastos de la boda ¿quién los paga?

—¡Caramba! contestó Brunswick arreglándose las uñas con la fina hoja de un cortaplumas;—eso no es de nuestra cuenta: nosotros no hemos atacado los primeros.

—No, ciertamente, han sido los austriacos, y á la verdad, el emperador debia cedernos los Países-Bajos por via de indemnizacion.

—Nosotros deseamos la paz, replicó Brunswick, y cuando se quiere llegar á un fin se admiten todos los medios: por lo mismo, aguardaremos á vuestros plenipotenciarios en Luxembourg.

Quedaba aún Luis XVI.

¡Ah! ya lo hemos dicho: esto era lo que le llegaba mas al alma al pobre Federico-Guillermo; pero, por fortuna suya,

Danton le habia preparado un modo honroso de salir de su apuro: se habia conseguido que poco á poco llegase á declarar Federico que abandonaba por fin al rey, pero que queria salvar al hombre.

Se le remitieron todos los acuerdos de la Comuna que podian hacerle creer que al rey se le trataba con las mayores consideraciones; y ademas Dumouriez le comprometió su palabra de honor ofreciéndole que salvaria la cabeza de Luis XVI. Esto le bastó, y el 29 de Setiembre empezó á efectuar su retirada el ejército prusiano; pero tan lentamente, que mas que retirada tenia visos de un paseo militar. Así llegó hasta la frontera; mas luego que la hubo traspasado, continuó su retirada á marchas dobles.

Dumouriez habia dado palabra de salvar al rey, y quiso cumplirla.

El 12 de Octubre llegó á Paris con pretexto de arreglar, en union del ministerio, la invasion de la Bélgica; pero con la idea de juzgar ocularmente la situacion. Apenas llegó, fuése á ver á madama Roland al ministerio del interior, en que habia entrado; regalóla un hermoso ramillete; la pidió perdon del negocio del *veto*, perdon que obtuvo fácilmente; se informó de lo que se pensaba de él en Paris, y supo por fin *que se le tenia por realista*.

En efecto, se sospechaba que Dumouriez trataba de representar el papel de Monk.

A todos se les ha atribuido en Francia deseos de representar tal papel: en 1792 el Monk francés se llamaba Dumouriez; en 1802, Napoleon Bonaparte; en 1831, Luis Felipe; en 1850, Changarnier.

La asamblea aguardaba el discurso de Dumouriez y su juramento á la nueva República.

Dumouriez pronunció el discurso; pero se evadió del juramento con mas tino y audacia de la que se esperaba.

—No quiero hacer nuevos juramentos,—dijo,—yo me mostraré digno de mandar á los hijos de la libertad, y de

sostener las leyes que el pueblo soberano va á darme por órgano vuestro.

En la noche fué á los Jacobinos, pero los Jacobinos eran hombres frios, cavilosos y dificiles. La lenta retirada del rey de Prusia les inquietaba mucho. Collot-d'Herbois subió á la tribuna, felicitó á Dumouriez por su victoria; pero le reprochó el haber despedido al rey de Prusia con *demasiada política*.

Danton, que era el presidente, y que ni mas ni menos que Dumouriez habia *despedido políticamente* al rey de Prusia, se encontraba en una situacion muy dificil: invitado por sus enemigos á subir á la tribuna.

—“Señores, dijo,—consolémonos con nuestros triunfos sobre el Austria, de no ver aquí al déspota de la Prusia.”

Paris necesitaba de calma en aquellos momentos, y por eso Danton, ese hombre rudo, de palabras injuriosas, pero nunca de odio, habia ido á los Jacobinos y habia presidido la sesion. Malquistado con la Gironda, habia querido Danton hacer la paz con ella por medio de Roland y de su esposa; y habia mandado preparar la galeria del ministro del interior, Roland, para éste y Dumouriez. Mientras estos llegaban colocó en ella á su hermana y á su mujer; pero Danton no habia contado con la susceptibilidad de madama Roland: llegó ésta del brazo de Vergniaud, halló ocupados sus asientos *por dos mujeres de mala facha*, segun sus mismas espresiones, y rehusó el entrar.

Como se ve, pues, la señorita Manon-Juana-Filipon, esposa de Roland, se habia vuelto muy escrupulosa.

Aquellas dos mujeres, ya lo hemos dicho, eran la hermana y la mujer de Danton.

Danton adoraba á su mujer, hermosa criatura, de un corazon magnífico, que se bañó en la sangre de Setiembre, y que murió seis meses despues.

Fuéle muy sensible á Danton el desden de madama Roland.

Talma se encargó de arreglarlo todo: para lograrlo dió una fiesta á Dumouriez, en la que se encontraron todos los miembros de la Gironda y muchos de los primeros Jacobinos. Allí estaban Chenier, David, Collot-d'Herbois y Vergniaud representando á la Gironda, á la política y á las artes. Tambien estaban esas lindisimas mujeres que habia en los teatros de aquella época, y entre ellas la dulcísima y hermosa *Candelaria*, autora de la *Bella Arrendadora* y querida de Vergniaud.

¡Ay! si hubiese penetrado algun adivino en esa espléndida fiesta, en que los partidos olvidaban sus odios y rencores, para festejar unidos al vencedor de Valmy, y hubiese predicho á unos que subirian al cadalso, á otros que llegarían á ser traidores, y á muchos que serian desterrados, ¡qué profunda tristeza hubiese velado aquellos semblantes alegres!

No penetró un adivino, no; pero sí Marat, que apareció de repente en medio de la fiesta, mas pálido, mas puerco, mas horroroso que nunca, destilando de sus miradas y de sus labios amarga hiel y fieras amenazas. Marat habia llegado á saber que Dumouriez habia lanzado de sus filas á algunos voluntarios setembristas; y venia á pedirle cuenta á nombre de los Jacobinos, de tan aristocrática susceptibilidad. Se dirigió rectamente hácia el general para hacerle sufrir un interrogatorio. Dumouriez le aguardó, siendo quizás el único que no palideció al ver recorrer á Marat los diez pasos que le separaban de él.

Frente á frente general y tribuno, hombre de espada y hombre de pluma, el soldado comenzó el ataque.

—¿Quién sois? preguntó á Marat.

—Soy Juan Pablo Marat, contestó éste. Una sonrisa desdenosa vagó en los labios de Dumouriez.

—Me habian dicho que erais feo; pero me engañaron..... sois horroroso.

Y despues de lanzar este apóstrofe á Marat, Dumouriez le volvió la espalda.

Marat salió furioso y se fué á quejar á los Jacobinos.

Dugazon, al entrar Marat, puso á calentar una paleta de fierro, y á su salida quemó azúcar en ella para purificar el aire, que habia envenenado aquella horrible serpiente que se llamaba el amigo del pueblo.

El 23 de Octubre, Dumouriez estaba ya de vuelta en Valenciennes, donde se encontró con Beurnonville y con el duque de Chartres; con Beurnonville, á quien debia vender al enemigo cinco meses mas tarde, y con el duque de Chartres, en cuya compañía debia emigrar.

Mucho habian cambiado las cosas en solo dos meses trascurridos desde la batalla de Valmy: nuestros valientes habian ya pasado la frontera y éramos dueños de la Saboya, de Niza y del Palatinado.

La República francesa, al mismo tiempo, lo mismo que Hércules en su cuna, manifestaba con actos terribles su futuro poder: condenaba á muerte á los emigrados que se hallasen con las armas en la mano, abolia la cruz de San Luis, rompía á la faz del mundo la corona y el cetro real, y comenzaba á instruir el proceso de Luis XVI.

La Francia estaba unida, y por eso era fuerte: la Europa dividida, y por eso era débil.

Vencido en Valmy el rey de Prusia, íbamos á combatir en Jemmapes contra el emperador de Austria.

Despues de uno ó dos encuentros de poca importancia, el ejército francés se aprontó el 5 en la noche para un ataque general, y vivaqueó ante el campamento austriaco, defendido por las alturas que rodean la pequeña ciudad de Mons.

Algo de raro tenia nuestro ejército; ejército de cien mil hombres si no le hubiese desmembrado Dumouriez, alejando las dos divisiones de La Bourdonnais y de Valence.

A Valence se le encargó el cuidar la Meuse, y evitar que los austriacos se procurasen socorros. Valence era orleanista, naturalmente, como yerno de madama de Genlis, y como á tal le habia destinado Dumouriez á un puesto tan glorioso.

so. La Bourdonnais, al contrario, se le destinó al Norte porque era jacobino, y se le deseaba alejar de la victoria por todos los gefes del ejército republicano, que empezando por Dumouriez, eran absolutamente realistas. Dillon, Custine, Valence, pertenecian todos á la corte: así es, que lo mismo en Valmy que en Jemmapes, no fueron los generales, no, los que vencieron; fué el ejército, el ejército solo. Ejército sin pan ni aguardiente, sin zapatos ni vestidos: ejército que el dia de la batalla, á las 12, aun no recibia su rancho, y se preparaba á batirse en ayunas, despues de una noche heladísima pasada en cenagosos pantanos. Pero el ángel de la libertad estaba con él: tenia un *Credo* maravilloso que se llamaba *la Marsellesa*, y ademas, la conciencia de que defendia sus derechos, le daba fuerzas sobrenaturales.

Los elegantes emigrados y los antiguos severos generales austriacos, embebidos en las tradiciones del príncipe Eugenio, y de Montecuculli, no dejarían de reirse á carcajadas y de burlarse de un ejército en que, como el batallon de Loiret, habia cuerpos de voluntarios sin uniformes, que se aprestaban al combate con sus blusas y sus gorras; pero la victoria, mujer al fin, y como mujer caprichosa y coqueta, se enamoró y cubrió con sus alas á tan estraños soldados.

CAPÍTULO XIII.

YA hemos dicho que el 5 en la noche se hallaron los dos ejércitos frente á frente: entonces fué cuando nuestros soldados pudieron contemplar en toda su magestad la excelente posicion del enemigo.

Los imperiales habian ido retirándose poco á poco, para llevarnos hasta Jemmapes: nosotros les seguimos.

Nos encontramos en la pradera, ó mejor dicho, en los pantanos, sobre los que se elevan los dos pueblecitos de Jemmapes y de Cuesmes: ambos pueblos estaban perfectamente fortificados, y circuidos de almenas, y ademas resguardados por altísimos fuertes, y por una eminente planicie ocupada por 19.000 hombres y 60 cañones. Los austriacos tenian ademas, detras de sí, la ciudad fuerte de Mons, que les proveia de todos los víveres de boca y guerra que necesitaban.

Al enemigo le sobraba todo: á nosotros todo nos faltaba. Nos encontrábamos al revés que en Valmy.

Era tan triste nuestro aspecto, á pesar de que contábamos con una tercera parte mas de fuerzas que el ejército austriaco, que al duque de Saxe Teschen, general en gefe de las armas imperiales, le pareció innecesario sacar de Mons cerca de 6,000 hombres que tenia allí de reserva, y guardaron una completa inaccion durante la jornada del 6.

so. La Bourdonnais, al contrario, se le destinó al Norte porque era jacobino, y se le deseaba alejar de la victoria por todos los gefes del ejército republicano, que empezando por Dumouriez, eran absolutamente realistas. Dillon, Custine, Valence, pertenecian todos á la corte: así es, que lo mismo en Valmy que en Jemmapes, no fueron los generales, no, los que vencieron; fué el ejército, el ejército solo. Ejército sin pan ni aguardiente, sin zapatos ni vestidos: ejército que el dia de la batalla, á las 12, aun no recibia su rancho, y se preparaba á batirse en ayunas, despues de una noche heladísima pasada en cenagosos pantanos. Pero el ángel de la libertad estaba con él: tenia un *Credo* maravilloso que se llamaba *la Marsellesa*, y ademas, la conciencia de que defendia sus derechos, le daba fuerzas sobrenaturales.

Los elegantes emigrados y los antiguos severos generales austriacos, embebidos en las tradiciones del príncipe Eugenio, y de Montecuculli, no dejarían de reirse á carcajadas y de burlarse de un ejército en que, como el batallon de Loiret, habia cuerpos de voluntarios sin uniformes, que se aprestaban al combate con sus blusas y sus gorras; pero la victoria, mujer al fin, y como mujer caprichosa y coqueta, se enamoró y cubrió con sus alas á tan estraños soldados.

CAPÍTULO XIII.

YA hemos dicho que el 5 en la noche se hallaron los dos ejércitos frente á frente: entonces fué cuando nuestros soldados pudieron contemplar en toda su magestad la excelente posicion del enemigo.

Los imperiales habian ido retirándose poco á poco, para llevarnos hasta Jemmapes: nosotros les seguimos.

Nos encontramos en la pradera, ó mejor dicho, en los pantanos, sobre los que se elevan los dos pueblecitos de Jemmapes y de Cuesmes: ambos pueblos estaban perfectamente fortificados, y circuidos de almenas, y ademas resguardados por altísimos fuertes, y por una eminente planicie ocupada por 19.000 hombres y 60 cañones. Los austriacos tenían ademas, detras de sí, la ciudad fuerte de Mons, que les proveia de todos los víveres de boca y guerra que necesitaban.

Al enemigo le sobraba todo: á nosotros todo nos faltaba. Nos encontrábamos al revés que en Valmy.

Era tan triste nuestro aspecto, á pesar de que contábamos con una tercera parte mas de fuerzas que el ejército austriaco, que al duque de Saxe Teschen, general en gefe de las armas imperiales, le pareció innecesario sacar de Mons cerca de 6,000 hombres que tenia allí de reserva, y guardaron una completa inaccion durante la jornada del 6.

En la noche, un belga, llamado Beaulieu, aconsejó al general enemigo se echase sobre nosotros con sus 28 ó 30,000 hombres, y nos acabase dentro de aquellos cenagosos pantanos, en que nos resbalábamos medio desnudos, muriéndonos de hambre y de sed; pero el duque de Saxe Teschen era demasiado caballero para hacerlo, y además no quería comprometerse en un ataque nocturno, prefiriendo conservar su posición en Jemmapes, que según Clairfait, era insuperable.

La superioridad de número dejaba de ser una ventaja en nuestra posición, porque la forma del terreno no nos permitía llegar hasta las tropas imperiales, sino por caminos muy estrechos, por barrancas y por desfiladeros.

A los primeros rayos del día, y en Bélgica amanece muy tarde en el mes de Noviembre, nuestros soldados pudieron formarse una idea clara de la tarea que tenían que emprender, tarea difícilísima porque tenían que escalar un semicírculo de obras de fortificación, guardadas por soldados, que al contrario de los nuestros, se hallaban perfectamente vestidos, cubiertos los más de brillantes uniformes, estrafños y aun salvajes, es verdad, pero magníficos para dar calor por hallarse forrados de pieles. Los que no lo estaban, como los de los dragones austriacos, tenían en cambio blancas capas muy estensas, que cubrían las pellizas húngaras y los dolmanes imperiales.

Pero lo que más envidiaban nuestros soldados á los enemigos, no eran sus espléndidos uniformes, ni sus magníficas capas, sino las buenas raciones con que se habían desayunado.

Dumouriez observó detenidamente los terribles reductos de Jemmapes, miró después en torno de sí, y distribuyó sus tropas de esta manera:

Colocó en la vanguardia á Beurnonville que tenía delante el ala izquierda del enemigo que se hallaba colocada en las alturas de Cuemes: Beurnonville resguardado por Dam-

pierre colocado entre Frameris y Paturages, conducía nuestra ala derecha que se apoyaba en d'Harville, que desde Sillery en el extremo derecho de nuestra línea, amenazaba el ala izquierda de los imperiales acampados en Berthamont.

En el centro colocó al duque de Chartres con veinticuatro batallones, frente al centro de los austriacos; el duque debería llegar hasta el pie de la elevada meseta á pesar de la caballería enemiga que estaba escalonada en el tránsito.

En fin, á la izquierda, colocó al general Ferrand, con tres mariscales de campo á sus órdenes, para que atravesando el pueblo de Quaregnon, se dirigiera hácia el lado derecho de Jemmapes.

La caballería, estaba al lado de cada división, pronta á sostener los movimientos de la infantería, mientras que la artillería batiese de flanco á cada reducto atacado por el frente.

Dumouriez se hallaba en el centro con el duque de Chartres: desde la acción de Valmy, Dumouriez se había propuesto coronar al joven de gloria para hacer de él el candidato de una nueva dinastía.

Dumouriez no se engañó completamente: las acciones de Valmy y de Jemmapes explotadas hábilmente en 1830, no dejaron de contribuir á la entronización *de la mejor de las Repúblicas*.

Era necesario comenzar el ataque por la izquierda y lograr un buen éxito. Beurnonville y sus voluntarios parisienses tenían á su derecha obstáculos cuasi invencibles, obstáculos de terreno y no de arte, es verdad; pero las murallas que crea la naturaleza son aun más difíciles de allanar que las creadas por la mano del hombre.

A las ocho de la mañana el general Ferrand comenzó el ataque; pero como anciano, atacó muy débilmente, tanto que á las once aun no había logrado ventaja alguna á pesar de tener á sus órdenes las que se creían mejores tropas, las tropas veteranas.

Dumouriez al ver esto, se decide y envia para animar al ala izquierda que manda Ferrand, á un hombre, á uno solo, pero á un hombre que es un pedazo de su misma alma, á Thouvenot.

Llega éste á las primeras líneas, reemplaza en el mando al general Ferrand, arrastra tras sí á las vacilantes columnas, atraviesa á Quaregnon, y toma á Jemmapes.

Mientras esto pasa, Dumouriez tranquilo ya por su ala izquierda, atraviesa en medio de una granizada de balas el frente de batalla, llega al ala derecha en que resuena un horroroso cañoneo; y un espectáculo prodigioso preséntase á su vista.

Los voluntarios parisienses, conducidos por el general Dampierre han subido ya el primer escalon de la gigantesca altura; y son allí pasto de las balas de los reductos superiores y del fuego de nuestra ala derecha, que tomándolos por su posición, por enemigos, los baten de flanco á su sabor. Detras de los voluntarios están los veteranos de Dumouriez contemplándolos, y dispuestos á sostenerlos solo en el último extremo, porque como viejos soldados aborrecen á los nuevos.

Pero aun cuando no hubiese tal odio, al primer movimiento de ataque ó de retirada que hiciesen, los dragones imperiales que esperan con sable en mano la voz de carga, caerian sobre ellos como un torrente y los arrastrarian á los hondos pantanos de donde han salido.

Los voluntarios parisienses, jacobinos reforzados, se creian traicionados por el general realista que los habia enviado allí para que los hiciesen pedazos, cuando ven venir al general en persona en su ayuda, en defecto de sus soldados.

Dumouriez encuentra en el camino al batallon de Lombardos, batallon girondino, que lo mismo que los voluntarios de Paris, lucha aunque cansado, con firmeza y valentía. Al ver á Dumouriez el valor algo debilitado crece de nue-

vo: lombardos y parisienses hacen su brusco movimiento de ataque; los dragones bambolean, porque la tierra tiembla bajo los cascos de sus caballos: los hijos de Paris se detienen, aguardanlos á veinte pasos, les hacen fuego, derriban á mas de ciento cincuenta, y esperan á los demas á la bayoneta.

Pero Dumouriez toma dos escuadrones de caballería, los lanza sobre los cuasi derrotados dragones, y éstos huyen á escape hasta dentro de las murallas de Mons. Entonces Dumouriez vuelve á donde están los parisienses y lombardos, y los antiguos veteranos del Campo de Maulde:—Ahora vosotros, hijos míos, les dice, ¡adelante! y ¡viva la Marsellesa!

Los lombardos y los soldados del Campo de Maulde entonan al instante, no la *Marsellesa*, sino el terrible *Za irá*, el favorito de los hijos de Paris, y á los acentos de este canto salvaje, cuasi feroz, llegan hasta los aturdidos húngaros, los derrotan y se amparan de las alturas que ocupaban.

Dumouriez ve lanzarse á sus bravos, conoce que nada será capaz de detenerlos, y se vuelve al centro, donde su presencia es necesaria.

En los momentos en que Thouvenot tomaba á Jemmapes, el centro doblaba el paso para atravesar la llanura; pero, al hacerlo, dos brigadas se desviaron de su camino: la una al ver á la caballería imperial que cargaba sobre ella, se oculta tras de un edificio; y la otra, sorprendida por el fuego enemigo, se detiene y no avanza. Pero de repente, dos hombres solos, dos jóvenes de la misma edad, aunque de muy distintas posiciones, se lanzan á la cabeza de las dos brigadas, y las arrastran al combate; el uno es el duque de Chartres; el otro es Bautista Renard, ayuda de cámara de Dumouriez. Entonces saben que Thouvenot ha tomado á Jemmapes y es ya dueño de la derecha, y esta noticia exalta los ánimos de la division del centro: dirijese ésta rectamente á la meseta, trepa la falda de la montaña en medio del fuego

de sesenta cañones, se encuentra, en fin, con los diez y ocho mil hombres que la defienden, y bátese allí valerosa cuerpo á cuerpo, hombre á hombre.

El duque de Chartres es uno de los primeros que ascienden á la altiva planicie, bátese allí con valor, forma un hueco para sí y para los que le rodean, y les dirige, para mantenerlos en sus difíciles puestos, una de esas frases entusiastas que revisten de una fuerte coraza el corazón más débil.

—Muchachos, esclama, desde este momento os llamo el batallón de Jemmapes.

En seguida envía al duque de Montpensier, su hermano, á anunciar á Dumouriez que acaba de destrozar á Clairfait y á sus 12,000 hombres.

Esto aun no lo había hecho; pero una vez anunciado, necesitaba absolutamente lograrlo.

Thouvenot, vencedor, llegó en ese instante por Jemmapes y Dampierre por Cuesmes: las tres líneas de fortificación estaban tomadas, los fuegos apagados y disperso el enemigo.

El triunfo era completo.

Tendióse nuestro ejército en el mismo campo de batalla, y comió los víveres que habían dejado los imperiales; pero las sobras de un enemigo vencido no humillan á nadie, sobre todo cuando no se ha comido en veinticuatro horas.

Si d'Harville hubiese cortado el paso al general Clairfait en el camino de Bruselas, el ejército austriaco concluye completamente; pero d'Harville llegó muy tarde, y Clairfait, sostenido por Beaulieu, no podía ser ya perseguido sin mucho riesgo.

¡Solemne fué el momento en que el ejército de la joven República abrazó de una sola mirada todo aquel inmenso campo de batalla que acababa de conquistar, y proclamó al mundo su primera victoria!

En este triunfo, es necesario decirlo, tuvo mucha parte el duque de Chartres. Los héroes de esa jornada fueron Thou-

venot, Dampierre, el duque de Chartres y Bautista Renard.

Pero, sobre todo, los verdaderos héroes fueron aquellos cuyos nombres no se pronunciaron siquiera; los voluntarios parisienses y los voluntarios de Lombardía; hombres que afrontando el fuego por la vez primera, dieron ejemplos dignos de fé, de patriotismo y de valor.

Físicamente hablando, ha habido triunfos más grandiosos que el de Jemmapes; pero no ha habido una mayor victoria moral.

Jemmapes es la puerta por la que han marchado nuestros soldados á la conquista del mundo, es el germen de todas las magníficas victorias de la república y del imperio.

CAPÍTULO XIV.

DUMOURIEZ había escrito á la convencion: "El 15 estaré en Bruselas y el 28 en Lieja."

Esta vez no solo cumplió su palabra, hizo más, porque llegó á Bruselas el 14 y el 28 á Lieja.

En menos de un mes se conquistó toda la Bélgica, y el 8 de Diciembre entraron nuestras tropas en Aix-la-Chapelle.

Entre tanto se instruía el proceso del rey. Para cumplir la promesa que había hecho al rey de Prusia, de velar por

de sesenta cañones, se encuentra, en fin, con los diez y ocho mil hombres que la defienden, y bátese allí valerosa cuerpo á cuerpo, hombre á hombre.

El duque de Chartres es uno de los primeros que ascienden á la altiva planicie, bátese allí con valor, forma un hueco para sí y para los que le rodean, y les dirige, para mantenerlos en sus difíciles puestos, una de esas frases entusiastas que revisten de una fuerte coraza el corazón más débil.

—Muchachos, esclama, desde este momento os llamo el batallón de Jemmapes.

En seguida envía al duque de Montpensier, su hermano, á anunciar á Dumouriez que acaba de destrozar á Clairfait y á sus 12,000 hombres.

Esto aun no lo había hecho; pero una vez anunciado, necesitaba absolutamente lograrlo.

Thouvenot, vencedor, llegó en ese instante por Jemmapes y Dampierre por Cuesmes: las tres líneas de fortificación estaban tomadas, los fuegos apagados y disperso el enemigo.

El triunfo era completo.

Tendióse nuestro ejército en el mismo campo de batalla, y comió los víveres que habían dejado los imperiales; pero las sobras de un enemigo vencido no humillan á nadie, sobre todo cuando no se ha comido en veinticuatro horas.

Si d'Harville hubiese cortado el paso al general Clairfait en el camino de Bruselas, el ejército austriaco concluye completamente; pero d'Harville llegó muy tarde, y Clairfait, sostenido por Beaulieu, no podía ser ya perseguido sin mucho riesgo.

¡Solemne fué el momento en que el ejército de la joven República abrazó de una sola mirada todo aquel inmenso campo de batalla que acababa de conquistar, y proclamó al mundo su primera victoria!

En este triunfo, es necesario decirlo, tuvo mucha parte el duque de Chartres. Los héroes de esa jornada fueron Thou-

venot, Dampierre, el duque de Chartres y Bautista Renard.

Pero, sobre todo, los verdaderos héroes fueron aquellos cuyos nombres no se pronunciaron siquiera; los voluntarios parisienses y los voluntarios de Lombardía; hombres que afrontando el fuego por la vez primera, dieron ejemplos dignos de fé, de patriotismo y de valor.

Físicamente hablando, ha habido triunfos más grandiosos que el de Jemmapes; pero no ha habido una mayor victoria moral.

Jemmapes es la puerta por la que han marchado nuestros soldados á la conquista del mundo, es el germen de todas las magníficas victorias de la república y del imperio.

CAPÍTULO XIV.

DUMOURIEZ había escrito á la convencion: "El 15 estaré en Bruselas y el 28 en Lieja."

Esta vez no solo cumplió su palabra, hizo más, porque llegó á Bruselas el 14 y el 28 á Lieja.

En menos de un mes se conquistó toda la Bélgica, y el 8 de Diciembre entraron nuestras tropas en Aix-la-Chapelle.

Entre tanto se instruía el proceso del rey. Para cumplir la promesa que había hecho al rey de Prusia, de velar por

la vida de Luis XVI, Dumouriez apenas estableció su cuartel general en Lieja, partió con el duque de Chartres y el duque de Montpensier para Paris.

Al llegar el duque de Chartres, se encontró que en recompensa de su admirable comportamiento en las jornadas de Valmy y Jemmapes, se había proscrito á su hermana: un decreto de la Comuna de fecha 5 de Diciembre de 1792, prevenia á la princesa Adelaida salir de Paris en el término de veinticuatro horas y en el de tres días de la Francia. El duque de Chartres, para conducir á su hermana al destierro, volvió á tomar tristemente el mismo camino que había traido, lleno de la embriaguez de una doble victoria, y luego que dejó á su hermana en Toresnai, volvió á Paris.

Era de esperarse que la proscripción no cesara en este punto, y por lo mismo el duque de Orleans hizo imprimir la siguiente protesta:

“Paris 9 de Diciembre.

“Muchos diarios, dice, pretenden que tengo designios ambiciosos y contrarios á la libertad de mi país, y que trabajo en secreto para que dado el caso de que Luis XVI deje de existir, poner á mi hijo ó colocarme yo mismo á la cabeza del gobierno. No me tomaria el trabajo de combatir semejantes imputaciones si no fuera porque tienden á arrojar entre nosotros la division y la discordia, á crear nuevos partidos y á impedir que se establezca el sistema de igualdad que debe hacer la felicidad de los franceses y constituir la base de la República. Hé aquí mi profesion de fé; es la misma del año de 1791, en los últimos días de la asamblea constituyente. Ved lo que entonces dije en la tribuna. No creo, señores, que vuestras comisiones pretendan privar á ningun pariente del rey de la facultad de elegir entre la cualidad de ciudadano francés, y la expectativa del trono, ya sea próxima ó lejana. Concluyo, pues, pidiendo

do que reprobeis pura y simplemente el artículo de vuestras comisiones. Pero en caso que lo adopteis, declaro que depositaré en la carpeta mi renuncia formal á los derechos de miembro de la dinastía reinante, para atenerme solo á los derechos de ciudadano francés. Mis hijos están prontos á probar con su sangre, que tienen los mismos sentimientos.”—Firmado.—L.—P. Joseph.”

Tal protesta no produjo ningun efecto en la asamblea. La posicion que guardaba en ella el duque de Orleans era tan falsa, que le era ya imposible sostenerse, pues que no podia continuar votando con la montaña, sino renegando de todo su pasado. Habia renegado de él; pero estaba íntimamente convencido, de que la montaña, con la que contaba para sostenerse en el momento en que lo atacara la Gironda, lo dejaria deslizarse por la pendiente escarpada y sangrienta que debia conducirle hasta el cadalso.

En efecto, en virtud de la proposicion de Thuriot, el 16 de Diciembre decretó la asamblea:

“Que cualquiera que pretendiese destruir la unidad de la República ó separar de ella algunas partes integrantes para unirlas á un territorio extranjero, seria castigado con la muerte.”

El decreto fué dado con relacion á los girondinos acusados de realistas, á quienes se queria obligar á votar la muerte del rey.

Buzot se habia encargado de responder á este decreto, y respondió:

“Si el decreto propuesto por Thuriot debe restablecer la confianza, voy á proponer otro que no la restablecerá menos. La monarquía está derrocada; pero vive todavía en las costumbres y en los recuerdos de los antiguos favoritos. Imitemos á los romanos: ellos arrojaron á Tarquino y á su familia; como ellos, arrojemos á la familia de los Borbones: una parte de esta familia está entre cadenas; pero hay otra aun mas peligrosa todavía, porque es mas popular;

y esta familia es la de Orleans. El busto de Orleans ha sido paseado por las calles de Paris, sus hijos llenos de valor se distinguen en nuestros ejércitos, y el mérito mismo de esta familia la hace mas peligrosa para la libertad. Que haga, pues, su último sacrificio por la patria, desterrándose de su seno; que vaya á llevar á otra parte la desgracia de haber nacido cerca del trono, y la desgracia todavia mayor de llevar un nombre que nos es odioso, y que no puede menos de lastimar el oido de los hombres libres."

¿Pedia Buzot como enemigo este decreto á la asamblea, ó como amigo daba al duque de Orleans el consejo de desterrarse? En uno y otro caso Felipe Igualdad, ya siguiendo el consejo, ya obedeciendo el decreto, salvaba su honor y su cabeza.

Tal era la opinion de madama de Genlis, y ella misma dice en sus Memorias, hablando con el duque de Chartres de este decreto revocado:

"Le hice comprender que la revocacion del decreto contra su familia, era una verdadera desgracia, porque era evidente que habiendo sido declarado este nombre sospechoso y perjudicial, no podria ser ya útil á la patria, y seria infaliblemente perseguido. Le dije que despues de todo lo que se habia dicho á la Convencion, nada seria mas noble y mas conveniente que el imponerse un destierro voluntario, y que tal vez en esto no haria mas que anticiparse á una proscripcion. Virtuoso por principios y por carácter, incapaz de la menor mira ambiciosa, M. de Chartres no creyó penoso el partido que le proponia. Si no pudiéramos ya ser útiles, me dijo, y si causáramos alguna sospecha, no vacilaríamos en espatriarnos."

En efecto, este fué el consejo que dió el duque de Chartres á su padre. Madama de Genlis habia conseguido hacerle considerar como un favor aquel decreto de destierro. La posicion del duque de Orleans era terrible, y su hijo la comprendia bien: iba á encontrarse con todos los odios an-

tigos reunidos despues del combate de Ouessant, en frente del rey, del rey acusado, y acusado de un crimen que se castigaba con la muerte: no votando, se hacia sospechoso á los dos partidos, votando por la vida rompía con la montaña, y votando por la muerte se hacia odioso para todos.

El duque de Chartres le proponia embarcarse para América é ir á los Estados-Unidos, á esperar la vuelta de mejores dias.

La reprobacion de la proposicion de Buzot, despues del proceso del rey, fué una gran desgracia para el duque de Orleans: esta misma reprobacion le dió una arma contra las súplicas de su hijo; y el duque de Chartres salió de Paris y fué á reunirse con el ejército, lleno de desaliento y de desesperacion.

El genio protector de Igualdad lo abandonaba. Además, veamos lo que sucedia, veamos como Felipe Igualdad, impulsado siempre hácia adelante, no podia ya retroceder.

Era notoria la irresolucion; digamos mejor, la debilidad de carácter de Felipe Igualdad: Mirabeau habia caracterizado esta audaz debilidad por una frase de una obscenidad sublime.

Hacia mucho tiempo que Felipe Igualdad ocupaba una silla entre la montaña y que votaba con ella; pero á la altura á que habian llegado los negocios, no se conformaban los Jacobinos con las pruebas que habia dado, se exijia de él algo mas positivo todavia, en fin, se quería que el duque de Orleans figurara en el proceso del rey.

Muy lejos de exijirle que votara, y sobre todo que votara por la muerte, solo se le pedia una simple condescendencia á la formacion de causa; pero se le pedia imperiosamente; solo bajo esta condicion la montaña se comprometia á sostener al príncipe.

El primer arreglo, ó mas bien, la primera noticia la oyó de boca de Manuel.—Pero, exclamó el príncipe, es una *atroz*

tiranía exigir de mí semejante conducta, y *sucumbiré primero que ceder.*

—Bien, dijo Manuel, ya aguardaba esto de vos, continuad con esa firma resolucion, porque si haceis lo que os exigen, no solo os abandonarán vuestros amigos, sino que os veréis abandonado aun de aquellos mismos que os han exigido tal conducta, y uno ú otro día pereceréis miserablemente. Siguiendo el opuesto camino, tendréis de vuestra parte á todos los hombres de bien, y en particular, podeis contar conmigo y con mis amigos.

Una vez empeñada esta promesa, Manuel se separó del príncipe.

Manuel era un excelente hombre, que habia salvado en las terribles jornadas de Setiembre á todos cuantos habia podido salvar. Mas luego que salió, entraron los de la montaña, amenazándolo con unirse á Buzot, y aprobar su posicion de destierro. El pobre duque de Orleans estaba muy apegado á la Francia, y sobre todo á las inmensas propiedades que allí tenia. La lucha fué larga, encarnizada; pero al fin cedió. Al ceder, el duque no creyó conceder mas que una simple aquiescencia á lo que se le pedia.— Despues de todo, decia á Camilo Desmoulin, si no puedo negarme á votar, al menos soy libre para dar mi voto á quien quiera.

¡Ah! el pobre príncipe no era ya libre para nada; un mal genio habia puesto sobre él una mano de hierro, como sobre Fausto, y era preciso que apurase hasta las heces la copa de su fatal destino.

¡Oh! exclamó Manuel, cuando supo el compromiso que habia contraido el príncipe; él no ha visto la trampa y ha caido en ella: hoy será juez, mañana verdugo, pasado mañana será víctima.

Manuel habia conocido la situacion, y habia podido apreciar todas las exigencias: no se habia permitido al duque ni aun la religion de juez; el voto debia ser público, y era pre-

cisó deshonrar al duque de Orleans por un voto infame, era preciso abrir un abismo entre la corona y él, y para que jamas pudiera colmarse este abismo, era preciso empezar por arrojar en él su honor.

El convencional Courtois, de cuyas memorias sacamos estos detalles, cuenta que mientras pasaban estos hechos, recibió una invitacion para ir al Palacio Real, y que eran las ocho de la noche cuando entró.

Encontró al duque en su gabinete particular, abandonado á una violenta agitacion: estaba levantado y se paseaba á pasos desiguales y rápidos.

Despues de un corto rato de conversacion indiferente, como quien hace un esfuerzo sobre sí mismo, y volviéndose hácia Courtois:

—Veamos, dijo, vos que sois sabio, moderado, enemigo de todo esceso, ¿qué papel hariais en el gran negocio que nos ocupa?

—Vuestra posicion, respondió Courtois, es enteramente escepcional, y no podria modelarse por la opinion de ninguno de nosotros.

—¡Oh! lo sé muy bien; pero no importa; poneos en mi lugar, y dadme una respuesta franca y precisa, os lo suplico.

—Pues bien, dijo Courtois, puesto que es imposible abstenerse ó recusarse, yo, en vuestro lugar, haria á lo menos cuanto estuviera de mi parte por salvar la vida del rey.

—Sí; murmuró el duque de Orleans; sí, este es el partido mas prudente, mas humano y mas político, y es tambien lo que yo queria hacer.

—Ademas, añadió Courtois, creedlo; muchos diputados apoyarán esta idea.

El príncipe asió convulsivamente las manos de Courtois.

—¿Estarán seguros de ellos mismos? exclamó. ¿Serán capaces de resistir á las influencias y á las amenazas? Mucho lo temo, darán de barato la vida del rey por salvar la suya.

En este momento se abrió la puerta, y se presentaron á la entrada del gabinete Danton y Camilo Desmoulins.

Danton hizo un movimiento cuando percibió á Courtois, y yendo hácia él:

—No esperaba encontrarte aquí, le dijo; pero te advierto que tus consejos y los de Manuel llegan muy tarde, si es que hoy se piensa en cumplir la palabra empeñada ayer.

—Y bien, dijo Danton dirijiéndose al príncipe, qué habeis resuelto?

—No me rehusaré, dijo el príncipe, aunque he cometido un error en haber contraído ese compromiso; pero en cuanto á votar con vosotros, jamas. Ya os he dicho mis razones, Courtois las sabe tambien: que el sea nuestro juez.

—¡Ah! ¡Ah! dijo Danton, parece que procedemos por excepciones como los abogados. Vamos, vamos, ciudadano Igualdad, y Danton se apoyó enérgicamente sobre esta palabra, lo que se ha convenido, jurado ayer, no es posible ponerlo en duda hoy.

A cosa juzgada no hay arbitrio.

—Tenemos vuestra palabra y contamos con ella.

Mientras pasaba esto, Camilo Desmoulins habia permanecido callado; pero entonces se acercó. Amaba mucho al príncipe, quien por su parte le dispensaba toda clase de consideraciones, y tartamudeando mas que nunca:

—No hay que desdeñarse, votareis con nosotros, dijo, y este es el modo de evitar toda sospecha, toda prevencion que pueda haber sobre la sinceridad de las intenciones que ahora se calumnian. Y tomando una pluma, Camilo Desmoulins escribió.

“Únicamente poseido de mi deber, convencido de que todos cuantos han atentado ó atentaren en lo sucesivo á la soberanía del pueblo, merecen la muerte, pronunció la muerte de Luis.”

Danton tomó el papel de las manos de Camilo, le leyó con atencion; parecia pesar todos los términos; manifestó su

aprobacion por un movimiento de cabeza, y lo entregó al duque, que á pesar de su visible repugnancia, lo recibió con un signo de asentimiento. Esta repugnancia no se le escapó á Danton, quien encojiéndose de hombros, articuló muy claramente:

—Algunos idiotas podrán pensar, cuando el caso se presente, que esto os hace indigno del trono; pero á los ojos de los republicanos, que sacrifican sus convicciones, al contrario, no os creerán digno de él sino con esta condicion. No hablemos mas de *estas miserias*. Terribles acontecimientos están próximos: nos arrebatarán á todos tal vez; pero suceda lo que suceda, hagamos nuestro deber.

El duque de Orleans lanzó un suspiro y pidió algunos refrescos. Camilo Desmoulins, en medio del embarazo general, quiso decir algunas agudezas, que no hicieron sino hacer resaltar mas el embarazo general.

Se conocia la necesidad de separarse, y se separaron.

Al salir Danton, dijo á Courtois:

—Si yo no hubiera abreviado la cuestion sobre lo que se decidió, lo que se juró ayer; todo hubiera quedado en duda infaliblemente. A lo que mas temo en el mundo, son á los cobardes: si no se le sujeta, se nos escapará.

La cuestion habia interesado á Courtois, y se informó de lo que habia pasado la víspera en el Palacio Real. Habia ocurrido entre el duque de Orleans y los montañeses, una escena muy violenta. El duque de Orleans habia resistido largo tiempo; dos ó tres veces habia tomado la palabra, y una de éstas, habia exclamado: “¡Qué! ¡en revolucion, para merecer la vida, es preciso convertirse en verdugo de su rey y de sus deudos!” Pero Danton habia sostenido la lucha. Con su mirada ardiente, con su enérgica elocuencia, habia pintado al principio la perspectiva del destierro de toda su familia, la confiscacion de sus bienes, y el peligro que corria su propia vida. Entonces el duque se rindió, prometió todo, y para poder sustraerse al fatal compro-

miso que habia contraído la víspera, habia querido tomar por árbitro á Courtois, cuyas opiniones conocia de antemano.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUENOS AIRES
 VALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 CAPÍTULO XV.

Así fué como figuró Felipe Igualdad entre los jueces de Luis XVI, y dejó caer en la urna mortal el voto, que ni aun habia siquiera escrito, y que, como acabamos de ver, le habia sido dado por Camilo Desmoulins.

El 17 de Enero en la noche, Luis XVI fué condenado á muerte por la mayoría de cinco votos.

El 19 Buzot sube á la tribuna, pide que se sobresea el juicio, y añade:

“Tengo la íntima convicción de que se quiere un rey en lugar del que ha caído; de que existe un partido que trabaja para elevar á otro. Comparad los acontecimientos de Inglaterra con los que ahora vemos, y conoceréis que ese partido no pide la muerte de Luis XVI sino para poner otro rey en su lugar.”

Así, pues, como puede convencerse, el duque de Orleans no habia ganado nada á pesar de la concesión que habia hecho, por terrible que fuese.

Luis XVI fué ejecutado el 21 de Enero de 1793.

Esta ejecución acarreó el rompimiento de la Francia con la Europa entera, y aun con la misma Francia.

La Vandee que rujía sordamente, estalló. La Inglaterra despidió á nuestro embajador, nos enemistó con la Holanda, la Prusia, y con la España; y Luis XVIII, por una declaración dada en Hamm, tomó el título de regente y nombró á su hermano, el conde de Artois, teniente general del reino.

Dumouriez estaba en Paris: si habia emprendido seriamente libertar al rey del cadalso, ó si teniendo proyectos para el porvenir sobre el duque de Chartres tenia interes en dejar obrar libremente la cuchilla de la guillotina, solo él, el duque de Orleans y Dios pudieron saberlo.

No por esto dejó de hacer su dimisión despues del 21 de Enero; pero se conocia muy bien, que en la situación en que se encontraba, la espada del vencedor de Valmy y de Jemmapes era necesaria á la República.

La dimisión de Dumouriez no fué admitida: Dumouriez no insistió mas en ella; sin duda esta dimisión lo relevaba á sus propios ojos de las promesas que habia hecho al rey de Prusia. Presentó muchos planes de campaña: uno de estos planes, que consistia en invadir rápidamente la Holanda, fué aprobado.

El 17 de Febrero, hizo la irrupción en Holanda la vanguardia de Dumouriez.

Hé aquí cuál era el plan de la campaña.

Las tropas debian marchar sobre Berg-op-Zoom, de Berg-op-Zoom á Breda: llegando á Moerdiek, atravesarian el Bielbos, brazo de mar de dos leguas que conducia á Dordreck, avanzarian por Rotterdam y la Haya, hasta Amsterdam.

Una vez ocupada la capital de la Holanda, quedaba conquistada.

Dumouriez tomó el mando en gefe de la expedición: manifestó el plan general á Valence y á Miranda, sus dos ayudantes, les recomendó que avansasen lo mas cerca posible de Nimigue, y puso á Thouvenot en observación sobre el Meuse.

miso que habia contraído la víspera, habia querido tomar por árbitro á Courtois, cuyas opiniones conocia de antemano.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE BUENOS AIRES
 VALERE FLAMMAM
 VERITATIS
 CAPÍTULO XV.

Así fué como figuró Felipe Igualdad entre los jueces de Luis XVI, y dejó caer en la urna mortal el voto, que ni aun habia siquiera escrito, y que, como acabamos de ver, le habia sido dado por Camilo Desmoulins.

El 17 de Enero en la noche, Luis XVI fué condenado á muerte por la mayoría de cinco votos.

El 19 Buzot sube á la tribuna, pide que se sobresea el juicio, y añade:

“Tengo la íntima convicción de que se quiere un rey en lugar del que ha caído; de que existe un partido que trabaja para elevar á otro. Comparad los acontecimientos de Inglaterra con los que ahora vemos, y conoceréis que ese partido no pide la muerte de Luis XVI sino para poner otro rey en su lugar.”

Así, pues, como puede convencerse, el duque de Orleans no habia ganado nada á pesar de la concesion que habia hecho, por terrible que fuese.

Luis XVI fué ejecutado el 21 de Enero de 1793.

Esta ejecucion acarreó el rompimiento de la Francia con la Europa entera, y aun con la misma Francia.

La Vandee que rujía sordamente, estalló. La Inglaterra despidió á nuestro embajador, nos enemistó con la Holanda, la Prusia, y con la España; y Luis XVIII, por una declaracion dada en Hamm, tomó el título de regente y nombró á su hermano, el conde de Artois, teniente general del reino.

Dumouriez estaba en Paris: si habia emprendido seriamente libertar al rey del cadalso, ó si teniendo proyectos para el porvenir sobre el duque de Chartres tenia interes en dejar obrar libremente la cuchilla de la guillotina, solo él, el duque de Orleans y Dios pudieron saberlo.

No por esto dejó de hacer su dimision despues del 21 de Enero; pero se conocia muy bien, que en la situacion en que se encontraba, la espada del vencedor de Valmy y de Jemmapes era necesaria á la República.

La dimision de Dumouriez no fué admitida: Dumouriez no insistió mas en ella; sin duda esta dimision lo relevaba á sus propios ojos de las promesas que habia hecho al rey de Prusia. Presentó muchos planes de campaña: uno de estos planes, que consistia en invadir rápidamente la Holanda, fué aprobado.

El 17 de Febrero, hizo la irrupcion en Holanda la vanguardia de Dumouriez.

Hé aquí cuál era el plan de la campaña.

Las tropas debian marchar sobre Berg-op-Zoom, de Berg-op-Zoom á Breda: llegando á Moerdiek, atravesarian el Bielbos, brazo de mar de dos leguas que conducia á Dordreck, avanzarian por Rotterdam y la Haya, hasta Amsterdam.

Una vez ocupada la capital de la Holanda, quedaba conquistada.

Dumouriez tomó el mando en gefe de la expedicion: manifestó el plan general á Valence y á Miranda, sus dos ayudantes, les recomendó que avanzasen lo mas cerca posible de Nimigue, y puso á Thouvenot en observacion sobre el Meuse.

Después, dejando el cuerpo principal del ejército, juntó con mucha prontitud 18,000 hombres, repartidos en cuatro divisiones, y salió de Anvers con su artillería.

En veinte días, el general Bernevoy había tomado Klundert-Daseon; por dos admirables maniobras se había apoderado de Breda y de Gertmidemberg: cuatrocientas piezas de artillería, quinientos mil cartuchos, seis mil fusiles nuevos y treinta y cinco buques de transporte en buen estado, habían caído en nuestro poder.

Durante este tiempo, el duque de Chartres bombardeaba á Vanloo y á Maestricht; las órdenes que tenía eran terminantes respecto de esta última ciudad: debía tratar á Maestricht del mismo modo que el duque de Sax-Teschen había tratado á Lille.

El duque de Saxe-Teschen había destruido á Lille, sepultándola bajo una lluvia de balas.

Al cabo de tres días de bombardeo, Maestricht estaba incendiada; solo la ciudad, defendida en gran parte por los emigrados franceses mandados por el general Autichamp, oponía una resistencia de francés á francés.

Entre tanto pasaban estos sucesos se supo que el príncipe de Saxe-Cobourg á la cabeza de sesenta mil austriacos, avanzaba hácia nuestras plazas del Meuse, para juntarse con los prusianos reunidos en Vesel. Su objeto era hacernos levantar los sitios de Maestricht y de Vanloo, y al arrojarnos de Holanda, obligarnos á repasar el Meuse, en cuyos bordes aguardaban que se recobrase á Magence sobre Custine.

El príncipe de Sax-Cobourg comenzó el 1.º de Marzo esta gran maniobra; atacó á Aix-la-Chapelle, rechazando á Dampierre y á Steingel. El 3, el archiduque Carlos, por su parte, sorprendió al general Leveneur, que bombardeaba á Maestricht del lado de Wick, el cual repasó el Meuse, salvando su artillería y el parque. Viendo la retirada de Leveneur, Miranda, que á su vez mandaba con el duque de Chartres el bombardeo de la orilla izquierda, se

retiró, dejando los bagajes en poder del enemigo, hácia Saint-Trou, donde se le juntaron Valence, Dampierre y Miazinski; Lamarliere, y Champmorins, obligados á salir de Ruremonde, llegaron á su turno, y d'Harville y Steingel siguieron la misma direccion. En fin, después de una retirada de las mas difíciles, nuestras tropas se encontraron reunidas en Tirlemont, es decir, en el mismo punto de donde habían partido.

Dumouriez por su lado trabajaba por la realizacion de su plan de invasion.

Era ya dueño de Breda, de Klundert, de Gertruidemberg; sitiaba á Villeinstadt y bloqueaba á Berg-op-Zoom y á Steinberg. Intimidado á rendirse, Heurden iba á abrir sus puertas, estaba en Moerdick y se preparaba á pasar el brazo de mar, cuando sabe que su presencia es indispensable en el ejército de Bélgica.

En efecto, Valence acababa de ser derrotado cerca de Tirlemont; la derrota había sido completa, los fugitivos habían llegado hasta Paris, lo que jamas se había visto, ni aun cuando los prusianos estaban en Verdun.

Dumouriez llega el 11 de Marzo á Anvers y reúne las tropas.

Encontró el ejército en un desorden espantoso. Las tropas acampadas delante de Louvain, habían perdido todo, tiendas, cañones, equipajes; los soldados desertaban en masa, mas de 10,000 voluntarios habían vuelto á pasar la frontera; ninguno de los generales tenía aquella influencia necesaria, no ya para tomar la ofensiva, pero ni aun para dirigir la retirada.

Dumouriez, á su llegada, no disimuló los sentimientos de que estaba poseído: odio á la Convencion, restauracion del trono, murmuraciones y desprecio, sedicion próxima, hé aquí las ideas que adquirian los soldados y los generales; era una rebelion de palabras, preparando la rebelion de las armas.

Danton y Lacroix, que estaban con el ejército de Bélgica, partieron para Paris; evidentemente se preparaba un

choque entre Dumouriez y la Convencion; se trataba de parar el golpe.

Por su parte, los comisarios de la Convencion, Camus, Merlin de Douai, Treillard, á quienes la oleada de los fugitivos habia arrastrado á Lille, y que procuraban reorganizar el ejército, se apresuraron á ver á Dumouriez en Louvain.

Entonces comenzaron las recriminaciones.

Los comisarios reprochaban á Dumouriez sus actos, que calificaban de antirevolucionarios, y entre otros, la orden que habia dado para la restitucion de la plata de las iglesias.

Entonces exclamó Dumouriez:

—¿Creeis por ventura, señores, que solo á vosotros y á la Francia debo dar cuenta de mis acciones? No, me estimo en mas, y me juzgo desde mas alto. Debo dar cuenta tambien á la posteridad, id á ver en las catedrales belgas las hostias pisoteadas, los tabernáculos y los confesonarios destruidos, las imágenes despedazadas. Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no se ofende de ellos, si no los castiga, tanto peor para ella y para mi desgraciada patria. Sabed, que si fuera preciso cometer un solo crimen para salvarla, yo no lo cometeria: este estado de cosas deshonorra á la Francia, y estoy resuelto á hacerlo cesar.

Estas palabras de Dumouriez, vinieron á confirmar la opinion que los comisarios se habian formado de él.

—General, dijo Camus, se os acusa de aspirar al papel de Cesar; si estuviera seguro de ello, yo representaria el de Bruto y os mataria.

—Mi querido Camus, respondió riéndose el general, ni yo soy Cesar, ni vos sois Bruto, y la amenaza de morir á vuestras manos me asegura la inmortalidad.

Despues encojiéndose de hombros, se separó de los diputados y escribió á la Convencion una carta en la que decia, que las medidas tomadas por el gobierno francés en los Países Bajos, habian predispuesto de tal manera á la Bél-

gica, contra nosotros, que para no comprometer la seguridad del ejército que mandaba, habia creído deber replegarlo hasta las fronteras de Francia.

La carta se leyó públicamente en la Convencion.

Entre tanto Dumouriez, como dijimos ya, habia reorganizado las tropas, y habia dado un combate en que salió victorioso, sobre el mismo campo en que Valence habia sido derrotado.

Este combate se dió el 16 de Marzo.

Se hallaba el ejército al frente del enemigo.

Una gran batalla restituiria la moral á las tropas.

Dumouriez aventuró la batalla de Nerwinden y la perdió segun dijo, por causa de Miranda.

El duque de Chartres hizo prodigios de valor en esta jornada, en la que su caballo cayó muerto sobre él. Tomó dos veces el pueblo de Neerwinden, y fué el último en abandonarlo, como todo buen capitan es el último que abandona el buque, que está pronto á sumerjirse.

El general Valence, cayó echo pedazos por el sable enemigo.

Dumouriez se multiplicaba; todo fué inútil, el dia de los reveses habia llegado para él. Era preciso que se cumpliera el fatal destino del vencedor de Jemmapes y de Valmy.

Cuatro mil franceses cayeron muertos ó heridos, tres mil quedaron prisioneros, todo el material de guerra quedó en poder del enemigo.

Dumouriez acusó á Miranda de insubordinacion, Miranda acusó á Dumouriez de traidor.

Dumouriez no era un traidor; un general no traiciona nunca con la espada en la mano; todos los tesoros del mundo no bastarian para cicatrizar la herida que hace en el amor propio de un general, la pérdida de una batalla.

La carta de Dumouriez llegó á la Convencion mientras pasaban estos sucesos.

Ya dijimos que la carta de Dumouriez habia sido leída públicamente.

Es notorio que hacia mucho tiempo, Marat era enemigo de Dumouriez. Ya hemos visto lo que pasó entre el general y el periodista en casa de Talma. Concluida la lectura de la carta, Marat tomó la pluma y se puso á borrar papel.

Ya se sabe como mordía Marat, con sus dientes negros y temblorosos.

Segun Marat, que apenas se dignaba pasar á Dumouriez su batalla de Valmy, como pudiendo ser de alguna utilidad para la Francia, los combates de Granpré, de Mons, y la batalla de Jemmapes, no habian sido mas que triunfos desastrosos en que la sangre francesa se prodigó sin fruto para servir á la ambicion de un aventurero pérfido.

Fácil es comprender que Dumouriez que habia espuento su vida veinte veces en estos cuatro combates, que habia salvado á la Francia en Valmy y el honor francés en Jemmapes; Dumouriez, á cuyos soldados se dejaba sin pan en el vivaque, sin bendajes en el campo de batalla y sin medicamentos en los hospitales, se desalentaria infinitamente con semejante asercion.

Así, pues, Dumouriez que se veia amenazado en Paris por los gefes de los Jacobinos y que acababa de perder la batalla de Neerwinden, comprendió bien que no le quedaba otro remedio, que pasar el Rubicon como Cesar y marchar sobre Paris como el vencedor de las Galias habia marchado sobre Roma.

Tres dias despues de la batalla de Neerwinden, entró en negociaciones con los austriacos y como garantía de los compromisos que acababa de contraer con ellos, les entregó el 31 de Marzo á Breda y á Gertruidenberg.

Ademas, estas negociaciones no eran nuevas: ya en los últimos dias de Enero habia habido un convenio entre la Holanda y Dumouriez, que segun parece era un plan para

la restauracion de la monarquía en Francia; pero la declaracion de la guerra del 1º de Febrero habia contenido sus efectos.

Hacer un tratado, despues de esta declaracion de guerra, habria sido una traicion de que Dumouriez no queria hacerse culpable sino en el último extremo: esa última estremidad habia llegado.

Por las noticias que le recibia de Paris, comprendió que estaba decretada su pérdida.

CAPITULO XVI.

APENAS se habian abierto las nuevas negociaciones, se presentaron á Dumouriez, como enviados por el ministro Lebrun, del cual llevaban una carta, los tres emisarios de la Convencion, Proly, Pereira y Dubuisson.

Segun decian, tenian que hacerle revelaciones sobre los negocios de Bélgica.

Dumouriez tenia el corazon doblemente lastimado, tanto por su derrota en Neerwinden, como por las injusticias de que era víctima en Paris; y ni aun se tomó el trabajo de disimular sus sentimientos en presencia de los embajadores de la Convencion: desde la primera entrevista les descorrió el velo de todos sus proyectos.

—Señores, les dijo: á los débiles les toca usar de la astucia;

Ya dijimos que la carta de Dumouriez habia sido leída públicamente.

Es notorio que hacia mucho tiempo, Marat era enemigo de Dumouriez. Ya hemos visto lo que pasó entre el general y el periodista en casa de Talma. Concluida la lectura de la carta, Marat tomó la pluma y se puso á borrar papel.

Ya se sabe como mordía Marat, con sus dientes negros y temblorosos.

Segun Marat, que apenas se dignaba pasar á Dumouriez su batalla de Valmy, como pudiendo ser de alguna utilidad para la Francia, los combates de Granpré, de Mons, y la batalla de Jemmapes, no habian sido mas que triunfos desastrosos en que la sangre francesa se prodigó sin fruto para servir á la ambicion de un aventurero pérfido.

Fácil es comprender que Dumouriez que habia espuerto su vida veinte veces en estos cuatro combates, que habia salvado á la Francia en Valmy y el honor francés en Jemmapes; Dumouriez, á cuyos soldados se dejaba sin pan en el vivaque, sin bendajes en el campo de batalla y sin medicamentos en los hospitales, se desalentaria infinitamente con semejante asercion.

Así, pues, Dumouriez que se veia amenazado en Paris por los gefes de los Jacobinos y que acababa de perder la batalla de Neerwinden, comprendió bien que no le quedaba otro remedio, que pasar el Rubicon como Cesar y marchar sobre Paris como el vencedor de las Galias habia marchado sobre Roma.

Tres dias despues de la batalla de Neerwinden, entró en negociaciones con los austriacos y como garantía de los compromisos que acababa de contraer con ellos, les entregó el 31 de Marzo á Breda y á Gertruidenberg.

Ademas, estas negociaciones no eran nuevas: ya en los últimos dias de Enero habia habido un convenio entre la Holanda y Dumouriez, que segun parece era un plan para

la restauracion de la monarquía en Francia; pero la declaracion de la guerra del 1º de Febrero habia contenido sus efectos.

Hacer un tratado, despues de esta declaracion de guerra, habria sido una traicion de que Dumouriez no queria hacerse culpable sino en el último extremo: esa última estremidad habia llegado.

Por las noticias que le recibia de Paris, comprendió que estaba decretada su pérdida.

CAPITULO XVI.

APENAS se habian abierto las nuevas negociaciones, se presentaron á Dumouriez, como enviados por el ministro Lebrun, del cual llevaban una carta, los tres emisarios de la Convencion, Proly, Pereira y Dubuisson.

Segun decian, tenian que hacerle revelaciones sobre los negocios de Bélgica.

Dumouriez tenia el corazon doblemente lastimado, tanto por su derrota en Neerwinden, como por las injusticias de que era víctima en Paris; y ni aun se tomó el trabajo de disimular sus sentimientos en presencia de los embajadores de la Convencion: desde la primera entrevista les descorrió el velo de todos sus proyectos.

—Señores, les dijo: á los débiles les toca usar de la astucia;

pero los fuertes dicen lo que quieren en alta voz, en atención á que cuando el fuerte quiere, sucede lo que dice: ahora, os digo que salvaré la patria á pesar de la Convencion; la Convencion á lo sumo está compuesta de setecientos cuarenta y cinco tiranos, todos ellos rejicidas; porque no encuentro diferencia alguna entre los que han votado por la apelacion al pueblo, y los que no la han votado; me burlo de todos los decretos; he dicho á otros y os lo repito ahora, que dentro de un mes, la autoridad de esa famosa asamblea, no estará circunscrita mas que al solo distrito de Paris: ademas, hay otra cosa que nunca sufriré, y es, la existencia de un tribunal revolucionario, y mientras tenga cuatro pulgadas de acero á mi lado, sabré oponerme á los horrores de los Jacobinos.

—¿Pero general, preguntó Proly, no quereis pues ninguna constitucion?

—Quiero la de 1791.

—En hora buena, pero sin rey ¿no es esto?

—Al contrario, con un rey.

—¿Con un rey! repitieron estupefactos los tres enviados.

—Mi opinion, dijo tranquilamente Dumouriez, es que se necesita un rey.

—¿Pero ningun francés se suscribirá á ella!

—¡Vaya!

—Pero al solo nombre de Luis.....

—Y que importa que él se llame Luis, Santiago ó Felipe?

—¿Pero cómo haréis adoptar esa constitucion?

—He encontrado lo que necesito, los procuradores generales de los departamentos, y los presidentes de los distritos, y aun mejor que esto, tengo cien mil austriacos y holandeses, que dentro de tres semanas estarán en Paris

—¿Los austriacos en Paris? exclamaron los enviados, ¿y la República?

Dumouriez se encojió de hombros.

—Vuestra República solo tres dias he creído en ella: es

un absurdo, un sueño, una utopia: despues de la batalla de Jemmapes, he llorado todos los triunfos obtenidos por una causa tan mala. Y os lo repito, dentro de tres semanas tendremos en Paris, ó un rey ó los austriacos.

—¿Pero vuestro proyecto pone en peligro la suerte de los prisioneros del Temple!

—¿Qué me importa! ¿Creis por ventura que de todo esto hago una cuestion de personas? nada de eso, es una cuestion de principios. Bien pueden matar hasta el último de los Borbones, aun los de Coblenz, y no por esto la Francia dejaria de tener un rey; y si Paris añade este asesinato, á los demas que tanto lo han deshonrado, al instante mismo marcharé sobre Paris y me apoderaré de él; no como lo intentó Broglie, cuyo plan era absurdo, sino que con doce mil hombres, colocaria una parte en Pont-Saint-Magence, y otra en Nogent y demas puertos del rio; y lo reduciria por medio de un sitio.

Los tres enviados se miraron, y comprendiendo que estaban á la merced de Dumouriez, finjieron tener las mismas pretensiones. Por su parte Dumouriez considerándolos como muy poco importantes, no se cuidó de sondear sus disposiciones, y no llegó á inquietarse por la buena ó mala voluntad que pudieran tenerle.

En consecuencia, dejó que se alejasen pacíficamente.

Pasaba esto en Tournai, á donde se encontraba madama Adelaïda, hermana del duque de Chartres, y M^{me} de Sillery-Genlis, su aya, y se asegura que en estas conferencias, se trataba estensamente de hacer rey al jóven duque de Chartres. ®

De esta manera en 1793, esa luz que vagaba hacia mas de doscientos años al rededor de la familia de Orleans, se fijaba é iluminaba por fin la cabeza de uno de ellos.

Tambien Danton como lo hemos dicho, habia estado en Bélgica para ver allí á Dumouriez, con el fin de calmar su

resentimiento. Danton tenia interes en que no se escudriñase minuciosamente la conducta del vencedor de Valmy. Danton estaba comprometido en este gran negocio comercial que se llamaba la retirada de los prusianos.

Tornó de Bélgica, y como no habia obtenido nada de Dumouriez, resolvió escitar en la Francia con su poderosa palabra, uno de esos instantes enérgicos, que tan bien sabia inspirarla.

Subió á la tribuna y con esa voz poderosa que le era peculiar:

“Ciudadanos representantes, esclamó: mostraos revolucionarios, y entonces la libertad no correrá peligro: las naciones que quieren ser grandes, deben educarse como los heroes, en la escuela de la desgracia. No hay duda que hemos tenido reveses; pero si en el mes de Setiembre último, cuando el rey de Prusia estaba en Champagne, os hubiesen dicho que la cabeza del tirano caeria bajo la cuchilla de la ley, que el enemigo sería arrojado del territorio de la República, y que cien mil hombres estarian en Magence, tendríamos un ejército en Tournai, y habríamos visto entonces la libertad triunfante. ¡Pues bien! nuestra posición es la misma, hemos perdido un tiempo precioso, es necesario repararlo. Ahora es cuando se necesita que la Convencion decrete que todo hombre del pueblo deberá tener una pica al servicio de la nacion, que será pagada por los ricos. Que en los países en que se haya manifestado la contra-revolucion, cualquiera que se atreva á provocarla, será puesto fuera de la ley. Es necesario que el tribunal revolucionario, sea muy activo: es preciso que la Convencion declare á la Europa, á los franceses y al universo entero, que es un cuerpo revolucionario, que está resuelto á sostener la libertad y á sofocar á las serpientes que la desgarran; he dicho; ciudadanos representantes, decretemos.”

Y se decretó con poca diferencia cuanto pidió Danton.

Pasóse despues á la órden del día para ocuparse de muchas proposiciones de Robespierre, y entre otras, de aquella en que pedía que á todos los parientes de Luis XVI, se les obligara á salir en el término de ocho dias del territorio francés y de todos los países ocupados por los ejércitos de la República; que la reina compareciese ante el tribunal revolucionario, para juzgarla como á cómplice del rey, y que se detuviera en el Temple á Luis Capeto, su hijo, hasta nueva órden.

A este tiempo Dubuisson, Proly y Pereira llegaron de Tournai y dieron cuenta á la Convencion de su entrevista con Dumouriez. No cabia duda en los proyectos del general; la Gironda fingió no dar crédito á la relacion de los enviados; pero sus denegaciones fueron inútiles, los enemigos del general rebelde fueron secundados por los testigos y se decretó que compareciera Dumouriez ante la Convencion para dar cuenta de su conducta.

Ademas, el ministro de la guerra Beurnouville, debia salir al instante para el ejército del Norte, con el objeto de conocer la situacion, y de dar cuenta de ella á la Convencion nacional.

Mas todavía. Cuatro comisarios escogidos del seno de la asamblea, debian salir en el momento para el ejército con poderes para suspender y reducir á prision, á todos los generales, oficiales, militares, funcionarios públicos y toda clase de ciudadanos que les parecieran sospechosos, hacerlos comparecer en la barra y sellar sus papeles.

Se procedió en el instante mismo á la eleccion de estos cuatro ciudadanos, y Camus, Bancal, Quinette y Lamarque quedaron nombrados por mayoría de sufragios.

Mientras tanto, Dumouriez trabajaba y procuraba poner su plan en ejecucion.

En consecuencia, envió una órden al general Miazinski, que estaba en Orchies para presentarse al frente de Lille con su division, entrar en esa ciudad y aprender á los comisa-

rios de la Convencion que se encontraran allí, así como á los principales directores de los clubs; y una vez hecho esto, marchar sobre Douai, arrojar al general Mouton y hacer proclamar tanto en Douai como en Lille, la constitucion de 1791.

Despues de esto debia dirigirse por Cambrai á Perona, apostarse allí y esperar nuevas órdenes.

Pero el genio del porvenir velaba sobre la Francia: Miazinski se confió á hombres que creia seguros y que lo vendieron atrayéndolo á Lille con una débil escolta.

Una vez dentro de Lille, fué hecho prisionero y enviado á Paris donde su cabeza rodó en el cadalso.

Informado Dumouriez de estos sucesos, envió sin pérdida de tiempo á su ayudante Devaux para que tomara el mando de la division de Miazinski.

Pero desde que Dumouriez era traidor, Dumouriez era desgraciado. Devaux fué aprendido, enviado á Paris y guillotinado como Miazinski.

Trabajaba en buscar alguna combinacion para reparar este doble contratiempo, cuando el 2 de Abril, á eso de las cuatro de la tarde, vino un correo á participarle la llegada del ministro de la guerra y de los cuatro comisarios de la Convencion.

El general reunió su Estado Mayor y aguardó.

Los comisarios se presentaron en casa del general y fueron introducidos al momento.

Camus tomó la palabra, y mirando á su derredor, invitó al general á pasar á alguna pieza donde hubiera menos testigos y donde pudiera leerle el decreto de la Convencion.

Dumouriez pasó á un pequeño gabinete, contiguo á la misma sala.

Entonces Camus entregó al general el decreto de que era portador.

Dumouriez lo tomó, lo leyó y se lo devolvió, con la mas completa tranquilidad.

—¿Y bien? preguntó Camus.

—Y bien, dijo Dumouriez, me desespera una cosa, señores.

—¿Cuál?

—Que las circunstancias y el estado en que se encuentra mi ejército, no me permitan poder ir á Paris, para obedecer las órdenes de la Convencion. Por lo demas, añadió, hago dimision de mi empleo como tantas veces la he hecho.

—General, respondió Camus, ya comprendereis que, encargados de una comision especial, no somos competentes para rehusar ó admitir vuestra dimision.

—Sea, pues, respondió Dumouriez; que la admitais ó no, poco me importa. En cuanto á mí, os declaro que de ningun modo iré á Paris, para verme denostado, envilecido y para que os mofeis de mí que os he salvado á todos; ciertamente, no os llevaré mi cabeza, que está muy segura aquí, para que la hagais rodar sobre la plataforma de vuestra guillotina.

—Pero, preguntó Camus, ¿no reconocis, pues, la autoridad de la constitucion?

—No.

—No reconocis tampoco al tribunal revolucionario?

—¡Oh! sí que le reconozco; pero por un tribunal sanguinario, por una asamblea de verdugos, por un fautor de crímenes, y no me someteré á él mientras me quede una pulgada de acero en la mano. Hay mas, os declaro que, si pudiera le aboliria, no de aquí á mañana, no de aquí á una hora, sino en el mismo instante; porque le considero como el oprobio de una nacion libre.

Era la época de las citas de los antiguos. Camus se lanzó á la erudicion y citó el ejemplo de los antiguos griegos y romanos que, ya desempeñasen funciones civiles ó militares, se habian sometido á las órdenes de sus respectivos gobiernos, con la abnegacion propia de la obediencia.

Dumouriez se encogió de hombros.

—Siempre nos equivocamos en nuestras citas, dijo, y desfiguramos la historia para escusar nuestros crímenes con el ejemplo de las virtudes de Roma, de Atenas ó de Esparta. Tarquino era un verdadero tirano, no como Luis XVI, convendreis en ello; y con todo los romanos no asesinaron á Tarquino, se contentaron con desterrarlo. Mas tarde, si pasais á los tiempos de los Camilos y de los Cincinatos, os diré que, ya en esa época los romanos tenían buenas leyes y una República bien ordenada; no tenían ni club de Jacobinos, ni tribunal revolucionario. Estamos en el tiempo de la anarquía, vuestros guillotinadores piden mi cabeza; pero yo no quiero dársela. ¡Oh! bien puedo hacer esta confesion sin temor de ser acusado de cobardía, porque es notorio que jamas he temido la muerte; y ya que sacais vuestros ejemplos de los romanos, os declaro, que si he hecho con frecuencia el papel de Decio, jamas haré el papel de Curcio. Habeis abierto el abismo, que se arroje en él quien quiera para cerrarlo, no seré yo ciertamente.

Los diputados dejaron concluir á Dumouriez sin interrumpirlo, luego Camus replicó:

—General, le dijo, creo que os engañais sobre el estado de Paris. No teneis que hacer nada por ahora, ni con los Jacobinos, ni con el tribunal revolucionario, lo único que se quiere es, que comparezcáis en la barra de la Convencion.

Dumouriez se sonrió.

—Oid, señores, dijo, pasé á Paris el mes de Enero, y le ví borrascoso y sublevado. Ciertamente que Paris no se ha calmado despues, al contrario. Sé por un conducto fidedigno, que vuestra Convencion está dominada por vuestro odioso Marat, por vuestros infames Jacobinos y por vuestros indecentes tribunos, siempre rodeados de sus emisarios. La Convencion no podría salvarme aunque quisiera.

—Así, qué, replicó Camus, ¿positivamente rehusais obedecer los decretos de la Convencion?

—Sí.

—Pensad que vuestra desobediencia, no solo os pierde á vos, sino que pierde tambien á la República,

—Cambon ha dicho en vuestra tribuna en medio de los aplausos de la asamblea entera, que la suerte de la República no dependia de un hombre. Os declaro, ademas, que en mi concepto la República no es mas que una palabra vana, que estoy convencido de que no existe y de que estamos en completa anarquía. No pretendo eludir que se me juzgue, y la prueba es, que os doy mi palabra de honor, y ya sabeis que los militares son esclavos de ella, de que, tan luego como la nacion tenga leyes y un gobierno, le daré cuenta estrecha de mis motivos y de mi conducta; haré mas, yo mismo pediré un tribunal y me someteré á su juicio. Pero el aceptar por ahora vuestro tribunal y sujetarme á su decision, seria un acto de demencia.

—En este caso, general, dijeron los comisarios, permitid que nos retirémos, para consultarnos mútuamente.

—Como gustéis, respondió Dumouriez.

Los comisarios se retiraron en efecto y entraron un momento despues.

Tenian un aire grave y resuelto.

—Ciudadano general, dijo Camus. ¿Queréis obedecer el decreto de la Convencion nacional y presentaros en Paris?

—En este momento nó, señores, respondió Dumouriez.

—Entonces os suspendo de vuestras funciones. Ya no sois general. Ordeno que no se os obedezca y que se os reduzca á prision; ademas, voy á sellar vuestros papeles.

—Entrad y aprehended á estos cuatro hombres, dijo Dumouriez en aleman, abiendo una puerta á los husares extranjeros que esperaban allí sus órdenes, prontos para obedecerlas.

La aprehension se hizo sin ninguna dificultad. Tanto los cuatro comisarios de la Convencion, como el ministro de la guerra, fueron hechos prisioneros y remitidos al gene-

ral Clairfait, que los conservó como rehenes y los envió para el Austria, en donde comenzó para ellos aquella cautividad que duró dos años y medio, y de la que no quedaron libres sino por su canje con la hermana del rey.

Pero al consumir este acto, Dumouriez habia traspasado los límites de su autoridad, y todos cuantos en su ejército sentían latir en su pecho un corazón francés, se opusieron enérgicamente á todo cuanto intentó despues para luchar contra la Francia.

Así es que, viendo escaparse una á una todas sus esperanzas de rebelion, salió de Saint-Amand el 4 de Abril, acompañado del duque de Chartres, de los dos Thouvenot, de Mr. de Montjoie y de cuarenta hombres de escolta: el objeto de esta expedicion, era llegar á Condé, donde lo esperaban los gefes austriacos.

Débian concluirse allí los convenios entablados en Als.

A tres cuartos de legua de Condé, encontró tres batallones de voluntarios, que se dirijian á aquella ciudad con armas y bagajes: esta maniobra perjudicaba mucho á sus planes y les dió orden de retroceder por el mismo camino que habian traído.

Pero ya sea que fuese visible la traicion, ó que instintivamente la adivinaran, los soldados en lugar de obedecer, prepararon sus armas. Viendo esto Dumouriez, puso su caballo al galope, lo cual fué al instante imitado por los que le acompañaban.

Entonces resonaron los gritos de, ¡deteneos! ¡deteneos! silvaron las balas y como mas adelante obstruyese el camino alguna tropa, Dumouriez se lanzó al través de los campos; pero su caballo, como si rehusara servir á su amo por mas tiempo, se obstinó en no querer salvar el foso.

Dumouriez echó entonces pié á tierra, abandonó su caballo, y en medio de una lluvia de balas, montó sobre el que le ofrecia Baudoin, palafrenero del duque de Chartres.

Gracias al celo de este valiente servidor, Dumouriez y su escolta pudieron alejarse al galope.

Baudoin fingió estar herido, se sentó en la orilla del camino detrás de un monton de paja y dando una falsa direccion á las pesquisas de los soldados salvó dos veces á los fujitivos.

La falta era grande, pero el castigo fué terrible. El moderno Coriolano, no tuvo como el Coriolano antiguo, ni aun la satisfaccion de hacer temblar á Roma, y la historia fué tanto mas severa con él cuanto que ni aun tuvo, como el hijo de Veturia, la dicha de sufrir aquella espiacion sangrienta que borra todos los crímenes.

Y sin embargo su castigo fué peor para él que la misma muerte: declarado publicamente traidor por la Francia, reconocido como traidor por todas las naciones, en vano ofreció su espada á cada rey que se preparaba á hacer la guerra á aquella potencia; desechado en todas partes, viviendo de una pension que le daba la Inglaterra, ni aun se atrevió á volver en 1814 á esta Francia, lejos de la cual murió, dejando su cadáver en extranjera tierra y su memoria al juicio de la posteridad.

Antes de seguir al duque de Chartres en el largo destierro que tambien debia sufrir, volvamos á Paris y veamos la influencia que debia ejercer su fuga sobre sus amigos, sobre su familia y particularmente sobre su padre.

CAPÍTULO XVII.

Como puede comprenderse muy bien, la huida del duque de Chartres perjudicó directamente á Felipe Igualdad. El duque y Sillery tuvieron la idea de presentarse inmediatamente al Coraité, y solicitar un exámen escrupuloso de su conducta, pero ni por esto se desarmó la susceptibilidad de la Convencion. El Comité espidió órdenes de arresto contra madama de Genlis, el general Valence, los duques de Chartres y de Montpensier, y en fin, contra Montjoie y Servan.

¡Cosa rara! todas estas órdenes de arresto no emanaron de la Convencion, sino de un Comité sin autoridad reconocida, y fueron firmadas por Duhem.

La Gironda triunfaba.

Barbaroux subió á la tribuna.

“Hace cinco meses, dijo, denunciarnos á la faccion de Orleans, y hace cinco meses tambien que nos dais el tratamiento de malos ciudadanos; ahora reconocereis que teniamos razon: en efecto, ¿qué pide Dumouriez? el restablecimiento de la antigua constitucion del año de 1791. ¿Y á quién llama al trono la antigua constitucion? A Orleans.”

El 7 se propuso la prision de la familia de Orleans.

Chateau Randon subió á la tribuna.

“Apoyo, dijo, la proposicion de arresto contra la mujer y

los hijos de Valence, y contra la ciudadana Montesson; pero reclamo tambien esta medida en contra de la mujer de Igualdad; entre las cartas que se le tomaron al correo mandado por Valence, existen dos de Igualdad, hijo, una para su madre, la otra para su padre; en está última dice:

“La Convencion es la que ha precipitado á la Francia en el abismo en que se encuentra. Si Igualdad, hijo, escribe en este sentido, comprendereis muy bien cuán importante es asegurarse de la madre; pido, pues, que se la reduzca á prision.”

Levasseur sucedió á Chateauneux, sube á la tribuna y esclama:

“La Convencion recordará lo que se ha dicho en el proceso verbal de los tres comisarios del Consejo ejecutivo; que Dumouriez no solamente ha anunciado sus principios, sino tambien sus proyectos contrarrevolucionarios en presencia de Valence y de Igualdad, hijo; no quiero otras pruebas de su complicidad. Aun dado el caso de que el hijo de Igualdad no participara de las opiniones de Dumouriez, sería culpable por el solo hecho de no haberlo asesinado cuando tenia delante de él semejantes conversaciones; pido por lo mismo, que Igualdad, padre, y Sillery, sean igualmente reducidos á prision.”

El duque de Orleans intentó defenderse.

“Ciudadanos: el Comité de defensa general ha dado cuenta á la Convencion de la súplica que he hecho para que se examine mi conducta; si soy culpable debo ser castigado, si lo es mi hijo entonces cumpliré mi deber, porque estoy al frente del busto de Bruto.”

Llegó su turno á Boyer-Fonfrède.

Los girondinos, eternos perseguidores de los Orleanistas, se creian ahora por sus relaciones con Dumouriez casi juzgados como cómplices; Boyer-Fonfrède, se precipitó de su lugar á la tribuna:

“Conciudadanos, dijo: ¡los Igualdad han servido á la libertad! pues bien, yo no quiero haber nada á estos hombres

por cuyas venas corre sangre de reyes. Por lo tanto debo manifestar aquí todas mis sospechas: delante de Igualdad, hijo, fué delante de quien Dumouriez hizo sus atroces confidencias y no ha sido aun arrestado: pido, pues, que lo sea y que se le traiga á la barra lo mismo que á Valence.”

Buzot, á su vez, pidió que se leyese á la asamblea la famosa carta del duque de Chartres á su padre, en que le decía que la Convencion habia perdido á la Francia.

Apoyada la mocion de Buzot se leyó la carta.

Esta carta tenia cuatro dias de anterioridad, á la huida del duque de Chartres, y correspondia al mismo dia en que Dumouriez abandonó á los austriacos las ciudades de Bréda y Gertruidenberg.

Tournai 30 de Marzo.

“Os he escrito de Louvain, querido papá, el dia 21, en el primer instante de que he podido disponer despues de la desgraciada batalla de Neerwinden: os he escrito tambien de Bruselas y de Enghien: por lo mismo ya veis que no ha habido ninguna falta de mi parte; mas no se puede tener idea de los atrasos que se experimentan en las administraciones de correos: por diez dias me he visto privado de cartas y de periódicos. Hay en todas estas oficinas, como en todo, un desórden espantoso.

“Mis rosadas ilusiones han desaparecido: ahora todo lo veo tristemente. Veo á la libertad hollada, á la Convencion nacional perder á su vez á la Francia por el olvido de todos los principios, encendida la guerra civil, ejércitos innumerables arrojar por todos lados sobre nuestra desgraciada patria y no veo ejércitos que oponerles. Nuestras tropas de línea están casi destruidas, los mas fuertes de nuestros batallones son de cuatrocientos hombres, el bravo regimiento de Deux-Ponts, tiene ciento cincuenta hombres y no le vienen reclutas, todo queda reducido á los voluntarios y á los cuerpos creados

nuevamente. Por otra parte, el decreto que iguala las tropas de línea á los voluntarios, los ha enemistado los unos contra los otros; los voluntarios desertan y huyen de todas partes sin que se les pueda contener. ¡Y la Convencion cree que con tales soldados puede hacer la guerra á toda la Europa! Os aseguro que por poco que esto dure, se desengañará muy pronto. ¡En qué abismo ha precipitado á la Francia!

“Mi hermana no se irá á Lille, á donde se la inquietaria por su emigracion. Prefiero que vaya á habitar una aldea de los alrededores de Saint-Amand.”—Igualdad, hijo.”

La lectura de esta carta produjo un espantoso rumor en la asamblea, y á pedimento de la Réveillère-Lepeaux, se dió un decreto ordenando que el duque de Orleans y Sillery fuesen custodiados de vista. Marat se atrevió á mas, quiso que se pusiera á precio la cabeza del duque de Chartres, estendiendo esta mocion á todos los borbones fugitivos. La adiccion de Marat, fué reprobada; pero en la tarde, en el momento en que el duque de Orleans daba leccion de historia al duque de Beaujolais, entraron en su gabinete y lo arrestaron.

En la mañana siguiente de su arresto, la Convencion recibió la siguiente carta:

“Ciudadanos, colegas: han venido á mi casa dos particulares, titulándose el uno oficial de paz, y el otro inspector de policia; me han presentado una requisitoria firmada por Pache para presentarme en el consejo municipal. Les he pedido que suspendiesen el efecto de la orden. Estrechamente unido á la República, seguro de mi inocencia, y deseando ver aproximarse la hora en que mi conducta sea examinada, no habria retardado la ejecucion de este decreto si no hubiese creido que comprometia el carácter de que estoy revestido.”—Felipe Igualdad.”

La asamblea pasó á la orden del dia, y habiéndose conducido al duque de Orleans, del consejo municipal á la

Abadía, fué casi al mismo tiempo trasportado de la Abadía á Marsella.

Encerrado en el fuerte de la Garde con el conde de Beaujolais, el duque de Monpensier, que acababa de ser arrestado, la duquesa de Borbon su hermana y el príncipe de Conti, su tío, fué trasladado poco tiempo despues al fuerte de San Juan, donde pasó el mayor tiempo de su cautiverio.

El duque de Monpensier ha escrito sobre todo este tiempo de su cautiverio, tiernas memorias, llenas de esa dulce y juvenil tristeza, que se siente cuando no estamos aun privados de las esperanzas.

Despues de algun tiempo la situación de los prisioneros era menos dura. El príncipe podia comunicarse con sus hijos, comer con ellos, leer los diarios y recibir algunas cartas: ademas, sus perseguidores los mas encarnizados, habian muerto: Marat, primero, despues Buzot, Barbaroux, Pethion, en tanto que Danton y Camilo Desmoullins sus amigos, habian sobrevivido.

El 15 de Octubre, los periódicos anunciaron, que la Convencion acababa de decretar el juicio próximo de Felipe Igualdad. El príncipe estaba jugando á la baraja con sus hijos, cuando le fué comunicada la noticia por el conserje que llevaba los periódicos.

—¡Ah! tanto mejor, dijo: al menos acabará esto pronto para mí, ya sea de una ó de otra manera. Abrazadme hijos míos, este dia hará época en mi vida.

Abriendo entonces el diario, leyó el decreto de acusación que le concernia.

—Vamos, vamos, dijo: el decreto no está motivado, ha sido solicitado por grandes bribones; pero no importa, tendrán mucho que hacer y los desafío á encontrar algo contra mí.

Vamos, hijos míos, no os aflijaís de esto que tengo como una buena noticia, juguemos.

El 23 de Octubre á las cinco de la mañana el duque de Monpensier fué despertado por su padre que entró en su calabozo, acompañado de los comisarios que la Convencion enviaba para conducirlo.

—Mi querido Montpensier, dijo, abrazando al jóven príncipe, vengo á decirte adios, voy á partir.

Y como el príncipe, tembloroso, no podia responderle, le estrechó contra su corazón, vertiendo lágrimas.

—Quería partir sin decirte adios, añadió, porque es siempre un momento terrible el de la partida; pero no me fué posible, pobre hijo mio, resistir al deseo de verte. Adios, consuélate y consuela á tu hermano; pensad los dos en la dicha que gozaremos al volvernos á ver.

El duque de Orleans partió, y los dos hermanos permanecieron buscando cada uno el modo de darle al otro una esperanza que él no tenia.

El príncipe marchó acompañado de un solo camarista llamado Gamache, servidor sumamente adicto, que despues hemos conocido de conserje en el parque de Monceaux, y nos ha contado cosa de diez veces, los detalles del viaje y la muerte del príncipe. En su mismo carruaje iban los tres comisarios de la Convencion, y todos escoltados por un destacamento de gendarmes.—El viaje era lento, en la tarde se detenian á dormir en las mejores hosterías de las grandes ciudades: en Auxerre comieron, y los comisarios mandaron á Paris una carta en que preguntaban á qué prisión debia conducirse al príncipe.

CAPÍTULO XVIII.

Al llegar á la barrera encontraron un hombre que estaba apostado, traía la respuesta de la carta, subió al coche é indicó la conserjería.

La llegada del príncipe era ya sabida, así es que el corredor del palacio de justicia donde se bajó, estaba lleno de curiosos; el calabozo que le tenían reservado estaba inmediato al que había ocupado la reina, este es el que en el día separa á la capilla espiatoria, y que comunica con la famosa sala de los muertos, convertida hoy en iglesia.

El camarista solicitó y obtuvo el permiso de permanecer cerca de su amo.

—Y bien, mi querido Gamache, le dijo el príncipe, luego que estuvieron solos; ¿no habeis querido dejarme? En esto os reconozco y os doy las gracias; preciso es esperar que no ha de durar nuestra prision toda la vida.

En un momento el príncipe tuvo la idea de escribir á sus hijos, y sobre todo al duque de Chartres y á su hija; pero no se atrevió por temor de que las cartas fuesen abiertas.

Se le concedió que tuviera un defensor. Este defensor se llamaba Voidel, y podía comunicarse libremente con él. Voidel estaba convencido, lo mismo que el príncipe, de que lo habian de sacrificar.

El día 6 le entregaron un cesto de vino de Aí que había

pedido. Se estaba preparando á tomarlo cuando se abrió la puerta. Lo buscaban para conducirlo al tribunal revolucionario.

El conserje era el que venia á anunciarle esta noticia.

Le dejó concluir su fatal mision, y alargándole un vaso:

—Tomad, amigo mio, hacedme el favor de beber este vino y de decirme que os parece.

El conserje no se atrevia á aceptar.

—Vamos, vamos, dijo el duque, nada temais. ¡Oh! si os pidiese beber á mi salud, en tal caso podria comprometeros, sobre todo en este momento; pero no os pido otra cosa, sino que probeis este vino y me digais cual es vuestro parecer.

El conserje bebió dos vasos de Aí. El duque vació el resto de la botella de un solo trago, separó dos, distribuyó las restantes entre los carceleros, y se dirigió al tribunal.

Su entrada produjo una sensacion profunda.

Los excesos, la fatiga, la inflamacion de la sangre y una vejez precoz, hacian que quedara al príncipe en el momento de su arresto, muy poco de la belleza y elegancia que caracterizaban al duque de Chartres, vencedor de Ouessant. Pero ¡cambio extraño! un régimen sano y depurativo, el aire del mar que respiraba por las ventanas de la torre de San Juan, y aun la misma abstinencia de la prision, habían hecho otro hombre del duque de Orleans.

El príncipe había enflaquecido, su color se había vuelto pálido, las berrugas que le quemaban el rostro habían desaparecido; y solo una profunda arruga sobre su frente, indicaba la importuna presencia de una misma idea.

Añadid á todo esto una calma grande, efecto del poder moral con que el príncipe sabia revestirse al frente del peligro: esta magestad que pertenece á los príncipes y que solo la desgracia puede dar á los que no lo son, y se tendrá una idea del duque de Orleans en el momento de comparecer ante sus jueces.

Era vaga y aun quimérica la acusacion que se le hacia.

Si algun hombre habia sacrificado todo á la República, aun su mismo honor, era él.

—¿Habeis votado la muerte del tirano con la ambiciosa pretension de sucederle? preguntó Hermann.

—No, respondió, lo he hecho conforme á lo que me dictaba mi alma y mi conciencia.

Así es, que lo mismo que habia servido para quitarle el honor, servia ahora para quitarle la vida.

Las otras preguntas que se le hicieron fueron estas:

—¿Habeis conocido á Brissot?

—¿Qué clase de relaciones tenia con vos Sillery?

—¿Habeis dicho al diputado Pulhier, "*qué me pediréis cuando sea rey?*"

Por toda respuesta á la mayor parte de estas preguntas, el duque se encojia de hombros.

Se le preguntó aun mas.

—Por qué en el tiempo de la República sufristeis que se os llamase príncipe, y con que fin habeis mostrado tanta liberalidad durante la revolucion?

—Los que me llamau príncipe, respondió el duque, me lo llaman á pesar mio, y por esto he hecho fijar un cartel en la puerta de mi cuarto, diciendo: que aquellos que me dieran semejante nombre, pagarian una multa para los pobres. Respecto á las liberalidades de que me acusais, me lisonjeo de que por ellas, y vendiendo una parte de mis bienes, haya socorrido á los indijentes durante un invierno riguroso.

El duque de Orleans fué condenado á muerte.

Se leyó su sentencia. Al leerse la, contrajo sus labios una sonrisa irónica; y contentándose con levantar los hombros, dijo:

—Segun veo estais decididos á que muera; debiais al menos buscar pretextos menos especiosos para decretar mi muerte, porque jamas persuadireis á nadie en el mundo, de que me habeis creido culpable de las traiciones que me imputais, y de las que acabais de declararme convencido.

Y dirijiendo una postrer mirada al ex-marqués de Antoinelle, le dijo:

—Y ninguno mejor que vos, que me conoceis tan bien. —Por lo demas, ya que está decidida mi muerte, os suplico tan solo, no me hagais padecer hasta mañana: mandadme inmediatamente al cadalso.

Estos favores jamas los habia rehusado Fouquier-Trinville. Se le condujo á la prision.

Dos sacerdotes le aguardaban.

En el intervalo que separaba al tribunal revolucionario del cadalso, se habia operado en el príncipe, ó mas bien en el hombre, un gran cambio. Pronto á entrar á la obscuridad de su prision, y pronto á permanecer solo con sus recuerdos, se le escapaban á medida que se alejaba del tribunal revolucionario, todo el pesar y toda la indignacion de que rebotaba su alma.

—Malvados, se decia, entrando bajo la bóveda comprendida entre las dos rejas; les he dado rango, fortuna, ambicion, honores, el renombre de mi casa para el porvenir, y al condenar á sus enemigos, la repugnancia de la naturaleza y de mi conciencia; y ved la recompensa que me reservaban. ¡Ah! si hubiese procedido como dicen, por ambicion, seria ahora bastante desgraciado. No. Era una ambicion mas elevada que el trono la que me impelia, era, la ambicion de la libertad de mi país, la felicidad de mis semejantes. —¡Y bien! otra vez aun, *viva la República!* Este grito se oirá en mi calabozo como se ha oido en mi Palacio.

Despues, este grito salió desgarrando su pecho.

—¡Oh! ¡hijos míos! ¡hijos míos!

Era este el fin de la explosion violenta, y apoyándose en la chimenea, dejó caer la cabeza entre sus manos.

Los gendarmes, carceleros y los sacerdotes lo miraban.

Ellos oian frecuentemente semejantes cosas; pero el hombre que esta vez las proferia, habia sido príncipe, y

aunque se hubiese declarado que ya no habría príncipes, su atencion protestaba contra semejante prescripcion.

En este momento se levantó uno de los dos prelados; era un sacerdote aleman, llamado Lothinger, toscó y aun grosero. Un hombre que desconocia la sublime mision de consolador, y que ejercia su estado solamente por necesidad.

Se aproximó al príncipe.

—Vamos, vamos, le dijo: es llorar demasiado, es necesario confesaros.

—¡Marchaos! dijo el duque, y dejadme en paz, ¡es inútil!

—¡Queréis, pues, morir como hasta aquí habeis vivido? insistió obstinadamente el sacerdote.

—Sí, sí, dejadme morir como he vivido, he vivido bien.

Por el contrario, el segundo sacerdote, llamado el abate Lambert, tenia toda la delicadeza de espíritu y de corazon que faltaba á su colega; avergonzado por la brutalidad de el abate Lothinger, y por la grosería de los gendarmes y carceleros, se aproximó al príncipe, y con una voz dulce y persuasiva:

—Igualdad, le dijo, vengo á ofrecerte los sacramentos, ó al menos los consuelos de un ministro del cielo; ¿quieres recibirlos de un hombre que te hace justicia y que te tiene una sincera conmiseracion?

—¿Quién eres tú? le preguntó el duque.

—Yo soy, respondió el abate Lambert, el vicario general, si no deseas mi ministerio como sacerdote, ¿puedo ayudarte como hombre, algunos servicios, acerca de tu mujer y de tu familia?

—No, dijo el duque, te doy las gracias. Si mi conciencia está sombría, podrá solo mi vista penetrar en ella. Creeme, no tengo necesidad sino de mí mismo para morir como buen ciudadano.

El príncipe pidió de almorzar, comió con apetito y bebió las dos botellas de vino de Añ, que se habia reservado.

Un miembro del tribunal, vino á preguntarle si no tenia en este momento alguna revelacion que hacer que interesase á la República.

—Si hubiese sabido alguna cosa contra la seguridad de la patria, no habria aguardado á este momento para decir-la. Por lo demas, no tengo ningun resentimiento contra el tribunal, ni contra la Convencion y los patriotas; no son ellos los que quieren mi muerte, ella viene de mas alto.

A las tres se le vino á buscar para conducirlo al cadalso.

Bajó por medio de una fila de jendarmes que tenian el sable desenvainado. Beaulieu, el escritor realista, le vió pasar por la ventana de su calabozo.

“Estaba entonces encerrado en la Conserjería, dice: le ví átravesar las puertas de los calabozos y el corredor de esta prision; iba escoltado por media docena de jendarmes con sus sables desenvainados. A la verdad, que por la firmeza de sus pasos y por su aire verdaderamente noble, mas bien se le habria tomado por un general que manda á sus soldados, que por un desgraciado que camina al cadalso.”

Luego que llegó á la puerta, el príncipe se lanzó rápidamente á la carreta.

A su lado, subieron Coutand, este antiguo diputado de la sociedad lejislativa, que en la jornada del 10 de Agosto, habia salvado la vida á nueve oficiales suizos y á un pobre obrero de chaqueta, que nadie conocia.

Así, por esta verdadera igualdad delante del cadalso, estaban representadas las tres clases de la sociedad francesa: la aristocracia, el estado medio y el pueblo.

La carreta empezó á andar, marchaba lentamente á causa de la numerosa multitud, todos los ojos buscaban al príncipe, unos por venganza, otros por compasion, y muchos por simple curiosidad, de ver como moria aquel que habia vivido tan mal. Se habia vuelto altivo y atrevido al frente de la muerte, como debe serlo un verdadero Borbon. Jamas

había llevado la cabeza tan erguida, como en este momento en que iba á caer. El abate Lothinger no había querido abandonarlo, había subido con él á la carreta y lo fatigaba con sus porfías. El acompañamiento se detuvo en frente del Palacio Real, entonces el duque se enderezó en la carreta, y dos ó tres veces dirigió su vista á los corredores con una cierta impaciencia. El abate Lothinger aprovechó esta detencion para hacer el último esfuerzo.

—Mira este palacio que no habitarás ya, le dijo, y arrepiéntete á la vista de estos bienes perecederos que uno ú otro día es preciso dejar.

El duque de Orleans hizo un movimiento de impaciencia.

—Lo ves, le dijo el obstinado sacerdote; el camino se acorta, examina tu conciencia y confiéscate.

El duque de Orleans dió una patada, murmuró algunas palabras que no se pudieron oír, y al cabo de diez minutos el acompañamiento continuó su marcha.

Ahora, se ha preguntado con frecuencia la causa de esta detencion, unos han respondido que por un simple estorbo de coches, y otros que por un refinamiento de crueldad.

No era, ni lo uno ni lo otro. El prefecto del Sena, Froment, se ha encargado de responder en sus Memorias.

La detencion había sido preparada para salvar al duque de Orleans. Mas de cien personas armadas estaban en el Palacio Real, que debían dar la señal y otras dirigir el movimiento.

Por otra parte, dos tabernas que están la una cerca de la otra, á la entrada de la calle de Santo Tomás del Louvre y de la de Chartres, estaban llenas de artilleros de la seccion del Arsenal, de la Gravilliers y de la de Pescadores. Estaba comprada una parte de la gendarmería y en fin, mas de ochocientos hombres armados seguían mezclados con el pueblo. Algunos vestidos de mujer, todos armados admirablemente.

A una señal convenida, que debía hacerse en el Palacio Real, todos estos hombres, desconocidos los mas, unos para los otros, debían obrar simultáneamente y reconocerse en la maniobra. Un gran movimiento entretendría á la multitud, se dispersaría á la fuerza armada, se desarmaría á los gendarmes y soldados que hiciesen resistencia, y librando al duque de Orleans, se irían á la casa de Robespierre que estaba á cien pasos de allí, y asesinando á éste se llevaría al príncipe en triunfo á la asamblea nacional.

Este es el motivo por qué el duque de Orleans dirigía hácia su palacio miradas inquietas é impacientes: porque golpeaba con el pié cuando el sacerdote quería llamar su atención hácia Dios; y por qué se dejó caer en el banco de la carreta, las cejas fruncidas, pero sin palidecer, cuando sintió que el acompañamiento se ponía en marcha.

Veamos ahora, por qué falló la conjuracion.

Por una casualidad que ninguno había previsto, Robespierre no había entrado á su casa cuando el acompañamiento dejó la Conserjería: se esperaron los diez minutos delante del Palacio Real, pero una cadena de conjurados situados de trecho en trecho, continuaba en comunicar esta ausencia. Robespierre estaba en el comité de salud pública, y no se podía ir á asesinarlo allí. Diez minutos duraron estas incursiones y dudas, durante las cuales la carreta permaneció parada al frente del Palacio Real.

Al llegar á la calle de la Escala, creyóse que había entrado á su casa Robespierre, y para asegurarse de ello, se detuvo nuevamente el acompañamiento; pero que hubiese entrado, ó que nó, se estaba ya bastante lejos para recibir la señal, el hilo estaba roto, la carreta continuó su camino y el camino llegaba hasta el cadalso.

Esta segunda detencion había quebrantado al duque, y durante algunos instantes dejó caer la cabeza sobre su pecho; cuando llegaron á la plaza de la Revolucion, la alzó

al ruido de los tambores, y vió entonces en ella la inmensa multitud que la cubria.

El sacerdote aprovechó este momento para instarle de nuevo.

Póstrate ante Dios y confiesa tus culpas.

—¡Oh! dijo el príncipe, ¿puedo acaso hacerlo en medio de la muchedumbre y de la algazara? Por otra parte aquí necesito mas del valor que del arrepentimiento.

—¡Pues bien! replicó el sacerdote, confiesa al menos la falta que te recuerda mas. Dios llevará en cuenta la intencion y la imposibilidad, y yo te perdono todas las demas en su nombre.

Entonces el príncipe pareció reflexionar: á algunos pasos del cadalso, se inclinó, habló algunos momentos á media voz con el sacerdote, y recibió el perdon de Dios.

Cinco minutos duraron apenas en la confesion y la absolucion. El príncipe bajó lijeramente de la carreta. Entonces pudo verse que iba vestido elegantemente, y segun su costumbre, mas bien á la inglesa que á la francesa.

Se le quiso sostener al subir los escalones un poco destruidos de la guillotina; pero con sus codos separó á los criados del ejecutor; llegado á la plataforma el verdugo trató de quitarle las botas:

—No, dijo el duque, mas cómodo será despues; despachemos, despachemos.

El ejecutor no se hizo esperar, le tendió sobre la plancha, la fatal cuchilla cayó, y la cabeza del príncipe rodó con la calma pintada en el semblante como si efectivamente no tuviese nada que reprocharse, ó que el perdon del sacerdote hubiese lavado todas las manchas de su alma.

Un solo juicio ha sido instruido contra el desgraciado duque de Orleans. ¿Y por haber sido ese juicio unánime es mas justo? No lo creemos así.

Toda época de revuelta, tiene necesidad de sacrificar á

una víctima espiatoria, á la cual se le hace cargo de los pecados de todos los demas, y se la precipita en el abismo, esperando cerrarlo de este modo.

¿El duque de Orleans era culpable de todos los manejos, de que se le acusaba? Resueltamente respondemos que nó, porque no hubiera podido ser durante seis años, la palanca de todas las conmociones, sin dejar una prueba de su participacion, ya sea en el incendio de Réveillon, ó ya en las jornadas del 5 y 6 de Octubre, lo mismo que en las del 20 de Junio y 10 de Agosto. No, el verdadero agente del progreso, era el espíritu público: el verdadero móvil de los asesinatos cometidos, fué el oro de Pitt, que ordenaba gastarlo sin que se le diese cuentas, porque su fin era deshonorar la revolucion por sus propios excesos, y hacerla odiosa aun á los mismos revolucionarios.

Ahora ¿por qué el duque de Orleans era odiado de todos? Es muy sencillo.

Era odiado del rey, porque los reyes odian á los gefes de las razas que deben suceder á la suya.

Era odiado de la reina, porque decia en alta voz en sus festines y orgías, lo que otros no decian sino en voz baja.

Era odiado de los de la montaña, porque los de la montaña habian sido ingratos con él.

Era odiado de los girondinos, porque era de la montaña.

Era odiado de la aristocracia, porque se habia hecho del pueblo.

Era odiado del pueblo, porque habia nacido príncipe.

Demasiados odios eran á nuestro parecer, para calumniar una memoria.



CAPÍTULO XIX.

EL 6 de Abril llegó el duque de Chartres á Mons. Se saben ya los peligros que habia corrido en el camino; pero un peligro mayor aun le esperaba despues de su llegada.

El príncipe de Saxe-Cobourg le ofreció que entrara al servicio del imperio con el grado que tenia en el ejército francés.

El duque de Chartres rehusó.

¿Esta repulsa provino de su corazón ó de su inteligencia? Se ha discutido mucho sobre esto. Nuestra opinion es que vino de ambas.

Lo que debilitó el ánimo del duque de Orleans, y lo que perdió al rey fué el grande desprecio con que veian á los hombres. En la época de que hablamos, el duque de Chartres habia aprendido á temerlos, pero no habia aprendido aun á despreciarlos.

Respondió, pues, al príncipe de Saxe-Cobourg, que todo lo que deseaba era un pasaporte para Cesar Dueret, su ayudante, y otro para sí.

Los obtuvo, y despues de haber avisado de su partida á su madre que estaba incomunicada en el castillo del viejo duque de Penthièvre, se puso en camino como viajero inglés, bajo el nombre de Co. by.

Contaba pasar á Suiza por Liege, Aix-la-Chapelle y Cologne.

Mientras tanto, Dumouriez publicó la siguiente carta en los periódicos alemanes é ingleses:

“Sabeior que se han concebido algunas sospechas respecto á mis intenciones, y que se habla de una liga que se supone existir entre mí y Felipe de Orleans, príncipe francés, conocido bajo el nombre de Igualdad; deseoso de conservar la estimacion de que cada dia recibo las mas honrosas pruebas, me apresuro á declarar que ignoro si realmente existe una faccion de Orleans, y que jamas me ha ligado lazo alguno, con el príncipe, á quien se supone ser el gefe ó el pretesto. Que *jamás lo he apreciado*, y que desde la época funesta en que desgarró los lazos de la sangre, y que faltó á todas las leyes conocidas, votando por la muerte del infortunado Luis XVI, *sobre lo que manifestó su opinion con la mas atroz impudencia; mi desprecio hácia él se cambió en una legítima aversión que me inspira el único deseo de verlo entregado á la severidad de las leyes.*

“Con respecto á sus hijos, los creo dotados de tantas virtudes como él tiene vicios; ellos han servido muy bien á su patria en los ejércitos que yo mandaba, sin mostrar jamas ambicion; profeso una grande amistad al primogénito, fundada en la estimacion mas bien merecida; estoy seguro de que *muy lejos de aspirar alguna vez al trono de Francia*, huiria hasta el fin del mundo, antes que verse obligado á ocuparlo. Confieso ademas que si *por los crímenes de su padre*, ó por los atroces resultados de la anarquía y de las facciones, llegare al caso de despreciar las virtudes que ha mostrado hasta ahora y cegado por la ambicion tuviese la baja de aprovecharse de la espantosa catástrofe que ha llenado de duelo á la parte sana de Francia y á la Europa entera, para aspirar alguna vez á la corona, le profesaria un odio eterno y lo veria *con el mismo desprecio que á su padre.*”

Es extraño como despues de esta carta, publicada como dijimos en los diarios ingleses y alemanes, subsistió

aquella grande intimidación entre el duque de Chartres y Dumouriez. ¿Hay en el mundo motivos políticos tan poderosos que hagan que un hijo perdone semejantes ultrajes hechos á su padre?

Por nuestra parte no lo comprendemos.

Es cierto que despues no hemos comprendido tampoco la intimidación casi tierna con que madama la baronesa de Faucheret era recibida en el castillo de Neully.

Pero lo que se comprenderá menos todavía, es el giro que vamos á dar á esta primera carta de Dumouriez. La segunda fué escrita á Charette y se encontró entre sus papeles.

La reproducimos original. Ya veremos hasta que punto se debia fiar en las protestas republicanas de Dumouriez y hasta qué grado debia llevar el desprecio que le habia inspirado el aspirantismo al trono, del duque de Chartres (1).

Ya se sabe cuál fué la respuesta de Charette.

Cierto que era corta pero espresiva.

Desgraciadamente nos es casi imposible poderla citar.

En el intervalo que media entre estas dos cartas, de las que, lo confesamos francamente, querriamos ver ignorante al duque de Chartres de la primera, mas bien que de la segunda,—volvamos á él y sigámosle en su peregrinación,—es decir, en una de las épocas mas nobles y leales de su vida.

En Francfort supo el príncipe la prisión de su padre y de sus dos hermanos. Sin duda que si ellos hubiesen permanecido en Paris, y si su proceso hubiese sido urgente, el duque de Chartres se habria espuesto á todo para ir á defenderlos; y á la verdad, hubiera sido un grandioso espectáculo digno de los tiempos antiguos, el del jóven vencedor viniendo

(1) Véanse las notas justificativas número 3.

del fondo de su destierro para defender contra los verdugos á su padre y sus hermanos.

Sabiendo, al contrario, que habian enviado á Marsella á su padre y sus hermanos, el jóven príncipe creyó seguramente que un genio protector velaba sobre ellos, y que una mano amiga los empujaba fuera del círculo trazado por la muerte.

Ya vimos que se habia engañado.

El duque de Chartres continuó su camino hácia Vále, llevando con él esta noticia; pesada y dura carga que oprimia su corazón.

M. de Montjoie habitaba en Vále; el duque de Chartres iba á encontrar un asilo cerca de aquel amigo fiel; pero fué reconocido por madama de Condé y por un capitán de suecos realistas. El conde de Monjoie le aconsejó que partiese para Chaffouse, en cuyo punto se habian refugiado la princesa Adelaida y madama de Genlis.

La princesa se enfermó allí, y á pesar de que no estaba segura permaneciendo en esa ciudad, se quedó sin embargo en ella con su hermano y su aya hasta el 6 de Mayo.

El 7 salieron para Zurich, pero reconocidos casi luego que llegaron, les fué preciso pasar á Zug. Allí, los tres fugitivos se dieron á conocer como irlandeses, lo que les era tanto mas fácil cuanto que los tres hablaban el inglés como si fuera su propio idioma.

El 14 de Mayo alquilaron una casita, aislada, sobre los bordes del lago y allí se establecieron. Pero su tranquilidad no duró mucho: reconocidos al cabo de un mes, comenzaron las persecuciones y esta vez fueron tan brutales, que poco faltó para que la princesa perdiera la vida. Una gran piedra rompió la ventana y poco faltó para que tocando á la princesa ocasionara su muerte. Entonces el duque de Chartres se lanzó fuera de la casa, y armado de un garrote, arma que manejaba bastante bien, dispersó á los seis ú ocho aldeanos que la cercaban. Pero una vez ejecutada felizmente esta

salida, convinieron, cuando volvió á entrar, en que una separacion era absolutamente precisa para la seguridad de cada uno de ellos. Pero ¿dónde ir? ¿Qué hacer? ¿A qué Canton pedirian un asilo, cuando se veian arrojados de los dos Cantones mas tolerantes de la Suiza?

Por fortuna M. de Montjoie se acordó entonces del general Montesquiou: este acababa de conquistar la Savoya, y la Convencion habia recompensado sus méritos desterrándolo. Pero como en la época de su mando en los Alpes, habia hecho grandes servicios á Ginebra, la Suiza reconocida le habria ofrecido hospitalidad.

El general Montesquiou habitaba en Bremgasten.

Madama de Genlis le escribió y le manifestó su situacion.

Al momento el general llamó al lado suyo á toda la ilustre familia desterrada, é hizo entrar á madama Adelaida y á madama de Genlis al convento de Sta. Clara, situado á un cuarto de legua de Bremgasten.

En cuanto al duque de Chartres, el general le aconsejó que dejara pasar aquellos dias borrascosos viajando de incógnito, á fin de que algun dia tuviera esta página pintoresca en el libro de su vida.

Esta era la opinion de Dumouriez. Desterrado tambien, este vencedor escribia al otro vencedor, desterrado como él:

“Mi querido Montesquiou, dad por mí un abrazo á nuestro jóven. Lo que haceis por él es digno de vos. Que se aproveche de su desgracia para instruirse y fortificarse. Estas revoluciones pasarán y entonces volverá á ocupar el lugar que merece. Invítadle á que haga un diario circunstanciado de su viaje. Además, será muy curioso ver el diario de un Borbon que trata de otras cosas diversas de la caza, de las mujeres y de los banquetes; me alegraré de que esta obra que podrá dar á luz algun dia, le sirva de certificado de su vida, ya sea que vuelva á su patria ó que lo hagan volver. Los príncipes deben producir odiseas mas bien que pastorales.”

A consecuencia de este doble consejo, el duque de Chartres se separó de su hermana y se fué á Vale. M. de Montjoie lo esperaba allí, pero solo para decirle adios. Se vendieron los caballos escepto uno. Se sacaron sesenta lises de esta venta, y el 20 de Junio de 1794 partió el príncipe con un solo criado.

Este era aquel mismo Baudoin que, en la huida de Saint-Arnaud, habia espuesto su vida por salvar la de Dumouriez.

Baudoin estaba enfermo, y sin embargo no habia querido separarse de su jóven amo; por su parte, el duque de Chartres, no teniendo, como dijimos, mas que un caballo, lo dió á su criado y caminó á pié junto á él.

Ademas, este era el mejor modo de visitar la Suiza; de esta manera vió á Neuchâtel, Morat, Uri, Unterwald, Burglen, Kussnack, el fondo de Hamsbourg, cuna de la casa de Austria; á Grindewald con su azulado ventisquero, á Rosenlowi donde las rosas de los Alpes crecen en medio de las nieves, el puente del diablo donde Massina debia sepultar el ejército de Jouvarroo, el Saint-Ghôtard, donde rusos y franceses debian luchar en medio de las nieves, y donde los religiosos rehusaron hospedar al príncipe, diciendo que ellos no albergaban á los caminantes de á pié de su especie, y lo enviaron bajo un cobertizo donde participó de la cena y de la cama de los arrieros; á Gordona, donde la posadera, por su vestido lo hizo ir al pajar donde, muy feliz con haber hallado un lecho de paja, despertó en la mañana siguiente vigilado por su huésped que con un fusil en la mano aguardaba la paga de su hospitalidad; y á Lucerna, en fin, donde á pesar de lo pobre que estaba, pero mas rico aun que un pobre sacerdote que por falta de un óbolo, aguardaba á la orilla del lago, pagó el pasaje del siervo de Dios.

Por económico que fuera el duque de Chartres, y á pesar de las privaciones que se habia impuesto vendiendo su caballo, echó mano al fin del último luis que le quedaba;

iba á cambiarlo cuando recibió una carta de M. de Montesquiou á quien habia escrito pidiéndole algun dinero; el general estaba tan pobre como el viajero; pero á falta de dinero le ofrecia un recurso.

El general Montesquiou estaba intimamente ligado con el capitán Aloyse Joct de Saint-Georges, director de la prision de Richeneau; una plaza prometida habia quedado vacante, el nombrado no habia venido á desempeñarla, y no se le podia aguardar por mas tiempo. Este titular era de una gran familia y se llamaba Chaland Latour.

El príncipe se presentó bajo este nombre, sufrió sus exámenes y fué admitido como profesor de geografia, con un sueldo de mil quinientos francos.

El que escribe estas líneas visitó este mismo colegio 37 años despues. Hacia dos años que el ex-profesor era rey de Francia, y sin duda es curioso ver lo que escribia en esta epoca el historiador de aquella estraña asistencia, lleno de altas cumbres y de profundos precipicios, como aquella Suiza que por entonces le daba hospitalidad.

La carta estaba dirigida á su hijo, heredero presuntivo de la corona. ¡Ah! ella contenia una triste advertencia que el tiempo se ha encargado de realizar. (1)

Por otra parte, esta permanencia en Richeneau, era, preciso es decirlo, uno de los recuerdos que mas amorosamente acariciaba el duque de Orleans y aun el mismo rey.

Siendo duque de Orleans, hizo pintar un cuadro que representaba la sala de estudios de Richeneau; se le habia representado en él, de pié, dando una leccion de geografia en medio de los profesores y de los discípulos.

[1] Véanse las notas justificativas, número 4.

CAPÍTULO XX.

ENTRE tanto llegó la revolucion del 9 thermidor; el duque de Chartres, entonces duque de Orleans, creyó ver en ella un dichoso cambio en su situacion, el viento soplabá en favor no solo del moderantismo, sino aun de la reaccion; en este cambio creyó poder recoger algunos restos de la fortuna de su padre; resolvió dejar el colegio, y provisto de un certificado en que constaba su aptitud para enseñar, y de un pasaporte con el nombre de Corby, firmado por todas las autoridades de Richeneau y de Coire, emprendió el camino á pié con su equipaje á la espalda.

Baudoin, que habia venido con él de Richeneau, pero que en su calidad de palafrenero no ha podido profesar la equitacion en aquellas montañas en que solo las cabras pueden subir, partió primero y fué á prevenir á Mr. de Montesquiou de la vuelta de su amo.

El duque de Orleans encontró á Baudoin aguardándolo á una media legua de Bremgasten.

El camino estaba libre. M. Montesquiou, menos espiado que la vez primera que estuvo allí el duque, tenia un verdadero placer en recibirlo.

Sin embargo, por un exceso de prudencia, monseñor el duque de Orleans, aguardó á que fuese de noche para entrar á Bremgasten y aprovechar la hospitalidad del general.

Allí ocurrió una aventura bastante singular.

iba á cambiarlo cuando recibió una carta de M. de Montesquiou á quien habia escrito pidiéndole algun dinero; el general estaba tan pobre como el viajero; pero á falta de dinero le ofrecia un recurso.

El general Montesquiou estaba intimamente ligado con el capitán Aloyse Joct de Saint-Georges, director de la prision de Richeneau; una plaza prometida habia quedado vacante, el nombrado no habia venido á desempeñarla, y no se le podia aguardar por mas tiempo. Este titular era de una gran familia y se llamaba Chaland Latour.

El príncipe se presentó bajo este nombre, sufrió sus exámenes y fué admitido como profesor de geografia, con un sueldo de mil quinientos francos.

El que escribe estas líneas visitó este mismo colegio 37 años despues. Hacia dos años que el ex-profesor era rey de Francia, y sin duda es curioso ver lo que escribia en esta epoca el historiador de aquella estraña asistencia, lleno de altas cumbres y de profundos precipicios, como aquella Suiza que por entonces le daba hospitalidad.

La carta estaba dirigida á su hijo, heredero presuntivo de la corona. ¡Ah! ella contenia una triste advertencia que el tiempo se ha encargado de realizar. (1)

Por otra parte, esta permanencia en Richeneau, era, preciso es decirlo, uno de los recuerdos que mas amorosamente acariciaba el duque de Orleans y aun el mismo rey.

Siendo duque de Orleans, hizo pintar un cuadro que representaba la sala de estudios de Richeneau; se le habia representado en él, de pié, dando una leccion de geografia en medio de los profesores y de los discípulos.

[1] Véanse las notas justificativas, número 4.

CAPÍTULO XX.

ENTRE tanto llegó la revolucion del 9 thermidor; el duque de Chartres, entonces duque de Orleans, creyó ver en ella un dichoso cambio en su situacion, el viento soplabá en favor no solo del moderantismo, sino aun de la reaccion; en este cambio creyó poder recoger algunos restos de la fortuna de su padre; resolvió dejar el colegio, y provisto de un certificado en que constaba su aptitud para enseñar, y de un pasaporte con el nombre de Corby, firmado por todas las autoridades de Richeneau y de Coire, emprendió el camino á pié con su equipaje á la espalda.

Baudoin, que habia venido con él de Richeneau, pero que en su calidad de palafrenero no ha podido profesar la equitacion en aquellas montañas en que solo las cabras pueden subir, partió primero y fué á prevenir á Mr. de Montesquiou de la vuelta de su amo.

El duque de Orleans encontró á Baudoin aguardándolo á una media legua de Bremgasten.

El camino estaba libre. M. Montesquiou, menos espiado que la vez primera que estuvo allí el duque, tenia un verdadero placer en recibirlo.

Sin embargo, por un exceso de prudencia, monseñor el duque de Orleans, aguardó á que fuese de noche para entrar á Bremgasten y aprovechar la hospitalidad del general.

Allí ocurrió una aventura bastante singular.

El nombre de Corby que habia tomado el duque de Orleans, era el de un jóven ayudante del general Montesquiou, quien luego que desterraron al general, habia vuelto á Francia; pero temiendo que se le persiguiese, se habia desterrado á su turno y habia venido á habitar en Bremgasten.

Tambien él habia tomado otro nombre diverso del suyo, y se hacia llamar el caballero de Riosnel.

De aquí resultó, que cuando vino á sentarse en frente de él en la mesa el falso Corby, el falso Riosnel no se atrevió á decirle nada, porque era denunciarse á sí mismo.

M. de Montesquiou, que sabia quien era el verdadero Corby, le aclaró el enigma con una palabra.

El jóven ayudante se consideró muy honrado prestando su nombre por algun tiempo al duque de Orleans; y seguro de que mientras durase este préstamo, ninguna mancha caería sobre él, permaneció oculto bajo el de Riosnel.

El duque de Orleans por su parte, tomó con el general Montesquiou el lugar del verdadero Corby.

Sin embargo, las calumnias con que habian perseguido á su padre, no perdonaron al hijo. Se decia en Francia que el duque de Orleans al dejar el ejército, habia llevado consigo sumas enormes, y vivia suntuosamente en Bremgasten, en un palacio que habia hecho construir el general Montesquiou con el oro ingles.

El duque de Orleans no quiso servir por mas tiempo de pretesto á una calumnia, que junto con él envolvía al general Montesquiou; resolvió volver á emprender su camino é internarse mas en aquel destierro, cuya senda es tan ancha para los que van á él y tan estrecha para los que vuelven.

Esta vez fué una mujer la que protejió al duque de Orleans.

Madama de Flahaut.

Así es como á medida que pronunciamos ciertos nombres, encontramos el origen de las influencias que rodearon el trono de 1830.

Madama de Flahaut habia escrito á Francia para desmentir todas estas bajas calumnias:

“He visto en Suiza, decia, al jóven duque de Orleans; desde que dejó el ejército, su conducta con respecto á su madre ha sido sin tacha. Su modo de vivir ha sido el de su abuelo Henrique IV; tiene un carácter melancólico, pero modesto y afable.

“Toda su ambicion es ir á olvidar en la América la grandeza y los sufrimientos que han acompañado su juventud, pero no posee nada en el mundo. Podriais hacerle un servicio de informando á su madre de su noble conducta y de la veneracion que la profesa.”

Este deseo de visitar los Estados-Unidos, podia ser realizable por una circunstancia que provenia de la antigua fortuna del príncipe.

En los últimos dias del poder del príncipe Igualdad, habia recibido de 1792 á 1794 en el Palacio Peal, al ministro plenipotenciario de los Estados-Unidos en Francia. Con sus principios de puritanismo exaltado, el diplomático americano, no habia visto en el duque de Orleans sino lo que verá en él la posteridad. es decir, un republicano sincero, haciendo toda clase de sacrificios por su país y quizá estraviado por el doble ejemplo de aquellos dos Brutos, cuyo nombre, símbolo de rígidas virtudes, ha servido de pretesto para tantos crímenes: en consecuencia, le habia cobrado una verdadera amistad.

Habia conocido especialmente á la señora duquesa de Orleans y habia apreciado á esta santa mujer en su verdadero valor.

Madama de Flahaut, que en aquella época frecuentaba mucho el Palacio Real, habia conocido al señor gobernador Morris, y refugiada como el jóven príncipe en casa de M. de Montesquiou, le ocurrió la idea de escribirle y manifestarle la posicion del duque de Orleans.

A vuelta de correo, el príncipe recibió una carta del se-

ñor gobernador Morris, en la que invitaba al príncipe á pasar inmediatamente á América; una vez desembarcado en Nueva-York, quedaria bajo la proteccion del gobierno, y no solo no tendria nada que temer, pero ni aun tendria nada porque inquietarse.

Venia inclusa en esta carta una letra de cien luises contra un banquero de Bâle. Estos cien luises estaban destinados para los gastos de viaje del príncipe.

El príncipe respondió al instante:

“Bremgasten, Febrero 24 de 1795.

“Señor:

“Acepto con el mayor placer, los ofrecimientos que me haceis: vuestra bondad es un beneficio que debo á mi madre y á nuestra amiga. Estoy seguro que mi escelente madre se consolará algun tanto y estará mas tranquila cuando sepa que me encuentro á vuestro lado. Estoy dispuesto á trabajar en vuestro dichoso país para hacerme independiente. Apenas comenzaba mi vida cuando me asaltaron las mayores desventuras; pero á Dios gracias, no me han desalentado. Me contemplo feliz en mis infortunios, porque mi juventud no me ha dado tiempo de apegarme á mi posicion y de contraer costumbres dificiles de desarraigar por haber sido privado de mi fortuna antes que pudiera no ya gozar, sino ni aun usar de ella.

“Nuestra escelente amiga ha querido haceros saber algunas particularidades concernientes á mi posicion actual, que es bastante deplorable y de la que debeis estar ya instruido. Espero, señor, que mi confianza os dará una prueba de los sentimientos de estimacion y amistad que me habeis inspirado.”—L. F. de Orleans.”

Ya era tiempo de que llegase este recurso al ilustre viajero; la persecucion de que era victima iba á estenderse á M. de Montesquiou. El duque de Orleans supo esta cir-

cunstancia de una manera indirecta, por algunas palabras que sorprendió en una conversacion que no se creia pudiese oír y que sin embargo escuchó.

Se resolvió á partir inmediatamente.

El príncipe salió de Bremgasten en la mañana siguiente al dia en que habia tenido esta revelacion, es decir, el 10 de Marzo de 1795.

Su hermana se habia retirado á Ungría, al lado de su tía la princesa de Conti, abandonando el convento de Santa Clara el 11 de Mayo de 1794, es decir, casi al año de estar en él.

Madama de Genlis estaba en Hamburgo con M. de Valence y Dumouriez.

M. de Montesquiou dió cartas al duque de Orleans para Dumouriez, quien lejos de renunciar á su esperanza de restaurar la monarquía, trabajaba mas activamente que nunca.

El 20 de Marzo, el duque de Orleans llegó á Hamburgo, acompañado de M. de Montjoie y de Baudoin. Allí encontró á Dumouriez, quien respondió luego á la carta de M. de Montesquiou. Esta respuesta contenia el siguiente pasaje que prueba lo que hemos dicho de las esperanzas del vencedor de Valmy.

“He abrazado, como podeis conocerlo, con la mas grande satisfaccion á mi jóven amigo; lo he encontrado resignado y valeroso; ha pasado cinco dias conmigo. Hubiera sido muy satisfactorio para mí, el haberlo detenido todo el verano; pero si hubieramos sido descubiertos, se hubiera dicho que arreglábamos su coronacion, y que yo educaba con esmero al gefe de la nueva dinastía.

“En efecto, desde ahora veo como concluida la dinastía de Capeto, porque ninguna de las revoluciones que se sucedan unas á otras le serán favorables. Algun dia habrá un rey en Francia. No sé cuando, no sé quien; pero seguramente no será elegido en la línea directa.”

Es muy notable que casi en los momentos en que escri-

bia esto Dumouriez, el futuro rey de Francia ya se inclinaba por el 13 vendimiario que debía servir á la vez para realizar y desmentir la prediccion de Dumouriez.

Cuando llegó á Hamburgo, un capricho juvenil se apoderó del príncipe; en lugar de embarcarse para América, quiso visitar el Norte, é internarse en él hasta donde faltase tierra á sus piés, como dice Regnard. Sin duda, antes de contemplar la fria realidad de los Washington y de los Adam queria vagar entre las fantásticas nieblas de Else-neur.

Llegó á Suecia el 6 de Mayo de 1795.

El rey Gustavo acababa de ser asesinado por Anckastroem, Horn y Ribing; el duque de Sundermania era regente.

Este duque de Sundermania, á quien se llamaba el Orleans de la Rusia, no podia menos de ser un protectorseguro para el desterrado. Manifestó, pues, á este toda su simpatía, recibéndolo muy bien y protejiéndolo contra las pretensiones del enviado de Francia, llamado Rivals, que habia recibido del Directorio orden para vigilar de una manera particular, al jóven duque de Orleans.

CAPÍTULO XXI.

EN los dos meses que acababan de pasar, el viajero habia recorrido todo ese pais de antiguas leyendas, verdadera patria de espectros y fantasmas, que se llama Dinamarca. Vió el castillo de Cronembourg y los jardines de Hamlet, visitó á Elsenebourg y Gottembourg, y remontó el lago Vener hasta llegar á las cascadas del rio Goths en Trohalihatan; tomó el camino de Noriega y visitó en Frédéricshall, el lugar en que habia muerto Carlos XII; despues permaneció en Cristianía, y bajo el nombre de Corby conoció al pastor protestante Monod, que volvió á ver mas tarde en Paris: habiendo costeadado despues las costas de Noruega hasta el golfo Salten, visitó el Malestroun, inmenso abismo, que mas que real, parece imginado por Symbad el Marino, en uno de los cuentos de las Mil y una noches. Despues, á pié con los Laponos, trepó de montaña en montaña hasta el lago de Tys, llegó hasta el cabo del Norte, y despues de permanecer algunos dias en medio de las nieves, frente á un oceano de hielo, á 18 grados del Polo, regresó á Torneo, en el golfo de Bothnie, al que apenas algunos franceses habian llegado desde que el rey Luis XV habia enviado allí á Maupertuis para medir un grado del Meridiano bajo el círculo polar.

En fin, volviendo por Avo, el jóven príncipe recorrió la

bia esto Dumouriez, el futuro rey de Francia ya se inclinaba por el 13 vendimiario que debía servir á la vez para realizar y desmentir la prediccion de Dumouriez.

Cuando llegó á Hamburgo, un capricho juvenil se apoderó del príncipe; en lugar de embarcarse para América, quiso visitar el Norte, é internarse en él hasta donde faltase tierra á sus piés, como dice Regnard. Sin duda, antes de contemplar la fria realidad de los Washington y de los Adam quería vagar entre las fantásticas nieblas de Else-neur.

Llegó á Suecia el 6 de Mayo de 1795.

El rey Gustavo acababa de ser asesinado por Anckastroem, Horn y Ribing; el duque de Sundermania era regente.

Este duque de Sundermania, á quien se llamaba el Orleans de la Rusia, no podia menos de ser un protectorseguro para el desterrado. Manifestó, pues, á este toda su simpatía, recibéndolo muy bien y protejiéndolo contra las pretensiones del enviado de Francia, llamado Rivals, que habia recibido del Directorio orden para vigilar de una manera particular, al jóven duque de Orleans.

CAPÍTULO XXI.

EN los dos meses que acababan de pasar, el viajero habia recorrido todo ese pais de antiguas leyendas, verdadera patria de espectros y fantasmas, que se llama Dinamarca. Vió el castillo de Cronembourg y los jardines de Hamlet, visitó á Elsenbourg y Gottembourg, y remontó el lago Vener hasta llegar á las cascadas del rio Goths en Trohalihatan; tomó el camino de Noriega y visitó en Frédéricshall, el lugar en que habia muerto Carlos XII; despues permaneció en Cristianía, y bajo el nombre de Corby conoció al pastor protestante Monod, que volvió á ver mas tarde en Paris: habiendo costeadado despues las costas de Noruega hasta el golfo Salten, visitó el Malestroun, inmenso abismo, que mas que real, parece imginado por Symbad el Marino, en uno de los cuentos de las Mil y una noches. Despues, á pié con los Lapones, trepó de montaña en montaña hasta el lago de Tys, llegó hasta el cabo del Norte, y despues de permanecer algunos dias en medio de las nieves, frente á un oceano de hielo, á 18 grados del Polo, regresó á Torneo, en el golfo de Bothnie, al que apenas algunos franceses habian llegado desde que el rey Luis XV habia enviado allí á Maupertuis para medir un grado del Meridiano bajo el círculo polar.

En fin, volviendo por Avo, el jóven príncipe recorrió la

Finlandia, y despues de visitar el rio Kimen, los campos de batalla de los rusos y de los suecos, llegó á Stokholmo, en donde, como lo hemos dicho, le esperaba la persecucion en los límites del mundo civilizado.

No obstante el apoyo que le ofrecia el duque de Sundermania, el viajero tomó su báculo, dejó la Suecia y fué á reunirse en Holstein con Dumouriez que con grande impaciencia lo esperaba.

Dumouriez tenia que darle parte de los pasos que habia dado respecto de Charette, Puisaye y aun de Beurnonville que acababa de volver á Francia, cangeado, así como los los cuatro comisarios de la Convencion y Drouet, por la hermana del rey.

Entretanto, madama de Genlis se fastidiaba en el destierro, sea porque creyese tener algun motivo de queja de su discípulo, ó porque esperase que finjiendo romper con él, lograria se le abriesen las puertas de la Francia: entonces le dirijió desde Colstein, una carta bastante severa, que nos dá una idea clara del carácter del personaje cuya historia escribimos (1).

Durante esta odisea, graves sucesos habian pasado en Francia.

Los de la Gironda y la Montaña que se unieron un momento para acusar y entregar traidoramente al duque, volvieron á sus antiguos odios despues.

Marat fué la piedra de escándalo.

Formada la causa á pedimento de la Gironda, con motivo del pillaje de los especieros, habia sido absuelto, conducido en triunfo y vuelto á la asamblea, para preparar allí, de acuerdo con Chaumette, Robespierre y Danton, aquella famosa insurreccion de la Comuna, que produjo el 31 de

[1] Véanse las notas justificativas, número 5.

Mayo, ó mas bien el 2 de Junio la acusacion del comité de los doce, la proscripcion de los girondinos y el arresto de madama Roland.

Pasaron despues los otros acontecimientos, rápidos como los torrentes, y destructores como los témpanos de nieve que se desprenden de las montañas.

Carlota Corday asesinó á Marat, y fué ejecutada; María Antonieta, juzgada, condenada y ejecutada.

El duque de Orleans, juzgado, condenado y ejecutado.

Los veintiun convencionales, *Brisottinos, Girondinos ó Federalistas*, como quiera llamárseles, proscriptos por la jornada del 2 de Junio, fueron juzgados, condenados y ejecutados.

Chabaud, Barrére, Lacroix, Desmoulius, Danton, Herault de Séchelles, Fabre d'Eglantine y otros cordeleros, fueron tambien ejecutados.

Lavoisiere y veintisiete recaudadores generales, fueron de la misma manera juzgados, condenados y ejecutados.

La princesa Isabel, hermana de Luis XVI, aquella santa, aquella martir, fué juzgada, condenada y ejecutada.

Por último, tambien Robespierre, Saint-Just, Lebos, Henriot y otros diez y ocho Jacobinos, fueron á su vez juzgados, condenados y ejecutados.

Comenzó entonces la reaccion.

Unamos á este período sangriento, el bombardeo de Lyon, los ahogados de Nantes y la toma de Tolon á los ingleses por Dumouriez, ó mas bien por Bonaparte.

Veamos en medio de todo esto, descollar á los hombres que algun dia formarán el imperio, á Jourdan, Kléber, Le-febvre, Bernadotte, Moncey y Augereau.

Las ejecuciones reaccionarias seguian á las ejecuciones revolucionarias, Carrier y Fouquier-Tinville fueron ejecutados.

Collot-d'Herbois, Billaud, Varennes, Amat, Vadier, fueron desterrados.

Llegó despues el 13 vendimiario, en que reapareció Bonaparte para anunciar á Napoleon.

El Directorio succede á la Convencion.

Ya era tiempo; las prisiones contenian nueve mil prisioneros, y amenazaba estallar una nueva revolucion si los prisioneros aumentaban. El Luis de oro valia dos mil seiscientos francos en asignados.

La Vendée estaba pacífica. Bernadotte habia derrotado á los rusos en Suecia, Kléber á los austriacos en el Rhin, y Bonaparte estaba en visperas de llevar á cabo su magnífica campaña de Italia.

Sin embargo, ninguno pudo preveer el porvenir de la Francia. En el Directorio ninguno era adicto al duque de Orleans. Charette, con el cual se contaba fué fusilado. Sillery, su agente en Paris fué guillotinado con los girondinos.

El príncipe desterrado tenia todo el tiempo necesario para efectuar su viaje á los Estados Unidos, antes que ningun acontecimiento importante viniese á cambiar la política del gobierno francés.

Por otra parte, este viaje, gracias á la susceptibilidad del Directorio, iba á ser un deber para el príncipe; durante una corta permanencia que habia hecho en Frédérickshall habia recibido una carta de su madre con fecha 27 de Mayo de 1796. (1)

Por esta carta del duque de Orleans, se ve, que profunda llaga habia hecho en su corazon, el epíteto que hemos citado en el capítulo precedente.

Conocimos personalmente á madama de Genlis, y la hemos oído decir que el duque de Orleans no la habia perdonado jamas, y es muy creíble.

(1) Véanse las notas justificativas número 6.

El duque de Orleans no habia hecho uso de la carta de crédito del ministro gobernador Morris. Esta carta girada contra M. Paris, banquero en Hamburgo, era de cuatrocientas libras. El duque de Orleans remitió cien á su hermana, y se quedó con trescientas, escribió á su protector, anunciándole su próxima partida para América, y se ocupó en buscar una embarcacion para hacer su travesía.

La cosa fué fácil, un hermoso buque mercante hacia regularmente muchas veces por año, el viaje entre Hamburgo y Filadelfia. El duque de Orleans arregló allí su pasaje.

Este buque se llamaba la *América*.

El ministro gobernador Morris, estaba en comision en Alemania, á donde recibió la carta del duque de Orleans. Escribió inmediatamente á sus corresponsales de Nueva-York, abriendo al príncipe un crédito, quien, á pesar de su deseo de dejar prontamente la Europa, no pudo partir de Hamburgo por los vientos de Oeste que detuvieron al buque, sino hasta el 24 de Setiembre de 1796.

Otra carta que escribió á la señora duquesa de Orleans nos suministra todos estos detalles.

La riña del príncipe con madama de Genlis, habia, como se ve, traído un bien á la pobre madre.

Su hijo le habia sido devuelto; y nosotros mismos hemos visto como el duque de Orleans la rodeó á su vuelta á Francia, y hasta su muerte de toda la veneracion y el amor que merecia. (1)

En fin, como lo hemos dicho, el 24 de Setiembre de 1796, en el momento en que Jourdan se dejaba batir en Wurtzbourg, y en que Bonaparte, despues de haber destruido el tercer ejército austriaco enviado contra él, obligó á Wurm-

(1) Véanse las notas justificativas número 7.

ser á encerrarse en Mantua, la *América* salia de la isla de Elba dirigiéndose á los Estados-Unidos.

El duque de Orleans habia tomado su pasaje como súbdito danés. Tenia por compañero de viaje, á mas de su fiel Baudoin, á un emigrado francés, antiguo colono de Santo Domingo, que muy embarazado por lo poco que entendia el inglés, y viendo la facilidad con que el duque de Orleans hablaba este idioma, le suplicó, en un ininteligible patuá, que le sirviera de intérprete.

Entonces el duque de Orleans, le invitó á hablar francés diciéndole que aunque extranjero, le era familiar este idioma.

—En efecto, respondió éste, para ser danés no lo hablais tan mal.

Y encantado de haber encontrado en su solo compañero de viaje un hombre con el cual pudiese platicar, nuestro emigrado no se separó del duque, escepto á la altura de Calais, en que un acontecimiento imprevisto le hizo sumergirse hasta el fondo de la cala.

Un corsario francés, que conducia dos buques ingleses que acababa de apresar, llamó con la bocina á la *América*, ordenándola se pusiese al paio, y se preparase á recibir su visita.

El terror del emigrado francés fué grande, temia mucho ser reconocido y llevado á Francia.

Para él la Francia era siempre la de 793, y se creia ya juzgado y condenado. El duque de Orleans procuró animarlo y determinarlo á afrontar la visita del corsario; pero no pudo conseguirlo.

—Bien se ve, le dijo, que no sois francés como yo; si lo fueseis no estariais tan contento,

Y se precipitó al fondo de la cala.

Un instante despues los corsarios estaban á bordo y el capitan le enseñaba sus papeles.

—Bueno, dijo el gefe de los visitantes, de Hamburgo á Filadelfia, es decir, de puerto neutro á puerto neutro. Con-

tinuad vuestro camino: nada tenemos que hacer ya. Solamente tenemos un consejo que daros; cargad la vela á las costas de Inglaterra: es mejor que la tierra de Francia.

Y volviendo al mar subieron á su embarcacion.

Detras de ellos apareció por la escotilla la cabeza del emigrado.

—¿Y bien? preguntó al duque de Orleans.—¿Y bien! ya partieron.—¿Partieron?—Mirad.

El emigrado salió de la escotilla y miró con precaucion por arriba de la barandilla del buque.

—¡Ah! ¡Ah! dijo, en efecto han partido. ¡Que el diablo los lleve! me habian dado un susto bárbaro.

El 21 de Octubre, es decir, veinte y siete dias despues de la partida, el buque anclaba en Filadelfia.

El duque de Orleans saltó de la barca al muelle, y sacando una cucarda tricolor, la puso en su sombrero.

Al fin llegaba á pisar una tierra libre.

El emigrado se aproximó.

—Pero, señor, le dijo, ¿sois, pues, francés?

—Sin duda, respondió el príncipe.

—Pero entonces, si sois francés ¿cómo es que permanecisteis allí durante la visita de los corsarios?

—Caballero, le dijo el príncipe, si desde hace cuatro años, hubieseis sufrido tanto como yo, no temeriais nada, y seriais de opinion que no hay peligro que valga la pena de huir ó bajar á la sentina.

—Pero ¿quién sois, pues? preguntó el emigrado.

—Soy Luis Felipe de Orleans, ciudadano de los Estados-Unidos de América.

Y saludando al emigrado que permanecia aturdido, el príncipe entró en la ciudad.

Quince dias despues los duques de Beaujolais y de Montpensier, se embarcaron en Marsella.

Durante su detencion en la torre de San Juan, los dos hermanos, habian intentado evadirse por una ventana ele-

vada veinte piés, poco mas ó menos del suelo, y dirigirse al muelle.

Habiendo bajado primero el duque de Beaujolais, estaba ya en tierra firme, cuando, faltándole un pié al duque de Montpensier, cayó sobre las piedras que rodeaban el puerto, y se quebró una pierna.

Viéndole incapaz de huir, el duque de Beaujolais se entregó asimismo.

Mucho tiempo hacia que se les prometia la libertad, y tantas veces habian visto pasarse el día en que se les debía abrir las puertas de su prision, que habian perdido ya las esperanzas. En fin, el 2 de Noviembre, vino á decirseles que para el día 5 quedarian libres, y el 3 y 4 permanecieron en una grande ansiedad, temerosos de que se les engaÑase aun esta vez, renovándoles la misma promesa.

En fin, el 7 de Enero de 1797, los tres príncipes se vieron reunidos, libres y casi ricos, gracias á la carta del señor gobernador Morris; y resolvieron viajar por el interior del país.

Despues de haber asistido á la escena en que Washington, dichoso y altivo con volver á la vida privada, dejaba la presidencia en manos de Mr. Adams, su sucesor; el 2 de Abril partieron á caballo sin otro acompañamiento que el de Baudoin.

Una carta del duque de Montpensier, á su hermana Adelaide reasume mejor que lo que podriamos hacerlo nosotros, este hermoso viaje (1).

Cuatro años antes, Chateaubriand, este otro príncipe desterrado, habia hecho el mismo viaje. No sabemos á punto fijo lo que han valido ó valdrán á la Francia esas pinturas prometidas por el duque de Montpensier á su hermana, y esos pocos conocimientos que habia adquirido; pero

[1] Véanse las notas justificativas, número 8.

el viaje de Chateaubriand le ha valido el *Génio del Cristianismo* y los *Natchez*, sin contar esta relacion maravillosa que brilla con sus noches estrelladas, que murmura con sus brisas sonoras, que resplandece con sus lagos donde reflejan el cielo, las cascadas y el sol, en cada gota de agua; que salta como una chispa y que se desvanece como un vapor.

¡Oh génio, único soberano de derecho divino que existe en el mundo, no serás nunca reconocido sino por la posteridad!

Los príncipes volvieron á Filadelfia, la falta de dinero les obligaba á interrumpir su viaje; pero apenas habian llegado cuando se declaró la fiebre amarilla: en dos ó tres días el terror fué universal, todos huyeron escepto el duque de Orleans y sus hermanos; la misma causa que habia interrumpido su viaje, los detenia ahora en Filadelfia.

Permanecieron allí, y la fiebre amarilla pasó sin causarles daño.

Sus escaseces duraron hasta fin de Setiembre que su madre les mandó de Europa una suma considerable. Este primer viaje á pesar de lo penoso que fué, exaltó la juvenil imaginacion de los tres príncipes, que resolvieron emprender otro nuevo.

Partieron, pues, para Nueva York, visitaron á Newport y á Providence, recorrieron los Massachusets, la Nueva Hampshire, el Maine, y subieron hasta Boston, donde tal vez en sus correrías, encontraron al jóven Cooper, á ese gran poeta, que soñaba ya esa maravillosa epopeya, cuyos principales personajes son los cazadores, los salvajes y los soldados.

En este tiempo, la noticia de la revolucion del 18 fructidor, llegó á los príncipes con todos sus pormenores.

En la noche del 17 al 18 fructidor, Angereau, llamado por Barras, entró en Paris con diez mil hombres y cuarenta piezas de artillería, y á las cuatro de la mañana, los parisienses despertaron al ruido del cañon.

Ya se sabe como se consumó esa revolucion y cuales fue-

ron sus resultados. Las dos asambleas que componian el cuerpo legislativo fueron cercadas, dos miembros del Directorio, ciento cincuenta y cuatro diputados y ciento cuarenta y ocho ciudadanos acusados con ellos de complicidad, fueron deportados; los sacerdotes refractarios y los emigrados, nuevamente espulsados: el destierro de los Borbones de la rama primogénita y de los Borbones de la segunda rama, perseguidos con mas rigor que nunca; en fin, el Directorio investido de todo el poder dictatorial, con el derecho de declarar á las ciudades en estado de sitio, y de juzgar á los sospechosos por comisiones militares. Era poco mas ó menos, un segundo terror contra los restos realistas escapados del primero.

La duquesa de Orleans, respetada por Marat y por Robespierre, refugiada en casa del duque de Penthièvre, durante los terribles años de 93 y 94, sin que se la inquietase, fué arrestada en esta vez, encerrada en la Fuerza, y en fin, arrojada de Francia el 26 de Setiembre de 1797, con una pension de cien mil francos, pagaderos sobre sus bienes confiscados.

La duquesa se retiró á España.

Los príncipes recibieron otras noticias aun mas estrañas que estas: un soldado cuyo nombre apenas les era conocido cuando salieron de Francia, se engrandecia con rapidéz; este nombre pronunciado en Tolon, habia resonado fuertemente el 13 vendimiario, y repetido por los ecos de Montebotte, Arcola y Lodi, comenzaba á llenar el mundo. Este nombre era el de Bonaparte.

Sin embargo, estas últimas noticias, tal vez admiraban, pero no inquietaban á los príncipes. Esta fortuna rápida mas bien atribuida al destino que al génio, no era todavía sino la fortuna de un soldado, y aunque previendo los futuros acontecimientos, el vencedor de Italia hubiese ya robado la letra que italianizaba su nombre, y suponiendo que una esquina del velo hubiese sido desgarrada por él,

Bonaparte solo habia penetrado en los futuros destinos de Napoleon.

Por esto, atraído á Europa por el doble deseo de volver á ver á su madre y de aproximarse á los acontecimientos, en los cuales un partido entero continuaba en mezclar su nombre, el duque de Orleans resolvió dejar la América y trasladarse á España.

Una sola cosa impedia este proyecto, y era la guerra declarada entre la península y la Inglaterra,

Los príncipes, despues de haber celebrado un consejo entre sí, resolvieron irse á la Luisiana, de la Luisiana se irian á la Habana, y de la Habana á un puerto cualquiera de Europa.

Obtuvieron el consentimiento del ministro de España en Filadelfia, y el dia 10 de Diciembre de 1797 partieron; era el mismo dia en que Bonaparte, de vuelta de Rastadt, era presentado al Directorio, y en que Paris celebraba la paz de Campo-Formio.

Los príncipes tenian sus caballos; pero como el viaje á caballo era muy penoso para los duques de Monpensier y de Beaujolais, débiles de salud, compraron un carro, uncieron á él los tres caballos, y viajaron del mismo modo que aquellos emigrados que iban en aquella época á buscar fortuna en el interior de los países y á discutir con los indígenas sobre los límites de un establecimiento.

El viaje fué largo, porque no podian hacer mas que ocho ó diez leguas francesas por dia; en Carlisle se volteó el carro, y faltó poco para que el duque de Orleans se hubiera matado; en Pittsburg, encontraron helado el Monongahela, por fortuna el Alleghani estaba transitable todavía; compraron una barca como habian comprado un carro, y el 3 de Enero de 1798, los tres príncipes se aventuraron en el Ohio. Cuando llegaron al fuerte Mausac, despues de haber tenido que combatir, poco mas ó menos, los mismos peligros que en una navegacion polar, se provieron de caza, y se aventu

raron de nuevo en el Mississippi, y descendieron hasta Nueva Orleans, á donde llegaron el 17 de Febrero: allí se resolvieron á esperar á una corbeta española, pero no arribando la corbeta, partieron en un navio americano, que llegando al golfo de México se dejó capturar por una fragata inglesa.

Los príncipes creyeron al principio mas desastroso el acontecimiento, de lo que en realidad era; la fragata navegaba con el pabellon tricolor, y creyeron caer en manos del Directorio.

La orden de arriar, dada en ingles por el capitan, los tranquilizó; sin embargo, antes de subir á bordo el duque de Orleans gritó en inglés al subteniente:

—Caballero, yo soy el duque de Orleans y mis dos compañeros son mis hermanos el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais. Ibamos á la Habana, tened la bondad de anunciar al capitan nuestra presencia.

El capitan se presentó, era aquel que mas tarde fué el almirante Cochrane, y que hemos conocido en Paris en casa del duque de Orleans, que habia vuelto á Francia y habitaba el Palacio Real. Les anunció que serian muy bien venidos á su bordo, y les envió una cuerda para facilitar su ascension; pero la cuerda mal arrojada ó mal asegurada se escapó de las manos del duque de Orleans que cayó á la mar, pero nadando perfectamente, se salvó, sin recibir mas que un baño que no tenia nada de peligroso en aquella temperatura casi tropical.

Lo que habian mirado los príncipes al principio como un fatal acontecimiento, era todo lo contrario, una buena fortuna. El capitan Cochrane puso su fragata á la disposicion del duque de Orleans, y habiendo sabido, como lo hemos dicho, que los príncipes iban para la Habana, él mismo quiso conducirlos.

Llegaron á su destino el 31 de Marzo.

Allí fueron detenidos por las órdenes formales de la cor-

te de Madrid, que prohibian absolutamente á los príncipes franceses entrar en España.

No se extinguia aun la antigua enemistad entre el regente y Felipe V.

Los príncipes habian sido bien recibidos en la Habana; pensaron un momento detenerse allí, y fundar un establecimiento; pero el conde de Frobert, gobernador general de la Isla de Cuba, el 21 de Mayo de 1799 recibió la orden de espulsar á los príncipes franceses de las colonias españolas del Nuevo Mundo.

Solo la Luisiana estaba esceptuada, y los príncipes tenian autorizacion para permanecer allí.

Era el mismo dia en que Bonaparte levantaba el sitio de San Juan de Acre, en que el rey de Suecia entraba en la coalición, y en que Souvarov se apoderaba de Alejandria.

El duque de Orleans rehusó esta estraña hospitalidad, y seguido de sus hermanos, montó en un buque parlamentario español que le condujo á las islas inglesas de Bahama y de Halifax, donde el duque de Kent, hijo del rey de Inglaterra y padre de la reina Victoria, los recibió como príncipes; pero no les concedió, sin embargo, paso para Inglaterra en ningun buque del Estado.

Forzoso les fué á los desterrados volver á los Estados-Unidos, los que menos escrupulosos, facilitaron su pasaje á Londres, á donde llegaron en Enero de 1800.

CAPÍTULO XXII.

HACIA tres meses que Bonaparte había consumado el 18 Brumario y se encontraba casi dueño de la Francia.

Así es, que Luis Felipe al desembarcar en Falmouth y sabiendo las estrañas noticias que sobre Francia se esparcian en Europa, escribió al gobernador Morris su antiguo protector, esta carta en que revelaba su admiracion.

“30 de Enero de 1800.

“He sabido que un paquebot va á salir para Nueva York, y aprovecho esta ocasion para participaros nuestra feliz llegada, despues de una travesía de veintium dias, con algun mal tiempo, pero á Dios gracias sin haber encontrado cruceros de ninguna especie. Sin embargo vimos un navío que no era inglés, pero felizmente nos tuvo miedo. Hemos sido tanto mas dichosos, quanto que el mar en este momento está cubierto de corsarios y que cuatro paquebotes acaban de ser apresados.

Los diarios no hablan sino de capturas y de huracanes.

Pronto os escribiré mas largo; pero en este momento no tengo que participaros mas que mi feliz llegada. Ya veis que he nacido dichoso.

Bonaparte, primer cónsul! el abate Sieyés su cólega!! y el obispo de Autun su ministro!!!”

El siglo diez y nueve comenzaba para Luis Felipe con tres exclamaciones.

En efecto, la vista de lo que pasaba en Europa, aquella gran reedificacion del mundo moderno desde sus bases, debia admirar mucho al hijo de Felipe Igualdad, al escolar de madama de Genlis, al discípulo de Dumouriez.

De Dumouriez, que, tan admirado como él de lo que pasaba, escribia las siguientes líneas que envuelven una estraña contradiccion con su conducta de hacia siete años.

“Hablais de mí como gefe de una faccion de Orleans, me unís como gefe de esta faccion á una mujer célebre por su pluma y que desgraciadamente para ella, ha escrito contra el príncipe que se encuentra comprometido por la acusacion que entablais contra mí. Conozco muy poco á esa señora, á quien he visto una sola vez, en Tournai en 1793, euando acompañaba á la jóven é interesante princesa á quien entonces salvé de la proscripcion y de la cólera de los Robespierre y de los Marat. Despues no he vuelto á ver á esa señora; yo estaba muy unido con el príncipe, y desde mi casa fué desde donde contestó al escrito indiscreto que habia lanzado aquella en su contra. Estas dos piezas se imprimieron en Hamburgo y son conocidas de todos.

Bien comprendereis que no puede haber ninguna liga entre nosotros y mucho menos la union necesaria para formar una faccion.

No tengo necesidad de defender á los tres príncipes de la rama desgraciada, que los malvados quieren separar para siempre del árbol augusto que ha honrado á nuestra patria por tanto tiempo. Solo diré algunas palabras sobre el jóven duque de Orleans. Él ha llorado conmigo la muerte de Luis XVI, se ha reunido conmigo para vengarla, ha dejado conmigo á la Francia; desde entonces ha viajado continuamente por Suiza, Dinamarca, Noruega, Laponia, Suecia, América y la Habana á donde ha ido hace un año con sus hermanos. ¿Cuándo, por quién, con quién, cómo podria, au-

sente, errante y pobre, comunicarse é intrigar con los malvados de Paris, que tal vez abusan de su nombre y á quienes sin embargo no conoce? Podeis, en la ciudad que habitais tomar informes precisos sobre su conducta y su carácter. Estais rodeado de gentes que lo conocen particularmente. El principe, en todas las partes en que ha estado solo se ha dado á conocer por su aplicacion, por su constancia y por sus virtudes.

“En cuanto á mí, si hubiese sido el gefe de una faccion usurpadora, me habria manejado de otro modo con los malvados á quienes he cubierto de oprobio en mis escritos. Me habria reservado algunos medios de reconciliacion para poder volver á Francia y unirme con mis cómplices.

“Habria evitado mostrarme siempre realista, siempre adicto al orden natural de la succion. Todos mis escritos prueban mis sentimientos. Sí, señor, yo soy realista, reconozco á Luis XVIII por mi legítimo soberano. Toda mi esperanza de regeneracion para la Francia consiste en sus virtudes, en su esperiencia, en su clemencia, en sus luces y en que la nacion vuelva á la verdad, á la razon, al amor del orden, de sus leyes y de su rey.

“Tales son los sentimientos en que quiero vivir y morir.

“Tengo el honor de ser, &c.—DUMOURIEZ.”

Esta carta se encontrará inserta en el *Spectateur du Nord* del mes de Octubre de 1799.

Ademas, una declaracion de los príncipes vino en apoyo de esta carta de Dumouriez. Esta declaracion que debia ser el pacto de reconciliacion entre la rama primogénita y la rama menor, fué casi dictada por el conde de Artois al duque de Orleans. Una copia se remitió á Luis XVIII, que que estaba en Mittan, y el original quedó en los archivos del conde de Artois en Lóndres.

He aquí el testo de esa declaracion que parece mas bien una retractacion.

“Convencidos de que la mayoria del pueblo francés participa de todos los sentimientos que nos animan, hacemos, tanto en nuestro nombre como el de nuestros leales compatriotas, el juramento solemne y sagrado que sobre nuestra espada hemos prestado á nuestro rey de vivir y morir fieles á nuestro honor y á nuestro soberano legítimo. Si el injusto empleo de una fuerza mayor llegase, lo que Dios no permita, á poner *de hecho y nunca de derecho*, en el trono de Francia á otro que no sea nuestro legítimo rey, declaramos que obedeceremos con tanta confianza como fidelidad la voz del honor, que nos prescribe apelar hasta el último suspiro, á Dios, á los franceses y á nuestra espada.”

Nosotros preguntamos ahora ¿cómo habria sido recibido en el Palacio Real el atrevido que hubiera puesto, el 8 de Agosto de 1830, esta declaracion á la vista del rey Luis Felipe I?

Gracias á esta declaracion, el duque de Orleans y sus hermanos gozaron en el extranjero de la posicion de *príncipes franceses* y tuvieron parte en las subvenciones acordadas por la Inglaterra.

Su parte constituia una renta de cincuenta mil libras.

La viuda duquesa de Orleans habia arreglado esta reconciliacion hacia seis meses; habia escrito á Luis XVIII, quien en esta ocasion, escribia por su parte al duque de Harcourt el 27 de Junio de 1799 lo siguiente:

“Me apresuro á participaros, señor duque, la satisfaccion que tengo por haber podido emplear mi clemencia en favor de mi primo el señor duque de Orleans. Su respetable madre, esa princesa virtuosa, ha sido muy grande en sus desgracias, para en cambio recibir de mí un nuevo golpe que habria llevado la desesperacion y la muerte á su corazon. Ella ha sido la mediadora entre su rey y su hijo. He enjugado tiernamente las lágrimas de la madre y acogido los votos y la sumision del jóven príncipe á quien su poca

experiencia habia entregado á las culpables sugerencias de un padre monstruosamente criminal.

“Esta determinacion ha sido tomada de acuerdo con mi consejo, y tengo la dulce satisfaccion de anunciaros, que sus miembros han proclamado por unanimidad las palabras de clemencia y de perdon.—Luis.”

Como se vé, Luis XVIII era un terrible usurero, que hacia pagar muy cara aquella clemencia y aquel perdon que no daba, sino que solo prestaba, para tener el derecho de retirarlos despues.

A pesar de esta aparente reconciliacion, no guardaban mucha armonia las relaciones entre el duque de Orleans y el conde de Artois. Así es, que el duque de Orleans volvió á proyectar su viaje á España. La duquesa viuda de Orleans, residia en Suria, cerca de Barcelona. Sus tres hijos se embarcaron para Menorca, donde encontraron una corbeta napolitana que los condujo á Barcelona.

Pero las susceptibilidades de la corte de España eran siempre las mismas: los príncipes no pudieron desembarcar y les fué preciso volver á Francia sin haber podido ver á su madre, ni comunicarse con ella, sino por escrito.

Esta comunicacion tuvo por resultado, la reunion de la princesa Adelaida con su madre.

Mientras tanto, Bonaparte afirmaba en Marengo su naciente poder, no solo sobre la Francia, sino sobre la Europa, y se preparaba á tomar el título de emperador de los franceses, obligando al rey de Inglaterra á renunciar á su título de rey de Francia.

Estas noticias influian mucho en la marcha de Europa. El 21 de Enero de 1801, aniversario de la muerte de Luis XVI, el emperador Pablo sin reflexionar en esta estraña coincidencia de fechas, abandonó la causa de los Borbones é invitó á Luis XVIII á alejarse de Mittan con su pequeña corte. La invitacion equivalia á una orden. Luis XVIII dejó á Mittan y pasó á Prusia.

Pero la misma Prusia no queria hacer nada que desagradase al primer cónsul y á la República francesa: así es que obligó á Luis XVIII á abandonar su título de rey de Francia. No habia medio de resistir. Tomó el de conde de Lille.

La fortuna de Bonaparte caminaba con pasos de gigante. Esa deidad que bate sus alas sobre la frente de los hombres predestinados á la gloria le acompañaba en todas partes. Tocado por una bala de cañon en Marengo, apenas recibió una pequeña contusion. Amenazado por la máquina infernal de Carbon y de Saint-Régent, habia visto estallar la máquina, matar á su derredor cincuenta y seis personas y huir veintidos de los que lo acompañaban, sin que le causase ningun daño. En fin, habia escapado de Georges Cadoudal, él mas terrible quizá de los conspiradores armados contra él, y cuya conspiracion librándolo de Moreau y de Pichegru, sus dos enemigos, le proporcionó tambien la ocasion de aniquilar los rumores que corrian de que estaba en inteligencia con los Borbones.

El duque de Enghien, preso el 15 de Marzo de 1804 en Eltenheim, llegó el 20 á Paris y fué fusilado el 21 en los fosos de Vincennes.

En fin, el 2 de Noviembre del mismo año, el papa Pio VII salia de Roma, llegó el 25 del mismo mes á Fontainebleau, entró en Paris el 28 en el mismo carruaje que Napoleon y el 2 de Diciembre lo consagró en Nuestra Señora, emperador de los franceses.

Estos sucesos, eran duros golpes contra las esperanzas de los príncipes desterrados.

CAPÍTULO XXIII.

SIGAMOS al futuro rey de Francia, que á su turno debia escapar de la máquina infernal de Fieschi, de las balas de Alibaud, de Meunier y de Lecompte, y veamos que efecto produjeron sobre él aquellos diversos acontecimientos.

La muerte de Georges Cadoudal habia seguido de muy cerca á la ejecucion del duque de Enghien, una parte de los conjurados habia muerto en el cadalso, otra habia sido perdonada por el emperador, y otra habia podido huir y refugiarse en Inglaterra.

Esta vez no se determinó el conde de Artois con una confianza absoluta; llamó á su casa á uno de los oficiales de Georges Cadoudal, cuya aptitud le era conocida; éste era Brèche, quien mas feliz que su general, habia pedido volver á Inglaterra despues de la tentativa de Paris.

—¿Conoceis á Dumouriez? le dijo el príncipe.

—No, monseñor, respondió Brèche.

—Malo—¿los que lo rodean os son igualmente desconocidos?

—No los conozco ni aun de nombre.

—Lo siento mucho.—¿Por qué razon monseñor?—Porque os habria invitado para que los viescis.—¿Para qué monseñor?—Para platicar.—¿Sobre qué?—Sobre lo que querais, poco me importa.—Si no es mas que esto, trataré de rela-

cionarme con Dumouriez ó con sus amigos.—Hacedlo lo mas pronto posible.

Dumouriez habitaba una pequeña casa de campo cerca de Lóndres. Desde el dia siguiente Brèche pasó allí y fué á pasearse cerca del jardin, pareciendo ocuparse solo en admirar su elegancia y la belleza de las flores. Habiéndolo notado uno de los de la casa, le invitó políticamente á que entrara, lo que aceptó al momento. La conversacion se entabló en inglés, pero pronto dijo Brèche:

—Creo que sois francés como yo y que nos seria mas cómodo hablar en nuestro idioma.

—Soy de la misma opinion, respondió el personaje.

Habiendo continuado la conversacion en francés, Brèche preguntó á su interlocutor si era emigrado, quien le respondió que en efecto era emigrado y agregado al general Dumouriez que era quien vivia en aquella casa. Brèche le dijo, que él no era precisamente emigrado sino uno de los compañeros de Georges, lo que pareció dar mayor interes á la conversacion.

—¿Y habeis ido á Paris con él? le dijo.

—Sí. Entonces el emigrado se metió adentro y volvió pronto invitando á Brèche de parte de Dumouriez, para que almorzara con él: éste aceptó y siguió á su guia que lo acompañó á la presencia del general.

Volvieron á dar otra vuelta por el jardin.

—¿Estabais, pues, con Georges en Paris? le dijo el general: fué una gran pérdida la suya para el partido realista.

—Irreparable.

—Irreparable, no—quedan todavía muchos elementos.

—Sin duda, pero ¿quién sabrá aprovecharlos?

—¡Oh! nunca faltan hombres capaces.

—Conozco uno, dijo el oficial realista.

—¿Quién?

—Vos, general.

—¡Oh! ¡no! yo he mandado ejércitos republicanos; sin ser

jacobino, pero he llevado sus colores y esto jamas me lo perdonarán los realistas; pero hay otra persona que seria mas á propósito para el caso.

—¿Quién?

—El duque de Orleans.

—Pero él tambien como vos, ha mandado ejércitos republicanos y ha pertenecido á la sociedad de los Jacobinos.

—Es cierto, pero lo que se le perdona á un príncipe, jamas se le perdona á un particular.

—Falta saber si el negocio le parecerá bien al duque de Orleans y á los realistas del interior.

—Por lo que respecta al príncipe, puedo responderos positivamente; en cuanto á los realistas, debeis estar mas al corriente que yo de sus ideas.

—Pero ¿convendria esto al gobierno inglés sin cuya participacion nada podria emprenderse?

—Respecto á eso, puedo aseguraros que no se pulsarán ningunas dificultades.

—No me queda mas que una observacion que haceros, general, la de saber si semejante proyecto recibiria la aprobacion de la rama primogénita?

A esta objecion, Dumouriez se tronó los dedos, hizo un gesto irónico y dijo:

—¡Oh! por vida mia, que lo aprueben ó no lo aprueben, no por eso dejaremos de ir adelante. . . .

Viendo el efecto que produjeron estas palabras, juzgó que habia avanzado mucho, y se apresuró á añadir por via de correccion:

—*Por el interés general de la causa realista.*

Brèche adivinó entonces, sin trabajo, con que objeto lo habia encargado el conde de Artois de ver á Dumouriez. Despues de algunas frases insignificantes se despidió. El general se dirigió hácia su casa invitándolo á que reflexionara sobre el interesante objeto de la conversacion que habian tenido.

En la mañana siguiente, Brèche daba cuenta de esta conversacion al conde de Artois, y este lo escuchaba segun su costumbre, *mordiéndose el labio inferior.*

El conde debió mordérselo mas fuertemente en Rambouillet, caando supo que el duque de Orleans estaba nombrado teniente general del reino, y en Chabourg, cuando supo que se habia proclamado rey á Luis Felipe.

Brèche volvió otra sola vez á casa de Dumouriez, y la insinuacion no tuvo consecuencias.

Las primeras proposiciones de servir contra la Francia, se le hicieron al duque de Orleans, hácia fin del año de 1805, por el rey de Suecia Gustavo IV, que acababa de adherirse á la coalicion.

Aquí tocamos la parte verdaderamente delicada de la vida del duque de Orleans, puesto que la popularidad de Luis Felipe estaba fundada, mas que en todo, en que jamas habia querido servir contra la Francia.

Nuestra posicion como historiadores nos impone el deber de seguir poco á poco esta parte de la vida del rey y de no atestiguar nada sino con pruebas.

El agente de Gustavo IV y de los Borbones era un tal Fauche-Borel.

Veamos como habia adquirido la confianza de los príncipes emigrados y del rey de Suecia.

A pesar de la protesta de Luis XVIII, Napoleon se habia hecho emperador. La Francia lo habia proclamado y la Europa lo habia casi reconocido.

La situacion era grave para el pretendiente; en una reunion de familia, resolvió redactar, á fin de que le sirviese para una futura restauracion, una declaracion de principios que probara á los franceses, que en caso de volver, estaba pronto á hacer algunas concesiones al espíritu de libertad que habia arrojado á los Borbones de la Francia.

La dificultad consistia en saber á donde reunirse.

Ya se ha visto que Pablo I habia invitado al rey á que

saliese de Mittan. Luis XVIII, con la autorizacion de la Prusia, se habia retirado á Varsovia; pero al concederle esta hospitalidad, la Prusia habia declarado:

“Que este asilo tenia un sentido limitado, es decir, que se lo concedia para libertar de la muerte su cabeza proscripta; pero que en ningun caso podria servir Varsovia de lugar de reunion para cualquier proyecto de la casa de Borbon, contra el gobierno establecido en Francia y reconocido por la Prusia.”

Le rogó al rey Gustavo IV señalase una ciudad donde celebrar ese congreso, é indicó la de Calmar, pequeña ciudad episcopal de la Noruega.

El rey Luis XVIII y el conde de Artois llegaron á ella el 5 de Octubre de 1804.

En esta reunion se formaron las primeras bases de la Carta.

Fauche-Borel habia sido el intermediario entre el príncipe francés y el rey de Suecia.

Fauche-Borel, súbdito prusiano, estuvo comprometido en el negocio de Pichegru; despues estuvo mucho tiempo preso y salió de su prision solo por las vivas instancias del rey de Prusia.

Tambien esta vez, fué él quien logró reunir al ejército sueco, al duque de Berry y al duque de Orleans. El rey Gustavo le dió plenos poderes para tratar con los dos príncipes.

Pero por activo que fuese Fauche-Borel, la fortuna de Napoleon caminaba mas de prisa. La batalla de Austerlitz habia dado por resultado la paz de Presbourg; y la paz de Presbourg el aniquilamiento de la coalicion.

El autor de la Vida anecdótica de Luis Felipe, niega que aceptó este príncipe las ofertas del rey de Suecia y que consintió en unirse á la coalicion; pero el autor de su Vida política y privada lo afirma. No decidiremos entre él y nosotros: nos contentaremos con citar una carta que el príncipe

escribia el 5 de Noviembre de 1806, al conde de Entraiques, encargado por la Inglaterra de una mision cerca de la Rusia.

Se verá en ella un pasaje sobre la Polonia que no carece de interés:

“Siento mucho, mi querido conde, decia, no poder disponer de mí, mañana; pero estaré libre el domingo y entonces me hareis favor de venir á comer conmigo.

“Nos acompañará el conde de Starhemberg, que os aprecia mucho y que desea volveros á ver y cultivar vuestra amistad. He creido que ese día os convendrá mas que cualquiera otro, porque en este país el domingo es dia muerto para todos los negocios y pertenece de derecho á los amigos.

“Si quereis venir antes de comer, hablaremos á nuestra satisfaccion, y lo haremos mas generalmente durante y despues de la comida. Confieso, como vos, que todo está muy malo, pero que nos hallamos aun lejos de perderlo todo. Con energia y con vigor todo puede y debe quedar restablecido. Es preciso que el emperador de Rusia no consienta en la paz de Prusia y si está hecha, es necesario que no la reconozca. Debe poner en juego todos los recursos que le proporcione su vasto imperio, para impedir la resurreccion revolucionaria de la Polonia, tenga la Prusia bastante cobardía para someterse ó tenga el preciso valor para oponerse á ella. La suerte del imperio de Rusia y de la Prusia depende de la suerte de la Polonia. No creo que Buonaparte procure forzar el Oder este invierno; si lo hace y reúne allí su ejército, creo que este movimiento puede y debe hacerle encontrar su Pultawa y que el emperador Alejandro podrá vengar á Austerlitz y á Auerstadt. No se necesita mas que celeridad, vigor, y sobre todo, resolucion. Hablaremos á fondo de todo esto, y si considerais dignas mis ideas, vuestra pluma de fuego las trasmitirá.

“Recibid, mi querido conde, la sincera protesta de mi consideracion y de mis sentimientos para con vos.”—L.—F. de Orleans.”



CAPÍTULO XXIV.

Por este tiempo murió el pobre duque de Montpensier, siempre enfermo desde su cautividad en Marsella. Atacado de una enfermedad de pecho, se consumió lentamente en Saltill, cerca de Windsor. Fué enterrado en Westminster, á donde hemos saludado su tumba, al ir á depositar á Luis Felipe en la suya.

El conde de Beaujolais sobrevivió muy pocos meses. Atacado de la misma enfermedad que acababa de matar á su hermano, se le aconsejó que pasara á un clima mas suave; pero los dos únicos puntos, los dos solos puertos que brindasen una latitud mas templada y que el estado de Europa dejaba á merced de los proscriptos, eran Malta y Madera; el conde de Beaujolais escogió á Malta, porque estar en Malta, era estar aun en la Inglaterra. El duque de Orleans lo acompañó á ese punto; pero el calor era tan sofocante en Malta, que un médico les propuso fuesen á Nicolosi, es decir, á las regiones medias del Etna. Escribieron al rey Fernando IV que dió su permiso; pero cuando este permiso llegó, ya el conde de Beaujolais habia muerto.

El príncipe fué enterrado en los primeros dias de Junio de 1808, en la iglesia de San Juan con la mayor solemnidad y honores.

En 1829, el duque de Orleans, durante un viaje que hizo á Inglaterra, mandó levantar en la iglesia de Westminster un monumento al duque de Montpensier, y en 1843, llenó el mismo deber piadoso para con el conde de Beaujolais.

Despues, ¡destino singular de este hombre! él murió tambien á su turno, desterrado, como habian muerto sus dos hermanos.

Desde la roca de Malta á la cabecera de su hermano moribundo, el 17 de Abril de 1808, el príncipe Luis Felipe escribió esta carta á Dumouriez:

¡Ay! es para los hombres políticos, sobre todo, para quienes ha sido hecho el terrible proverbio *Scripta manent*.

“Mi posicion estraña presenta algunas ventajas que talvez puedo exagerarme, pero de las que me parece que se podria sacar algun partido, que es todo lo que deseo. Soy príncipe francés y sin embargo soy inglés, primero por necesidad, porque nadie sabe mejor que yo, que la Inglaterra es la única potencia que pueda y que quiera protegerme; luego lo soy por principios, por opinion y por todas mis costumbres. En mis conversaciones con la reina, llegamos mas allá de lo que pudiera indicarnos en esta carta y en esas conversaciones es en donde esta princesa me protesta el pesar de que no pueda emprender la ejecucion de aquello cuya necesidad le he hecho conocer; pero le digo que mi *carreton* (¡Dios lo bendiga!) me aguarda en el camino de Hamptoncourt, que debo estar ya en él, hácia el mes de Junio; y que de ninguna manera estoy dispuesto á abandonar mi tratamiento y la proteccion de la Inglaterra. Bien conocereis que si la guerra que se enciende en Italia, me proporciona alguna probabilidad de *sentarme*, el *carreton* esperará. Aquí hay un ejército inglés,

“Recibid, mi querido conde, la sincera protesta de mi consideracion y de mis sentimientos para con vos.”—L.—F. de Orleans.”



CAPÍTULO XXIV.

Por este tiempo murió el pobre duque de Montpensier, siempre enfermo desde su cautividad en Marsella. Atacado de una enfermedad de pecho, se consumió lentamente en Saltill, cerca de Windsor. Fué enterrado en Westminster, á donde hemos saludado su tumba, al ir á depositar á Luis Felipe en la suya.

El conde de Beaujolais sobrevivió muy pocos meses. Atacado de la misma enfermedad que acababa de matar á su hermano, se le aconsejó que pasara á un clima mas suave; pero los dos únicos puntos, los dos solos puertos que brindasen una latitud mas templada y que el estado de Europa dejaba á merced de los proscriptos, eran Malta y Madera; el conde de Beaujolais escogió á Malta, porque estar en Malta, era estar aun en la Inglaterra. El duque de Orleans lo acompañó á ese punto; pero el calor era tan sofocante en Malta, que un médico les propuso fuesen á Nicolosi, es decir, á las regiones medias del Etna. Escribieron al rey Fernando IV que dió su permiso; pero cuando este permiso llegó, ya el conde de Beaujolais habia muerto.

El príncipe fué enterrado en los primeros dias de Junio de 1808, en la iglesia de San Juan con la mayor solemnidad y honores.

En 1829, el duque de Orleans, durante un viaje que hizo á Inglaterra, mandó levantar en la iglesia de Westminster un monumento al duque de Montpensier, y en 1843, llenó el mismo deber piadoso para con el conde de Beaujolais.

Despues, ¡destino singular de este hombre! él murió tambien á su turno, desterrado, como habian muerto sus dos hermanos.

Desde la roca de Malta á la cabecera de su hermano moribundo, el 17 de Abril de 1808, el príncipe Luis Felipe escribió esta carta á Dumouriez:

¡Ay! es para los hombres políticos, sobre todo, para quienes ha sido hecho el terrible proverbio *Scripta manent*.

“Mi posicion estraña presenta algunas ventajas que talvez puedo exagerarme, pero de las que me parece que se podria sacar algun partido, que es todo lo que deseo. Soy príncipe francés y sin embargo soy inglés, primero por necesidad, porque nadie sabe mejor que yo, que la Inglaterra es la única potencia que pueda y que quiera protegerme; luego lo soy por principios, por opinion y por todas mis costumbres. En mis conversaciones con la reina, llegamos mas allá de lo que pudiera indicarnos en esta carta y en esas conversaciones es en donde esta princesa me protesta el pesar de que no pueda emprender la ejecucion de aquello cuya necesidad le he hecho conocer; pero le digo que mi *carreton* (¡Dios lo bendiga!) me aguarda en el camino de Hamptoncourt, que debo estar ya en él, hácia el mes de Junio; y que de ninguna manera estoy dispuesto á abandonar mi tratamiento y la proteccion de la Inglaterra. Bien conocereis que si la guerra que se enciende en Italia, me proporciona alguna probabilidad de *sentarme*, el *carreton* esperará. Aquí hay un ejército inglés,

al que, pudiera no ser inútil que yo fuera napolitano: mas para que mi cooperacion le sea útil, no bastaba que la quiera ó la permita; es necesario que el gobierno se explique, es preciso á lo menos, que se digne aprobarme ó que sepa yo de una manera categórica si les convengo ó no.

“Me hariais un verdadero favor, me hariais un gran servicio, en hacer saber esto á M. Canning, poniéndolo al alcance de la posicion en que me encuentro, y haciéndole conocer que quizas les pueda ser útil para alguna cosa, que es el mas sincero y mas ardiente de mis deseos. Le importa mucho á la Inglaterra, arrebatarse las islas Jónicas á los franceses. Se encontrarán allí mas de seis mil hombres de guarnicion, entre los cuales hay dos mil italianos y mil quinientos albaneses y epirotas que al punto se convertirán en excelentes soldados que defenderán su causa contra los franceses. Ella tendrá entonces todo á su disposicion, y el Austria accederá á todo, con tal de que los franceses queden escluidos.

“Si la Inglaterra cree que la presencia de mi persona podrá ser conveniente en aquellas islas, yo me encuentro pronto á partir con el mayor gusto y os respondo de que bien pronto tendré allí algunas tropas con las que quizás armaré camorra. Si la Inglaterra no piensa en mí, no por esto me desconsolaré, sino que buscaré fortuna por otra parte.—Pero creo verdaderamente que esto podría realizarse; recapacitad bien sobre ello con vuestra excelente cabeza y estoy seguro de que la amistad que me profesais, os obligará á hacer por mí todo lo que sea posible.”

CAPÍTULO XXV.

DESGRACIADAMENTE esta vez lo mismo que la anterior, la rapidez de las victorias de Napoleon impidió que llegará la respuesta; la paz de Tilsitt destruyó los planes de 1808, como la paz de Presbourg habia destruido los de 1805. En medio de todo esto y durante la larga permanencia que hizo en Palermo, se habian arreglado los preliminares de un casamiento entre el duque de Orleans y María Amelia, hija de Fernando de Nápoles y de Carolina de Austria, hermana de María Antonieta, que estaba muy lejos de creer en esa época, que dos años despues, Napoleon, casándose con María Luisa, seria su sobrino y el de Luis XVI.

Pero lo que estaba fuera de duda, era la guerra con España.

Napoleon, para castigar á Juan VI por su alianza con los ingleses, habia ordenado á Junot que invadiera la Península con veinticuatro mil hombres.

Junot entró en Lisboa el 30 de Noviembre de 1807, y proclamó la destitucion de la casa de Braganza.

El 19 de Marzo de 1808, es decir, al tiempo que el duque de Orleans y su hermano iban en camino para Malta, Carlos IV se vió obligado á abdicar en Aranjuez en favor de su hijo, quien en el mismo dia, con gran regocijo del

al que, pudiera no ser inútil que yo fuera napolitano: mas para que mi cooperacion le sea útil, no bastaba que la quiera ó la permita; es necesario que el gobierno se explique, es preciso á lo menos, que se digne aprobarme ó que sepa yo de una manera categórica si les convengo ó no.

“Me hariais un verdadero favor, me hariais un gran servicio, en hacer saber esto á M. Canning, poniéndolo al alcance de la posicion en que me encuentro, y haciéndole conocer que quizas les pueda ser útil para alguna cosa, que es el mas sincero y mas ardiente de mis deseos. Le importa mucho á la Inglaterra, arrebatár las islas Jónicas á los franceses. Se encontrarán allí mas de seis mil hombres de guarnicion, entre los cuales hay dos mil italianos y mil quinientos albaneses y epirotas que al punto se convertirán en excelentes soldados que defenderán su causa contra los franceses. Ella tendrá entonces todo á su disposicion, y el Austria accederá á todo, con tal de que los franceses queden escluidos.

“Si la Inglaterra cree que la presencia de mi persona podrá ser conveniente en aquellas islas, yo me encuentro pronto á partir con el mayor gusto y os respondo de que bien pronto tendré allí algunas tropas con las que quizás armaré camorra. Si la Inglaterra no piensa en mí, no por esto me desconsolaré, sino que buscaré fortuna por otra parte.—Pero creo verdaderamente que esto podría realizarse; recapacitad bien sobre ello con vuestra excelente cabeza y estoy seguro de que la amistad que me profesais, os obligará á hacer por mí todo lo que sea posible.”

CAPÍTULO XXV.

DESGRACIADAMENTE esta vez lo mismo que la anterior, la rapidez de las victorias de Napoleon impidió que llegará la respuesta; la paz de Tilsitt destruyó los planes de 1808, como la paz de Presbourg habia destruido los de 1805. En medio de todo esto y durante la larga permanencia que hizo en Palermo, se habian arreglado los preliminares de un casamiento entre el duque de Orleans y María Amelia, hija de Fernando de Nápoles y de Carolina de Austria, hermana de María Antonieta, que estaba muy lejos de creer en esa época, que dos años despues, Napoleon, casándose con María Luisa, seria su sobrino y el de Luis XVI.

Pero lo que estaba fuera de duda, era la guerra con España.

Napoleon, para castigar á Juan VI por su alianza con los ingleses, habia ordenado á Junot que invadiera la Península con veinticuatro mil hombres.

Junot entró en Lisboa el 30 de Noviembre de 1807, y proclamó la destitucion de la casa de Braganza.

El 19 de Marzo de 1808, es decir, al tiempo que el duque de Orleans y su hermano iban en camino para Malta, Carlos IV se vió obligado á abdicar en Aranjuez en favor de su hijo, quien en el mismo dia, con gran regocijo del

pueblo español, fué proclamado rey de España y de las Indias, bajo el nombre de Fernando VII.

Lo que causaba la grande alegría del pueblo español, era que se habia libertado del gobierno de D. Manuel Godoy y de la reina María Luisa.

Esta abdicacion no llenaba satisfactoriamente las miras de Napoleon; pues sin duda el emperador de los franceses, rey de Italia, habia ya tendido la vista sobre España, para hacer de ella la dotacion de algun príncipe de su familia, como lo habia hecho con el trono de Nápoles y con el reino de Holanda, y un príncipe jóven elevado al trono por un movimiento nacional era mas difícil de quitar, que á un viejo rey imbécil y achacoso.

Napoleon se interpuso entre el padre y el hijo, y llamando á los dos á Bayona, obligó á Fernando VII á volver á Carlos IV la corona que le habia arrebatado el 19 de Marzo y que Carlos IV cedió á Napoleon por el tratado de 5 de Mayo de 1808.

Hubo entonces un cambio en las coronas, Murat pasó á ser rey de Nápoles y José á ser rey de España.

Entonces fué cuando Fernando, refugiado en Palermo, resolvió enviar á su hijo segundo el príncipe Leopoldo, á que hiciera sus primeras campañas, para sostener la nacionalidad española.

Esta vez resolvió el duque de Orleans hacer todo lo que le fuera posible para tomar una parte activa en la guerra, y damos á continuacion entera y original, la carta que escribió á su suegra futura, el 18 de Julio de 1808.

“Señora:

“Las bondades de que V. M. acaba de colmarme, y la franqueza tan noble y tan digna con que se ha servido preguntarme, sobre un punto acerca del cual deseaba con ansia manifestar mis sentimientos, me hacen esperar que me perdonará la importune con una carta en que pueda repe-

tirlos y patentizarlos de la manera mas formal, mas positiva y mas solemne. Mientras mayor es la satisfaccion que experimento al aprovechar el permiso que V. M. se ha dignado concederme, de hacerla depositaria de los sentimientos que me animan y que he profesado hace mucho tiempo; mayor es el deseo que tengo de hacerlo por *escrito*, de manera que pueda desafiar á todas las insinuaciones de la envidia y de la calumnia, cualquiera que sea el resultado de mis esfuerzos ó la suerte que la Providencia me destine. Me atrevo, pues, á esperar que V. M. me perdonará que le hable de mí, tanto cuanto me vea obligado á hacerlo para llenar este objeto.

“Estoy unido, señora, al rey de Francia mi señor, por medio de todos los juramentos que pueden ligar á un hombre, por todos los deberes que pueden ligar á un príncipe, no menos que por el sentimiento de lo que me debo á mí mismo, y por el género de ambicion de que me siento animado.

“No haré aquí vanas protestas: mi objeto es puro, mis expresiones serán sencillas. *Jamas ceñiré la corona, mientras que el derecho de mi nacimiento y el orden de sucesion no me llamen al trono. Jamas me mancharé con apropiarme lo que pertenece legítimamente á otro príncipe. Me creeria ENVIDADO, DEGRADADO, humillándome hasta el grado de ser el sucesor de Buonaparte, colocándome en una situacion que desprecio, que no podria conseguir sino por el mas escandaloso perjurio y en la que no podria esperar mantenerme por algun tiempo mas que por la MALDAD Y LA PERfidia de que Napoleon nos ha dado tantos ejemplos. Mi ambicion es de otro género: aspiro al honor de contribuir á la destruccion de su imperio, al de ser uno de los instrumentos de que la Providencia se sirva para libertar á la humanidad, para establecer sobre el trono de nuestros antepasados al rey mi señor, y para volver á colocar sobre sus tronos á todos los soberanos á quienes ha derrocado Napoleon.*

“Quizá aspiro mas al honor de ser quien muestre al mundo que cuando uno es lo que yo soy, *se desdeña, se desprecia la usurpacion*, y que solo los intrusos sin nacimiento y sin alma, son los que se aprovechan de lo que las circunstancias pueden poner á su alcance, aunque el honor les prohiba apropiárselo. La carrera de las armas es la única que conviene á mi nacimiento, á mi posicion, y en una palabra, á mi gusto. Mi deber va de acuerdo con mi ambicion para empeñarme en recorrerla, y yo no tengo otro objeto. Seré doblemente dichoso en entrar á ella, si se me franquea por las bondades de V. M. y las del rey su esposo; y si mis débiles servicios pueden ser alguna vez de utilidad á su causa, y aun me atrevo á decir á la nuestra y á la de todos los soberanos, de todos los príncipes y de la humanidad entera.

“Aceptad, señora, &c.”

La carta del duque de Orleans llegó en un momento, tanto mas oportuno, cuanto que el consejo de la regencia de España, presidido por Castaños, acababa de pedir al rey de Nápoles que un príncipe de su augusta casa fuera á mandar un ejército español, y que fnera acompañado del serenísimo duque de Orleans, cuya participacion en los negocios de la Península, infaliblemente fomentaria una insurreccion en Francia.

Se aceptó la oferta que el duque de Orleans habia hecho de su espada y se preparó á partir en calidad de Mentor de su futuro cuñado.

Pero como no quería hacer nada sin el consentimiento del gefe de la familia, envió á Luis XVIII la carta que habia escrito á la reina Carolina, acompañándola de la siguiente:

“Señor:

“Al fin tengo esperanza de que pronto se me proporcionará la ocasion de mostrar mi celo por el servicio de V. M.

y mi adhesion á su persona. Los últimos sucesos de España, la cautividad de los dos reyes y de los infantes, y la sublevacion de toda la nacion española contra la tiranía y las usurpaciones de *Buonaparte*, han decidido al rey de las Dos-Sicilias á enviar á España á su hijo segundo el príncipe Leopoldo, *para ejercer allí la autoridad real por ausencia de los príncipes primogénitos*. Eneontrándome á ese tiempo en la corte de SS. MM. Sicilianas he aprovechado esta inesperada ocasion para salir de la inaccion penosa á que estamos reducidos hace tanto tiempo. He *solicitado*, señor, el permiso de acompañar á España á este jóven príncipe, á quien sus cualidades personales y el noble ardor que lo anima, lo hacen digno de la grande empresa de que va á encargarse. He solicitado el honor de ser admitido en el servicio de los ejércitos españoles contra Buonaparte y sus satélites, y SS. MM. se han dignado concedérmelo. Sé que debia haber solicitado con anticipacion, el consentimiento de V. M., pero he creido que no podia ser dudoso. Me ha lisonjeado la idea de que mi celo me serviria de excusa, y por otra parte, conoceréis, señor, que no habria podido aguardarlo sin dejar escapar una de esas ocasiones únicas que generalmente se quiere, pero inútilmente, hacer que reaparezcan cuando se ha tenido la desgracia de dejarlas pasar.

“Me han colmado de bondades SS. MM. Sicilianas, y me faltan espresiones para esplicar el reconocimiento de que estoy penetrado. Han tratado, señor, de nulificarme y paralizar mi celo, procurando imbuir sospechas injuriosas á mi carácter en el ánimo de SS. MM.; la reina se ha dignado decírmelo con la mas noble franqueza y no me ha sido difícil borrar hasta la última sospecha, porque la grande alma de S. M. sabe triunfar de sus prevenciones cuando conoce que no tienen fundamento. Sin embargo, acordándome de que *verba volant et scripta manent*, he querido poner en manos de la reina, el testimonio escrito de lo que habia tenido el honor de decirle verbalmente y espero que V. M.

me perdonará la libertad que me tomo de enviaros una copia de esta carta.

“Señor, quiera el cielo que pronto pueda tener la dicha de combatir con nuestros enemigos, que pueda tener la mas grande todavía de contribuir á hacerlos volver bajo el gobierno paternal, bajo la proteccion tutelar de V. M.! Yo sé, señor, que el restablecimiento de V. M. es uno de los mas sinceros votos de SS. MM. sicilianas, y al príncipe Leopoldo lo animan los mismos sentimientos. No podemos penetrar los designios de la Providencia, ni conocer la suerte que nos espera en España; pero no veo mas que una alternativa; ó España sucumbe ó su triunfo acarreará la caída de Buonaparte. No seré mas que un simple militar español, mientras que las circunstancias no sean á propósito y de tal naturaleza que se pueda desplegar con ventaja el estandarte de V. M., pero no dejaremos pasar la ocasion, y si antes de que haya recibido órdenes é instrucciones de V. M. pudiésemos determinar al ejército de Murat ó al de Junot á volver las armas contra el usurpador; si pudiésemos pasar los Pirineos y penetrar en Francia, estad seguro *que no será jamas sino en nombre de V. M., proclamando á la faz del universo y de manera que cualquiera que sea nuestra suerte, se pueda siempre grabar sobre nuestra tumba: Han muerto por su rey y por librar á la Europa de todas las usurpacionss de que está manchada.*

“Dígnese V. M. recibir con su acostumbrada bondad el homenaje de mi profundo respeto y de mi entera adhesion. Soy, señor, de V. M., el mas humilde, muy obediente y muy fiel servidor y súbdito.—L. F. de Orleans.

Palermo, 19 de Julio de 1808.”

El ministro inglés habia pensado de muy diversa manera que los dos príncipes; y así es que al llegar á Gibraltar encontraron á lord Collingwood, comandante de la fortaleza, provisto de una orden que les comunicó.

Esta orden detenia prisionero al príncipe Leopoldo y disponia la inmediata vuelta del duque de Orleans para Inglaterra.

El príncipe, apenas llegó á Lóndres, solicitó ardientemente el permiso de pasar á unirse con su madre en Port-Mahon; pero lo único que pudo conseguir, fué que lo trasportaran á Malta, sin tocar en ningun puerto de España.

Su hermana se juntó con él en Portsmouth en el momento de embarcarse: hacia quince años que no se habian visto los dos pobres desterrados: esta reunion fué un motivo de grande alegria para aquellos dos corazones adoloridos; sin duda fué en ese momento cuando juraron que no se volverian á separar jamas, juramento que ambos cumplieron fielmente en este mundo y en el otro.

En Malta les aguardaba una piadosa peregrinacion á la tumba de su hermano. ¡Ay! es una cosa muy estraña la manera con que el destierro ha sembrado por el mundo las tumbas de los Borbones; las hermanas de Luis XVI en Roma y en Trieste, el conde de Beaujolais en Malta, el duque de Montpensier en Westminster, el rey Carlos en Goritz, el rey Luis Felipe en Claremont!

Solo el cielo sabe en que parte del mundo irán á dormir el sueño eterno los restos de esa gran raza que ha reinado por espacio de ocho siglos en la Francia.

La prohibicion impuesta al príncipe por la Inglaterra de cumplir su mision en España, era un golpe violento muy contrario á su casamiento con la hija de Fernando. Luis Felipe comprendió que su presencia era necesaria en Palermo; salió de Malta, dejando á su hermana al cuidado de madama de Montjoie; pero como encontró mala disposicion en su contra en la corte de Sicilia, escribió á su madre, con quien contaba para vencer la repugnancia de la reina Carolina, que viniera á reunirse con él en Cagliari, en cuyo punto iba á aguardarla; pero esperaba en vano, pues de la misma manera que no se habia permitido al hijo ir á reunirse

con la madre, así á la madre tampoco se la habia permitido ir á reunirse con el hijo; le fué preciso volver á Palermo; allí supo por su hermana, que venia desde Malta para darle esta buena noticia, que estaba derogada la prohibicion del gabinete de Saint-James: el duque de Orleans y la princesa Adelaida se embarcaron al punto para Mahon, pero la duquesa de Orleans, deseosa de ver á sus hijos lo mas pronto posible, se embarcó al mismo tiempo para Sicilia: los dos buques se cruzaron y al llegar al puerto de Mahon, el duque de Orleans y su hermana supieron que su madre habia partido hacia tres dias para Palermo.

Volvieron, pues, por el mismo camino, y despues de aquella travesía comenzada en 1797 y proseguida inútilmente para juntarse, la madre y los hijos se encontraron reunidos el 15 de Octubre de 1809, en el palacio de Sta.-Cruz, á un cuarto de legua de Palermo.

El duque de Orleans lo habia adivinado: la presencia de su madre allanó todos los obstáculos, y el 25 de Noviembre siguiente, Luis Felipe y María Amelia se unieron en la hermosa capillita bizantina del Palazzo-Reale.

Siempre he tenido una piadosa veneracion á la reina María Amelia, á pesar de que su raza haya sido mortal para la mia, aunque su padre Fernando y su madre Carolina, hayan envenenado á mi padre en los calabozos de Brendizi; pero no soy yo de aquellos que hacen recaer sobre los inocentes los crímenes de los culpables, y puedo decir que las virtudes de la hija han libertado de algunas sangrientas páginas al Claudio napolitano y á la Mesalina veneciana; tal vez, mi venganza filial, evocará algun día á las dos sombras sangrientas y las obligará á comparecer desnudas y horribles ante la posteridad; si puede ser que algun día, el asesino de Caracciolo y la querida de Acton tengan que darme cuenta de las caricias paternas que me robaron en una edad en que apenas se sabe lo que es un padre; pero para hacer esa terrible autosía moral de los dos cadáveres, esperará á que la

piadosa desterrada repose pálida y fria, al lado del esposo á quien juró fidelidad en esa capilla que acaba de despertar en mí tan lúgubre recuerdo.

Pero veamos lo que queria decir á propósito de esta capilla.

Estaba yo en Palermo en 1835, y la visité con aquel religioso respeto que tengo á los lugares santos; me pareció entonces que seria un motivo de alegria para aquella reina en el trono, tener un recuerdo de aquellos dias de destierro y que, entre esos recuerdos el mas agradable seria una copia de aquella capilla en que habia pronunciado los juramentos que tan castamente han sido cumplidos. Rogné, pues, á Judin, mi compañero de viaje, que hiciera un dibujo uniendo para ello su talento y su corazon.

Jadin se puso á la obra y permaneció ocho dias bajo aquellas bóvedas brillantes de mosaicos que pasaron á su carton hasta en sus menores detalles.

Nos llevamos el dibujo á Francia y nuestro primer cuidado al llegar á Paris, fué enviarlo á la reina, acompañado de una carta en que tratábamos de hacerla comprender la piadosa veneracion que encerraba en sí el regalo que nos tomábamos la libertad de dirigirla.

Ocho dias despues, no sé que criado de su casa vino á preguntar á Jadin cuánto se le debia; Jadin balbuceó, y no supo que responder: no comprendia que se le debiera nada.

En la mañana siguiente le enviaron cien escudos.

Habian pagado al pintor.

Ay! pobres príncipes de la tierra, ¿sabeis qué es lo que os precipita desde tan alto en las revoluciones? es, que vuestros corazones secos y cansados por la lisonja, jamas han sabido latir en armonía con los corazones leales y generosos que tienen lástima de vuestra grandeza y que tratan de consolaros; de manera, que en el dia de la caída; no habiéndoos apegado á nada, no podeis apoyaros en nada y rodais hasta el fondo del precipicio, con las manos desgarradas por las

asperezas y las espinas, que solo habeis hecho brotar á vuestro derredor.

Este casamiento tan deseado por el duque de Orleans pareció causar la doble realizacion de sus deseos: en los primeros dias de Mayo de 1810, una fragata española vino á suplicar al duque de Orleans de parte de la rejencia de Cádiz, *que se pusiera á la cabeza de los ejércitos victoriosos de España, y que prometiendo la libertad á la Francia oprimida, restaurara el trono de sus antepasados y restableciera el orden en Europa, proclamando el triunfo de la virtud, sobre la tiranía y la inmoralidad.*

Como esta peticion de la regencia correspondia á los mas ardientes deseos del duque de Orleans, la aceptó al momento, y respondió el 7 del mismo mes, por medio de un manifiesto, en el que recordaba los servicios que habia hecho su abuelo el regente al trono de España, y en el que prometia hacer cuanto estuviera de su parte para imitar aquel ejemplo dado un siglo antes.

En consecuencia, el 22 de Mayo se embarcó el príncipe á bordo de la fragata la *Venganza*. El nombre del navio prometia y concordaba con la situacion.

Pero estaba dispuesto en los decretos de la Providencia, que sin duda tenia algunos designios sobre él, que el duque de Orleans no llegara á servir contra la Francia.

A su llegada á Tarragona, el gobernador le manifestó que no podia entregarle el mando. Durante su viaje el príncipe habia recibido nuevas órdenes, que en caso de ser rigurosamente cumplidas, obligaban al duque de Orleans á volver á Sicilia, sin tocar las costas de España.

Desesperado el príncipe se dió de nuevo á la vela, pero no quiso dejar la Península sin tentar un último y supremo esfuerzo é hizo virar la proa hácia Cádiz, á cuyo punto llegó el 20 de Junio.

El mismo dia visitó á los miembros de la regencia, á aque-

llos mismos que le habian escrito y se puso á su disposicion.

Esta vez fué todavía la Inglaterra quien se opuso á los designios del príncipe francés; su embajador notificó que si se le daba al duque de Orleans algun mando en el ejército, las tropas inglesas evacuarian al instante el territorio español.

Luis Felipe quiso apelar á las cortes de esta desicion; el 30 de Noviembre se presentó á la puerta de la sala de las sesiones que tenian en la isla de Leon, pero la puerta permaneció cerrada para él.

No pudiendo luchar contra la oposicion general, el duque de Orleans se embarcó de nuevo para Sicilia y al llegar á Palermo se encontró con que su mujer acababa de dar á luz un príncipe á quien apadrinaron el rey de Sicilia y la duquesa viuda de Orleans, y que recibió sobre la fuente del bautismo los nombres de Fernando-Felipe-Luis-Cárlos-Henrique-José de Orleans, duque de Chartres.

Este es el mismo de quien treinta años despues, el 13 de Julio de 1842, recibió el último suspiro.

Muerte terrible, inesperada, que hizo rodar muchas lágrimas, pero tal vez providencial; muerte que suprimia el único obstáculo que existia entre la monarquía y la república.

Cuando el príncipe volvió á Palermo, encontró á la Sicilia dispuesta para una revolucion; el despotismo de la reina Carolina y la indolencia del rey Fernando, habian exasperado á los sicilianos; por todas partes estallaron revoluciones; intervino lord Bentinck con sus veinte y cinco mil hombres, Fernando abdicó en favor de su hijo y María Carolina, perseguida por el odio de sus antiguos súbditos, volvió al Austria, donde envenenada, segun todas las probabilidades, con un sorbete, murió cerca de Viena en el castillo de Melzendorff el 7 de Setiembre de 1814.

Durante este tiempo se cumplian el destino de Napoleon; la mano del Señor se retiraba poco á poco de aquel á

quien había sostenido tan milagrosamente; el frío venía á ayudar á la coalicion vencida; la traicion acababa la obra del frío; el boletín de Leipzig había llevado el espanto hasta Paris; la campaña de 1814 había brillado como el último reflejo del genio del vencedor de Arcole, de las Pirámides y de Austerlitz. En fin, el 3 de Abril, un decreto del senado proclamó la destitucion, no solo de Napoleon, sino tambien de su dinastía.

El 3 de Mayo, á las seis de la tarde, desembarcaba Napoleon en la isla de Elba, cuya soberanía le garantizaba el tratado de Fontainebleau, con una renta de dos millones y un ejército de cuatrocientos hombres.

Algun tiempo antes el duque de Orleans había escrito á Luis XVIII la carta siguiente:

“Señor:

“¿Es posible que se os prepare un mejor porvenir, que vuestra estrella brille, en fin, libre de las nubes que la cubrían, que la del monstruo que oprime á la Francia palidezca á su turno? ¡Oh! lo que pasa ahora es admirable, ¡cuán feliz me hace el éxito de la coalicion! Ya es tiempo de acabar de una vez con la revolucion y con los revolucionarios. Mi mayor pesar es que el rey no me haya autorizado, como yo deseaba, para ir á pedir socorros á los soberanos. Querria, para espíar mis errores, contribuir con mi persona para abrir al rey el camino de Paris. A lo menos, mis votos son los de precipitar la caída de Bonaparte, á quien odio tanto como desprecio. ¡Dios quiera que su caída esté próxima! se la pido todos los días al cielo en mis oraciones.”

Se halla un contraste curioso uniendo esta carta del duque de Orleans, escrita en 1814, á aquel decreto en que Luis Felipe, en 1840, trataba de revivir su popularidad, que comenzaba á decaer.

El 12 de Mayo de 1840, anunció esta gran resolucion á las cámaras francesas en estos términos:

“Señores: el rey ha mandado á S. A. R., monseñor el príncipe de Joinville que vaya con su fragata á la isla de Santa Elena para que allí recoja los restos mortales del emperador Napoleon.

“La fragata, cargada con los restos mortales de Napoleon, se presentará, á su vuelta, en la embocadura del Sena; otro buque los conducirá á Paris. Se depositarán en los Inválidos, y una ceremonia solemne, una gran pompa religiosa y militar inaugurará la tumba que debe encerrarlos para siempre.

“Importa, para la magestad de ese recuerdo, que el augusto sepulcro no permanezca espuesto en una plaza pública, en medio de una multitud ruidosa y distraída. Conviene por el contrario que se coloque en un lugar silencioso y sagrado, á donde puedan visitarlo con recojimiento todos los que respetan la gloria y el génio, la grandeza y el infortunio.

“Fué emperador y rey; fué el legítimo soberano de nuestro país. Bajo este título, debería enterrarse en Saint-Denis; pero no conviene á Napoleon la sepultura ordinaria de los reyes. Es preciso que reine y mande todavía en el recinto donde van á reposar los soldados de la patria, y á donde irán á inspirarse en adelante aquellos que sean llamados para defenderla. Su espada será depositada sobre su tumba.

“El arte elevará bajo la cúpula, en medio del templo consagrado por la religion al Dios de los ejércitos, una tumba digna si es posible, del nombre que debe grabarse en ella. Este monumento deberá tener una belleza simple, grandes formas y ese aspecto de solidez indestructible que parece desafiar á la accion del tiempo. Napoleon necesita un monumento tan durable como su memoria....

“De hoy mas, la Francia, solo la Francia, poseerá todo lo que queda de Napoleon; su tumba y su fama no pertenecerán á nadie mas que á su país.

La monarquía de 1830 es la única y legítima heredera

de todos los recuerdos de que la Francia debe enorgulle-
 serse. Toca, pues, á esta monarquía, que ha sido la pri-
 mera en unir todas las fuerzas y conciliar todos los votos
 de la revolucion francesa, elevar y honrar sin temor algu-
 no, á la estatua y á la tumba de un héroe popular; porque
 hay una cosa, que no teme compararse con la gloria: esta
 es, la libertad.”



CAPÍTULO XXVI.

Luis XVIII, llamado al trono de Francia, salió de Hart-
 well el 18 de Abril, hizo su entrada en Lóndres el 20, atra-
 vesó el estrecho en un yacht real, desembarcó en Calais y
 se fué directamente á Saint-Onen, donde *concedió* la carta
 constitucional.

El 23 de Abril, el duque de Orleans que habia quedado en
 Palermo, en medio de las disensiones que acababan de agi-
 tar á la Sicilia, ignoraba todavía la abdicacion del empera-
 dor y el advenimiento al trono de Luis XVIII, cuando re-
 pentinamente anunciaron en el puerto, la entrada de un bu-
 que inglés, portador de noticias de Francia. Al momento
 el duque de Orleans corrió al hotel de la Marina donde vi-
 via el embajador. Este tenia el *Monitor* en la mano, y
 presentándosele al príncipe:

—Recibid mi parabien, monseñor, le dijo, Napoleon ha
 caido y los Borbones han vuelto á ocupar el trono de sus
 padres.

Dos horas despues, todos los cañones de Palermo trona-
 ban en honor de este acontecimiento.

El capitán del buque inglés tenia orden de lord Williams
 Bentinck, de ponerse á la disposicion del príncipe, por si
 queria volver á Francia.

El príncipe aceptó sin vacilar y en la mañana siguiente,
 es decir, el 24 de Abril, salió de Palermo acompañado de
 un solo camarista; llegó á Paris en los primeros dias de Ma-
 yo, se apeó de incógnito en un hotel de la calle de Grange-
 Bateliere y al momento, sin tomarse ni el tiempo preciso
 para mudar de vestido, tan poderosa así es la atraccion de
 la casa natal, se encaminó hácia el Palacio Real por la ca-
 lle de Richelieu, y penetró en el jardin; lo recorrió por todas
 partes y atravesando el pátio de las Columnas, se presentó
 en la puerta de la gran escalera.

Esta puerta estaba abierta.

El duque de Orleans se precipitó bajo el vestíbulo y á
 pesar de la resistencia del suizo, que lo creyó loco, se lanzó
 hácia la gran escalera; pero llegado allí, cayó de rodillas
 y sollozando besó el primer escalon.

Hasta entonces comenzó á comprender el suizo, que
 aquel extranjero era á la vez el antiguo y el nuevo propie-
 tario del Palacio.

Luego, como era preciso hablar para saber en medio de
 quienes iba á hallarse, antes de presentarse al rey, cuya
 benevolencia era incierta y cuyo buen recibimiento era du-
 doso, el duque de Orleans comenzó por visitar á sus anti-
 guos amigos, Valence, Macdonald y Beurnonville.

Despues visitó á madama de Genlis.

Se habia informado y habia sabido que madama de Gen-
 lis estaba alojada en el Arsenal por orden del gobierno del
 emperador, el que la daba ademas una pension, por el gus-

de todos los recuerdos de que la Francia debe enorgulle-
 serse. Toca, pues, á esta monarquía, que ha sido la pri-
 mera en unir todas las fuerzas y conciliar todos los votos
 de la revolucion francesa, elevar y honrar sin temor algu-
 no, á la estatua y á la tumba de un héroe popular; porque
 hay una cosa, que no teme compararse con la gloria: esta
 es, la libertad.”



CAPÍTULO XXVI.

Luis XVIII, llamado al trono de Francia, salió de Hart-
 well el 18 de Abril, hizo su entrada en Lóndres el 20, atra-
 vesó el estrecho en un yacht real, desembarcó en Calais y
 se fué directamente á Saint-Onen, donde *concedió* la carta
 constitucional.

El 23 de Abril, el duque de Orleans que habia quedado en
 Palermo, en medio de las disensiones que acababan de agi-
 tar á la Sicilia, ignoraba todavía la abdicacion del empera-
 dor y el advenimiento al trono de Luis XVIII, cuando re-
 pentinamente anunciaron en el puerto, la entrada de un bu-
 que inglés, portador de noticias de Francia. Al momento
 el duque de Orleans corrió al hotel de la Marina donde vi-
 via el embajador. Este tenia el *Monitor* en la mano, y
 presentándosele al príncipe:

—Recibid mi parabien, monseñor, le dijo, Napoleon ha
 caido y los Borbones han vuelto á ocupar el trono de sus
 padres.

Dos horas despues, todos los cañones de Palermo trona-
 ban en honor de este acontecimiento.

El capitán del buque inglés tenia orden de lord Williams
 Bentinck, de ponerse á la disposicion del príncipe, por si
 queria volver á Francia.

El príncipe aceptó sin vacilar y en la mañana siguiente,
 es decir, el 24 de Abril, salió de Palermo acompañado de
 un solo camarista; llegó á Paris en los primeros dias de Ma-
 yo, se apeó de incógnito en un hotel de la calle de Grange-
 Bateliere y al momento, sin tomarse ni el tiempo preciso
 para mudar de vestido, tan poderosa así es la atraccion de
 la casa natal, se encaminó hácia el Palacio Real por la ca-
 lle de Richelieu, y penetró en el jardin; lo recorrió por todas
 partes y atravesando el pátio de las Columnas, se presentó
 en la puerta de la gran escalera.

Esta puerta estaba abierta.

El duque de Orleans se precipitó bajo el vestíbulo y á
 pesar de la resistencia del suizo, que lo creyó loco, se lanzó
 hácia la gran escalera; pero llegado allí, cayó de rodillas
 y sollozando besó el primer escalon.

Hasta entonces comenzó á comprender el suizo, que
 aquel extranjero era á la vez el antiguo y el nuevo propie-
 tario del Palacio.

Luego, como era preciso hablar para saber en medio de
 quienes iba á hallarse, antes de presentarse al rey, cuya
 benevolencia era incierta y cuyo buen recibimiento era du-
 doso, el duque de Orleans comenzó por visitar á sus anti-
 guos amigos, Valence, Macdonald y Beurnonville.

Despues visitó á madama de Genlis.

Se habia informado y habia sabido que madama de Gen-
 lis estaba alojada en el Arsenal por orden del gobierno del
 emperador, el que la daba ademas una pension, por el gus-

to que tenía, según se dice, en comunicarse por escrito directamente con ella.

Sobre qué trataba esta correspondencia, es lo que no podremos decir. Era *demasiado secreta* para que se haya podido publicar.

—¡Ah! ¡sois vos! exclamó madama de Genlis, cuando vió á su antiguo discípulo, *espero que al fin ya no volveréis á pensar en ser rey.*

El duque respondió con un gesto ambiguo, que no era ni afirmativo ni negativo.

El duque de Orleans permaneció cerca de una hora en compañía de aquella á quien tantas veces había llamado *su verdadera madre y su única amiga*; pero contra quien, sin embargo de esto, guardaba algún rencor por aquella famosa carta que madama escribió en 1796.

Al día siguiente, el duque de Orleans fué á las Tullerías. Luis XVIII no creía en el fondo de su corazón, en la sinceridad de su primo, pero sus principios políticos en este punto, eran los de Fox:—Rehusad todo á vuestros amigos, concededlo todo á vuestros enemigos.

En consecuencia, recibió muy bien al duque de Orleans.

—Hace veinticinco años, le dijo, erais teniente general; no ha cambiado nada, lo sois todavía.

—Señor, respondió el duque, de hoy en adelante, solo con ese uniforme me presentaré ante V. M.

Además, el 15 del siguiente Mayo, el rey le volvió el título de coronel general de los húsares, cuyo título había tenido su padre y le confirió la cruz de San Luis con todo el ceremonial de la orden, es decir, con juramento y abrazo; y en fin, le hizo otro favor muy importante: le volvió, además de sus rentas, los bienes de su padre, aun aquellos que, habiendo sido enagenados por él, habían salido de su casa para entrar en los dominios *del Estado*, el cual habiendo pagado sus deudas, había quedado de legítimo propietario.

Estos primeros cuidados, consagrados á su posición polí-

tica que trataba de reconquistar y á su fortuna que era preciso fundar de nuevo, ocuparon al príncipe desde el mes de Mayo hasta el de Julio, en cuya época se embarcó con M. Athain y con M. de Saint-Aldegonde, para ir á Palermo á unirse con sus familias, que los aguardaban allí con impaciencia.

Con este objeto, el gobierno había puesto á su disposición el buque *la Ciudad de Marsella*.

En el mes de Setiembre estaba ya de vuelta en el Palacio Real.

Si la liberalidad de Luis XVIII había vuelto al duque de Orleans todos sus bienes, aun aquellos á que no tenía derecho, se concibe perfectamente que el rey no tuvo dificultad alguna en poner en posesión á la duquesa viuda de la inmensa fortuna de su padre el duque de Penthièvre, cuya fortuna había sido confiscada por el gobierno revolucionario y ascendía á cerca de cien millones, tanto en bienes raíces como en palacios, parques y castillos.

El 25 de Octubre, la duquesa de Orleans dió á luz un segundo hijo, que recibió en la fuente bautismal los nombres de Luis—Carlos—Felipe—Rafael de Orleans, duque de Nemours.

Aunque era yo muy joven en esa época, me acuerdo todavía de la admiración que causó á todos el restablecimiento sucesivo de todos aquellos usos del antiguo régimen que hacia veintidos años se había olvidado. Se establecieron desde luego, la bandera y la cuerda blanca, color desconocido para toda la nueva generación de veinte á treinta años. Instituyéronse los domingos, los días de fiesta y *los de media fiesta*, en cuyos días se cerraban las tiendas y los establecimientos; la ceremonia del voto de Luis XVIII, la misa espiatoria del 21 de Enero; y hubo amenazas mas graves aun que las que hasta entonces se habían hecho, por algunas palabras imprudentes dichas á propósito

de la venta de los bienes de los emigrados, cuya validez se trataba de poner en duda.

Resucitó, en fin, un mal estar general esparcido en la sociedad, que conocia que estaba rota toda comunicacion simpática entre ella y aquella corte gótica que no tenia sonrisas, empleos ni favores mas que para aquellos que habian servido contra la Francia ó concurrido á su abatimiento; apareció, en fin, al cabo de tres meses apenas, una division muy marcada entre las opiniones, las que se dividian en cuatro partidos: el partido ultra, el partido bonapartista, el partido constitucional y el partido republicano.

El duque de Orleans comprendió al instante el papel que debia ejecutar, y se alistó entre los constitucionales.

“La manera con que el señor duque de Orleans preguntó por mí á mi hijo á quien habia conocido en los Estados-Unidos, dice La Fayette en sus Memorias, me impuso el deber de ir á su casa; me manifestó allí su gratitud por este paso, haciendo alusion sin duda á mis antiguas disensiones con sus antepasados; habló de nuestros tiempos de proscripción, de la semejanza de nuestras opiniones, de la consideracion que me tenia y todo esto en términos muy superiores á las preocupaciones de su familia, para no reconocer en él, al único de los Borbones compatible con una constitucion liberal.”

Tal vez las palabras que el duque de Orleans dejó caer ese dia, fueron las primeras semillas que hicieron germinar en 1830 *la mejor de las repúblicas.*

CAPÍTULO XXVII.

ENTRETANTO la restauracion proseguia con encarnizamiento la obra fatal de su propio esterminio, y se trataba nada menos que de un S. Bartolomé Napoleónico en el que debia desaparecer toda la oposicion imperial, mas ¿habia probabilidad y aun posibilidad de lograr semejante proyecto? ¡Ah! no era esta la cuestion; llegan á verse entre las naciones, épocas de descontento en que se dá asenso á todo lo que pueda aumentarlo y mientras los rumores son mas absurdos, mas se acrecienta, y si son imposibles mas se populariza.

Así es que el de S. Bartolomé se generalizó; pero como muy bien se comprende, ciento cincuenta mil veteranos que quedaron en los cuadros del nuevo ejército, ó volvieron á entrar en sus hogares, no se dejan ni aun de chanza degollar tan fácilmente. Un partido opuesto se organiza y los oficiales amenazados en realidad ó en apariencia, comenzaron á reunirse para ponerse de acuerdo.

El gobierno determinó disolver estas reuniones.

En consecuencia, prohibió á todos los oficiales desde subalternos hasta generales, permanecer en Paris sin previa autorizacion, ordenando que los que no fuesen de la capital, retornasen á sus provincias.

Tan estraña era la orden que cada uno se vió aturdido. Paris, este gran centro de la civilizacion, esta nueva Tebas

con sus cien puertas abiertas para sus cien departamentos, iba á constituirse en una ciudad privilegiada permitida á unos y prohibida á otros; así es que desde este momento se animaban recíprocamente á la desobediencia. La oficialidad reflexionando en semejante orden y en el medio sueldo que era su sola fortuna, renunció este, y muerta de hambre pero libre, permaneció en Paris para burlarse del gobierno.

Un ejemplar acaeció en estos momentos.

Una carta escrita por el general Excelmans al rey de Nápoles en que lo felicitaba por la conservación de su trono, cayó en las manos de la policía del mariscal Soult, antiguo compañero de Murat y cuya gran fortuna habia envidiado diez años, y este incidente puso al general Excelmans fuera de servicio y desterrado á sesenta leguas de Paris; pero apoyándose este en el principio de que el ministerio de la guerra no tenia ningun dominio sobre los militares retirados, se quedó tranquilo en su casa.

Se le mandó arrestar; mas el general amenazó con levantar la tapa de los sesos al primero que le tocase; é intimidados con esta resolución salió erguido sin que nadie se le opusiese.

Estos sucesos pasaban en el mes de Diciembre de 1814.

Una real orden datada en el mes de Diciembre consiguió al general Excelmans al consejo de guerra de la 16.ª division militar, situada en Lille, acusándolo:

Primero: de haber mantenido correspondencia con el enemigo Joaquin Murat, no estando reconocido rey de Nápoles por los franceses.

Segundo: de haber cometido un acto de espionaje escribiendo á Nápoles.

Tercero: de haber escrito espresiones ofensivas hácia la persona y autoridad del rey.

Cuarto: de haber desobedecido las órdenes dictadas por el ministro de la guerra; y

Quinto: de haber violado, en fin, su juramento como caballero de S. Luis.

El 14 de Enero de 1815, el general Excelmans se constituyó prisionero en la ciudadela de Lille.

El 23 del mismo mes fué exonerado por unanimidad de votos.

Esta exoneracion fué un triunfo, pero en unos momentos aciagos, para el gobierno.

El 15, es decir, ocho dias antes, hubo una especie de tumulto suscitado por la prohibicion del entierro de la señorita Rancourt.

El mismo dia, el general Heudelet, comandante de la décima-octava division militar, habia publicado la orden del dia siguiente, que reasumia las instrucciones dadas á todo el reino.

“Los Ilmos. obispos dictarán todas las medidas necesarias para ofrecer al Altísimo, el 21 de Enero, solemnes rogaciones que demuestren el horror que han concebido todos los verdaderos franceses por el crimen que en igual dia cubrió de duelo á toda la Francia, y como el ejército en todos tiempos ha manifestado su indignacion, se apresurará á reunirse para este acto de piedad nacional.”

De este modo se conseguia:

Con la duda que se versaba sobre los bienes de los emigrados, que se perjudicasen los intereses de los que querian adquirir bienes nacionales.

Con la persecucion de los oficiales ofender á todo el ejército.

Con la negativa de la sepultura atacar á todos los filósofos.

Con las ordenes del 21 de Enero agravar á todos los republicanos.

A la ridiculez se unia la odiosidad. Ciertamente no tenia la culpa Luis XVIII de usar una peluca de alas de pichon y

una coleta de salsifi, de llevar las charreteras sobre un vestido de paisano en lugar de ponérselas sobre una casaca militar, de tener piernas de hipopótamo cubiertas de polainas negras en lugar de tener una pantorrilla bien hecha con buena bota lustrosa, de arrastrarse en una poltrona en lugar de correr á caballo, de pasar las revistas desde lo alto de un balcón en lugar de hacerlo en los campos de batalla; pero el odio que él mismo se habia escitado, calificaba por crímenes todas sus flaquezas y hasta su instruccion era ridiculizada: el comentador de Horacio habia caído en ridículo. Su gula proverbial daba lugar á anécdotas unas veces finas y otras groseras; pero siempre fatales porque hacian nacer la risa donde solo deberia brillar el entusiasmo; en fin, con excepcion de los muy raros é inútiles apoyos de este rey incapaz, no habia un interes ni una opinion pública que no fuese hostil á la restauracion.

Si del rey pasamos á su hermano, de su hermano á sus hijos, de las hombres á las mujeres, en fin, nos convenceremos de que ni una sola persona de las que rodeaban á Luis XVIII era capaz de hacer frente á los malos efectos producidos por el gefe de la raza.

Y era verdad: despues del rey tenemos al conde de Artois, su hermano.

El conde de Artois habia sido jóven de buena presencia y espiritual, segun se decia; pero ninguna de estas circunstancias poseia ya: en cambio se habia hecho devoto, lo que era mas que un crimen en esa época puramente volterriana; era ridículo; sus estúpidas miradas, sus lábios caídos, sus pasos vacilantes, su conversacion insípida, siempre pronta á agotarse, cuando no se trataba de caballos, de fusiles ó de caza, hacian olvidar completamente un cierto rasgo caballeresco, que recordaba como la sombra recuerda al cuerpo, que era el sucesor de Francisco I, y el descendiente de Enrique IV. Además, á los ojos del pueblo tenia una falta imperdonable, pues habia prometido la abolicion de los dere-

hos creunidos, y habia cumplido su palabra sustituyéndolos con las contribuciones indirectas.

Seguia despues el duque de Angulema, corazon honrado, leal y bravo; pero su inteligencia ínfima, carácter simple, organizacion enfermiza, llena de resabios, de manías y torpezas divertian á los mismos cortesanos y con mas razon á aquellos que no tenian motivo alguno para poetizar esta pobre materia que sin el derecho divino que la habia formado tal como era hubiera sido muy poca cosa.

El duque de Berry, todo al contrario de su hermano, era de una naturaleza fuerte, exuberante, rebosando vida y salud y adornada de apreciables cualidades, pero con terribles defectos; verdaderamente era una mezela singular en que se veia la brutalidad del salvaje con la disolucion de la corte; siempre se hallaba entre los oficiales y soldados donde no le faltaban ocasiones á cada instante, de ofender á los unos y de irritar á los otros; cada dia se contaba una nueva anécdota del príncipe y todas ofensivas al ejército; tan pronto arrancaba con sus mismas manos las charreteras á un coronel, como rehusaba una cruz á un antiguo soldado con palabras injuriosas; es cierto que cuando reflexionaba en lo que hacia ó recibia órdenes para reparar sus hechos volvia las charreteras de general en lugar de las de coronel que habia arrancado y daba la cruz que habia rehusado con una gratificacion inesperada; pero en el corazon del ofendido se conservaba la ofensa, y cualquiera que fuese la reparacion no borraba el ultraje.

En cuanto á la duquesa de Angulema, este mártir de 1793 que habia pasado su vida en el luto, en los calabozos y en el destierro, la calumnia mas encarnizada no pudo manchar su conducta. Era una Santa; pero una de aquellas Santas de semblante severo, de voz áspera, y de una devocion rígida que inspiran terror, y cuya virtud es superior á las debilidades de la pobre humanidad.

Quedaban los dos Condé: estos últimos vástagos de una



raza de águilas que se estinguen en ellos con ellos y cuyos recuerdos se limitaban á la emigracion, es decir, á la época en que servian contra la Francia, pasaban su tiempo en probar este enjambre de caballeros que pretendian haber servido bajo sus órdenes. El padre murió de pesadumbre en aquella época y el hijo ya se sabe como murió.



CAPÍTULO XXVIII.

LA posicion era admirable para el duque de Orleans; joven todavía, pues apenas tenia cuarenta y un años, de semblante hermoso, ágil en todos los ejercicios del cuerpo, valiente, espiritual, instruido, capaz de hablar con los hombres de mas talento; casto en su vida conyugal, viviendo en medio de sus cuatro ó cinco hijos, nido encantador de esperanza; y habiendo encontrado medio desde los primeros dias de su llegada, de hacer correr la voz por sus partidarios, de que no solamente no habia servido contra la Francia, sino que hasta habia rehusado todos los ofrecimientos que se le habian hecho con respecto á esto; su popularidad empezaba á arrojar esas poderosas raíces que hicieron de él, el elegido de 1830.

Es verdad que aquellos que le hubiesen examinado con el espíritu de críticos, habrian encontrado en su valor un sentimiento mas bien físico que moral, en su espíritu

una especie de inundacion que perdía en fondo lo que ganaba en superficie; en su corazón un profundo desden hacia la humanidad y en su inteligencia resoluciones tomadas de antemano contra las cuales no valian nada las reseñas de la historia, de la que conocia las fechas y los hechos, pero de la que ignoraba completamente la filosofía.

Entre la clase media era donde el duque de Orleans estaba mas querido; los financieros, los abogados, los especuladores, los negociantes, los manufactureros, le profesaban una profunda admiracion por su ciencia en economía política, por sus conocimientos industriales, y por sus sutilezas forenses.

Los poetas, los historiadores, los pintores, los escultores, en fin, todas las naturalezas artísticas, experimentaban al contrario hacia él, una repulsion instintiva; conocian que en arquitectura este hombre que debia remover tantas piedras, no era sino un mal albañil; que en pintura, escultura y en poesía, tenia sentimientos vulgares y no sentimientos elevados; en fin, no lo amaban los historiadores, porque él tenia multitud de razones para no amarlos á ellos.

Sea de esto lo que fuere, la habilidad del duque de Orleans, su lenguaje seductor, sus medias palabras sobre la política de la corte; la opinion espresada sobre él, por Alejandro en los salones de madama de Staël (1); la inmensa fortuna de este grande amante de las almas inferiores, todo se reunia para hacer del duque de Orleans á los seis meses de su vuelta á Francia, el gefe de la oposicion y la esperanza de todos los descontentos.

Así es, que desde el mes de Febrero, se formaba una conjuracion en favor del duque de Orleans. ®

Esta conjuracion tenia por gefes:

[1] Véanse las notas justificativas, número 8.

raza de águilas que se estinguen en ellos con ellos y cuyos recuerdos se limitaban á la emigracion, es decir, á la época en que servian contra la Francia, pasaban su tiempo en probar este enjambre de caballeros que pretendian haber servido bajo sus órdenes. El padre murió de pesadumbre en aquella época y el hijo ya se sabe como murió.



CAPÍTULO XXVIII.

LA posicion era admirable para el duque de Orleans; joven todavía, pues apenas tenia cuarenta y un años, de semblante hermoso, ágil en todos los ejercicios del cuerpo, valiente, espiritual, instruido, capaz de hablar con los hombres de mas talento; casto en su vida conyugal, viviendo en medio de sus cuatro ó cinco hijos, nido encantador de esperanza; y habiendo encontrado medio desde los primeros dias de su llegada, de hacer correr la voz por sus partidarios, de que no solamente no habia servido contra la Francia, sino que hasta habia rehusado todos los ofrecimientos que se le habian hecho con respecto á esto; su popularidad empezaba á arrojar esas poderosas raíces que hicieron de él, el elegido de 1830.

Es verdad que aquellos que le hubiesen examinado con el espíritu de críticos, habrian encontrado en su valor un sentimiento mas bien físico que moral, en su espíritu

una especie de inundacion que perdía en fondo lo que ganaba en superficie; en su corazón un profundo desden hacia la humanidad y en su inteligencia resoluciones tomadas de antemano contra las cuales no valian nada las reseñas de la historia, de la que conocia las fechas y los hechos, pero de la que ignoraba completamente la filosofía.

Entre la clase media era donde el duque de Orleans estaba mas querido; los financieros, los abogados, los especuladores, los negociantes, los manufactureros, le profesaban una profunda admiracion por su ciencia en economía política, por sus conocimientos industriales, y por sus sutilezas forenses.

Los poetas, los historiadores, los pintores, los escultores, en fin, todas las naturalezas artísticas, experimentaban al contrario hacia él, una repulsion instintiva; conocian que en arquitectura este hombre que debia remover tantas piedras, no era sino un mal albañil; que en pintura, escultura y en poesía, tenia sentimientos vulgares y no sentimientos elevados; en fin, no lo amaban los historiadores, porque él tenia multitud de razones para no amarlos á ellos.

Sea de esto lo que fuere, la habilidad del duque de Orleans, su lenguaje seductor, sus medias palabras sobre la política de la corte; la opinion espresada sobre él, por Alejandro en los salones de madama de Staël (1); la inmensa fortuna de este grande amante de las almas inferiores, todo se reunia para hacer del duque de Orleans á los seis meses de su vuelta á Francia, el gefe de la oposicion y la esperanza de todos los descontentos.

Así es, que desde el mes de Febrero, se formaba una conjuracion en favor del duque de Orleans. ®

Esta conjuracion tenia por gefes:

[1] Véanse las notas justificativas, número 8.

Al conde Drouet de Eslon, comandante de la division militar de Lille.

Al conde Lefevre Desnonettes, comandante del antiguo regimiento de cazadores de la guardia imperial.

En fin, á los dos hermanos Lallemand, el uno general de artillería, y el otro comandante del departamento del Aisne.

¿Pertenece á esta conjuracion el duque de Orleans, ó se organizaba ella á su pesar? Esto se habria sabido sin duda sin el acontecimiento del 20 de Marzo, porque ese acontecimiento, absorbiendo la atencion de toda la Francia, imposibilitó que se aclarase.

Ademas, ese movimiento se combinó por casualidad, con el movimiento bonapartista.

Solamente Napoleon, á quien se quiso alucinar, no fué engañado.

—Al entrar en Francia, dijo, no es á Luis XVIII á quien he destronado, es al duque de Orleans.

Hé aqui de que manera debia verificarse la conjuracion; era sencilla, casi infantil, y esto es lo que nos haria creer, que el duque de Orleans no estaba en ella.

Los conjurados que, como ya lo hemos dicho, tenian todos un mando militar, debian marchar sobre Paris con sus tropas, apoderarse del rey Luis XVIII, imponerle una constitucion y si rehusaba acordarla, conducirlo fuera del reino y forzar al duque de Orleans á subir al trono.

Ademas de esta conjuracion, habia otras dos:

La que se ocupaba de la vuelta de Napoleon:

Y la que el 1.º de Mayo, es decir, en la apertura de las cámaras, debia manifestarse en el mismo cuerpo legislativo, y que tenia por fin afianzar la seguridad de los intereses materiales salidos de la revolucion, por una declaracion positiva del rey; y en caso de denegacion por la sustitucion de la rama menor á la rama primogénita.

Se ve, pues, que dos de estas conjuraciones habrian podido fácilmente reunirse en una sola, si no fuera por la re-

pugnancia que siempre han tenido en conspirar juntos, los militares y los abogados.

Habia allí un hombre que pertenecia á las tres conjuraciones; era Fouché.

El dia 5 de Marzo, fué cuando el rey supo la noticia del desembarque del emperador: en la noche misma esta noticia comenzó á traspirarse en los salones de madama de Vandemont-Lorraine donde se encontraba Fouché.—Al volver á su casa Fouché, mandó llamar á uno de los dos hermanos Lallemand.

—Caballero, le dijo, la corte tiene sospechas, pero no tiene aun certidumbre; no nos queda un instante que perder para llevar nuestro proyecto á ejecucion: partid inmediatamente y ordenad al general Drouet, á vuestro hermano y á Lefevre Desnonettes que se pongan en camino con sus hombres hácia Paris.

Lallemand partió el 6 de Marzo para Lille.

El 7 se leia en el Monitor la ordenanza siguiente:

“Ordenanza.

“En vista de la relacion de nuestro amado y leal caballero canceller de Francia, el señor Dambray, comendador de nuestras órdenes, hemos ordenado y ordenamos, declarado y declaramos:

“Art. 1.º Se declara á Napoleon Bonaparte traidor y rebelde, por haberse introducido á mano armada en el departamento de Var; se previene á todos los gobernadores, comandantes de fuerza armada, guardias nacionales, autoridades civiles y aun simples ciudadanos, que lo persigan, lo aprehendan y conduzcan incontinenti ante un consejo de guerra que despues de haber conocido la identidad, pronuncie contra él la aplicacion de las penas establecidas por la ley.

“Art. 2.º Serán castigados con las mismas penas y como culpables de los mismos crímenes:

“Los militares y empleados de cualquier grado, que hayan seguido á dicho Bonaparte, á no ser que en el término de ocho dias se pongan á disposicion del gobierno.

“Art. 3º De la misma manera serán castigados y perseguidos como fautores y cómplices de rebelion, todos los administradores civiles y militares, gefes ó empleados, pagadores ó receptores de las rentas públicas, y aun los simples ciudadanos que presten directa ó indirectamente ayuda y asistencia á Bonaparte.

Art. 4º Serán castigados con las mismas penas aquellos que por conversaciones tenidas en lugares ó reuniones públicas, por pasquines fijados ó por escritos impresos, hayan tomado parte ó exitado á los ciudadanos á tomarla en la revolucion ó que se hayan abstenido de combatirla.

“Dado en el Palacio de las Tullerías á 6 de Marzo de 1815, y vigésimo de nuestro reinado.”—Firmado.—Luis.”

Precedia una proclama que anunciaba la reunion de las cámaras y seguía esta línea sencilla que sola proclamaba la verdadera situacion de las cosas:

“Monsieur ha partido esta mañana para volverse á Lyon.”

Es verdad que el diario de la corte añadía en aquel bello estilo á que debía su reputacion.

“Atraido por su negro destino, Bonaparte se ha evadido de la isla de Elba, donde la imprudente magnanimidad de los soberanos aliados, le habian dado una soberanía por precio de la desolacion que habia llevado á sus Estados. Este hombre que, abdicando el poder, no habia jamas abdicado su ambicion y sus fuerzas: este hombre cubierto de sangre, viene al cabo de un año, trascurrido en apariencia en la apatía, á disputar en nombre de la usurpacion y de los asesinatos, la legítima y dulce autoridad de rey de Francia. Algunos procedimientos tenebrosos, algunos movimientos en Italia, escitados por su *ciego* cuñado, han hinchado el orgullo del *cobarde* guerrero de Fon-

tainebléau; él dice quese espone á morir con la muerte de los *héroes*, puede ser que Dios permita que muera con la muerte de los *traidores*: la tierra de Francia lo arroja, él vuelve, quizás la tierra de Francia lo devorará.”

¡Qué desgracia que semejante artículo no esté firmado y que no se pueda hacer participar de la gloria, á un hombre político que sabia de una manera tan hábil hacer uso del epíteto y del antitesis.!

La noticia del desembarco del emperador se supo en Paris el dia 7: el 8, 9 y 10 en toda la Francia, y el 11 llegó á Viena, donde sorprendió al congreso bailando en la casa del príncipe de Metternich: se comprende bien que, á estas palabras, *Napoleon ha dejado la isla de Elba y ha desembarcado en Cannes*, el wals se detuvo.

—Os habia dicho que esto no duraria, dijo el emperador Alejandro, aproximándose á M. de Talleyrand.

—Ya veis, Sire, dijo el emperador de Austria, ¡lo que es haber protegido á los jacobinos de Paris!

—Es verdad, repitió el Czar; pero para reparar mis errores pongo inmediatamente mis ejércitos y mi persona á la disposicion de V. M.

Así es como se resolvió la coalicion de 1815.

A las órdenes de Luis XVIII, á los artículos del Diario de los *Debates*, á las desiciones del congreso de Viena, Napoleon respondió con la proclama siguiente:

AL EJÉRCITO.

“¡Soldados! no hemos sido vencidos: dos hombres de nuestras filas han traicionado á sus laureles, á su príncipe, á su bienhechor. ®

“Aquellos que hemos visto durante veinte y cinco años recorrer la Europa para suscitarnos enemigos, que han pasado su vida en combatir contra nosotros en las filas de ejércitos extranjeros, maldiciendo á nuestra hermosa Francia, ¡pretenden mandar y encadenar nuestras águilas, esos mis-

mos que no han podido jamas resistir sus miradas? ¿Sufrirémos que hereden el fruto de nuestros gloriosos trabajos? ¿que se apoderen de nuestros honores, de nuestros bienes y que calumnien nuestra gloria? Si su reinado dura todo será perdido, aun el recuerdo de nuestras inmortales jornadas. ¿Con qué encarnizamiento las desnaturalizan! Procuran envenenar lo que el mundo admira, y si quedan aun defensores de nuestra gloria, es en medio de esos mismos enemigos que hemos combatido sobre el campo de batalla.

“¡Soldados! en mi destierro he oído vuestra voz, y he llegado hasta vosotros al traves de todos los obstáculos y de todos los peligros.

“Vuestro general llamado al trono por el voto del pueblo y elevado sobre vuestros broqueles, os es devuelto: venid á reuniros con él.

“Arrancad esos colores que la nacion ha proscripto, y que durante veinte y cinco años sirvieron de derrota á los enemigos de la Francia. Enarbolad esa cucarda tricolor que llevabais en nuestras grandes jornadas.

“Debemos olvidar que hemos sido dueños de las naciones, pero no debemos sufrir que ninguno se mezele en nuestros negocios. ¿Quién pretenderia ser nuestro señor? ¿quién tendria el poder de serlo? Tomad otra vez esas águilas que teniais en Ulm, en Austerlitz, en Jéna, en Eyleau, en Friedland, en Tudéla, en Eckmulh, en Essling, en Wagram, en Smolensk, en Moskowa, en Lutzen, en Vurtscheu, en Montmirail. ¿Creeis que ese puñado de franceses, ahora tan arrogantes, pudieran sostener su vista? Volverán de donde vienen, y ahí, si lo quieren, reinarán como pretenden haberlo hecho en el trascurso de diez y nueve años.

“Vuestra clase, vuestros bienes, vuestra gloria, los bienes, la clase y la gloria de vuestros hijos, no tienen mayores enemigos que á esos príncipes que los extranjeros os han impuesto; ellos son los enemigos de nuestra gloria, puesto que la relacion de tantas acciones heroicas que han

ilustrado al pueblo francés, combatiendo en contra de ellos para sustraerse á su yugo, es su condenacion.

“Los veteranos de los ejércitos de Sambrec-y-Meuse, del Rhin, de Italia, de Egipto, de Oeste, del gran ejército, están humillados; sus honrosas cicatrices están infamadas, sus triunfos serian crímenes, nuestros valientes serian rebeldes, si, como pretenden los enemigos del pueblo, los soberanos legítimos estuviesen en medio del enemigo; los honores, las recompensas, su afecion, son para aquellos que han servido contra la patria y contra nosotros.

“¡Soldados! venid á colocaros bajo las banderas de vuestro gefe. Su existencia no se compone sino de la vuestra; sus derechos no son sino aquellos del pueblo y los vuestros; su interes, su honor y su gloria no son otros sino vuestro interes, vuestro honor y vuestra gloria. ¡La victoria marchará á paso de ataque, el águila con los colores nacionales, volará de campanario en campanario, hasta las torres de Nuestra Señora! Entonces podreis lisonjearos de lo que habeis hecho, y sereis los libertadores de la patria.

“En vuestra vejez, rodeados y considerados de vuestros conciudadanos, escucharán con respeto vuestros esclarecidos hechos; y podreis decir con orgullo: “Yo tambien he formado parte de ese gran ejército que ha penetrado dos veces por los muros de Vienne, por los de Berlin, de Madrid, de Moscou, y que ha libertado á Paris de la mancha que la traicion y la presencia del enemigo le han impreso.”

“Honor á esos valientes soldados, gloria de la patria, y ecsecracion eterna á los franceses criminales, en cualquiera clase que la fortuna los haya hecho nacer, que combatieron veinticinco años con el extranjero, para desgarrar el seno de la patria.”—NAPOLEON.”

CAPÍTULO XXIX.

EN la noche del 5, el duque de Orleans, por invitacion del rey, habia ido á las Tullerías. Allí recibió la orden de acompañar al conde de Artois á Lyon; sin embargo, dejó partir solo á Monsieur, pasó todavía el día 6 en Paris, volvió en la noche é insistió por permanecer en las Tullerías cerca del rey, como gefe de su guardia de honor, y solamente partió al otro día por la mañana, por una orden formal que le dió Luis XVIII de reunirse á M. el conde de Artois.

Pero antes de partir preparó todos los conductos á su familia para que pudiese ganar la Inglaterra, en caso de que las cosas se pusieran mal para la causa real.

Se conocen, hecho por hecho, todos los detalles de esa marcha triunfal, que no encontró ningun obstáculo en su camino. Delante de Vizille, Napoleon encontró al 5.º de línea y al 2.º de ingenieros que se le reunieron: entre Vizille y Grenoble, la Bédoyère y su regimiento aumentaron su escolta. En Grenoble, donde solo estuvo de paso, se le presentaron las llaves de la ciudad que rehusó recibir.

El conde de Artois, el duque de Orleans y el duque de Farento, estaban en Lyon, y pasaban revista al cuerpo de ejército que este último acababa de poner á su disposicion. Pero era fácil conocer el espíritu que animaba á las tropas,

el partido que tomarian cuando se encontraran enfrente de aquel que inutilmente se les queria hacer mirar como enemigo.

El 9 Napoleon salió de Grenoble, el 10 durmió en Bourgoin. El mismo día, á las cinco de la tarde, entró á Lyon por el puente de la Guillotière, al mismo tiempo que el duque de Orleans huia por el puente opuesto; este último solo estaba acompañado de un gendarme que le habia permanecido fiel.

En la mañana del día siguiente, un oficial de la casa del rey, aparecia en el balcon de las Tullerías y anunciaba, agitando su sombrero, que S. M. acababa de recibir la noticia oficial de que el duque de Orleans, á la cabeza de 20,000 hombres de la guardia nacional de Lyon, habia atacado á Napoleon en la direccion de Bourgoin, y lo habia derrotado completamente.

En la noche el príncipe llegó á Paris, y los periódicos anunciaron su vuelta.

Al otro día, el duque de Orleans hizo partir á toda su familia para Inglaterra.

Solo madama Adelaida declaró que permanecería con su hermano.

La duquesa viuda de Orleans, estaba decidida á no salir de Paris.

El 16, el duque de Orleans, encargado del mando superior de los Departamentos del Norte, partió para Perona; el 17 llegó á Cambrai y el 18 á Lille.

El 19 á media noche, el rey dejó las Tullerías, llevándose los diamantes de la corona.

Una hora despues el conde de Artois y el duque de Berry tomaban á su turno el camino de Flandes.

El 22 á medio día, el rey llegó á Lille donde lo esperaba el duque de Orleans. El 23 abandonó la ciudad y á su primo, sin dejarle á éste ninguna instruccion.

—¿Qué ordena V. M.? preguntó el duque de Orleans.

—Haced lo que querais, respondió el rey.
El mismo dia el príncipe escribió al mariscal Mortier:

“Lille 23 de Marzo de 1815.

“Acabo de volveros enteramente, mi querido mariscal, el mando que en vuestra compañía habria sido muy dichoso de ejercer en los Departamentos del Norte. Soy muy buen francés, para sacrificar los intereses de la Francia, por las nuevas desgracias que me obligan á dejarla. Parto para sepultarme en el retiro y el olvido. No estando el rey en Francia, yo no puedo transmitir órdenes á su nombre, no me queda más que redimiros de la observancia de todas las órdenes que os habia transmitido, y recomendaros hacer todo lo que vuestro escelente juicio y vuestro patriotismo tan puro os sugieran en favor de los intereses de la Francia, y mas conforme á todos los deberes que tendreis que llenar.

“Adios, mi querido mariscal; mi corazon se oprime escribiéndoos esta palabra. Conservadme vuestra amistad en cualquier lugar á que me conduzca la fortuna, y contad para siempre con la mia. No olvidaré jamas lo que he visto de vos, durante el muy corto tiempo que hemos pasado unidos. Admiro vuestra lealtad y vuestro bello carácter, tanto cuanto os estimo y os amo; y con todo mi corazon, mi querido mariscal, os deseo toda la prosperidad de que sois digno y que espera para vos.—L. F. de Orleans.”

Informado de que la madre del duque de Orleans, habia permanecido en Paris, el emperador que aun tenia en la mano la carta que acabamos de transcribir, declaró que seria tratada con todos los respetos que merecian su edad y su carácter. Despues, como sus bienes habian sido de nuevo confiscados, le señaló una suma anual de trescientos mil francos sobre el tesoro público.

El duque de Orleans se reunió á su familia en Inglaterra, y esperó ahí á Waterloo en su retiro de Twickenhan.

Mas á pesar de que por segunda vez se hubiese desterado, el duque de Orleans tenia sus representantes en Francia.

El 22 de Junio, cuatro dias despues de la batalla, el mariscal Soult daba á Napoleon una relacion donde se leian estas líneas:

“El nombre de Orleans está en boca de todos los generales y gefes: esto me ha parecido de muy grande importancia para diferir por mas tiempo el instruir de ello á V. M., y he suplicado al general Dejean que fuese directamente á daros cuenta, así como de los detalles que él mismo hubiese recogido.”

Tres dias despues una cosa semejante se reveló en la cámara por M. Boulay de la Meurthe.

“Veo, decia, que estamos rodeados de intrigantes y facciosos que quieren declarar el trono vacante, á fin de lograr colocar en él á los Borbones. Nada podrá desviarme de decir la verdad; quiero poner el dedo en la llaga: existe una faccion de Orleans. Si, segun noticias ciertas, sé que esta faccion es puramente realista; que su fin secreto es mantener correspondencias aun en medio de los patriotas. Por lo demas, es dudoso que el duque de Orleans quisiera aceptar la corona; y si aceptaba seria solo para volvérsela á Luis XVIII.”

El emperador que habia dejado el campo de batalla de Waterloo el 18 de Junio á las ocho de la noche, el 21 abdicaba en el castillo de las Tullerías; y el 25 comenzaba en la Malmaison, esa agonía de tres dias, en la cual su mayor dolor debió de ser el dudar, por la primera vez, de su genio.

Es que Napoleon, en esa época, estaba aun él mismo, lejos de comprender la mision en la que Dios le habia empleado sin darle la palabra de la Providencia; mas tarde, en Santa Elena, iniciado en multitud de pormenores de este gran secreto por la soledad, la desgracia y el destierro, entrevió en el horizonte europeo, la obra que habia consuma-

do, y dejó escapar estas palabras proféticas: "Antes de cincuenta años, la Europa será republicana ó cosaca."

Republicana, Sire, en este punto la cuestion está aclarada, porque en el corazon de la Francia, este Prometeo de las naciones, vió el fuego divino, inestinguible, eterno. En tanto que vos estabais clavado en vuestra roca trasatlántica, ella tenía tambien su ocupacion. porque ese triple buitres le roía las entrañas. Solamente con este alimento generoso, los pueblos, nuestros enemigos entonces, y ahora nuestros hermanos, han sentido circular en su sangre un ardor desconocido; y es que han chupado entre nosotros esa médula de leon, que se llama la libertad. ¡No veis ahora, Sire, desde ese Hotel de los Inválidos, donde vuestro hermano os guarda, no veis ardiendo toda la Europa, á la Sicilia haciéndose independiente, á Florencia, Roma, Berlin, Viena, proclamando la república, á la Hungría con los brazos en cruz, clamando venganza á los pueblos en su último suspiro, y aun á la Polonia misma, que no es mas que una fantasma saliendo de su tumba, espectro de lo pasado? Sí, sin duda, la Sicilia ha caido en poder del nieto de Fernando y de Carolina. Sí, sin duda, Florencia ha caido en poder del gran duque y Roma en el del papa. Sí, sin duda, Berlin tiene siempre un rey y Viena un emperador. Sí, sin duda, como el Cristo, la Hungría, herida en los piés, herida en las manos, herida en el costado, ha inclinado sobre el hombro derecho, su cabeza moribunda coronada de espinas. Sí, sin duda, la sombra de la Polonia, como la del antiguo rey de Dinamarca, ha vuelto á ocupar el húmedo lecho del sepulcro sin ser vengada. Pero el gran drama europeo no está aun mas que en su segundo acto. Una vez que los pueblos hayan probado, aunque sea con la punta de los labios, el acre sabor de la independenciam, siempre tendrán sed, y la Francia es la fuente predestinada para verterles un dia con profusion, el brebaje con el cual mueren los pueblos tan alegremente, porque es el brebaje que les da la vida.

Luis Felipe entró en Paris el 29 de Julio de 1815.

CAPÍTULO XXX.

DESPUES de todo lo que habia pasado, despues de haber visto su nombre pronunciado como gefe de partido, Luis Felipe no podia prever nada del recibimiento que le aguardaba en las Tullerías. Se presentó allí atrevidamente y atestiguó al rey toda su indignacion por las calumnias de que era objeto.

Luis XVIII le dejó hablar, y cuando hubo acabado:

—Primo mio, replicó, como sois el mas próximo al trono, despues de Berry, estoy tranquilo, porque espero tanto de vuestro talento como de vuestro buen corazon.

Despues lo confirmó de nuevo en la posesion de su herencia, pero se negó á permitirle el título de Alteza Real, diciendo:

—¡Está muy cerca del trono!

Como indemnizacion, concedió el rey al príncipe, el derecho de ocupar, como los demas miembros de la familia real, un asiento en la cámara de los pares.

¿Era esto un favor ó un lazo? Difícil era, en los tiempos de fiebre en que se encontraban entonces, entrar en la cámara sin tomar un partido; muy pronto se presentó la ocasion al duque de Orleans de enarbolar la bandera bajo la cual queria marchar. En su solicitud al rey, la comision de la cámara de 1815, de esa cámara que debia condenar al

do, y dejó escapar estas palabras proféticas: "Antes de cincuenta años, la Europa será republicana ó cosaca."

Republicana, Sire, en este punto la cuestion está aclarada, porque en el corazon de la Francia, este Prometeo de las naciones, vió el fuego divino, inestinguible, eterno. En tanto que vos estabais clavado en vuestra roca trasatlántica, ella tenía tambien su ocupacion. porque ese triple buitres le roía las entrañas. Solamente con este alimento generoso, los pueblos, nuestros enemigos entonces, y ahora nuestros hermanos, han sentido circular en su sangre un ardor desconocido; y es que han chupado entre nosotros esa médula de leon, que se llama la libertad. ¡No veis ahora, Sire, desde ese Hotel de los Inválidos, donde vuestro hermano os guarda, no veis ardiendo toda la Europa, á la Sicilia haciéndose independiente, á Florencia, Roma, Berlin, Viena, proclamando la república, á la Hungría con los brazos en cruz, clamando venganza á los pueblos en su último suspiro, y aun á la Polonia misma, que no es mas que una fantasma saliendo de su tumba, espectro de lo pasado? Sí, sin duda, la Sicilia ha caido en poder del nieto de Fernando y de Carolina. Sí, sin duda, Florencia ha caido en poder del gran duque y Roma en el del papa. Sí, sin duda, Berlin tiene siempre un rey y Viena un emperador. Sí, sin duda, como el Cristo, la Hungría, herida en los piés, herida en las manos, herida en el costado, ha inclinado sobre el hombro derecho, su cabeza moribunda coronada de espinas. Sí, sin duda, la sombra de la Polonia, como la del antiguo rey de Dinamarca, ha vuelto á ocupar el húmedo lecho del sepulcro sin ser vengada. Pero el gran drama europeo no está aun mas que en su segundo acto. Una vez que los pueblos hayan probado, aunque sea con la punta de los labios, el acre sabor de la independenciam, siempre tendrán sed, y la Francia es la fuente predestinada para verterles un dia con profusion, el brevaie con el cual mueren los pueblos tan alegremente, porque es el brevaie que les da la vida.

Luis Felipe entró en Paris el 29 de Julio de 1815.

CAPÍTULO XXX.

DESPUES de todo lo que habia pasado, despues de haber visto su nombre pronunciado como gefe de partido, Luis Felipe no podia prever nada del recibimiento que le aguardaba en las Tullerías. Se presentó allí atrevidamente y atestiguó al rey toda su indignacion por las calumnias de que era objeto.

Luis XVIII le dejó hablar, y cuando hubo acabado:

—Primo mio, replicó, como sois el mas próximo al trono, despues de Berry, estoy tranquilo, porque espero tanto de vuestro talento como de vuestro buen corazon.

Despues lo confirmó de nuevo en la posesion de su herencia, pero se negó á permitirle el título de Alteza Real, diciendo:

—¡Está muy cerca del trono!

Como indemnizacion, concedió el rey al príncipe, el derecho de ocupar, como los demas miembros de la familia real, un asiento en la cámara de los pares.

¿Era esto un favor ó un lazo? Difícil era, en los tiempos de fiebre en que se encontraban entonces, entrar en la cámara sin tomar un partido; muy pronto se presentó la ocasion al duque de Orleans de enarbolar la bandera bajo la cual queria marchar. En su solicitud al rey, la comision de la cámara de 1815, de esa cámara que debia condenar al

mariscal Ney como culpable, pero salvado por la capitulación de Paris, habia introducido esta frase:

“Sin arrebatarle al trono los beneficios de la clemencia, osaremos recomendarle los derechos de la justicia; osaremos solicitar humildemente de su equidad la retribucion necesaria de recompensas y de penas, y la espurgacion de los males de las administraciones públicas.”

Se comprende que si hubiese sido reaccionaria la mayoría de la cámara, un párrafo semejante no podia pasar desapercibido; la discusion fué viva, todo el partido moderado se inscribió y habló en contra del párrafo que sin embargo iba á pasar á su turno; todas las correcciones propuestas eran rechazadas, cuando el duque de Orleans pidió la palabra.

Todos prestaron atencion, porque se comprendió que era el prospecto de su vida para el porvenir lo que el duque de Orleans iba á lanzar al público.

“Señores, dijo, todo lo que acabo de oír me confirma en la opinion de que conviene proponer á la cámara un partido mas decisivo que las correcciones que le han sido sometidas hasta ahora. Propongo, pues, la supresion total del párrafo; dejemos al rey el cuidado de tomar constitucionalmente las precauciones necesarias para la conservacion del orden público, y no formulemos peticiones cuya malevolencia pondria en manos de los descontentos armas con que turbar la tranquilidad del Estado: nuestra cualidad de jueces eventuales, que son á los que se les recomienda mas justicia que clemencia, nos impone un silencio absoluto; toda enunciacion anterior de opinion, me parece un verdadero prevaricato en el ejercicio de nuestras funciones judiciales, convirtiéndonos á la vez en acusadores y jueces.”

Un largo rumor acogió esta profesion de fé.

No cabia duda: el duque de Orleans estaba alistado entre los constitucionales.

El castigo siguió al instante á la falta: el rey retiró la ór-

den que autorizaba á los príncipes para ocupar un asiento en la cámara de los pares, y el duque de Orleans fué desterrado á Lóndres, donde volvió á encontrar á su familia, á la que no habia aun juzgado á propósito llamar á Francia, como si hubiese previsto que su permanencia no debia ser de grande duracion.

Sin embargo, el príncipe no queria desavenirse irrevocablemente con el rey; y, á penas llegó, lanzó la protesta siguiente:

“¡Franceses!

‘Se me obliga á romper el silencio que me habia impuesto, y pues que se osa mezclar mi nombre á votos culpables y á pérdidas insinuaciones, mi honor me dicta expedir á la faz de la Europa entera, una protesta solemne que me prescriben mis deberes.

“¡Franceses! se os engaña, se os alucina; pero se engañan sobre todo aquellos de entre vosotros que se abroguen el derecho de escojer un *amo*, y que en sus pensamientos ultrajen, por sediciosas esperanzas, á un príncipe *¡el mas fiel súbdito del rey de Francia Luis XVIII!*

“El príncipe *irrevocable* de la legitimidad es ahora la sola garantía de la paz en Francia y en Europa: las revoluciones no han hecho mas que sentir su fuerza y su importancia; consagrado por una liga guerrera y por un congreso pacífico de todos los soberanos, este principio se convertirá en la regla invariable de los reinados y de las sucesiones.

“Sí, ¡franceses! estaria orgulloso en gobernaros, pero solamente *si fuera demasiado desgraciado para que la estincion de una rama ilustre hubiese señalado mi lugar en el trono.* Solamente entonces seria cuando conocerais mis intenciones tal vez muy distantes de las que se me han supuesto y me han querido sugerir.

“¡Franceses! no me dirijo mas que á algunos hombres extraviados; volved en vosotros mismos, y proclamaos fieles

súbditos de Luis XVIII y de sus herederos naturales, con uno de vuestros príncipes y de vuestros conciudadanos.— Luis Felipe, duque de Orleans.”

A pesar de esta profesion de fé, dada por el príncipe desterrado tan explícita como era posible, el príncipe no volvió á Francia sino hasta principios de 1817.

En su ausencia habian pasado graves acontecimientos, continuacion natural de aquellos que se habian verificado antes de su destierro.

Entre los que se habian verificado antes de su destierro, contamos el asesinato del mariscal Brune en Avignon; el asesinato del general Ramel en Tolosa; la ejecucion de la Bédoyère en París y la muerte de Murat en Pizzo.

Entre los que se cumplieron en su ausencia, contamos la ejecucion del mariscal Ney y la de Pablo Didier.

Diremos una palabra solamente sobre esta primera ejecucion; pero sobre la segunda nos estenderemos mas largamente.

El mariscal Ney acusado de traicion y de lesa magestad, fué consignado á la corte de los pares.

Su mujer comprendió desde el primer momento que estaba perdido, y aun antes de que fuese condenado, pensó en implorar su gracia.

En consecuencia, escribió á Inglaterra al duque de Orleans, á fin de que interesase al regente en su suerte. El duque de Orleans escribió con empeño á S. A.; pero la carta fué inútil, y el 7 de Diciembre, á las nueve de la mañana, Ney fué fusilado á algunos pasos del Observatorio.

Al mismo tiempo Luis XVIII hacia par de Francia al príncipe de Hohenlohe, y mariscal al duque de Wellington.

Esto era, á la verdad, llevar demasiado lejos el impudor político.

Se recordará la conspiracion orleanista de los generales Dronet-de-Erlon, Lallemand y Lefevre-Desnonettes: pues bien, esta abortó como lo hemos referido, y se mezcló en

el grande acontecimiento de la vuelta de la isla de Elba; pero caido Napoleon, avanzándose la restauracion de mas en mas en la via fatal de las reacciones, los partidarios del duque de Orleans, recobraron valor y los complots volvieron á comenzar.

CAPÍTULO XXXI.

EN los primeros días del mes de Febrero de 1816 se formó un comité director, que tenia sus sesiones en la calle de Cassette, y que estaba compuesto de siete comisarios, ó mas bien de siete apóstoles viajeros: Pablo Didier era uno de estos comisarios.

Pablo Didier habia nacido en Upie en 1758; tenia, pues, cerca de cincuenta y nueve años en la época á que hemos llegado.

Era un hombre de imaginacion, simpático y valiente: criado por un cura del campo, su educacion habia sido monárquica y religiosa. Sin embargo, la ola revolucionaria lo atrajo en 1788 y 1789; pero se contuvo en el 10 de Agosto, y se arrojó en las filas de aquellos que pretendian que la revolucion habia hecho demasiado, y que no le quedaba mas que hacer sino regularizar la posicion real.

Tambien estaba en Lyon con los realistas, cuando Lyon se insurreccionó; combatió con los sitiados, y cuando la ciu-

súbditos de Luis XVIII y de sus herederos naturales, con uno de vuestros príncipes y de vuestros conciudadanos.— Luis Felipe, duque de Orleans.”

A pesar de esta profesion de fé, dada por el príncipe desterrado tan explícita como era posible, el príncipe no volvió á Francia sino hasta principios de 1817.

En su ausencia habian pasado graves acontecimientos, continuacion natural de aquellos que se habian verificado antes de su destierro.

Entre los que se habian verificado antes de su destierro, contamos el asesinato del mariscal Brune en Avignon; el asesinato del general Ramel en Tolosa; la ejecucion de la Bédoyère en París y la muerte de Murat en Pizzo.

Entre los que se cumplieron en su ausencia, contamos la ejecucion del mariscal Ney y la de Pablo Didier.

Diremos una palabra solamente sobre esta primera ejecucion; pero sobre la segunda nos estenderemos mas largamente.

El mariscal Ney acusado de traicion y de lesa magestad, fué consignado á la corte de los pares.

Su mujer comprendió desde el primer momento que estaba perdido, y aun antes de que fuese condenado, pensó en implorar su gracia.

En consecuencia, escribió á Inglaterra al duque de Orleans, á fin de que interesase al regente en su suerte. El duque de Orleans escribió con empeño á S. A.; pero la carta fué inútil, y el 7 de Diciembre, á las nueve de la mañana, Ney fué fusilado á algunos pasos del Observatorio.

Al mismo tiempo Luis XVIII hacia par de Francia al príncipe de Hohenlohe, y mariscal al duque de Wellington.

Esto era, á la verdad, llevar demasiado lejos el impudor político.

Se recordará la conspiracion orleanista de los generales Dronet-de-Erlon, Lallemand y Lefevre-Desnonettes: pues bien, esta abortó como lo hemos referido, y se mezcló en

el grande acontecimiento de la vuelta de la isla de Elba; pero caido Napoleon, avanzándose la restauracion de mas en mas en la via fatal de las reacciones, los partidarios del duque de Orleans, recobraron valor y los complots volvieron á comenzar.

CAPÍTULO XXXI.

EN los primeros días del mes de Febrero de 1816 se formó un comité director, que tenia sus sesiones en la calle de Cassette, y que estaba compuesto de siete comisarios, ó mas bien de siete apóstoles viajeros: Pablo Didier era uno de estos comisarios.

Pablo Didier habia nacido en Upie en 1758; tenia, pues, cerca de cincuenta y nueve años en la época á que hemos llegado.

Era un hombre de imaginacion, simpático y valiente: criado por un cura del campo, su educacion habia sido monárquica y religiosa. Sin embargo, la ola revolucionaria lo atrajo en 1788 y 1789; pero se contuvo en el 10 de Agosto, y se arrojó en las filas de aquellos que pretendian que la revolucion habia hecho demasiado, y que no le quedaba mas que hacer sino regularizar la posicion real.

Tambien estaba en Lyon con los realistas, cuando Lyon se insurreccionó; combatió con los sitiados, y cuando la ciu-

dad fué tomada despues de sesenta y dos dias de sitio, fué inserito en las sangrientas listas de Dubois Craucé, y de Collet d'Herbois: entonces huyó bajo un nombre supuesto, ganó á Marsella, se unió á los confederados del Mediodía, y de aquí pasó á Suiza y Alemania, donde durante cinco años, fué uno de los hombres mas notables de la pequeña corte del conde de Provenza. El gobierno directorial abrió á Pablo Didier las puertas de la Francia; volvió á Paris y encontró allí á sus camaradas de emigracion, M.M. de Juigné, Dubouchage, du Belloy, de Marieux, de Précontat, de Dreux-Brézé, y fiel á sus antecedentes realistas, publicó en 1790 un folleto anónimo con este titulo: *El espíritu y el voto de los franceses*, y en 1802 otro folleto titulado: *La vuelta á la religion*.

Cambacères, Fouché, y M. de Montalivet, eran á los que Didier veia en esa época mas familiarmente.

Un decreto apareció, instituyendo una escuela de derecho en Grenoble. Didier fué uno de los primeros inscritos en la lista de los profesores; disensiones que habia tenido anteriormente con M. Pal, su colega, lo hicieron renunciar, cuando en 1810, este último fué nombrado director.

De 1810 á 1814, Didier se lanzó en la especulacion; y ya se comprende que un hombre de su carácter no hacia nada sino muy en grande; se metió en negocios gigantescos que tuvieron mal ecsito, y que lo dejaron casi arruinado, cuando la segunda restauracion.

Entre sus especulaciones, habia entrado la de colocar en el trono á Luis Felipe; é iba á partir para Palermo, cuando Napoleon cayó, y el duque de Orleans entró en Francia.

Didier pensó entonces en reclamar del conde de Provenza, hecho rey, el precio de su antiguo realismo; y para dar mas peso aun á sus pretensiones, publicó un tercer folleto, intitulado: *El Espíritu y el Voto de los franceses*, que no era otra cosa sino una segunda edicion revisada y corregida, del que habia publicado quince años antes.

El conde de Provenza se acordó de Didier y le nombró magistrado y caballero de la legion de Honor,

Didier deseaba una silla en la corte de Casacion: la solicitó inutilmente, y descontento de lo que él llamaba la ingratitud de los Borbones, fué uno de los primeros en afiliarse en el partido de Napoleon, cuando dejó éste la isla de Elba y desembarcó en el golfo Juan.

Napoleon cayó tan rapidamente, que no tuvo tiempo de apreciar en su valor á Didier; dejó la Francia sin haber hecho nada por él; y Didier se encontró casi sin recursos á la vuelta de Luis XVIII; tanto mas cuanto que acababa de comprometerse, uniéndose al partido de Napoleon.

Un solo recurso le quedaba á Didier: el partido del duque de Orleans; ademas, unirse á este partido, era para él volver á sus primeros proyectos.

El duque de Orleans, recibió la visita de Didier en el momento de su llegada, en el hotel de la Grange-Batelière, donde se habia bajado, antes de ir al Palacio Real.

En fin, cuando la organizacion del comité director de la calle de Cassette, Pablo Didier, como lo hemos dicho, era uno de los principales agentes de la *Sociedad de la Independencia Nacional*, como elásticamente se llamaba al comité director.

El ministerio Talleyrand habia caido y le habia sucedido, el ministerio Richelieu.

M. de Richelieu habia pasado en su gobierno de la Crimea, todo el tiempo que no habia estado en Francia, de suerte que la Francia, y sobre todo el espíritu francés, eran absolutamente desconocidos á M. de Richelieu, llamado á dirigir el espíritu francés y gobernar á la Francia, como si hubiese nacido en las comarcas lejanas donde habia pasado una parte de su vida.

Sus colegas en el ministerio, eran M. M. Clavet, Cosvete, Dubouchage, Decazes y Vaublanc.

La primera tentativa del Comité director se dirigió á Lyon.

Los conjurados eran:

En alta escala Talleyrand y Fouché.

En la escala media, Pablo Didier, Jacquement, coronel en receso; Lavalette, antiguo recaudador general de los Bajos Alpes; Montain, doctor en medicina; Rosset, fabricante de papel de color; y en fin, los escalones inferiores estaban ocupados por hombres desconocidos, entre los cuales era mirado como un gran personaje un tal Rosa, sargento de la legión del Rhòne.

He aquí el plan de los conjurados:

Algunos celadores de noche destituidos, debían presentarse en el hotel de Ville conduciendo un malhechor. Gracias á esta estratagema se aproximarían sin dificultad al centinela y le desarmarían. Al mismo tiempo, á una señal dada, Rosset debía desembocar de una calle vecina con un centenar de hombres decididos por la causa; estos cien hombres desarmarían el fuerte, arrastrarían los cañones del hotel de Ville á la plaza de Luis el Grande, y con esto se daría la señal de la insurrección.

La ejecución del complot fué fijada para el 21 de Enero, de 1816.

El 19, el general Maríngone, comandante del departamento, recibió dos cartas en que le denunciaban la conspiración.

Simon, Jacquement, Lavalette, Montain, Rosa y Rosset fueron arrestados; Pablo Didier se salvó.

Era la segunda vez que Pablo Didier dejaba fujitivo á Lyon, despues de veinte años; realista, escapando la primera vez de los jacobinos; liberal, escapando segunda vez de los realistas.

Seis meses despues, se consignaron á los acusados á la corte de Assises; Jacquement, Rosa y Simon fueron absueltos. Rosset y Lavalette condenados á diez años, y Montain á cinco años de prision.

Este primer complot habia sido deseubierto por una de esas combinaciones estrañas del destino, que hacen abortar

de repente las empresas mejor concebidas y mas habilmente manejadas.

En el número de los conjurados subalternos, estaba un pobre jóven flaco, pálido, miserable, enfermo del pecho, que habia entrado en la conjuración, y que á fin de poder obrar con mas libertad fué á instalarse en un sexto piso, de un barrio, léjos de aquel que habitaba antes.

En el cuarto vecino al suyo, vivía una niña llamada Paulette, bella, jóven y casta. Había resistido á todas las seducciones de la juventud y del lujo; pero se dejó llevar por la del dolor.

André, que era el nombre del obrero en cuestion, estaba como lo hemos dicho, enfermo del pecho; le oyó la niña jadear al subir, oyó sus suspiros, y le oyó quejarse y toser; por fin supo que era solo, y le ofreció los cuidados de una hermana, que muy pronto se trasformaron en los de una amante.

Una noche, André se habia dormido, mientras que Paulette velaba cerca de él; tocaron á la puerta y se oyeron voces desconocidas. Avergonzada de ser sorprendida tan tarde cerca del lecho de un jóven, Paulette se arrojó en un gabinete contiguo al cuarto de dormir. Siguieron tocando.

André despertó, creyó que Paulette habia entrado en su casa durante que él dormía, y fué á abrir.

Era Didier y otro conjurado.

—Para alejar á los sabuesos de la policia, he dado cita en vuestra casa, dijo, á un enviado del comité de Paris.

André los hizo entrar en su pobre cuarto, y allí, los dos conspiradores, platicando libremente, cambiaron, en palabras, el gobierno de la Francia, arrojaron á Luis XVIII del trono, establecieron en él al duque de Orleans y sustituyendo el calvinismo al catolicismo, reformaron la religion del Estado.

Paulette lo oyó todo, y espantada de lo que habia oido dejó dormirse á su amante; y cuando su respiración era mas igual y parecia estar enteramente dormido, salió, entró á su casa, pidió á Dios de rodillas un consejo, y, atormentada sobre

todo por aquella conjuración contra la religión católica, fué á la mañana siguiente á decirselo todo á su confesor, dejándolo libre para que lo manifestase todo á la autoridad, con tal que salvase la vida y la libertad de André.

El confesor denunció el complot, pero las promesas que le habían hecho respecto de André, no fueron cumplidas. Paulette tuvo el dolor de ver arrestar á su amante denunciado por ella; y los rigores de un cantiverio de seis meses habiendo apresurado el progreso de su enfermedad, dieron á André la muerte en su misma prisión antes de que llegase el juicio.

Paulette, desesperada, le había precedido; murió ocho días antes que él.

Didier habría sido arrestado como los otros, si por dicha suya, el gendarme encargado de arrestarlo, no hubiera pertenecido á la conjuración; le previno por conducto de su ama de llaves; y no se presentó en su casa sino cuando estuvo seguro de no encontrarlo.

Pablo Didier huyó, pues, como hemos dicho, y ganó las fronteras de la Saboya.

Los conjurados no se dieron por derrotados, y se decidió que se irían al fronterizo departamento de Isère: lo que se había frustrado en Lyon debía tener buen éxito en Grenoble.

El prefecto del departamento era el conde de Montleveau, hombre de un valor experimentado y de una integridad reconocida.

El comandante del departamento era el general Donna-dieu, soldado valiente, borbonista de piés á cabeza, aunque catvinista de religión.

Didier pasó tres meses en organizar su insurrección en los diversos puntos del departamento; por primera vez había explorado el terreno y reconocido que, estéril á todo otro nombre, no germinaría allí sino la semilla Napoleónica.

El vulgo creía que se obraba en nombre del emperador, pero Talleyrand, Fouché, y en fin, todos los gefes superiores, sabían que era en provecho del duque de Orleans.

En Quaix, pequeña villa situada al Norte de Grenoble, fué donde estableció su cuartel general, en casa de un oficial del imperio, llamado Brun, y por sobrenombre, El Dromedario, por haber hecho la campaña de Egipto, y haber servido en el cuerpo de caballería organizado por Bonaparte, en donde los dromedarios reemplazaban á los caballos.

La primera reunión tuvo lugar en Buisserate, población corta, á las inmediaciones de Grenoble, en el camino de Lyon; Didier habló con toda la vehemencia de su carácter; pero como en su discurso, ni en su proclama, ni una sola palabra había dicho del emperador ni de Napoleon II:

—¡Qué es lo que ensartais! exclamó Brun, no habláis nada del emperador en vuestra proclama; ¡cuidado! por que yo solo me uniré á vos por Napoleon...

El fruto de esta reunión fué casi nulo, gracias á este incidente.

Sobre todo, en las montañas de Oisans, era donde la insurrección tenía sus mas vivas raíces; dos hombres se habían hecho gefes secundarios despues de Didier: Dussert, antiguo guia del ejército de los Alpes y Durif; ambos habían sido alcaldes, uno de Allemont y el otro de Vaujany, y los dos habían sido destituidos: de aquí nacia su odio.

Seguro de estos dos agentes, Didier bajó por el lado de Lamure.—Lamure, lleno aun de recuerdos entusiastas por Napoleon, que á penas un año antes, con una sola palabra se había hecho de las tropas enviadas de Grenoble para combatirlo. También aquí los reclutas fueron numerosos; la lista de los conjurados se aumentó con los nombres de Drevet, antiguo soldado de la guardia, de Buisson y de su hermano, el uno farmacéutico y el otro comerciante especiero, de Genevois, propietario, de los dos hermanos Gaillot, de Du-

fresne y de Dumoulin, estos dos últimos, oficiales á media paga.

Aquí como en las montañas de Oisans, Pablo Didier dejó dos gefes: Biollet, gefe de batallon retirado, y Pellissier, capitán. Por medio de ellos, en menos de seis semanas, se afiliaron en el complot mas de trescientos oficiales y sargentos.

Una carta falsa de M. de Metternich prometia á Napoleon II el apoyo del Austria. En cuanto á la Inglaterra, decian los gefes, para que se esté tranquila se le hará creer que el movimiento se hace en favor del duque de Orleans.

CAPÍTULO XXXII.

EN esa época se hicieron mil tentativas para afiliar tambien á los estudiantes y profesores de la escuela de derecho de Grenoble. M. Gros, abogado en la corte real de Paris, ha publicado en 1841, una carta dirigida al señor redactor de la *Gaceta del Delfinado*.

Esta carta tiene por título:

DE DIDIER Y DE OTROS CONSPIRADORES BAJO LA
RESTAURACION.

“Estaba estudiando derecho en Grenoble, dice M. Gros, cuando estalló la conspiracion de Didier.

“Fui entonces el objeto de vivas observaciones por parte de los gefes de esta conspiracion que querian asociarme á ella. Joannini, antiguo oficial de gendarmes, se empeñó mas particularmente en que tomase yo parte, pero yo antes de obligarme quise conocer el gefe y el fin de la empresa. Interrogué á Joannini para hacerlo salir de la órbita en que se habia encerrado; me confesó que la conspiracion tenia por objeto *colocar al duque de Orleans en el trono*, y creyendo que la frialdad que le mostraba era por incredulidad, me enseñó una carta donde se designaba al príncipe de tal suerte que era imposible no reconocerlo.

“Un príncipe, seria que desde su primera juventud ha dado bastantes prendas á la libertad, que ha combatido valerosamente en nuestras filas, y cuyas convicciones liberales son tales que no pudiendo abstraerse de manifestarlas le hacen sospechoso á los demas miembros de su familia.

“De edad entonces de veintidos años, continua M. Gros, adicto al emperador, al cual debia mi educacion en un liceo, y mi grado de oficial, rehusé abiertamente tomar parte en un complot donde podria encontrarse interesado alguno de los miembros de esa familia.”

El general Donnadieu, percibia de cuando en cuando algunos vagos rumores de estas reuniones y de estos reclutamientos; entonces se informaba, enviaba agentes por su lado, y poco á poco se convencia de que se tramaba alguna cosa grave en el Departamento, y que no tardaria en estallar. Escribia entonces á Paris, designaba á Didier como gefe del complot; pero se le respondia de Paris, que Didier estaba fuera de Francia y que el Departamento de Isère era el mas tranquilo de los ochenta y seis.

El duque de Berry se casó con la hija del rey de Nápoles; ésta debia desembarcar en Marsella y seguir el camino de Lyon. El 3 de Mayo las tropas de guarnicion en Grenoble y en los alrededores, dejaban sus respectivas residencias

fresne y de Dumoulin, estos dos últimos, oficiales á media paga.

Aquí como en las montañas de Oisans, Pablo Didier dejó dos gefes: Biollet, gefe de batallon retirado, y Pellissier, capitán. Por medio de ellos, en menos de seis semanas, se afiliaron en el complot mas de trescientos oficiales y sargentos.

Una carta falsa de M. de Metternich prometia á Napoleon II el apoyo del Austria. En cuanto á la Inglaterra, decian los gefes, para que se esté tranquila se le hará creer que el movimiento se hace en favor del duque de Orleans.

CAPÍTULO XXXII.

EN esa época se hicieron mil tentativas para afiliar tambien á los estudiantes y profesores de la escuela de derecho de Grenoble. M. Gros, abogado en la corte real de Paris, ha publicado en 1841, una carta dirigida al señor redactor de la *Gaceta del Delfinado*.

Esta carta tiene por título:

DE DIDIER Y DE OTROS CONSPIRADORES BAJO LA
RESTAURACION.

“Estaba estudiando derecho en Grenoble, dice M. Gros, cuando estalló la conspiracion de Didier.

“Fui entonces el objeto de vivas observaciones por parte de los gefes de esta conspiracion que querian asociarme á ella. Joannini, antiguo oficial de gendarmes, se empeñó mas particularmente en que tomase yo parte, pero yo antes de obligarme quise conocer el gefe y el fin de la empresa. Interrogué á Joannini para hacerlo salir de la órbita en que se habia encerrado; me confesó que la conspiracion tenia por objeto *colocar al duque de Orleans en el trono*, y creyendo que la frialdad que le mostraba era por incredulidad, me enseñó una carta donde se designaba al príncipe de tal suerte que era imposible no reconocerlo.

“Un príncipe, seria que desde su primera juventud ha dado bastantes prendas á la libertad, que ha combatido valerosamente en nuestras filas, y cuyas convicciones liberales son tales que no pudiendo abstraerse de manifestarlas le hacen sospechoso á los demas miembros de su familia.

“De edad entonces de veintidos años, continua M. Gros, adicto al emperador, al cual debia mi educacion en un liceo, y mi grado de oficial, rehusé abiertamente tomar parte en un complot donde podria encontrarse interesado alguno de los miembros de esa familia.”

El general Donnadieu, percibia de cuando en cuando algunos vagos rumores de estas reuniones y de estos reclutamientos; entonces se informaba, enviaba agentes por su lado, y poco á poco se convencia de que se tramaba alguna cosa grave en el Departamento, y que no tardaria en estallar. Escribia entonces á Paris, designaba á Didier como gefe del complot; pero se le respondia de Paris, que Didier estaba fuera de Francia y que el Departamento de Isère era el mas tranquilo de los ochenta y seis.

El duque de Berry se casó con la hija del rey de Nápoles; ésta debia desembarcar en Marsella y seguir el camino de Lyon. El 3 de Mayo las tropas de guarnicion en Grenoble y en los alrededores, dejaban sus respectivas residencias

para ir á escalonarse en el camino de San Valero, Viena y Lyon.

Esa misma noche fué la que Didier escogió para la ejecucion del complot.

¡Cosa estraña! al entrar en Francia la duquesa de Berry se la recibia con una conjuracion; y algunos años mas tarde se la experimentaba con un asesinato.

La conjuracion estalló, pero las tropas en lugar de reunirse al partido de los conjurados, permanecieron fieles: se llegaron á las manos; despues de una lucha encarnizada, terrible, desesperada, los conjurados fueron derrotados, y en la misma tarde entraba en Grenoble el coronel Vautré seguido de tres carruajes llenos de prisioneros.

Didier se habia batido á lo desesperado en primera fila, pero conociendo que era perdida la causa que representaba y viendo los dos tercios de su gente muertos ó prisioneros, se escabulló en los bosques de San - Martin de Herès.

La instruccion del proceso comenzó el 6 de Mayo: de estos ciento veinte prisioneros, fueron primero escogidos cuatro, y en la misma tarde tres fueron condenados y uno absuelto.

Los tres condenados eran: Drevet, antiguo soldado imperial, Buisson, comerciante especiero, y David.

Los tres eran de Lamure.

David fué recomendado á la clemencia del rey.

El dia 8 á las cuatro de la tarde estaba levantado el cadalso: la multitud interceptaba todas las avenidas de la plaza de San Andrés, la calle y la plaza de Grenette; las puertas de la prision se abrieron, y se vieron aparecer primero los gendarmes, y despues dos sacerdotes dando cada uno de ellos el brazo á un condenado.

Al aparecer en la claridad, y al encontrarse enfrente de la multitud, Drevet y Buisson gritaron á un tiempo con voz sonora: *¡Viva el emperador!* ¡Creian realmente haber cons-

pirado por él, ó creian que mejor que ninguno otro, este grito despertaria simpatias en la multitud?

La mayor parte de la concurrencia permaneció silenciosa; solamente algunas voces respondieron con el grito de *¡Viva el rey!*

Al pié del cadalso, Drevet y Buisson gritaron de nuevo: *¡Viva el emperador!* Ambos estaban pálidos pero serenos; subieron con calma los escalones del cadalso y murieron como hombres perfectamente convencidos de la justicia de su causa.

La víspera de la ejecucion, el general Donnadieu y el prefecto habian recibido una circular ministerial que ponía al Departamento en estado de sitio, y que legaba un poder discrecional á las autoridades civiles y militares.

El 9 de Mayo la corte prebostal remitió sus poderes á la justicia militar.

El mismo dia de su formacion, el consejo de guerra se reunió, y á las once de la mañana le fueron presentados treinta acusados.

La sesion duró ocho horas, y al cabo de ellas de treinta acusados veintiuno fueron condenados á muerte.

El fallo fué aprobado por unanimidad.

El viernes 19 de Mayo, al fúnebre sonido de la campana de San Andrés, catorce condenados salieron uno á uno de la prision situada al frente de la iglesia; el pueblo agrupado en la plaza los contaba con espanto; catorce sacerdotes los acompañaban.

El acompañamiento se encaminó lentamente hácia la esplanada de la puerta de Francia; esta es un vasto lugar situado al Norte de la ciudad, por un lado bañado por el Isère y por el otro bordeado por un cercado gigantesco de plátanos y de sicomoros.

Era el sitio señalado para la ejecucion.

Los condenados se arrodillaron cerca de un foso en una sola línea; los sacerdotes les hicieron besar por última vez

los crucifijos y se retiraron; las voces militares de mando se oyeron en medio del mas profundo silencio: á la palabra *fuego* estalló una detonacion terrible, y cayeron traspasados todos por cien balas.

Peticiones de indulto, súplicas, pidiendo conmutacion de pena, fueron dirigidas por el general Donnadieu, al rey, en favor de los otros condenados.

El 12 de Mayo de 1816, á las once de la noche, se recibió por respuesta á estas súplicas y peticiones, el siguiente despacho telegráfico:

DESPACHO TELEGRÁFICO DEL 22 DE MAYO
DE 1816.—A LAS CUATRO DE LA TARDE.

Línea telegráfica de Lyon.

“El ministro general de policía, al general Donnadieu, comandante de la sétima division militar.

“Os prevengo, en nombre del rey, que es necesario no acordar gracia ninguna sino á aquellos que hayan revelado cosas importantes; los veintiun condenados deben ejecutarse así como David; el auto del dia 9, relativo á los encubridores, no puede ser ejecutado á la letra; prometed veinte mil francos á los que aprendan ó descubran á Didier.”

Era preciso obedecer.

El despacho habia llegado en la noche del 14 al 15; la ejecucion se fijó para el dia siguiente.

A las cuatro de la tarde del dia 15, Mauricio Miard, niño de 16 años, Juan Bautista Alloard, viejo de 65 Claude, Piot, Bellin, Mary, Hussard y Bard, tomaban el mismo camino que habian seguido sus compañeros, y se arrodillaban en el mismo foso, todavía rojo con la sangre vertida cinco dias antes.

Miard no murió inmediatamente: el pobre niño era tan jóven, que no queria morir; su cabeza se levantó de en medio de los cadáveres, pero una segunda descarga acabó con él.

Al otro dia David murió en el cadalso.

Se recordará que David pertenecía á la primera conjuracion de Buisson y Drevet, y condenado por la corte prebostal, no tenia ya derecho al beneficio de ser fusilado.

La conducta del general Donnadieu, tan calumniada en esa época por los periódicos liberales, que no veian nada en ese profundo y misterioso negocio, fué admirable; no solamente dirigió al ministro de la guerra una carta llena de energia, en la cual protestaba contra esta ejecucion, sino que aun mas todavía; sabiendo que toda esta conjuracion era tramada por el conde Drouet de Erlon, su antiguo compañero de armas, y que el general estaba oculto en Grenoble en la casa de un notario amigo suyo, lo condujo á su casa, y en el momento en que el general se creia perdido, le puso el vestido de uno de sus criados, y lo hizo subir detras del coche de su mujer que de esta manera lo condujo fuera de la ciudad.

Una vez fuera de ella, el general de Erlon, gracias á un salvo conducto que tenia aun del general Donnadieu, pasó la frontera de la Saboya y se salvó.



CAPÍTULO XXXIII.

Cuando fué rey el duque de Orleans, no olvidó los peligros que corrió por él, el conde de Erlon en 1815, en la Fère, y en 1816 en Grenoble: lo hizo Mariscal de Francia.

En cuanto á Didier, oculto durante algun tiempo en las colinas y en los bosques de San-Martín de Hères, comprendió que la retirada era poco segura y pasó, por la riveira izquierda del Ysère, las montañas que se estienden hasta Turin; despues, conducido por pobres aldeanos que en la noche le daban hospitalidad, y en el dia le servian de guia, traspasó la garganta de la Coche, situada entre la Saboya y el valle de Ysère.

Allí, tres de sus compañeros, proscriptos como él, se le reunieron.

Estos eran Dussert, Durif y Cousseux.

Una vez reunidos los tres conjurados pidieron á su gefe una esplicacion sobre esta empresa, á la que los habia arrastrado en nombre del emperador. En efecto, los fugitivos habian adquirido á sus espensas la prueba de que María Luisa no estaba en Eybaies, como se les habia dicho, y de que el conde Bertrand, de quien Didier habia tomado la firma, no habia entrado en el complot.

Entonces Didier confesó que el complot habia tenido por objeto colocar al duque de Orleans en el trono.

—Pero, exclamó Dussert, la Francia no habria querido al duque de Orleans.

—Entonces, respondió, habriamos proclamado la república.

—A fé mia, sí, dijo Dussert, porque Borbon por Borbon, lo mismo vale Luis XVIII.

Desde entonces los tres cómplices de Didier no creyeron deber guardar consecuencias á un hombre que los habia engañado.

El mismo dia Cousseux se separó de él y fué solamente con Dussert y Durif con quienes continuó su viaje.

En la tarde se detuvieron en Saint-Sorlin-d'Arves, pequeña villa de la Maurienne, en la casa de un posadero llamado Balmain.

Didier estaba rendido de fatiga; y como por otra parte sufría horriblemente de una herida que habia recibido, se arrojó sobre un monton de paja trasformado en lecho, y se durmió.

Durif y Dussert permanecieron en pié, calentándose en la chimenea; despues, cuando se aseguraron que Didier dormia, informaron al huesped que clase de hombre habia recibido en su casa, y el precio de su cabeza.

Al otro dia al amanecer, Durif, Dussert y Balmain dejaron la posada.

Didier dormia todavía; por miserable que fuera el lecho en el que estaba acostado, hacia largo tiempo que no encontraba uno semejante.

Cuando despertó no encontró en la posada sino á la mujer de Balmain; la interrogó sobre la desaparicion de Durif y de Dussert; la mujer de Balmain comenzó por tartamudear; y despues, arrastrada por su conciencia, se arrojó á sus piés, diciéndole:

—¡Salvaos! ¡Salvaos! os traicionan.

Todo estaba esplicado en estas pocas palabras; agoviado de fatiga, sufriendo de su herida y sangrándole los piés, Di-

dier se levantó; y con ese valor admirable que no le abandonó un solo segundo, ganó los bosques vecinos; despues, conducido por un cabrero, llegó hasta la garganta de un valle que se abría sobre la Francia.

Aquí las fuerzas le faltaron y cayó en tierra.

Permaneció allí una hora; hora terrible, hora de angustias y de agonía, peor que la que precede á la muerte; porque era la que precedía á la pérdida de toda esperanza; aquella durante la cual el condenado comienza por dudar de los hombres y acaba por dudar de Dios.

En fin, resignado á todo, se volvió á levantar, tomó el camino de Saint Sorlin, y llegó delante de una casa aislada de la pequeña villa de San Juan de Arves.

Fuera de esta casa, sentada sobre un banco, una anciana se calentaba, á los últimos rayos del sol poniente.

Didier se detuvo enfrente de ella y la pidió hospitalidad. La anciana levantó la cabeza.

—¿Sois aquel que ha conspirado contra el rey, y que se busca por todo el pais?

Didier fijó un instante sus penetrantes ojos en las facciones de la anciana, y, al traves de sus arrugas, inútilmente buscó leer sobre su fisonomía, la espresion de la piedad ó del odio. Esta fisonomía no espresaba sino la atonia de la vejez.

Didier estaba en el colmo de la debilidad.

—Y bien, sí, dijo, soy Didier; entregadme á la justicia si quereis; pero antes dadme pan y un lecho, esperaré aquí á los gendarmes.

—¡Entregaros! exclamó la anciana, no señor; no hay mas que un miserable en todo el pais capaz de entregar á su huesped, este miserable ¡es Balmain! entrad.

Didier entró.

Se preparaba á mojar un pedazo de pan en una taza de leche, cuando entró el dueño de la casa; preguntó quién era este huesped desconocido, y Didier le dijo su nombre.

Entonces el hombre tuvo menos valor que la mujer, y dijo á Didier que no podia ocultarlo en su casa; tanto mas cuanto que desde por la mañana la policia piamontesa registraba todas las casas del valle.

Al mismo tiempo llamó á uno de sus hijos.

—Venid, dijo á Didier; este niño va á conducirnos á una troje aislada en medio de los bosques; permaneced allí bien oculto, y todas las noches os llevaremos de comer, hasta que esteis en estado de poder continuar vuestro viaje.

No habia otro partido que tomar; el peligro estaba allí y se aproximaba paso á paso. Didier siguió al niño.

Balmain era quien dirijia á los carabineros piamonteses que registraban las casas: de vuelta con ellos á Saint Sorlin, habia obligado á su mujer á confesarle la huida de Didier y las causas que la motivaron. Furioso de ser un traidor sin recibir el precio de su traicion, se habia puesto él mismo á la cabeza de los investigadores. La noche se aproximaba; el día se habia pasado en pesquisas inútiles, cuando uno de sus hijos, amenazado por él, le contó que cuando volvía de dar pastura á los ganados, habia visto á lo lejos *un á señor* conducido por un niño, dirijirse hácia la troje de los bosques. Esta noticia fué un rayo de luz para Balmain: conocia esta troje aislada: sin duda ninguna, Didier hábia buscado allí un refugio. Balmain se puso en marcha llevando consigo á los carabineros; la noche comenzaba á aparecer; era la hora calmada y solemne en que el silencio que se esparce por toda la naturaleza, parece mas profundo aun en el seno de los grandes bosques. Mas tarde el mismo Balmain ha contado que á esa hora en que el hombre se siente mas débil, como si las tinieblas fuesen á la vez un peligro y una religion, su corazón habia desfallecido un instante al apercibir en la sombra lejana una masa mas opaca; al reconocer la troje en que el desgraciado dormia sin duda bajo el ojo de la Providencia, ese guardian de los proscriptos, sintió desfallecer su corazón, pasó su mano por la frente y se detuvo vacilante.

—¿Y bien, qué teneis, señor posadero, en qué pensais? le preguntó el oficial de los carabineros; ¿os habeis extraviado? ¿no sabeis que camino tomar?

—No, respondió Balmain, vuelto en sí por esta voz, buscaba el medio de rodear esta troje de una manera mas segura; despues, como por instinto, sintiendo la intencion de retardar la hora de la traicion:—creo que seria mejor, añadió, esperar á que saliese la luna.

—No, repitió el oficial, marchemos.

No se podia ya retroceder, Balmain dirijió á los carabineros hácia la troje, la rodeó de soldados, y entró en el interior con el oficial y dos hombres.

Didier estaba acostado sobre la paja y dormía; antes de que despertase era ya prisionero.

Entonces este hombre tan débil, que sufría tanto, y tan desalentado una hora antes, se armó en el mismo instante de toda su enerjía. Se adelantó con la cabeza erguida, y el que para venir se habia arrastrado, fué demasiado vivo para no retardar la marcha de los que lo conducian.

Se le encerró en casa del notario de Saint Sorlin.

De aquí se le condujo á Turin, á donde esperó su extradicion.

Esto se pasaba en el dia 17, es decir, dos dias despues del dia en que fueron fusilados Miart, Piot, Alloart, Belin, Hussart, Bard y Mary; al dia siguiente del que era ejecutado David.

El dia 18, Sert, cuñado de Dussert, se presentó en la prefectura de Grenoble, y presentó un certificado á M. de Montbleveau, del cuartel maestro de carabineros en que constaba que por sus noticias y por las de Balmain el posadero habia sido descubierto Didier.

En consecuencia los veinte mil francos fueron repartidos entre Sert y Balmain.

En cuanto á Durif y á Dussert, por un convenio hecho con anterioridad con Sert, si les salvaba la vida.

Didier entregado á la Francia por el Piamonte, llegó á Grenoble, el dia de la Ascencion á las tres de la tarde, conducido en un coche por un oficial superior de artilleria, un oficial y un sargento de Gendarmes, y paró en el muelle de Ysère, en frente del hotel Belmont, habitado por el general Donnadiou.

Una carta inserta por el general en *la Gaceta de los Tribunales*, en 1840, refiere los detalles de la entrevista en estos términos:

“Despues de haberle hecho servir la comida, estuve dos horas tratando con él, sobre la gran empresa, á la cabeza de la cual se habia colocado.

“Me esplicó como habia partido de Paris, el décimo séptimo de los comisarios enviados para sublevar á la Francia, despues de haber asistido á una reunion de personas muy influentes, donde habia recibido las instrucciones y el dinero necesario para sus operaciones. Una vez ocupado Grenoble, de esta ciudad era de donde debia partir la señal para el movimiento general en toda la Francia. Él habria marchado sobre Lyon, donde se le esperaba al siguiente dia de la ocupacion de Grenoble, con todo el material de artilleria. Me dijo que si no habia tenido buen éxito en su empresa, era por el accidente providencial que me habia hecho conocer al subteniente Aribert; que debia ser arrestado por él á las diez y media en punto; y á las once, dueño de la ciudad ó de los ánimos, dirijido por los habitantes y la tropa estaba seguro del triunfo de su proyecto; que habia asistido la antevíspera del ataque á una inspeccion que yo habia hecho del batallon de Hérault; que estaba allí con un capitán en servicio activo, al cual le calmó su ardor, cierto como estaba, me decia, de salir bien y sobre todo de evitar la efusion de sangre y el desórden, mandando y dirijiendo el movimiento. Me dijo otras muchas cosas sobre sus relaciones en Paris, que no puedo repetir aquí. Conducido de mi casa á la prision, no le volví á ver sino algu-

nos minutos antes de sus últimos momentos en su calabozo, á donde me dirijí para preguntarle si en aquel instante supremo no tenia alguna revelacion que hacer. Le encontré tan calmado como resignado: le hablé del rey, del cual no tenia nada de que quejarse; entonces me dijo lleno de emocion, palabras demasiado memorables, tomando por testigo al juicio eterno, ante el cual iba á aparecer; palabras que, segun sus deseos, me apresuré á poner en conocimiento del rey por un despacho extraordinario que debe existir en los archivos; y que las leyes actuales no me permiten revelar. Me retiré de esta visita lleno de la mas dolorosa emocion y lamentándome de que un carácter tan bello y un valor semejante, hubiesen sido empleados en fines tan deplorables."

El general Donnadieu hizo que condujeran á Didier á su prision, y remitió al rey sus pliegos.

El procedimiento fué corto; Didier no pretendió defender su vida, por otra parte, la última esperiencia que habia adquirido de los hombres lo habia disgustado, y preparado á la muerte.

El sábado 8 á las nueve de la mañana, compareció ante la corte prevostal; la defensa fué una espléndida justificacion de su carácter: ninguno de los altos personajes comprometidos en este negocio fué nombrado por él. Defendido por M. Motte, que en su defensa suplicaba á la corte recomendasen á su cliente á la clemencia del rey, Didier le interrumpió, y desgarrando la hoja de un folleto, escribió sobre un pedazo de papel.

"Doy gracias á mi defensor por sus generosas palabras; pero suplico á la justicia no detenerse: yo no pido nada al rey."

La corte se retiró para deliberar y entró al cabo de una hora para pronunciar la sentencia de muerte.

Didier escuchó su sentencia con esa calma y severidad que desde su arresto no le habian abandonado un solo momento.

La ejecucion debia verificarse el 10 de Junio á las once de la mañana.

A las nueve, el general Donnadieu entró en su prision; queria ver á Didier por última vez, platicar con este hombre, del cual, á pesar suyo, tenia una opinion tan elevada.

Los que quieran tener una idea esacta de esta entrevista, no tienen mas que leer la obra que el general Donnadieu publicó en 1837, con el título de *la Vieja Europa, de los Reyes y de los Pueblos*, y encontrarán testualmente en ella referidas las frases siguientes.

El general Donnadieu, queria obligar á Didier á que confesase; le prometia una prórroga y tal vez el perdon.

Didier se sonrió tristemente.

—Que os confesaré, yo que dentro de una hora ya no existiré! sin embargo, decid al rey que desconfie de los hombres que lo rodean, y que tienen dos juramentos en la boca.

Despues añadió:

—Decid además al rey, que su mayor enemigo está entre su familia.

Dos horas despues, Didier fué prevenido por el ejecutor de que habia llegado el momento de marchar al cadalso.

Se levantó, y en el mismo momento se presentó sin cambiar nada de su traje de mañana.

Estaba vestido con un pantalon azul, con una bata de moleton blanca y tenia cubierta la cabeza con un gorro de noche.

La travesía se hizo á pié: un sacerdote llamado el abate Toscan, marchaba cerca de él; su modo de andar era calmado, sin precipitacion y sin retardo; se habria dicho que se dirijia á una invitacion amistosa al caminar á esta cita de la muerte.

Llegado que fué al pié del cadalso, Didier besó humildemente el crucifijo, hizo seña al sacerdote para que permaneciese á donde estaba, y subió con paso firme las gradas de

la plataforma; llegado arriba, el verdugo quiso tocarlo; pero él lo retiró con un jesto, se tendió sobre la plancha fatal, murmuró algunas palabras, adioses ó súplicas. . . . y un segundo despues ya no existia.

Las once y cuarto daban en la iglesia de San Luis.

En un viaje que hice á Grenoble en 1835, hice que me enseñaran en el cementerio la tumba del condenado de 1816.

Tenia esta simple inscripcion:

PABLO DIDIER.

CAPÍTULO XXXIV.

Las conjuraciones se sucedian rapidamente: puede verse en la admirable obra de Luis Blanc, al cual no se le puede reprochar mas que ser un poco sistemático, la historia del carbonarismo; quizás tengamos un dia la ocasion de escribir con mas estension que con la que podemos hacerlo ahora, la historia de esa época, y añadir algunos documentos nuevos á aquellos que nos da el proscripto del 15 de Mayo y 13 de Junio; en el entretanto nos limitaremos á indicar aquellas conjuraciones.

Despues de la conjuracion de Didier, vino la de Pleignies, Tolleron y Carbonneau, despues la del Alfiler Negro, del Pe-tardo, del coronel Caron, de Berton y de los cuatro sargentos de la Rochela, que fueron ejecutados el mismo dia que se

daba una fiesta en las Tullerías, en los muros de las que se podia leer al dia siguiente este distico.

Dos fiestas dan á Luis por lo que importe,
Ahorcan en la Greve, y bailan en la Corte.

Despues aconteció la conspiracion de Louvel, que salió bien porque no tenia cómplices.

Se encuentra, con objeto de esta conjuracion, que se une á nuestra historia por el cambio que operó en la fortuna del duque de Orleans la muerte del duque de Berry, una estraña anecdota en las *Memorias históricas de la policia*.

Dos ó tres dias antes del asesinato de la plaza Louvois, Luis XVIII, segun el archivero Peuchet, habia enviado á buscar á M. de Decazes, antes de la hora en la cual tenia la costumbre de recibir.

Luego que llegó al palacio fué introducido en el momento delante del rey Luis XVIII, segun dicen las *Memorias* que citamos, y este le dió la órden de bajar á la iglesia subterránea de Sta. Genoveva, y de llevarle cualquiera cosa que fuese, el objeto que encontrara sobre la tumba del cardenal Caprara.

La comision era estraña, pero muchas veces Luis XVIII tenia raros caprichos; mejor que nadie el favorito conocia el humor un poco fantástico del rey; obedecié y llevó al rey un fragmento de alabastro oriental; era lo único que encontró sobre la tumba designada.

Con grande admiracion suya, Luis XVIII, pareció satisfecho.

—Ahora, dijo el rey, despues de haber examinado el fragmento con la mas escrupulosa atencion, enviad á alguno á la Biblioteca, mandad pedir por la persona que envieis, las obras en folio de San Agustin, edición de 1669, y en el tomo VII, entre las páginas 104 y 105, se encontrará una hoja de papel.

De esta hoja es de la que tengo necesidad; sin embargo,

la plataforma; llegado arriba, el verdugo quiso tocarlo; pero él lo retiró con un jesto, se tendió sobre la plancha fatal, murmuró algunas palabras, adioses ó súplicas. . . . y un segundo despues ya no existia.

Las once y cuarto daban en la iglesia de San Luis.

En un viaje que hice á Grenoble en 1835, hice que me enseñaran en el cementerio la tumba del condenado de 1816.

Tenia esta simple inscripcion:

PABLO DIDIER.

CAPÍTULO XXXIV.

Las conjuraciones se sucedian rapidamente: puede verse en la admirable obra de Luis Blanc, al cual no se le puede reprochar mas que ser un poco sistemático, la historia del carbonarismo; quizás tengamos un dia la ocasion de escribir con mas estension que con la que podemos hacerlo ahora, la historia de esa época, y añadir algunos documentos nuevos á aquellos que nos da el proscripto del 15 de Mayo y 13 de Junio; en el entretanto nos limitaremos á indicar aquellas conjuraciones.

Despues de la conjuracion de Didier, vino la de Pleignies, Tolleron y Carbonneau, despues la del Alfiler Negro, del Pe-tardo, del coronel Caron, de Berton y de los cuatro sargentos de la Rochela, que fueron ejecutados el mismo dia que se

daba una fiesta en las Tullerías, en los muros de las que se podia leer al dia siguiente este distico.

Dos fiestas dan á Luis por lo que importe,
Ahorcan en la Greve, y bailan en la Corte.

Despues aconteció la conspiracion de Louvel, que salió bien porque no tenia cómplices.

Se encuentra, con objeto de esta conjuracion, que se une á nuestra historia por el cambio que operó en la fortuna del duque de Orleans la muerte del duque de Berry, una estraña anecdota en las *Memorias históricas de la policia*.

Dos ó tres dias antes del asesinato de la plaza Louvois, Luis XVIII, segun el archivero Peuchet, habia enviado á buscar á M. de Decazes, antes de la hora en la cual tenia la costumbre de recibir.

Luego que llegó al palacio fué introducido en el momento delante del rey Luis XVIII, segun dicen las *Memorias* que citamos, y este le dió la órden de bajar á la iglesia subterránea de Sta. Genoveva, y de llevarle cualquiera cosa que fuese, el objeto que encontrara sobre la tumba del cardenal Caprara.

La comision era estraña, pero muchas veces Luis XVIII tenia raros caprichos; mejor que nadie el favorito conocia el humor un poco fantástico del rey; obedecié y llevó al rey un fragmento de alabastro oriental; era lo único que encontró sobre la tumba designada.

Con grande admiracion suya, Luis XVIII, pareció satisfecho.

—Ahora, dijo el rey, despues de haber examinado el fragmento con la mas escrupulosa atencion, enviad á alguno á la Biblioteca, mandad pedir por la persona que envieis, las obras en folio de San Agustin, edición de 1669, y en el tomo VII, entre las páginas 104 y 105, se encontrará una hoja de papel.

De esta hoja es de la que tengo necesidad; sin embargo,

para mayor seguridad, haced que traigan no la hoja sino el volúmen. El duque Decazes se ofreció á ejecutar esta segunda comision como habia hecho la primera, pero Luis XVIII lo detuvo, diciéndole que los dos mensajes no podian ser llenados por una misma persona.

El ministro se contentó, pues, con enviar á uno de sus secretarios á la Biblioteca Real; un cuarto de hora despues, el volúmen indicado estaba en las manos del rey, que, en efecto, encontraba entre las páginas 104 y 105, la hoja de papel enunciada.

El rey dió gracias á su ministro y lo despidió.

M. Decazes salió. Inmediatamente sacó el rey de una cartera otra hoja de papel llena de caracteres sin orden, y aplicando sobre esta última la que habia encontrado en el libro, pudo entonces, con ayuda de ciertos recortes practicados en la hoja de papel sobrepuesta, leer la frase siguiente:

“Rey, eres traicionado por tu ministro y por el p.... p.... de t... s....; solo yo puedo salvarte.—Mariani.”

Al día siguiente toda la policia perseguia inutilmente al susodicho Mariani.

El Domingo siguiente Luis XVIII encontró en su libro de misa un billete concebido en estos términos:

“Se ha sorprendido lo que escribia, se me anda buscando; apresúrate á verme si quieres evitar grandes desgracias en tu casa. Sabré si quieres recibirme por medio de tres obleas que pegarás interiormente en las barras de la ventana de tu recámara.”

El rey dudó: la señal no fué dada, y la misma noche estalló en Paris esta terrible noticia:

“¡Se ha asesinado al duque de Berry!”

En nuestra profunda conviccion, y en la de todo corazon honrado, el duque de Orleans no tuvo parte alguna en esta sangrienta catástrofe: una amistad profunda, real, una amistad de la que tengo pruebas que daré

en tiempo y lugar oportunos, ligaban á la duquesa de Orleans con su sobrina, la duquesa de Berry.

El duque de Orleans estaba en la ópera la misma noche en que fué asesinado el duque de Berry el 13 de Febrero de 1820; su mujer y su hermana condujeron á la duquesa de Berry á su casa; el duque entró al Palacio Real agoviado de dolor.

Un mes despues, los diarios anunciaban oficialmente el embarazo de madama la duquesa de Berry.

Ahora que las pasiones que agitaban esa época están calmadas, no queda ya ninguna duda, escepto en los malos corazones de la realidad de ese embarazo; pero no fué lo mismo en esa época, y hemos oido decir muy seriamente á hombres formales y desinteresados en la cuestion, que el duque de Burdeos, por sobrenombre Alejandro el hijo de la Europa, era un hijo sustituido.

La estraña maldad de los diarios oficiales que refieren los detalles del parto, no contribuye poco á acreditar lo que decia una cancion muy cantada en su época, y que falsamente se le atribuye á Beranger, llamada *un Tour de Gobelet*.

Puede comprenderse que cualquiera dolor que esperimentase el duque de Orleans viendo cumplirse casi delante de él el asesinato del príncipe, su primo, una vez muerto el príncipe, el duque en la calma de su conciencia, en la inocencia de su corazon, debió naturalmente pensar con alegría, en la situacion en que esta catástrofe le colocaba.

La corona sobre la cual los de Orleans tenian fijos los ojos despues de doscientos años, la corona que no habia podido heredar el regente, no podia ya escaparse, sino al duque de Orleans, que, cuando mas, podia morir antes que el duque de Angulema; al menos á alguno de sus tres hijos.

La noticia del embarazo de la duquesa de Berry, le irritó naturalmente, y vió su parto con incredulidad.

Mas aun: negó la realidad del parto.

Quien hubiera dicho entonces al príncipe que doce años mas tarde, haria de una manera tan cruel, constar en Blaye el tercer parto oficial de esta pobre princesa.

El duque de Orleans, desposeido de la corona y desposeido en su conviccion por una superchería, publicó en el *Morning-Cronicle*, en Noviembre de 1820, la protesta siguiente, que lleva la fecha de 30 de Setiembre del mismo año:

PROTESTA DE S. A. S. MONSEÑOR EL DUQUE DE ORLEANS
EN CONTRA DEL NACIMIENTO DE M. EL DUQUE DE
BURDEOS.

“S. A. S. declara que por la presente, protesta formalmente contra el proceso verbal de fecha 29 de Setiembre último, en cuyo acto pretenden establecer que el niño llamado Carlos-Fernando-Dieudonné, es hijo legítimo de S. A. R. madama la duquesa de Berry.

“El duque de Orleans presentará en tiempo y lugar oportunos los testigos que pueden manifestar el origen del niño y de la madre; producirá todas las notas necesarias para poner de manifiesto que la duquesa de Berry no ha estado jamas en cinta despues de la muerte de su infortunado esposo, y señalará los autores de la maquinacion de que esta débil princesa ha sido instrumento.

“Esperando que llegue un momento favorable para descorrer el velo á toda esta intriga, el duque de Orleans no puede menos de llamar la atencion sobre la escena fantástica que segun el susodicho proceso-verbal, ha sido representada en el pabellon Marsan.

“El *Journal de Paris*, que todo el mundo sabe es un diario confidencial, anunció el 20 de Agosto último, el próximo parto en los términos siguientes:

“Personas que tienen el honor de acercarse á la prince-

sa, nos aseguran que el parto de S. A. R. no tendrá lugar sino del 20 al 28 de Setiembre.

“Cuando llegó el 28 de Setiembre, ¿qué pasaba en los departamentos de la duquesa?

“En la noche del 28 al 29, á las dos de la mañana, todos los de la casa dormian y las luces estaban apagadas: á las dos y media, la princesa llamó, pero inútilmente, á la dama Vathaire, primera camarista; la dama Lemoine, su guarda, estaba ausente, y el señor Deneux partero, se hallaba desnudo.

“Entonces cambió la escena: la dama Bourgois encendió una vela, y todas las personas que llegaron al cuarto de la duquesa vieron un niño que aun no estaba desunido del seno de la madre.

“¿Pero cómo estaba colocado este niño?

“El médico Baron declara que vió al niño colocado sobre la madre y aun no desunido de ella.

“El cirujano Bougon declara que este niño estaba colocado sobre la madre y todavía unido por la cuerda umbilical.

“Estos dos prácticos saben cuan importante es no esplicar mas particularmente como estaba el niño colocado sobre la madre.

“La señora duquesa de Reggio hace la siguiente declaracion:

“Fuí informada inmediatamente que S. A. R. sintió los dolores de parto; en el mismo instante corrí cerca de ella y entrando en la cámara, ví al niño sobre el lecho y todavía no desunido de la madre.

“Es decir: el niño estaba en el lecho, la duquesa en el lecho, y la cuerda umbilical debajo del cobertor.

“Notad lo que observó el señor Deneux, partero: que á las dos y media se le dijo que la duquesa sentia los dolores del parto, que inmediatamente corrió cerca de ella, sin tener tiempo de vestirse enteramente, que la encontró en su lecho y oyó gritar al niño.

“Notad lo que dice la señora de Goulard: que á las dos y media se la informó que la duquesa sentía los dolores del parto, que fué inmediatamente y oyó gritar al niño.

“Notad lo que vió el señor Franque, guarda de corps de Monsieur, que estaba de centinela á la puerta de la cámara de S. A. R., y que fué la primera persona informada del acontecimiento por una dama que le suplicó entrase.

“Notad lo que vió M. Lainé, guardia nacional que estaba de centinela á la puerta del pabellon Marsan: que fué invitado por una dama para subir, subió, fué introducido en la cámara de la duquesa, donde no había mas que el señor Deneux y otra persona, y que al momento en que entró, observó que el reloj marcaba las dos y treinta y cinco minutos.

“Notad lo que vió el médico Baron: que llegó á las dos y treinta y cinco minutos, y el cirujano Bougon que llegó algunos instantes despues.

“Notad lo que vió el mariscal Suchet, que estaba alojado por orden del rey en el pabellon de Flora: que á la primera noticia de que S. A. R. sentía los dolores del parto, se dirigió precipitadamente á su departamento; pero que no llegó sino á las dos y cuarenta y cinco minutos, y que fué llamado para asistir, algunos minutos despues, al corte de la cuerda umbilical.

“Notad lo que debe haber visto el mariscal de Coigny, que estaba alojado en las Tullerías por orden del rey: que fué llamado cuando S. A. R. había dado á luz, que fué precipitadamente á su departamento, pero que llegó despues de verificado el corte de la cuerda.

“Notad en fin, lo que fué visto por todas las personas que fueron introducidas despues de las dos y media hasta el momento del corte de la cuerda umbilical, que se verificó algunos minutos despues de las dos y tres cuartos. ¿Pero dónde estaban los parientes de la princesa durante esta escena, que duró por lo menos veinte minutos? ¿Por

qué, durante un espacio de tiempo tan largo, afectaron abandonaria en manos de personas estrañas, de centinelas y de militares de todas clases? ¿Este abandono afectado no es precisamente la prueba mas completa de un fraude grosero y manifesto? ¿no es evidente que despues de haber arreglado la pieza, se retiraron á las dos y media, y que colocados en un departamento vecino esperaron el momento de entrar en escena y representar los papeles que se habían designado?

“¿Y en efecto, se ha visto jamas cuando una mujer de cualesquiera clase que sea, está en momentos de alumbrar, que durante la noche se apaguen las luces, que las mujeres colocadas cerca de ella se duerman, que la que está encargada de cuidarla mas especialmente se aleje, que su partero esté desvestido y que su familia, habitando bajo del mismo techo, permanezca mas de veinte minutos sin dar señal de vida?

“S. A. R. el duque de Orleans, está convencido de que la nacion francesa y todos los soberanos de la Europa, sentirán las consecuencias de un fraude tan audaz y tan contrario á los principios de la monarquía hereditaria y legítima.

“Hecho en Paris, á 30 de Setiembre de 1820.”

Esta protesta como puede comprenderse, tuvo eco en las Tullerías; el duque de Orleans se presentó allí inmediatamente, la desmintió y protestó contra ella; en 1830, no solamente la confesó, sino que aun la hizo insertar en los diarios oficiales.

CAPÍTULO XXXV.

Sin embargo, la Europa desunida un instante por la Francia, en la cuestion del progreso universal, se ponía al paso y preparaba ó hacia esas revoluciones parciales que debían poco á poco sustituir los gobiernos constitucionales á los gobiernos absolutos; la España, el Portugal, la Sicilia, el Piamonte, la Alemania, estaban en ebullicion; por todos lados los soberanos sentían temblar la tierra y vacilar sus tronos.

De repente despertó la Grecia.

La Francia tenía una necesidad tan grande de apasionarse de una insurreccion cualesquiera que se apasionó de la insurreccion griega.

Entre tanto, se decidió la campaña de España, y el duque de Angulema tomó el mando del ejército que iba á intervenir en ella.

Por lo demas, á medida que la rama mayor se precipitaba en la reaccion, el duque de Orleans aprovechando el camino que se le abría, daba gajes á la opinion liberal; se ligaba mas y mas con Benjamin Constant, Manuel, Laffitte, Stanislas, Girardin, el duque de Alberg y Foy, apoyos del partido liberal.

Yo mismo debí mi entrada en la casa del príncipe, en-

trada que hice bajo el patronato del general Foy, á mi título de hijo de un general republicano.

Ademas, era la época en que cada uno representaba su papel en la famosa comedia de los quince años: se estaba al fin del segundo acto, y los espíritus sagaces podían de antemano preveer el desenlace.

—Cuando sea rey, sé bien que es un sueño, decía un día el duque de Orleans á M. Laffitte, pero en fin, cuando sea rey, ¿qué quereis que haga por vos?

—Me nombrareis vuestro bufon respondió M. Laffitte, el bufon del rey, á fin de que pueda deciros verdades.

—Sois encantador, respondió Luis Felipe.

Y con los ojos cerrados, trataba de asirse de los delicados contornos de esa misteriosa deidad que se llama el porvenir.

Otro dia, medio acostado sobre un canapé del hotel Laffitte, y teniendo cerca al banquero confidente:

—Si alguna vez soy rey, dijo, si suponeis que la ambicion ó el interes personal me ha decidido; tendré el mas profundo pesar. Mi dicha consistiría en que la Francia fuera el país mas libre del mundo; los pueblos, mi querido Laffitte, no aborrecen á los reyes sino porque los reyes los han engañado.

Despues volviéndose hácia Manuel:

—Sin embargo, añadió como dudando de sí mismo, y con esa fina sonrisa que solo á él pertenecía—sin embargo, si me poneis en el trono, sereis muy bestia si no tomáis todas vuestras precauciones agarrotándome lo mas posible.

M. Laffitte tenía reclutas por todos lados para la causa orleanista; un dia que platicaba con Royer Collard y Benjamin Constant, que todavía no estaban reunidos:

—Hablais muy bien, dijo M. Laffitte; pero todo esto no puede acabar sino en favor de M. el duque de Orleans.

—El duque de Orleans, dijo Royer Collard, siempre es céptico y espiritual, ¡caramba! ¿no estais disgustado?

—El duque de Orleans es Borbon, añadió Benjamin Constant con desconfianza.

—¡Ah! sí, murmuró falsamente Laffitte, bien lo sé; pero no se asemeja á los Borbones: esta mañana aun me repetía lo que acababa de decir á Luis XVIII. “Si quereis perderos, yo no estoy obligado á seguiros;” y ademas, añadió el banquero optimista, si es Borbon; ¿no puede hacersele Valois? Thiers dice que esto es posible.

Esta última proposicion explica los pasquines de 4 y 5 de Agosto de 1830, en los que se anunciaba á la poblacion parisiense que el duque de Orleans era Valois y no Borbon.

¡Estranos historiadores los que preferian Henrique III á Luis XVI, Carlos IX á Luis XV, Francisco II á Luis XIV, Henrique II á Luis XIII y Francisco I á Henrique IV!

Pero se creia no haber logrado nada en tanto que no se conquistase á M. de Talleyrand, el cual, como se ha visto en el negocio de Didier, estaba conquistado desde de su caida del ministerio; M. Laffitte encontrándolo un dia en el Palacio Real, le llamó aparte y trató de descubrirle su corazon.

—Ya veis, le dijo, lo que existe va á caer; si en lugar de lo que se va, viene la república, sois perdido; si viene el imperio sois fusilado; no hay mas que el duque de Orleans que pueda servir de salvaguardia. ¿Quereis platicar aquí de este negocio? Ni vos ni yo debemos obrar como subtenientes: para jugar la partida, sé que nos es necesario quinta y catorce. ¡y bien! la tendremos; oficiales, soldados, obreros, todo está pronto, vos, yo y él. Si le habláis es hecho el negocio.

—¿Cómo es eso? veamos.

—¡Oh! es muy sencillo: tres millones, dos regimientos, doce mil obreros al rededor de la cámara, un *viva el duque de Orleans!* vos en una tribuna, yo en la otra; y los de la rama mayor desaparecen

El príncipe, sin responder, miró á Laffitte que continuó:

—Ni una gota de sangre, ni un arresto, ni una tienda cerrada; mañana se trabaja, se pasea como si nada hubiera sucedido: es una revolucion mas dulce que agua de naranja.

—Bien, yo le veré, dijo el príncipe.

M. de Talleyrand vió en efecto á Luis Felipe y platicó con él; pero respecto á esto M. de Talleyrand y Luis Felipe no tenían probablemente nada que decirse hacia mucho tiempo.

Por el momento nada se hizo de lo que deseaba M. Laffitte. M. Sarrans que cuenta la anécdota, pretende que fué por causa de los tres millones que era necesario desembolsar, pero nosotros creemos, que los dos conspiradores juzgaron que todavía no era llegada la hora.

Luis Felipe debió la mayor parte de su fuerza, á lo bien que *supo esperar*.

Entretanto murió Luis XVIII.

La víspera de su muerte, sentado en ese gran sillón que no dejaba ya desde hacia largo tiempo, rodeado de los príncipes de su familia, de los grandes dignatarios del Estado, de sus familiares, llorando y volteándose para ocultar sus lágrimas, hizo que le llamaran al pequeño duque de Burdeos, débil esperanza de esa monarquía tantas veces vacilante á fuerza de terribles golpes.

Dirigiéndose entonces á su hermano:

—Hermano mio, le dijo, me he sostenido entre los partidos como Henrique IV: he hecho mas que de él porque muero en mi lecho en las Tullerías: obrad como yo y llegareis á morir en paz y tranquilamente: os perdono los pesares que me habeis causado como príncipe por la dulce esperanza que hace nacer en mi corazon vuestra futura conducta de rey.

Despues, con una mirada melancólica, y estendiendo la mano sobre la cabeza del hijo de su sobrino:

—Hermano mio, añadió, gobernad bien la corona de este niño.

Al día siguiente estaba muerto.

Luis XVIII había dicho la verdad, su reinado, como el pasaje del Piloto, de Cooper, en los Devis-Gripp, no había sido sino una larga navegacion á través de escollos.

Por lo demas, era el carácter que necesitaba en su situacion.

Cauteloso, disimulado, impotente, falsamente instruido, sin corazon, incapaz, Luis XVIII, en todo el tiempo de su reinado, no tuvo ni una amistad real, ni un movimiento de sensibilidad verdadero, ni un simpático error; sus favoritos el duque de Decazes, madama de Cayla y M. de Avaray, fueron elegidos por egoismo y no por afeccion; proscrito durante veinte y tres años, su orgullo no quiso aceptar esta proscripcion que creyó un reinado *in partibus*. Napoleon al que uegaba, fechando su reinado desde la muerte de Luis XVII, le dió una señal terrible de existencia en el 20 de Marzo de 1814; esta caida en la que sin embargo pudo ver las pocas raíces que habian echado los Borbones en Francia, no fué para él sino una media leccion! si bordeó, como le dijo á su hermano en sus últimas palabras, no fué por inteligencia, sino porque le agradaba mas la línea curva que la recta, el camino de travesía que el camino derecho; las concesiones que otorgó al ministerio Fouché y al ministerio Chateaubriand, mas bien fueron obligadas que voluntarias. Un solo rasgo nos dará á la vez á conocer al hombre y al rey: en su fuga con el duque de Avaray, fuga semejante á la de Varennes: una pobre viuda le dió hospitalidad, arriesgó su cabeza y gastó su último luis por darle de comer; ¿qué recuerdo creéis que guardó de este acontecimiento?

—La comida, decia, era detestable.

Cuando apareció el pequeño volúmen que contiene la relacion de esa fuga fué general el descontento que causó en todos los ánimos.

—Si es del rey, dijo un célebre aristarco de la época, está exento de toda critica, si no es del rey, bien la merece.

No diremos que el que le sucedió había recibido de la naturaleza educacion, porque carecia de ella, sino un carácter enteramente opuesto: era generoso hasta la prodigalidad, religioso hasta el fanatismo, noble y caballero, y terco como todos los espíritus débiles que insisten porque habiendo tenido el trabajo de tomar una resolucion, no quieren tener el fastidio de tomar otra: por lo demas, era buen príncipe, fiel amigo, y se complacia en hacer bien; pero no sabiendo en qué consistia, era lijero, fútil y olvidadizo; lo que hacia resaltar mas la única memoria que tuvo, la memoria del corazon.

No se equivocaba en la idea instintiva que se había formado de la monarquía, estaba convencido de la union que existe entre el altar y el trono, y era devoto ferviente como la mayor parte de los viejos libertinos. Carlos X quiso combatir despues de sesenta años la obra de M. Choiseul: no solamente los jesuitas, arrojados por los parlamentos, fueron tolerados por las cámaras, sino que tambien hizo cuanto pudo para que se les confiase otra vez la educacion de la juventud, y se notó que en todas partes se engrandecian y prosperaban sus establecimientos: en Billan, en Montrange, en Saint-Acheul, en Sainte-Anne d'Auray, en Burdeos; por otra parte, los misioneros se esparcieron por todos los caminos de Francia; cada poblacion tuvo su cruz espiatoria que casi siempre se elevaba en el lugar de algun árbol derribado de la libertad; en fin, el *Miserere*, canto de dolor, surgió del suelo de la Francia, y subió tristemente hácia el cielo.

Los franceses gustan del canto, pero no del de vísperas; el canto llano les parece monótono, y prefieren al *Dies irae*, el *Dieu des bonnes gens*, y al *Kirie eleison*, el *Vieux Soldat*; que le valió su reputacion á Beranger, y su popularidad á Debreaux.

El duque de Orleans, con su mirada penetrante, y su es-

píritu sagaz, conoció que ya que ellos iban á perderse, era necesario, para salir bien, hacer lo contrario de lo que hacian.

Envió sus hijos al colegio de Henrique IV, y no despreció la ocasion de amparar ya que no con su proteccion, al menos con sus simpatias á los enemigos del poder.

Tambien los folletistas de la Restauracion le pagaban al contado el precio de su oposicion.

Oigamos lo que dice Pablo Luis Courrier.

“La juventud crece entre nosotros y ve crecer con ella á los príncipes.

“Digo con ella y yo me entiendo. Nuestros hijos, mas dichosos que nosotros, van á conocer á sus príncipes criados con ellos, y en efecto los conocerán. He aquí ya al hijo mayor del duque de Orleans; sé esto por buena parte y os lo garantizo con mas seguridad que si os lo dijese todas las gacetas; he aquí al duque de Chartres en el colegio de Paris, ¡cosa muy sencilla, direis, si está en edad de estudiar! sencilla, es sin duda, pero nueva para las personas de su clase. No se han visto aun príncipes en el colegio desde que hay colegios y príncipes: es el primero que se haya criado de tal manera, que aproveche el beneficio de la instruccion pública y común; entre tantas novedades nacidas en nuestros dias, esta es de aquellas que al menos deben sorprender: ¡un príncipe estudiar, ir á clase! ¡un príncipe tener camaradas! Los príncipes hasta aquí habian tenido servidores y jamas otra escuela que la de la adversidad, cuyas rudas lecciones eran perdidas frecuentemente. Aislados en toda edad, lejos de toda verdad, ignorando las cosas y sin conocer los hombres, mueren entre los lazos de la etiqueta y del ceremonial, no habiendo visto otra cosa que los falsos colores espuestos delante de ellos; pasan sobre nuestras cabezas, y no nos perciben sino cuando el destino los hace caer. Ahora, conociendo el error que los separa de las naciones, como si la llave de una bóveda, usando de esta compara-

cion, pudiera estar fuera y no tener nada con ella, quieren ver á los hombres, saber lo que ellos saben, y no tener necesidad de las desgracias para instruirse. Tardía resolucion, que, tomada mas prontamente, ¡cuántas faltas les habria evitado, y á nosotros cuántos males! El duque de Chartres en el colegio, educado cristiana y monárquicamente; pero creo que tambien un poco constitucionalmente, habrá aprendido muy pronto lo que para nuestra mengua ignoraban sus abuelos; y no es el latin lo que quiero decir, sino esas sencillas nociones de verdades comunes que la corte callaba á los príncipes, y que los guardarian de errar á espensas nuestras. Nada de *dragonadas* ni de *Saint-Barthélemy* cuando los reyes, criados en medio de sus pueblos, hablen el mismo idioma, y se entiendan con ellos, sin intérpretes ni intermediarios; nada de vanidades, nada de trincheras ni de barricadas. Dado así el ejemplo por el duque de Chartres á los herederos de los tronos, le aprovecharán sin duda. ¡Ejemplo tan feliz como nuevo! ¡Qué de cambios y conmociones en el mundo han sido necesarias para llevar allí á este jóven! Y qué diria el gran rey, el rey Luis el Soberbio, que no pudo sufrir ver confundidos con la nobleza del reino á sus mismos bastardos, ¡tanto así temia envilecer la menor parte de su sangre! ¡Qué diria de este parangon del orgullo monárquico, si viese en las escuelas, con todos los niños de la raza súbdita, á uno de sus sobrinos segundos, sin pajes ni jesuitas, seguir los ejercicios y disputar premios, unas veces vencedor, y otras vencido! Jamas, dicen, favorecido ni adulado de ningun modo, cosa admirable, en el mismo colegio (porque ¿donde no entra la peste de la adulacion?), es creible, si se piensa que la publicidad de los cursos hace difícil la injusticia; que entre sí usan los discípulos de pocas complacencias, que pocos ceden voluntariamente el honor aun no ejercitados en el fingimiento, que por otra parte se llama deferencia á los respetos, á los miramientos, que han producido el horror de la verdad. Aquí al con-

trario, todo se dice, todas las cosas tienen su verdadero nombre, y el mismo nombre para todos; aquí, todo es materia de instrucción, y las mejores lecciones no son las de los maestros. Nada de abate Dubois, nada de Méniers, nadie que diga al príncipe, todo es vuestro, lo podeis todo, es la hora que querais. En una palabra, según la voz pública, se educa allí al duque de Chartres como á todos los niños de su edad; ninguna distinción, ninguna diferencia: los hijos de los banqueros, de los jueces, de los negociantes, no tienen ningunas ventajas sobre él; pero él tendrá muchas, salido de allí, sobre todos los que no hayan recibido su educación: no hay, bien lo sabeis, mejor educación que la de las escuelas públicas, ni peor que la de la corte."

Ciertamente en esa época un elogio semejante no tenía precio, lo sabía bien el hábil discípulo de M^{me} de Genlis, y con tales páginas en la mano era con lo que impugnaba los denuestos que dirigidos á cualquiera otro que no hubiera sido él, habrían tenido una acogida fatal.

Lo que mas perjuicio causaba al duque de Orleans, era su espíritu procesivo, chicanero y parsimonioso.

El duque de Orleans se habia formado un consejo de los mejores abogados de Paris; pero en realidad era él quien aconsejaba á su consejo.

Todas las memorias firmadas por Dupin le fueron inspiradas, y aun frecuentemente redactadas por el príncipe.

En el número de los procesos entablados por el príncipe, habia uno presentado contra el duque de Bassano, que hubiera despopularizado en cualquiera otra posición á la popularidad misma. En 1815, Maret habia recibido de Napoleón con el título de depósitos y salarios, un cierto número de acciones de canales que provenian de la herencia de Orleans. El medio de que se valió Luis Felipe, fué, el de probar que no siendo el gobierno imperial mas que un gobierno *de hecho*, un gobierno ilegítimo, ese gobierno no habia tenido facultad para disponer de aquellas acciones.

El duque de Orleans ganó ante los jueces su proceso, pero lo perdió ante la opinión pública.

Otro proceso mas grave aun se agitaba al mismo tiempo.

Decimos mas grave, porque se litigaba en un tribunal mas elevado que los otros: queremos hablar de las pretensiones de María Stella, de la que hemos dicho algunas palabras al principio de esta historia.

CAPÍTULO XXXVI.

EN 1825, María Stella habia vuelto á Paris con un fallo del tribunal de Faenza, fecha 29 de Mayo de 1824, que establecía de hecho que no era hija del carcelero Chiappani, sino del conde de Joinville.

Esta acusación por falsa y absurda que fuese, inquietó sin embargo al príncipe, al grado que respondió por medio de una memoria á las memorias de la baronesa de Sternberg, *hija de Joinville*. Esta memoria me condujo por la primera vez á la presencia del duque de Orleans.

El señor duque de Orleans despues de haberme acordado, en 1823, por recomendación del señor general Foy, una plaza de doscientos francos en sus oficinas, no se habia ocupado mas de mí; y era cosa muy natural que al cabo de un año de llevar estos apuntes me subiesen el sueldo hasta quinientos francos. Sin embargo, como nada pasaba desa-

trario, todo se dice, todas las cosas tienen su verdadero nombre, y el mismo nombre para todos; aquí, todo es materia de instrucción, y las mejores lecciones no son las de los maestros. Nada de abate Dubois, nada de Méniers, nadie que diga al príncipe, todo es vuestro, lo podeis todo, es la hora que querais. En una palabra, según la voz pública, se educa allí al duque de Chartres como á todos los niños de su edad; ninguna distinción, ninguna diferencia: los hijos de los banqueros, de los jueces, de los negociantes, no tienen ningunas ventajas sobre él; pero él tendrá muchas, salido de allí, sobre todos los que no hayan recibido su educación: no hay, bien lo sabeis, mejor educación que la de las escuelas públicas, ni peor que la de la corte."

Ciertamente en esa época un elogio semejante no tenía precio, lo sabía bien el hábil discípulo de M^{me} de Genlis, y con tales páginas en la mano era con lo que impugnaba los denuestos que dirigidos á cualquiera otro que no hubiera sido él, habrían tenido una acogida fatal.

Lo que mas perjuicio causaba al duque de Orleans, era su espíritu procesivo, chicanero y parsimonioso.

El duque de Orleans se habia formado un consejo de los mejores abogados de Paris; pero en realidad era él quien aconsejaba á su consejo.

Todas las memorias firmadas por Dupin le fueron inspiradas, y aun frecuentemente redactadas por el príncipe.

En el número de los procesos entablados por el príncipe, habia uno presentado contra el duque de Bassano, que hubiera despopularizado en cualquiera otra posición á la popularidad misma. En 1815, Maret habia recibido de Napoleón con el título de depósitos y salarios, un cierto número de acciones de canales que provenian de la herencia de Orleans. El medio de que se valió Luis Felipe, fué, el de probar que no siendo el gobierno imperial mas que un gobierno *de hecho*, un gobierno ilegítimo, ese gobierno no habia tenido facultad para disponer de aquellas acciones.

El duque de Orleans ganó ante los jueces su proceso, pero lo perdió ante la opinión pública.

Otro proceso mas grave aun se agitaba al mismo tiempo.

Decimos mas grave, porque se litigaba en un tribunal mas elevado que los otros: queremos hablar de las pretensiones de María Stella, de la que hemos dicho algunas palabras al principio de esta historia.

CAPÍTULO XXXVI.

EN 1825, María Stella habia vuelto á Paris con un fallo del tribunal de Faenza, fecha 29 de Mayo de 1824, que establecía de hecho que no era hija del carcelero Chiappani, sino del conde de Joinville.

Esta acusación por falsa y absurda que fuese, inquietó sin embargo al príncipe, al grado que respondió por medio de una memoria á las memorias de la baronesa de Sternberg, *hija de Joinville*. Esta memoria me condujo por la primera vez á la presencia del duque de Orleans.

El señor duque de Orleans despues de haberme acordado, en 1823, por recomendación del señor general Foy, una plaza de doscientos francos en sus oficinas, no se habia ocupado mas de mí; y era cosa muy natural que al cabo de un año de llevar estos apuntes me subiesen el sueldo hasta quinientos francos. Sin embargo, como nada pasaba desa-

percibido á aquel espíritu investigador, habia notado entre las relaciones mandadas á su firma, algunas trazadas por una mano nueva y desconocida. La escritura le habia parecido bella, fácil de leer y correcta; habia preguntado el nombre del nuevo escribiente y se le habia dicho que era el protejido del general Foy, hijo del general Alejandro Dumas.

Muchas minutas habian llegado desde entonces á M. Oudard, jefe de nuestra secretaría, con estas palabras de mano del príncipe:

Que se espida por Dumas.

Cuando el duque de Orleans se ocupó de impugnar las memorias de la baronesa de Sternberg, deseó dictar á alguno *las notas*; y como hemos dicho, estas notas eran el verdadero original; deseó, digo, dictar á alguno las notas de las que M. Dupin debía sacar la mas sólida sustancia, la médula mejor de su defensa.

Pidió un escribiente para dictarlas.

Como se conocia la predileccion que tenia por mi escritura, yo fui el comisionado.

Me encontré, pues, por la primera vez frente á frente del príncipe.

En sus relaciones de familia ó de casa, el duque de Orleans no tenia nada de imponente; al contrario, era imposible ser mas alegre, mas afable y de mas gracioso humor: se le habria tomado por un vivo banquero el día en que le habia salido bien una gran especulacion. Fui bien recibido por él, animado con la voz y con los ademanes y como apercibiése que mi mano temblaba un poco, me indicó la mesa, y antes de emplearme en el asunto serio que me valia el honor de este contacto, me indicó una ó dos cartas que poner en limpio y que sellar.

El duque de Orleans tenia algo de profesor: le agradaba demostrar; y habia de establecer aun en sus mas pequeñas cosas, la superioridad que tenia en ellas. Debemos añadir que demostraba bien, y que unia casi siempre el ejemplo al

precepto. El duque de Orleans sabia si no todo, al menos un poco de todo.

Ese día me demostró el modo de doblar los sobres y de poner los sellos.

Si el duque de Orleans tenia la pretension de ser un buen profesor, yo tenia la de ser un excelente discípulo: muy tarde el primer día que me fué dada la leccion, logré mas tarde una gran facilidad para hacer sobres, bien cuadrados, bien ingleses, y sobre todo para los sellos, cosa mas difícil de hacer que lo que se cree, y á la que el duque de Orleans, hombre de orden y de limpieza, daba una gran importancia.

Tambien debo confesar con toda la humildad de mi alma, que fué la única cosa que extrañó de mí cuando llegó á ser rey, y recibió mi dimision.

—¡Cómo! ¿se va? ¿me deja? exclamó; ¡qué desgracia! ¡ponia tan bien los sellos. . . !

Esta fué mi oracion fúnebre. Añadiremos, que durante mas de un año, mi nombre permaneció en los estados de la casa, y que todo me facilitaba el volver á mi destino.

Mi nombre no fué suprimido sino en 1833, época en que publiqué *La Galia y la Francia*.

Volvamos al día en que comencé mi aprendizaje.

El duque de Orleans, muy afable como estaba siempre, comenzó pues á dictarme su memoria.

Era una impugnacion completa y perfectamente lógica, aun al punto de vista chicanero, de todas las aserciones de la baronesa de Sternberg.

Como muy bien puede comprenderse, no acabo de contar todo esto para participar pura y simplemente al público, que he tenido el honor de escribir bajo el dictado del príncipe, sino para contar al lector un hecho característico.

En la respuesta del duque al folleto de María Stella, habia entre las pruebas de legitimidad dadas por él, esta frase:

“Y aun cuando no hubiese mas que esa notable seme-

janza que existe entre el señor duque de Orleans y su augusto abuelo Luis XIV.”

En esa época era mucho menos conocedor en historia que lo que soy ahora; de suerte, que este hecho del duque de Orleans, reclamando á Luis XIV por abuelo suyo, me hizo á pesar mío, levantar vivamente la cabeza.

Se apercibió de mi admiracion, y con una sonrisa acompañada de un ligero fruncimiento de cejas:

—Sí, señor Dumas, me dijo, *de su augusto abuelo Luis XIV.* Aun cuando no descendiese de Luis XIV sino por sus bastardos, es aun, *al menos á mis ojos*, un grande honor para que yo me vanaglorie de él.

Despues de esta respuesta, debe creerse que el duque de Orleans, ignoraba que M. Thiers y M. Laffitte quisiesen hacerlo descender de los Valois.

Las pretensiones de María Stella fueron, escepto en la prision, las mismas que las de Mathurin-Bruno. Se habló un instante, despues dejaron de ocuparse de ello, y se dejó en paz á la baronesa de Sternberg dar alpiste á todos los gorriones libres de las Tullerías, únicos cortesanos de su soledad, y que largo tiempo despues de su muerte, acontecida en 1845, poblaban aun el balcón que se estendia, calle de Rivoli, delante de las ventanas de su departamento.

Volvamos á los acontecimientos políticos de que nos ha separado un instante este golpe de vista arrojado sobre la vida privada.

Muerto Luis XVIII, Carlos X, príncipe caballero, quiso ser consagrado segun los antiguos usos de su raza; á Luis XVIII, príncipe escéptico, le habia sido suficiente la consagracion de quinientas mil bayonetas.

En el mes de Mayo de 1825, fué cuando Carlos X se consagró, y en esta ocasion segun creo, el duque de Orleans recibió el título de A. R., tan ambicionado por él, y tan inútilmente solicitado durante todo el reinado de Luis XVIII.

Casi al mismo tiempo el duque de Orleans recibió una suma de diez y seis millones, que le fué acordada como indemnizacion sobre el millar de los emigrados.

Mucho se habló de este doble favor y de que el duque de Orleans hubiese entrado en posesion de todos sus bienes por la munificencia de Luis XVIII; pero el duque de Orleans dejó que hablasen á su antojo.

La popularidad de Laffitte, de La Fayette, de Foy, de Manuel y de Pablo Luis Courier, salvaba la suya.

El duque de Orleans profesaba una economía que tocaba en avaricia; sin duda las costumbres que vamos á consignar aquí eran costumbres contraidas en el tiempo de su desgracia y en los dias de su destierro. Diremos mas, tal vez para otro que no fuese un príncipe que tiene seis millones de renta, y aun para este mismo príncipe cargado de una numerosa familia, esta economía era una virtud; pero sea lo que fuere, nos acordamos que no era mirada como tal; y que era uno de los defectos que le reprochaban sus enemigos, sin que estos reproches, por acerbos que fuesen, hubiesen jamas podido corregirle.

En casa del duque de Orleans, casi todas las compras se hacian al menudeo; tenia un marchante para la mesa, por ejemplo, que era un tal M. Uginet; se le pagaban doce mil francos por mes, ciento cuarenta y cuatro mil francos por año; y se deducia de esta compra la caza enviada dos veces por semana de las numerosas selvas del duque de Orleans, de la cual se vendia el sobrante á Chevet por el mayordomo.

Todas estas cuentas eran revisadas y anotadas por el duque de Orleans. Un dia, poniéndolas en limpio, encontré esta anotacion de la misma mano del príncipe.

“Cuatro sueldos de leche para madama de Dolomieu.”

La duquesa seguia este ejemplo. M. Oudart, su secretario, revisaba despues de ella todas sus adiciones; muchas de estas adiciones estaban abajo de las memorias de las lavanderas, escritas de la misma letra de María Amelia, y

como la duquesa de Orleans tenia en esa época hijos muy jóvenes, los pormenores de estas memorias de lavanderas probaban victoriosamente que para ser príncipes las AA. RR. de seis meses, no estaban menos sometidos á todas las pequeñas miserias de la humanidad.

Mientras que la duquesa de Orleans hacia la cuenta de los pañales de M. de Montpensier y de las mantillas de la princesa Clementina, el rey arreglaba el gasto de los hijos mayores.

Permítasenos poner á la vista de nuestros lectores un pequeño trabajo del duque de Orleans, caido en nuestras manos el 24 de Febrero de 1849, en el momento en que, por la segunda vez, inclinada la frente y pensativos, visitábamnos las Tullerías, invadidas por el pueblo.

La primera vez fué el 29 de Julio de 1830.

Entre los papeles despedazados, hollados y arrojados al suelo, estaba este pedazo; reconocí la letra del rey, lo levanté y copié las líneas siguientes:

Marzo de 1828.—Nueva tarifa de gastos para la mesa de los príncipes.—La misma para la de los niños.

	f.	c.
Príncipes y preceptores.	5	40
Princesas, Luisa, María y madama de Mallet.	1	40
Princesa Clementina y madama Angelet.	1	50
Duque de Nemours y M. de Lamac, que se les lleva al colegio; más el azúcar pagada aparte	3	00
	0	40
	1	80
	0	40
	1	50
	3	00
	1	80
	0	40

Total por día 18 50

Sin el café pagado aparte.

Mas 10 c. por platillo. : 1 10

Total general. 19 60

Así el desayuno de los dos príncipes y de sus preceptores;

De las princesas Luisa, María y madama de Mallet;

De la princesa Clementina y madama Angelet;

Del duque de Nemours y M. de Lamac; es decir, de once personas, costaba veinte francos, segun el presupuesto del duque de Orleans.

Se creará tal vez que los desgraciados niños, obligados á quedar con apetito en el desayuno, se desquitarían en la comida.

Vamos á verlo:

COMIDA Ó CENA.

	f.	c.
Sopas	2	50
Guisados	4	50
Asado ó crema tostada	6	00
Intermedios	2	50
Plato de postres	1	52
Total	17	00

Pan, café y té como arriba.

Como tal vez podrá dudarse de lo que referimos aquí, invitaremos á nuestros editores á dar un *fac-simile* de tres notas autógrafas que están en nuestro poder.

No obstante esto, preciso es decirlo, el duque de Orleans hacia, sin ostentacion, escelentes cosas; tenia en el Palacio Real tres oficinas de socorros, una dirigida por el Sr. Broval y costeada por el duque; otra dirigida por el Sr. Oudart, cuyos gastos salian del cofre de la reina; y en fin, la tercera dirigida por M. Lamy y que costeaba madama Adelaida.

Estas tres oficinas distribuian de quinientos á seiscientos francos por dia.

He estado mucho tiempo encargado de hacer las listas que debian presentarse al duque de Orleans, y de poner á su vista las peticiones de socorros; ¡pues bien! hay una cosa

que diré en voz alta y és que siempre he obtenido en favor de los pobres todo lo que he pedido sin apoyo ninguno al duque de Orleans; jamas la disminucion de cifras provenian de su parte sino que le eran aconsejadas por los que le rodeaban; se le conocia parsimonioso, y se le hacia la corte lisonjeándole esta debilidad; hay mas, siendo rey, admitida mi dimision, mas de una vez he recurrido á él aun cuando me guardaba rencor por mi separacion, para que socorriese profundos infortunios; jamas ha rechazado mi demanda, y casi al punto que se la presentaba la persona era socorrida.

Un dia le escribí con respecto á una de nuestras mas distinguidas poetisas.

“Sire:

“Madama *** está en la mas profunda miseria, y me encarga ser su intermediario cerca de V. M.; apresuraos á socorrerla. Sire, no encontrareis todos los dias en vuestro camino á semejante musa pidiendoos limosna!

En contestacion recibí mil francos.

Otro dia me diriji á la reina; se trataba de uno de nuestros pianistas mas distinguidos cuyos muebles se iban á vender.

Se dirijió á mí, envié su carta á la reina, escribiendo abajo de la esposicion de sus desgracias, los cuatro versos siguientes, que no tienen mas valor que la intencion que los dictó:

Leed enternecida la súplica ferviente

Que pongo á vuestras plantas, humilde embajador;

Todo en el triste mundo prosigue su corriente,

El imán busca al Norte y la desgracia á vos.

Al dia siguiente recibí quinientos francos.

Nunca tuve inconveniente en hacer esta especie de peti-

ciones, porque jamas pedia nada para mí ni para ninguno de los míos.

Por otra parte, el duque de Orleans, fuese por cálculo ó por simpatía, hacia mucho en favor de las artes: habia recojido y colocado en su biblioteca á Casimiro Delavigne, que habia sido despedido de su oficina; compró el Coracero y el húsar de Géricault, mandó pintar á Vernet no solamente las batallas de Jemmapes y de Valmy, sino tambien las de Champaubert y de Montmirail; se suscribió á los monumentos de Abatucci y de Kléber; hizo colocar á sus expensas en la nave de San Roque, un cuadro de mármol encima de la tumba del viejo Corneille, y en fin, de tiempo en tiempo, les devolvía á los cómicos franceses los cuarenta y cinco mil francos que estaban obligados á pagarle por el arrendamiento de su salon.

Puede verse cuan imparcial soy y con que afan opongo lo bueno á lo malo; es que si bajo el punto de vista histórico he manifestado mis opiniones acerca del rey, no lo he hecho así respecto al hombre, y en consecuencia, puedo decir que escribo para contar y no para probar, AD NARRANDUM, NON AD PROBANDUM.

CAPÍTULO XXXVII.

LA historia de los cinco años que separan el advenimiento al trono de Carlos X de su caída, no es mas que el registro de las faltas del rey y de la habilidad del duque de Orleans.

Cuando decimos las *faltas del rey*, decimos esto á vista de los acontecimientos, pero nuestra convicción personal es que cuando una catástrofe prevista desde largo tiempo, es necesaria á las fines de la Providencia, *las faltas de los reyes*, entran en la categoría de las cosas absolutas, y *estas faltas* deben fatalmente cometerse.

Carlos X empezó con una medida liberal: la abolición de la censura; ¿quién le habia dado este buen consejo, y á que venia la abolición de la censura como primer acto de su reinado? Esto era arrojar una piedra con anticipación en el camino sobre el cual debía volcarse, el 29 de Julio de 1830, la carroza de la consagrada magestad de derecho divino.

La segunda medida adoptada fué el millar de indemnización. Este acto que en lugar de ser anti-liberal, tenia la ventaja de ser á la vez equitativo y justo, porque consagraba la venta de los bienes nacionales y les daba un valor igual al de los otros bienes, fué vivamente atacado por toda la

oposición y comenzó esa lucha encarnizada que tuvo por último resultado la caída de la dinastía de la rama mayor.

¡Cosa rara! la distribución de este millar, enriqueció tal vez mas á los liberales que á los realistas. Al duque de Orleans le tocaban diez y seis millones, al duque de Liancourt tocaba un millon cuatrocientos mil francos, á M. de La Fayette cuatrocientos cincuenta mil seiscientos ochenta y dos francos, á M. Cayetano de la Rochefoucauld cuatrocientos veintiocho mil doscientos seis francos, á M. Thiers trescientos cincuenta y siete mil ochocientos cincuenta francos, y en fin, á M. Carlos Lameth doscientos un mil seiscientos noventa y seis francos.

De aquí resultó la longanimidad que el partido liberal usaba en esta ocasion, respecto al duque de Orleans.

Por lo demas, pronto se presentó una ocasion á la Francia para pronunciarse: el general Foy murió á causa de esas luchas de tribuna que siete años mas tarde debian matar á Lamarque, y dos años despues de Lamarque, á Casimiro Périer.

El convoy fúnebre del general Foy fué magnífico: cien mil hombres acompañaban el féretro; se desuncieron los caballos y los hombres signieron tirando del carro.

El duque de Orleans envió su coche.

Un coche vacío, seis caballos y tres lacayos, son á los ojos del filósofo, un mezquino homenaje ofrecido por un príncipe á un gran ciudadano, pero no fué así á los ojos de la opinión pública: era un gaje dado por el duque de Orleans á la nación.

Así fué como se tomó en la corte; en su primera entrevista con el rey, el duque de Orleans fué interpelado vivamente con respecto á este objeto.

El príncipe se inclinó, y despues con un tono mas firme que el que hasta entonces habia usado:

—Sire, dijo, mi coche ha sido notado porque iba solo.

El general Foy era pobre, Laffitte, amigo suyo, promovió una suscripción nacional en favor del general tribuno, y se inscribió el primero con la suma de cincuenta mil francos.

Esta suma produjo un millon.

A pesar de la amonestacion real, el duque de Orleans se inscribió con diez mil francos.

Era justamente tanto como Casimiro Périer, y cuatro veces menos que Laffitte, pero el valor de la accion no estaba en la cifra de la suma dada, sino en el hecho de la accion misma.

Así es, que desde este momento, los escritores liberales no dudaron ya, y miraron en el duque de Orleans, no solamente su esperanza sino tambien su bandera.

Cauchois Lemaire publicó un folleto titulado: *Carta al señor duque de Orleans*.

“Vamos, príncipe, le dice, un poco de valor; cambiad vuestras armas ducales por la corona cívica, *queda en nuestra monarquía un hermoso lugar que ocupar, aquel que ocuparía La Fayette en una república*, el de primer ciudadano de Francia; vuestro principado no es mas que una canongia cerca de esa magestad moral: el pueblo francés es un gran niño que no desea otra cosa mas que tener un tutor. Sedlo vos, pues, para que no caiga en malas manos, y á fin de que el carro tan mal conducido hasta aquí no llegue á volcarse al fin; por nuestra parte hemos hecho toda clase de esfuerzos; ensayád alguno por la vuestra, y contengamonos unidos en la pendiente del precipicio.”

Pablo Luis Courier, habia tomado un partido mejor: desde 1823 escribia en contestacion á un pretendido corresposal anónimo, que, segun él decia, lo acusaba de un odio sistemático contra los príncipes:

“No sé ni puedo adivinar lo que ha podido haceros creer que yo no amaba al duque de Orleans ni á ninguno de los demas príncipes: seguramente esto está tan lejos de ser cierto, que al contrario, amo á los príncipes y á todo el mundo

en general, particularmente al duque de Orleans (he aquí como os engañabais), porque habiendo nacido príncipe, se digna ser hombre; al menos no he oido decir que engañe á nadie: no tenemos, es verdad, ningun negocio comun, ni pacto, ni contrato; nada me ha prometido, nada me ha jurado ante Dios; pero llegado el caso, me fiaria de él, aunque tenga una mala opinion de mí, como de los demas. Si es preciso fiarse de alguno, ni él ni yo tendríamos, segun creo, ningun inconveniente para avenirnos, y una vez hecho el arreglo, espero que lo cumpliria sin fraude, sin chielana, sin disputa, sin consultar con antiguos vecinos, gentiles hombres y otros, que no me quieren, y aun sin consultar á los jesuitas. He aquí lo que me hace formar de él esta opinion: es de nuestro tiempo, de este siglo, y no del otro; habiendo visto poco, segun creo, de lo que se llama antiguo régimen; ha hecho la guerra con nosotros: de donde se sigue, dicen, que no tiene miedo á las balas; despues, emigrado á pesar suyo, jamas hizo nada contra nosotros, conociendo lo que debia á su patria y que nunca se puede tener razon contra su pais natal. Sabe esto y otras cosas, que no se conocen en la clase que ocupa; su felicidad ha querido que haya descendido, y jóven, vivido como nosotros: de príncipe se ha hecho hombre. En Francia, combatió á nuestros enemigos; fuera de Francia, las ciencias ocupaban su tiempo; de él no ha podido decirse: *Nada ha olvidado: nada ha aprendido*. Los extranjeros le han visto instruirse y no mendigar. No ha suplicado á Pitt ni á Cobourg que desolen nuestros campos, y quemem nuestras poblaciones para vengar sus castillos; á su vuelta no ha instituido misas ni seminarios para dotar conventos á espensas nuestras; pero sábio en su vida y en sus costumbres, nos da un ejemplo de mas efecto que las predicaciones de los misioneros; en una palabra, es un hombre de bien. Yo querria que todos los príncipes se le asemejasen, ninguno de ellos perderia nada y nosotros ganariamos mucho; ó quisiera al menos que fuese el alcalde de la Comuna, esto se en-

tiende si lo pudiera ser sin quitar á nadie; aborrezco las destituciones. Arreglaria muchas cosas, no solamente por la sabiduria con que Dios le ha dotado, sino por esa virtud no menos considerable y tan poco celebrada: por su economia; calidad, si se quiere, vulgar, que la corte aborrece en un príncipe, y que no es objeto de elogios académicos, ni de oraciones fúnebres, pero preciosa para nosotros, para nuestras administraciones, tan hermosa en un alcalde, tan cómo dire?... adivinad, yo, con aquella, le dispensaria de tener otras.

“Cuando me espreso de esta manera, no es porque lo conozca mas que vos, ni tanto puede ser, no habiéndolo visto jamas. No sé mas que lo que se dice, pero el público no es un zote, y puede juzgar á los príncipes, porque viven en público. Esto no es decir que quiero ser su guarda campestre, en caso de que llegue á ser alcalde. No valgo nada para este empleo, ni para ninguno otro cualquiera que sea: soy capaz á lo mas de cultivar mi viña, cuando no estoy en prision. Estaria allí, lo creo, menos frecuentemente; pero no estando seguro de esto mismo, puedo decir que todo cambio en lo alcaldía y sus dependencias, es para mí indiferente; por otra parte, lo que se piensa de él generalmente, habreis podido verlo ó saberlo en estos dias, cuando se presentó en el teatro con su familia. No se le esperaba, la concurrencia, no estando compuesta, preparada, como se acostumbra, para los grandes..... ¡era el público! no habia nada por lo que se pudiera decir que estaba arreglado con anticipacion. La policía no tomó parte en las demostraciones de aprecio que se le hicieron en esta ocasion; si de hecho estaba allí, como puede creerse muy bien, porque en todas partes se encuentra presente é inevitable, no era ciertamente para recibir al duque de Orleans. Entró, y al verle se le aplaudió de todas partes con la voz y con las manos. No sé que se haya sujetado á un juicio á toda la concurrencia, ni se haya trasladado la reunion de la sala de

Saint Martin. Así es que no creo que yo, que lo he elogiado menos de lo que sus hechos merecen, haya sido vuelto á poner en prision por esta causa; pero vos podeis estar mejor instruido de ella.

“De esta manera, contra vuestra opinion, señor mio, estimo al duque de Orleans, pero no soy su amigo como lo creen las gentes; no soy digno de tanto honor; y sin querer examinar lo que se ha dudado algunas veces de si los príncipes tienen ó no amigos; él, ménos príncipe que los otros, podria quizás ser una escepcion. Debo deciros que siempre me he reido de Juan Jacobo Rousseau, filósofo que no pudo sufrir á sus iguales, ni hacerse soportar de ellos; y que en toda su vida no creyó tener por amigos mas que al príncipe de Conti.

“Mucho ménos soy su partidario, ni puedo serlo, porque no tengo partido. Ya no estamos en el tiempo en que cada príncipe tenia el suyo; y jamás seré del partido de nadie. No seguiré á ningun hombre, ni buscaré fortuna en las revoluciones ni en las contra-revoluciones que se hacen en provecho de algunos. ¡Oh! en el pueblo he permanecido por mi eleccion. Solo en mi habria consistido salir de él, como tantos que pensando ennoblecerse de hecho se han perdido mas de lo que creian. Cuando sea necesario elejir segun la ley de Solon, seré del partido del pueblo, de los aldeanos como yo.”

Todo esto era, como puede verse, una preparacion mas que indirecta, de la candidatura del duque de Orleans para el trono de Francia.

Entre tanto, aparecieron las leyes de M. Peyronnet sobre substituciones y derecho de mayoria; y la ley sobre la libertad de la prensa, la una desechada, la otra rechazada por la cámara de los pares. Así, todo faltaba á Carlos X, todo, hasta esa institucion aristocrática creada para sostener al trono, y que en lugar de sostenerlo, lo hacia bambolear, faltando á la mano del rey en el momento en que su mano iba á apoyarse sobre ella.

Por lo demas, todo el mundo se encarnizaba contra esta

monarquía, en la que el toque de Julio iba á sonar el *hahali*; Beranger con sus canciones, Pablo Luis Courier con sus folletos, Couchois Lemaire, con sus cartas; Mery y Barthélemi con sus poemas. Es verdad que de tiempo en tiempo, la monarquía soltaba á sus perros, y de un golpe de pujavante enviaba á Beranger á Santa Pelagia, ó á Magallon á Poissy. Pero entonces se alzaba en todas partes, en los diarios, en los cafés, en las calles, en los teatros, en los corredores públicos, un concierto de burlas, de reproches y de amenazas, que se elevaba como el vapor de la oposición contra los perseguidores, y volvía á caer como una lluvia de popularidad sobre los perseguidos.

Se esperaban con impaciencia las elecciones, los dos partidos conocían que aquí tenían la lucha real y la verdadera victoria.

La fortuna estuvo de parte de los liberales.

La alegría de la clase media fué ruidosa, la cólera del trono, contenida con pena, no esperaba sino una ocasión para estallar; las iluminaciones de la calle de Saint Denis le suministraron un pretexto: el joven Lallemand pereció en esta *dragonada*. Todo París parecía llevar luto por un joven desconocido, y gritaba venganza sobre su tumba.

La mayoría era conocida de antemano; era constitucional. Los Sres. de Villèle, de Corbière y de Peyronnet se retiraron ante esta mayoría.

Los tres fueron nombrados pares de Francia.

El ministerio Martignac sucedió al ministerio Villèle.

La primera palabra que Carlos X dijo á su nuevo ministro fué esta.

“El sistema del M. de Villèle es el mio”

Era una orden dada al Sr. de Martignac de continuar en la misma vía que su predecesor.

Sin duda prometió obediencia á los deseos del rey. Pero apenas pudo Martignac, quiso conciliarlo todo, haciendo concesiones al partido liberal.

Estas concesiones fueron: una ley sobre la prensa periódica, la esclusión del ministerio del partido congregante de M. de Frayssinous, reemplazado por el abate Feutrier, y la sustitución del monopolio financiero por el monopolio político.

La popularidad de M. de Martignac, iba tan en creciente, que espantó á Carlos X; á quien pareció que su ministro había hecho demasiado por el poder legislativo, y exigió de él que hiciese algo en favor del poder ejecutivo.

M. de Martignac presentó dos proyectos de ley: uno sobre la organización comunal, otro sobre la organización departamental; pero estos dos proyectos fueron bombas en la mano del ministro que le hicieron caer subitamente.

Esto era lo que deseaba el rey: tenía ya libertad para arreglar su ministerio segun sus ideas; y podía, además, recompensar á un antiguo partidario, al príncipe de Polignac.

Un grito de desaprobación saludó á los tres nombres de Polignac, la Bourdonnaie y Baurmont.

El diario de los *Debates* atacó á este ministerio con una vehemencia, que no acostumbraba: así es que se creyó adivinar de donde venía el ataque.

“¡Coblentz, Waterloo, 1815! esclamaba, ¡He ahí los tres príncipes, he ahí los tres personajes del ministerio! acabad con él, pues no tenemos que esperar mas que humillaciones, desgracias y peligros.”

CAPÍTULO XXXVIII.

EN el intervalo que separaba la creacion de este ministerio de la apertura de las cámaras, se operó una recomposicion ministerial á consecuencia de algunas disensiones respecto á la presidencia del consejo: M. de la Bourdonnaie hizo su dimision, y fué reemplazado en el ministerio del interior por M. de Montbel, mientras que M. Guernon de Ranville entraba al de instruccion pública.

La cámara se abrió el 2 de Marzo de 1830.

El rey se presentó en la asamblea decidido á dar un golpe de Estado.

En el momento en que ponía el pié sobre el primer escalon del trono, su pié se enredó en el tapete de terciopelo que lo cubria, dió un paso falso y le faltó poco para caer.

Su gorra cayó.

El duque de Orleans se precipitó á levantarla y la volvió al rey.

Yo asistia á esta escena. Me volví hácia mi vecino, M. de B....

—Antes de un año, querido mio, le dije, sucederá otro tanto con la corona; solamente que en lugar de volversela á Cárlos X, el duque de Orleans la guardará para sí.

Todos recuerdan el famoso mensaje de los *Doscientos veintiuno*, en el cual se leia este párrafo:

“La carta cree que la union de las miras políticas de vuestro gobierno, con los votos de vuestro pueblo, es una condicion indispensable para la marcha regular de los negocios públicos.

“Sire, nuestra lealtad y nuestro rendimiento, nos obligan á deciros que esta union no existe.

Era una declaracion de guerra en toda regla.

—No sufriré que se ensucie mi corona en el cieno, esclamó Cárlos X al leer el mensaje.

La cámara fué disuelta.

Iba pues á aplicarse ese famoso artículo 14 que Luis XVIII habia colocado en la Carta como un puñal de misericordia, pero del que no habia querido servirse.

En ese artículo 14, era donde reposaba toda la esperanza del rey y de M. de Polignac.

Así es, que cuando se llamó á M. de Peyronnet al ministerio:

—Pensad, le dijo M. de Polignac, que queremos aplicar el artículo 14.

—Es tambien mi opinion, dijo M. de Peyronnet.

Todo iba bien, puesto que se estaba de acuerdo.

En efecto, en apariencia todo estaba muy bueno: el rey acababa de hacer un viaje á Alsace, y aparte de la circunstancia de haberse detenido el rey en Varennes para mudar caballos, justamente en el mismo lugar donde habia sido tan fatalmente interrumpido el viaje de Luis XVI, todo lo demas habia pasado perfectamente.

Tambien es verdad que en Nancy, en el momento en que la familia real habia aparecido en el balcon de la prefectura para saludar al pueblo, se dejaron oír muchos silvidos; pero como hace un autor el dia de la primera representacion de su obra, el rey no habia creido que se los dirijian á

él. La Delfina, menos ciega, habia cerrado con violencia su ventana, y habia entrado desconsolada á sus departamentos.

Pero el interior no inquietaba al rey, que creia marchar con el voto de la mayoría de la Francia, y no estar en contradiccion sino con algunos facciosos sin poder: en cuanto al exterior todo caminaba maravillosamente.

Se preparaba un gran cambio, que iba á volver á Carlos X toda la popularidad perdida por Luis XVIII, con motivo del tratado del 2 de Setiembre.

Ibamos á volver á tomar nuestras fronteras del Rhin.

Carlos X, en medio de todas sus faltas, habia tenido la inteligencia de comprender que nuestro verdadero enemigo, era la Inglaterra; y que nuestro natural aliado, era la Rusia.

Así es, que los gabinetes de las Tullerías y de San Petersburgo, acababan de firmar un tratado de alianza especialmente dirigido contra la Inglaterra.

Permitiamos á la Rusia establecerse en Constantinopla, y la Rusia nos volvia las provincias del Rhône.

Quedaba que indemnizar á la Prusia y á la Holanda.

Nada mas fácil.

Del Hanovre quitado á la Inglaterra, se hacian dos partes, con una se resarcia á la Prusia, y con la otra á la Holanda.

Por otro lado, se quitaba con provecho de las provincias prusianas de la Silésia, un buen bocado á la Sajonia, que se indemnizaba á espensas de la Polonia,

En cuanto al Austria, se callaba gracias á una parte de la Dalmacia que no poseia, de la que se formaria una torta, y se le arrojaria como á un perro para impedirle morder y hasta abullar.

Por otro lado, Carlos X preparaba la expedición de Alger.

El mismo hombre, aboliendo el poder berberisco, espanto eterno del Mediterráneo, y volviendo á la Francia sus provincias del Rhône, es decir, cumpliendo un hecho gran-

de en el que habia encallado Carlos V, y reconquistando por la negociacion lo que Napoleon habia perdido con las armas, era á la vez un gran guerrero y un grande hombre político.

¡Y bien! esta gloria estaba asegurada á Carlos X, y el año de 1830 iban á cumplirse estas dos grandes empresas.

La Inglaterra queria oponerse un poco; ¿pero quereis saber como respondiamos á la Inglaterra en tiempo de los Borbones de la rama mayor?

Lord Stuart pedia una esplicacion con ese aire arrogante que solo pertenece á los diplomáticos ingleses.

—Si deseais una respuesta diplomática, le respondió M. de Haussez, el señor presidente del consejo os la dará; si deseais mi respuesta como ministro de la marina, será corta y precisa: os diré que nos e. . . en vosotros.

Lord Stuart lo refirió á su gobierno, que tuvo por buena la razon, puesto que nos dejó hacerlo.

En medio de todas estas prevenciones, un acontecimiento demasiado grave hizo que se volvieran todas las miradas al duque de Orleans.

El rey y la reina de Nápoles habian dejado su reino, y habian venido á hacer una visita á su hermana y á su cuñado la duquesa y el duque de Orleans.

El rey de Nápoles era ese innoble Francisco, que, elegido por los liberales en 1821 para representarlos, los habia traicionado; que puesto como tutor de la revolucion, habia ahogado la revolucion. Aunque los regios viajeros hubiesen sido acogidos perfectamente en la corte del rey Carlos X, el prefecto del Sena y la ciudad de Paris, no habian osado darles una fiesta; tan grande así era el sentimiento de repulsion que inspiraban.

Sostenido por su popularidad siempre en aumento, y por la escusa de su parentesco, el duque de Orleans se atrevió á lo que no se habia atrevido el prefecto del Sena.

Dejaremos á un lado las cuestiones de etiqueta que lle-

nan de dificultades el corto camino que separa á las Tullerías del Palacio Real. El rey derogaba todas las reglas de la etiqueta aceptando un baile en la casa de un príncipe de la sangre. Había habido un precedente á esta derogacion: cien años antes, Luis XV, había pasado tres días en la casa del príncipe de Condé, *pero era en el campo*. Es verdad, que yendo á la casa del duque de Orleans, se iba también á casa de la duquesa, y que la duquesa era hija del rey, y era verdadera Borbon, como dijo la duquesa de Angulema; en fin, el duque de Orleans insistió tan respetuosamente, el rey de Nápoles suplicó con tantas instancias, que Carlos X prometió ir al baile en casa de su primo, con la condición de que una compañía de sus guardias ocuparía una hora antes de su llegada el Palacio Real.

Todas estas cuestiones eran muy insignificantes comparadas con la cuestión que se debatía en aquel momento entre el pueblo y la magestad.

El 31 de Mayo á las nueve de la noche, el duque de Orleans y su familia, recibían al rey en la puerta del gran vestíbulo.

Llegados á los departamentos, el rey que daba el brazo á madama la duquesa de Orleans, el Delfín á madama Adelaide, el duque de Orleans á la Delfina, y el duque de Chartres á la duquesa de Berry, vieron venir hácia ellos al rey y á la reina de Nápoles.

Inmediatamente comenzó la fiesta.

M. de Salvandy ha contado, respecto de esta fiesta, toda su conversacion con Luis Felipe, acontecida con motivo de la palabra que valió al autor de *Alonso* su fortuna política.

—Monseñor, es una verdadera fiesta napolitana, bailamos sobre un volcan.

En efecto, el volcan, que rugía hácia largo tiempo, no tardó en arrojar sus primeras lavas.

Lavas que brotaron del Palacio Real, cráter que se creía estinguido y que no estaba sino mal apagado.

El jardín del Palacio Real había permanecido abierto mas tarde de la hora acostumbrada; el duque de Orleans había querido que el pueblo también tuviese parte en la fiesta; pero el pueblo empezaba ya cansarse de no ver sino desde abajo el interior de los palacios y las fiestas de los grandes. De repente se oyó un gran rumor en el jardín; una llama ardiente hizo palidecer la de las diez mil bugias que alumbraban el baile: manos desconocidas habían colocado lamparillas llenas de aceite debajo de un monton de sillas; las sillas se quemaron, y el volcan arrojó sus llamas.

Hubo un instante de confusion y de temor en los salones del Palacio Real; en algunos momentos el rey Carlos X creyó que había caído en una asechanza, y estuvo muy cerca de decir lo que dicen los reyes del teatro frances: ¡Hola! ¡guardias, á mí! Pero al cabo de un momento, todo se esplicó, y se obligó á la multitud á salir del jardín. La fiesta continuó sin interrupcion y sin sobresalto hasta otro día, la monarquía se estuvo quieta en esa noche por una *pillada*.

Este fué el término con el cual se denunció al público este incidente.

Al poco tiempo se oyeron cien tiros de cañon que anunciaban una gran noticia á Paris, á la Francia y á la Europa: la toma de Argel.

Tan pronto como se recibió esta gran noticia, el baron de Haussez se fué á ver al rey.

Carlos X, al oír anunciar á su ministro de marina, se adelantó hácia él con los brazos abiertos. M. de Haussez quiso besarle las manos, pero Carlos X lo abrazó.

—No señor, no, le dijo con esa gracia que le era particular, ahora todo el mundo se abraza.

El rey y su ministro se abrazaron.

Este nuevo favor de la fortuna aumentaba todavía si era posible, la confianza del rey y de M. de Polignae, porque como se verá muy pronto con respecto á la firma de las ordenanzas, no todos los ministros participaban de esta seguridad.

Y sin embargo, las miradas perspicaces se inquietaban, aun aquellas que veían al través de los vapores de la eferescencia popular.

M. de Villèle que veía, puede ser que mejor, porque veía de lejos, vino á Paris y manifestó al rey inútilmente sus temores.

M. Bengnot, semejante á un loco, esclamó:

—¡Cuidado! la monarquía va á zozobrar como zozobra un navío armado.

M. de Metternich dijo á M. de Reyneval, embajador nuestro en Viena:

—Estaria menos inquieto si lo estuviera mas el príncipe de Polignac.

En efecto, cómo temer, cuando M. Clapin, uno de los gefes de la oposicion, decia, durante la discusion del mensaje:

“La base fundamental del mensaje, es un profundo respeto hácia la persona del rey; espresa en el mas alto grado la veneracion por esa antigua raza de los Borbones; y representa la legitimidad, no solamente como una verdad legal, sino como una necesidad social que es ahora en todos los espíritus rectos el resultado de la esperiencia y de la conviccion.”

¿Cómo temer, cuando la sociedad de *Ayudate y el cielo te ayudará*, reunida en un banquete en las Vendimias de Bourgogne, decide que el rey es el primer poder del Estado y bebe á la salud de Carlos X?

¿Cómo temer, cuando M. Odilon Barrot, en un banquete dado por seiscientos electores y decorado con doscientas veintiuna coronas simbólicas, confunde en un mismo brindis al rey y á la ley?

¡Oh! ¡hombres de Estado! ¡minadores de las monarquías! ¿cuándo se os apreciará en vuestro justo valor? ¿cuándo, pues, se os llamará con vuestros verdaderos nombres?

El 24 de Julio los ministros se reunieron en consejo.

—Todos, dice M. de Polignac, estuvieron unánimes sobre la necesidad de las ordenanzas, y sobre el derecho de volverlas. M. de Ranville solo deseaba que la ejecucion se aplazase algunas semanas, esto no era sino una cuestion de tiempo.

En el consejo del 24, fué donde se acordó la firma de las ordenanzas.

Sin embargo, al momento de la partida, M. de Bourmont habia recomendado á M. de Polignac esperase su vuelta.

M. de Haussez recordó al príncipe esta sábia recomendacion.

—¡Bah! respondió el príncipe, no tenemos necesidad de él, ¿no soy yo el ministro de la guerra interino?

—¿Con cuántos hombres contais en caso de resistencia? ¿teneis al menos veintiocho ó treinta mil?

—Mas que esto, respondió el príncipe, tengo cuarenta y dos mil: y arrojó de uno al otro lado de la mesa un papel rotulado al ministro de la marina.

M. de Haussez examinó el papel, lo volteó y revolteó, y despues mirando al príncipe con admiracion:

—Pero, dijo, yo no veo sino trece mil en este papel; trece mil hombres en papel, son apenas siete ú ocho mil en efectivo, y los otros veintinueve mil, ¿dónde están?

—Al rededor de Paris.

Era necesario que el ministro de la marina se contentase con esta seguridad.

El 25 de Julio fué cuando tuvo lugar la firma.

Un especulador pagó en cincuenta mil francos el trabajo preparatorio de las ordenanzas y jugó á la baja.

En la noche del 25 al 26, M. de Rostchild que jugaba á la alta, recibió estas sencillas palabras de M. de Tayllerand.

“Ahora he estado en Saint-Cloud; jugad á la baja.”

Esta sentencia de muerte de la monarquía, no fué dada sin una especie de solemnidad.

Los ministros estaban colocados al rededor de la mesa que debia ser tres meses mas tarde, la plancha de su caldoso.

El rey tenia al delfin á su derecha y al príncipe de Polignac á su izquierda.

El delfin al principio se habia opuesto á las ordenanzas, però su conviccion se habia, á las primeras palabras del rey, inclinado ante la voluntad de su padre.

El rey interrogó á cada uno de los ministros, uno despues de otro.

Cuando le llegó el turno de responder á M. de Haussez, el ministro de la marina se inclinó.

—Sire, dijo, mi opinion es ahora la misma de ayer. Creo que seria prudente esperar.

—¿Rehusais firmar? dijo Carlos X.

—Sire, séame permitido dirigir una pregunta al rey.

—Hacedlo, señor.

—¿Y V. M. persistiria en caso de que los ministros se retiraran?

—Si señor, dijo Carlos X.

M. de Haussez tomó la pluma y firmó.

Despues como miraba al rededor de sí con preocupacion:

—¿Qué buskais? preguntó Carlos X.

—Sire, respondió M. de Haussez, buscaba si no habria aquí por casualidad algun retrato de Straffort; y salió.

El 26 por la mañana aparecieron las ordenanzas.

Yo habia sacado mi pasaporte para Alger, y debia partir en la misma tarde. Fui despertado por Aquiles Comte. Entró en mi cuarto con un diario en la mano.

—Leed, me dijo.

—Y leí.

—¡Ah! ¡diablo! dije, ya no me voy, querido amigo.

—¿Y por qué?

—Porque lo que va á pasar en Paris será mas curioso, que lo que pueda pasar en Alger.

CAPÍTULO XXXIX.

EL dia 26 estuvo muy calmado como se recordará.—Creí al principio haberme engañado y haber permanecido ocioso en Paris.

Los periodistas, á quienes la medida atacaba mas particularmente, corrieron á la casa de M. Dupin, mayor; querian saber hasta que punto podian luchar legalmente contra las ordenanzas.

Pedir en semejantes momentos un consejo á M. Dupin, era perder el tiempo. Tambien el ilustre defensor del mariscal Ney, en lugar de dar el consejo pedido, se abstenia de responder: señores, la cámara está disuelta; señores, no soy ya diputado.

Esto fué lo que con poca diferencia pudieron sacar de las consultas.

M. de Talleyrand habia dado un buen consejo á M. de Rostchild, invitándolo á jugar á la baja. El tres por ciento bajaba de 78 á 72.

En ese dia habia una gran funcion en el Instituto; M. Arago pronunciaba un discurso en elogio de Fresnel. En el momento en que iba á entrar á la sala, un hombre pálido, jadeando, espantado, le detuvo en los corredores.

Era el duque de Ragusa.

—¡Ah! querido mio, exclamó, ¿sabeis lo que pasa?

Los ministros estaban colocados al rededor de la mesa que debia ser tres meses mas tarde, la plancha de su cadalso.

El rey tenia al delfin á su derecha y al príncipe de Polignac á su izquierda.

El delfin al principio se habia opuesto á las ordenanzas, pero su conviccion se habia, á las primeras palabras del rey, inclinado ante la voluntad de su padre.

El rey interrogó á cada uno de los ministros, uno despues de otro.

Cuando le llegó el turno de responder á M. de Haussez, el ministro de la marina se inclinó.

—Sire, dijo, mi opinion es ahora la misma de ayer. Creo que seria prudente esperar.

—¿Rehusais firmar? dijo Carlos X.

—Sire, séame permitido dirigir una pregunta al rey.

—Hacedlo, señor.

—¿Y V. M. persistiria en caso de que los ministros se retiraran?

—Si señor, dijo Carlos X.

M. de Haussez tomó la pluma y firmó.

Despues como miraba al rededor de sí con preocupacion:

—¿Qué buskais? preguntó Carlos X.

—Sire, respondió M. de Haussez, buscaba si no habria aquí por casualidad algun retrato de Straffort; y salió.

El 26 por la mañana aparecieron las ordenanzas.

Yo habia sacado mi pasaporte para Alger, y debia partir en la misma tarde. Fui despertado por Aquiles Comte. Entró en mi cuarto con un diario en la mano.

—Leed, me dijo.

—Y leí.

—¡Ah! ¡diablo! dije, ya no me voy, querido amigo.

—¿Y por qué?

—Porque lo que va á pasar en Paris será mas curioso, que lo que pueda pasar en Alger.

CAPÍTULO XXXIX.

EL dia 26 estuvo muy calmado como se recordará.—Creí al principio haberme engañado y haber permanecido ocioso en Paris.

Los periodistas, á quienes la medida atacaba mas particularmente, corrieron á la casa de M. Dupin, mayor; querian saber hasta que punto podian luchar legalmente contra las ordenanzas.

Pedir en semejantes momentos un consejo á M. Dupin, era perder el tiempo. Tambien el ilustre defensor del mariscal Ney, en lugar de dar el consejo pedido, se abstenia de responder: señores, la cámara está disuelta; señores, no soy ya diputado.

Esto fué lo que con poca diferencia pudieron sacar de las consultas.

M. de Talleyrand habia dado un buen consejo á M. de Rostchild, invitándolo á jugar á la baja.—El tres por ciento bajaba de 78 á 72.

En ese dia habia una gran funcion en el Instituto; M. Arago pronunciaba un discurso en elogio de Fresnel. En el momento en que iba á entrar á la sala, un hombre pálido, jadeando, espantado, le detuvo en los corredores.

Era el duque de Ragusa.

—¡Ah! querido mio, exclamó, ¿sabeis lo que pasa?

—Sí, las ordenanzas han aparecido.

—¡Oh! ¡desgraciados, desgraciados! continuó el duque, ¡en que horrible situación me colocan!

—¡A vos! ¡cómo es eso?

—No comprendéis, que me será necesario sacar la espada para sostener lo que detesto?

M. Arago, reflexionó un instante.

En efecto, dijo, es grave; y tengo deseo, vistas las circunstancias, de diferir mi discurso para otro día.

Cuvier intervino: ese gran genio cuyo cerebro se había desarrollado á espensas del corazón, no fué de la opinión de Arago. Arago cedió, pero encontró el medio de introducir en su discurso dos alusiones, que el auditorio acogió con sombríos aplausos.

Yo me había ido en casa de Carrel, como al centro de las noticias oficiales. El *Nacional*, como se recordará, había sido fundado por Hiers, Armant, Carrel y el abate Luis, en el castillo de Rochecotte, es decir en casa de madama Dino y de M. de Talleyrand.

El duque de Orleans era quien había suministrado el dinero, y pagado, por decirlo así, los meses de nutrición de este gigante, que, quince años mas tarde, debía combatir con él cuerpo á cuerpo, y vencerlo.

Encontré á Carrel desayunándose tranquilamente. No creía en nada absolutamente. A instancias mías se decidió á salir, se puso en sus bolsillos un par de pistolas, y bajó conmigo por el lado de la Bolsa.

Resfriado sin duda por el mal éxito de su negocio de Béfort y de la Bidassoa, Carrel dudaba en avanzar: él que había visto tantas gentes permanecer atrás.

Nos paseamos hasta las cinco de la tarde, de la plaza de la Bolsa á la plaza de las Victorias, de la plaza de las Victorias á la punta de San Eustaquio, de la punta de San Eustaquio al Palacio Real.

El día fué si no calmado, al menos inofensivo, y la noche trascurrió sin turbacion aparente.

Se sabe la progresion que siguió el tumulto hasta llegar á ser una revolucion. La protesta de los periodistas, la sentencia de los obreros impresores, la resistencia de M. Baudé defendiendo las puertas de la casa donde se publicaba *El Tiempo*, con un código en la mano; jóvenes que corrian por las calles agitando sus sombreros y gritando: ¡Viva la Carta! la designacion del duque de Ragusa como comandante de las tropas reales; piedras arrojadas por niños contra los gendarmes en la plaza del Palacio Real; un hombre muerto en la calle del Liceo; otros tres, heridos mortalmente en calle de San Honorato; una barricada comenzada é interrumpida cerca del Teatro Francés; Charras sublevando á la Escuela Politécnica; un cuerpo de guardia incendiado en la calle de la Bolsa; tal es el boletín de esta primera jornada del 27, en que se tentó la insurreccion.

Sin embargo, por poco caracterizada que estuviese esta insurreccion, era suficiente para espantar aun á aquellos mismos que la vispera, eran los mas firmes en aceptar el combate.

—No es una revolucion lo que hemos querido hacer, decía M. de Rémusat en las oficinas del *Globo*, se trataba únicamente de una resistencia legal.

En 1848, M. Odilon Barrot, tambien había querido hacer una resistencia legal, y se apercibió, como M. de Rémusat, que el objeto se había pasado cuando los gritos de ¡Viva la República! sucediéndose á los gritos de ¡Viva la Reforma! le mostraron hasta donde se había caminado.

La noche se pasó por parte de la corte en regularizar el ataque; por parte de la oposicion en organizar la resistencia.

Cuando decimos la oposicion, no entendemos esa oposicion de la comedia de los quince años, que una vez hecha la revolucion, se aprovecha de ella. No entendemos á los La Fayette, los Casimiro Périer, los Laffitte, los Benjamin

Constant, los Guizot, los Sébastiani, los Chousiel, los Odilon Barrot; nó, ellos estaban en sus casas, cerradas herméticamente y Charras y Lothou estuvieron en casa de La Fayette, y se les dijo que estaba ausente. Yo mismo me presenté con Estevan Arago y veinte jóvenes en casa de Casimiro Périer, y faltó poco para que se nos recibiese como recibió su mujer á Jorge Dandin. Otros se presentaron en casa de Laffitte y no fueron mas dichosos. Por todas partes no era otra la cuestion sino una resistencia legal; se queria protestar, y aun era necesario pesar los términos de la protesta.

No.

Por la oposicion que se formó en la noche del 27 al 28, entiendo la oposicion de esa juventud ardiente del proletarismo, heroica, que aviva el incendio, es verdad, pero que lo estingue con su sangre, y que no se separa sino cuando la obra está concluida; que ve desde la calle á los convidados parásitos admitidos en su lugar en el festin del poder, que promete que otra vez no será así, y que llegada la vez, siempre indolente y desinteresada, despues de haber vencido primero como héroes, combaten y mueren como mártires. Los que hicieron la revolucion de 1830 fueron los mismos hombres que por la misma causa, dos años mas tarde, se hicieron matar en Saint-Méry.

Solamente que esta vez, habian cambiado de nombre, y justamente por que no habian cambiado de principios se les llamaba rebeldes.

Solo los renegados de todos los poderes, no son jamas rebeldes á ninguno.

Me acuerdo que, despues de haber tocado inutilmente á la puerta de la casa de Casimiro Périer, entré, con mi fusil en bandolera, al número 216 de la calle de San-Honorato. Allí era donde estaban nuestras oficinas de las que ya yo no hacia parte despues de mi publicacion de Enrique III, que me habia convertido en bibliotecario.

Las oficinas estaban vacias, con poca diferencia: no encontré mas que á M. Ourdart, gefe de la secretaria y secretario particular de Madama la duquesa de Orleans.

Al percibirme retrocedió espantado.

—¿Que diablos haceis aquí? me dijo.

—Busco al duque de Orleans.

—¿Para que?

—Para llamarle Vuestra Magestad.

Ciertamente si la guardia no hubiese estado ocupada en otra cosa, M. Ourdart la habria llamado y me habria puesto en sus manos.

Recibí uua orden espresa y positiva de dejar el número 216, y me apresuré á obedecer esta orden.

En cuanto á los diarios, la *Gazeta*, la *Cuotidiana* y el *Universal* habian aparecido y se habian sometido á las ordenanzas por conviccion. El *Constitucional* y los *Debates* habian aparecido por su lado, y se habian sometido á las ordenanzas por miedo. En fin, el *Tiempo*, el *Nacional* y el *Globo*, protestando, aparecieron, afrontando las leyes nuevas con las que estaban amenazados, y exitando con ardor á la poblacion á la resistencia.

Una cosa estraña y magnífica fué ver esta jornada del día 28. La palabra real borrada de las muestras de los abastecedores; las flores de lis se raspaban, en donde quiera que se encontraban; por todas partes se levantabau barricadas.

Era el epilogo de Waterloo.

Sobre una barricada, con las pinzas en la mano, y en la esquina de la calle de Bac y de la Universidad, fué como hice conocimiento con Bidio.

Hácia la noche á los últimos rayos del Sol, un hombre apareció en la calle de la Escuela, llevando consigo una bandera tricolor.

Imposible es describir el efecto producido por semejante aparicion: era un caso previsto por Beranger; se recordará su cancion de la *Vieja Bandera*; lo que ninguno podia pre-

ver, fué el efecto que produjeron esos tres colores envueltos con los rayos de oro y púrpura de un magnífico sol poniente. Por todas partes se abrazaban, se juraba morir mas bien que renunciar á ese estandarte nacional, que entre nosotros es no solamente una bandera, sino un emblema; sobre todo se lloraba.

A este hombre que llevaba la bandera, se le habria hecho general si lo hubiera querido.

Tanto mas fácil hubiese sido, que los generales, tan numerosos y tan entusiastas el día 30 y los días siguientes, eran muy raros el 28 de Julio de 1830 á las siete de la noche.

En la noche cesaron todos los ruidos del día.

La oposicion aristocrática no habia dado un gran paso, y se encontraba separada por la insurreccion popular.

En la asamblea de los electores en que se encontraba M. Thiers, la cuestión era organizar la sublevacion de las masas. Uno de los miembros de la reunion, exclamó:

“A todos nuestros enemigos es necesario ponerlos fuera de la ley: rey y gendarmes.”

M. Thiers intervino, y con toda su fuerza habia insistido para que se permaneciese en la resistencia legal, y sobre todo en que no se mezclase el nombre del rey en todas estas discusiones, muy incendiarias para que se permaneciese en la medida del respeto debido á la magestad.

Sin embargo, la asamblea de los electores habia sido audaz, comparada con la asamblea de los diputados. M. Sébastiani limitó toda su oposicion á una carta respetuosa al rey. M. Dupin sostuvo que, puesto que no habia diputados, lo mejor que debian hacer los ex-diputados, era no dar señales de existencia: M. Casimiro Perrier, lívido de terror, aconsejó la prudencia, y se lamentaba amargamente de todas esas diputaciones de jóvenes que lo comprometian.

Inútilmente la asamblea de los electores envió á MM. Merilhou y Boulay (de la Meurthe) para decidirlos á una

resolucion cualquiera: nada se pudo obtener, ni una accion ni una palabra generosa del corazon de todos esos hombres; nadie, ni aun los gritos de los jóvenes que llamaban inútilmente á la puerta y que la gendarmería zintareaba en la calle.

Al mismo tiempo, en este mismo día, los discípulos de la Escuela Politécnica habian ido á llamar á la puerta del hotel Laffitte, que habia permanecido cerrada como la de su colega Casimiro Périer; pero que al menos debia de abrirse al día siguiente.

Por lo demas, la municipalidad de Petits-Péres habia sido tomada y pertenecia al pueblo. Los obreros impresores se habian reunido y ordenado en el paso del delfinado. M. Audry de Puyraveau habia distribuido fusiles públicamente. El Vaudeville habia dado sus armas y los uniformes militares estrenados en el *Sargento Mateo*, pieza que se habia representado algunos meses antes. El ejército real estaba concentrado al rededor de las Tullerías, mecha en mano, bayoneta calada, y Paris estaba en estado de sitio.

Se hablaba de una discusion muy animada que tuvo lugar en las oficinas del *Globo*, entre M. Cousin y Pedro Leroux, sobre la medida revolucionaria que M. Pedro Leroux queria imprimir á su diario. “Que no habia mas que una bandera que la nacion francesa debiese reconocer, y que era la bandera blanca.”

M. Thiers, se asegura, encontrando que *el horizonte se oscurecia* (estilo parlamentario), habia dejado á Paris y se habia refugiado en Montmorency, en la casa de madama de Courchant.

Felizmente el pueblo no habia contado con estos señores, y no creyó su causa perdida escuchando la opinion del uno y sabiendo la huida del otro.

Por el lado de la Grève se habian batido demasiado: se decia que el Hotel-de-Ville, habia sido tomado y vuelto á tomar tres veces. Durante casi todo el día, el toque de alarma habia sonado en San-Séverino y en Nuestra Señora.

CAPÍTULO XL.

COMENZABA ya á no arrepentirme de haberme quedado. Como lo habia previsto, lo que veia en Paris era mas curioso que lo que hubiera visto en Alger.

Se contaban una multitud de acciones heroicas ó de palabras encantadoras, que se habian dicho ó inventado, lo que en semejantes circunstancias viene á ser absolutamente lo mismo.

Pero del duque de Orleans, en medio de todo esto, no se habia dicho ni una palabra, ni una accion; él no habia ni hablado ni obrado.

Por otra parte, si se quiere saber el estado á que habia llegado la oposicion aristocrática en la jornada del 28, nadie establecerá mejor el punto á que habia llegado que *este proyecto de protesta* de M. Guizot.

“Los infrascritos, elegidos segun el orden regular á la diputacion por los electores del distrito y de los departamentos nombrados en virtud de la ordenanza real de... y conforme á la carta constitucional y á las leyes sobre elecciones de... y que se encuentran actualmente en Paris, se creen absolutamente obligados por su deber hácia el rey y á la Francia, á protestar contra las medidas que los consejeros de la corona, engañando las inten-

ciones del monarca, han hecho no ha mucho prevalecer para el cambio del sistema legal de elecciones y de libertad de la prensa. Dichas medidas contenidas en las ordenanzas de... son á los ojos de los infrascritos, opuestas directamente á la carta constitucional, á los derechos constitucionales de la cámara de los pares, al derecho público de los franceses, á las atribuciones y á las sentencias de los tribunales, y propias para arrojar al Estado en una confusion que igualmente compromete la paz del presente y la seguridad del porvenir; en consecuencia, los infrascritos, fieles è inviolables en su juramento al rey y á la carta constitucional, protestan no solamente contra dichas medidas, sino contra todos los actos que puedan provenir de ellas; y atendiendo por una parte, que la cámara de diputados no estando aun constituida, no ha podido ser legalmente disuelta; y por otra, que la tentativa de formar otra cámara de diputados segun un método nuevo y arbitrario, está en contradiccion formal con la carta constitucional y con los derechos adquiridos por los electores, los infrascritos declaran, que considerándose siempre como legalmente elegidos por los electores del distrito y de los departamentos cuyos sufragios han obtenido, y no pudiendo ser reemplazados sino en virtud de elecciones hechas segun los principios y las formas mandadas por las leyes; si no ejercen efectivamente sus derechos y no se deshacen de todos los deberes que les prescribe su eleccion legal, es porque están impedidos por una violencia material contra la que no cesarán de protestar.”

En el momento en que el futuro ministro de Luis Felipe leia esta acta, un jóven se lanzaba en el puente de la Grève gritando: “¡Si muero, amigos, acordaos que me llamo Arcole!” Y distribuia impresos en los que se leian: “La patria tiene un baston de mariscal á la disposicion del primer coronel que se pase al partido del pueblo.”

El paso mas atrevido que se dió en el dia, fué el que die-

ron MM. Casimiro Périer, Lobau, Mauguin, Gerard y Laffitte, cerca del mariscal Marmout.

Fueron á rogar al mariscal contubiese la efusion de sangre.

En la antecámara encontraron un lancero herido á quien curaban; primero se creyó que habia sido herido con municiones, pero acababa de conocerse que lo fué con caracteres de imprenta.

Todo lo que estos señores pudieron obtener del mariscal, fué que escribiría al rey.

En cuanto al príncipe de Polignac, rehusó obstinadamente el verlos.

Marmout escribió en efecto al rey: esta carta era la tercera que escribía á Carlos X desde la víspera.

Los diputados reunidos en la casa de M. Audry de Puyraveau habian hablado mucho, discutido mucho sin concluir nada: M. Laffitte dijo que estaba pronto á arrojarse con *cuerpo y bienes* en el movimiento: para los banqueros es como si se dijese con *cuerpo y alma*; M. Guizot habia permanecido silencioso é inmovil. M. de Laborde dijo que era necesario enarbolar la bandera tricolor; pero M. Sebastiani respondió que la única bandera nacional era la bandera blanca. M. Audry de Puyraveau, dijo: es tiempo de obrar; presentémos al pueblo con armas; pero M. Méchin tomó el brazo de M. Sebastiani y se salvó con él.

Respecto á La Fayette, pidió que se le designase un lugar cualquiera, declarando que estaba pronto á presentarse y á secundar la insurreccion con todo su poder.

Se separaron aplazando la discusion para el dia siguiente á las seis de la mañana.

La noche se pasó sombría, agitada, terrible! Yo vivia en esa época en la esquina de la calle de Bac y de la Universidad, lo que fué causa de que pasara una parte de la noche en el muelle. De tiempo en tiempo se veian en el cielo luces como de meteoros; despues, de repente estalla-

ba cada diez minutos la fusilería por el lado de la Grève ó por mercado de los Inocentes. El toque de arrebato solo procedia con alguna continuacion, tocando una parte de la noche.

Hácia las tres de la mañana entré á mi casa; pero á las siete estaba de vuelta. La fusilería habia comenzado; y de tiempo en tiempo, dominando su estallido, tronaba el cañon; la desmoralizacion comenzaba ya á introducirse entre las tropas: un soldado de la guardia real con quien me encontré cara á cara al salir, se dejó desarmar sin resistencia. Su cartuchera pasó al cuello y su fusil á las manos de un patriota desarmado, que inmediatamente se lanzó por el lado de la calle de los Saints-Pères, y del puente de las Artes donde se batian.

La insurreccion habia tomado nuevo aumento y nuevo vigor.

Un general se habia puesto á la cabeza de los patriotas.

Este general era Dubourg; se habia puesto un vestido bordado de la casa de un ropavejero, habia recibido de manos del actor Perlet un par de charreteras que, sin duda, le habian servido en alguno de sus papeles del Gimnasio.

Diez mil voces gritaban: ¡Viva el general Dubourg! que aun no se conocia en la mañana.

Se habian apoderado del Hotel-de-Ville.

El general Dubourg y M. Baude organizaron en el mismo instante, una especie de gobierno insurreccional. Visitaron la caja y encontraron poco mas de cinco millones.

Al instante mismo se ocuparon de las provisiones de Paris convocando á los síndicos de los panaderos y carniceros.

A las once la bandera tricolor se izó en Nuestra Señora.

A medio dia MM. de Semonville y de Argout se volvieron, á su turno, al estado mayor: por la cámara de los pares se queria aventurar la misma peticion que, en la víspera, habia sido aventurada por M. Laffitte y los cuatro comisarios, á nombre de la cámara de diputados. Veinte y cuatro

horas se habian trascurrido entre las dos embajadas, y durante este intervalo muchos acontecimientos se habian efectuado, que traian consigo la muerte de la monarquia.

Encontraron al duque de Ragusa mas que inquieto, desesperado; comenzaba á ver la situacion bajo su verdadero punto de vista; él mismo impulsó á los dos mandatarios de la cámara alta á presentarse en Saint-Cloud.

Llegaron al castillo real en el momento en que les precedia la noticia de que Versalles se habia insurreccionado.

El rey no sabia á quien enviar á ese otro volcan que hacia erupcion y que tomaba á Saint-Cloud entre dos cráteres. El general Vincent se ofreció; el Delfin aceptó y partió para Versalles á la cabeza de dos compañías de guardias de corps, sostenidas por trescientos gendarmes.

Los gendarmes, llegados á Versalles, se pasaron al partido del pueblo. El general, dos horas despues de haber salido de Saint-Cloud, entraba con una tropa disminuida en mas de dos tercios, y sin haber podido intentar nada contra la ciudad rebelde.

MM. de Semonville y de Argout encontraron á M. de Polignac á la puerta del rey: el presidente del consejo los habia precedido en Saint-Cloud.

—¡Ah! dijo M. de Polignac, ¡venis á pedir mi cabeza!

—Entrad, señores, entrad.

El rey estaba perfectamente calmado; á pesar de las noticias que recibia por todos lados, no podia creer una larga y seria resistencia por parte del pueblo. Los dos pares tuvieron que decirle, que desde por la mañana, la resistencia se habia cambiado en agresion; el rey meneó la cabeza.

—Señores, dijo, os engañais: todas las medidas están tomadas para sofocar la insurreccion, y la revolucion cesará por sí misma.

M. de Semonville no comprendia nada de esta seguridad, que verdaderamente tenia un carácter fatal; no se pudo contener por mas tiempo:

—Y bien, Sire, exclamó; es necesario decíroslo: si dentro de una hora las ordenanzas no son derogadas, nada de rey, nada de magestad.

—¡Oh! bien me dareis dos horas, dijo Carlos X, retirándose.

M. de Semonville cayó de rodillas y le tomó por el vestido; pero el rey retrocedió para escapársele.

—Sire, exclamó M. de Semonville, ¡en nombre de la del-fina! ¡en nombre de vuestro nieto!...

Todo fué inútil, Carlos X se retiró sin haber hecho una sola concesion.

Entre tanto, M. de Vitrolles llegó. Él tambien era de opinion que se retiraran las ordenanzas y se diera la constitucion de un nuevo ministerio, que formarian el duque de Montemart y del mariscal Gérard.

¡Cosa estraña! ¡repeticion casi comun del destino! diez y ocho años mas tarde, en iguales circunstancias se llevaban tambien dos nombres al rey Luis Felipe, los nombres de MM. Thiers y Odilon Barrot.

Este otro ministerio, como el ministerio Montemart y Gérard, no debia tener á su turno sino algunas horas de existencia.

Durante este tiempo, el pueblo conducido por dos discípulos de la Escuela Politécnica, tomaba el Louvre y las Tullerías.

Ademas, contaremos con todos sus detalles pintorescos pasados á nuestra vista, este otro 10 de Agosto, menos sangriento, pero mas decisivo que el primero, y que debia ser diez y ocho años mas tarde, seguido de una tercera jornada semejante y mas decisiva todavia.

Entre nosotros, tomadas las Tullerías, la magestad parece muerta; tomadas las Tullerías todo se cree concluido; se abrazan, bailan, cantan, un discípulo de la escuela politécnica se tiende en el trono y se acuesta en el lecho del rey.

Las tropas reales se retiraron por el jardín de las Tullerías y por la calle de Rivoli. El último cañonazo fué tirado de una de las calles laterales que costean la gran calle, la mas próxima al terrazo de los Feuillants: la bala mordió una de las columnas acanaladas que adornan la fachada del Palacio de las Tullerías y se llevó el pedazo.

A este cañonazo espirante, al ruido de los soldados huyendo ó tomando sus armas, á los gritos de los vencedores persiguiéndolos, una ventana del hotel de M. de Talleyrand, se abrió, en la esquina de la calle de Rivoli y de la de San Florentino; era el intendente del príncipe que curioso de ver lo que pasaba, cometia esta imprudencia.

Entonces una voz grave y temerosa, comenzó á gritarle.

—Señor Kaiser, decia esta voz, señor Kaiser, ¿estais loco? ¡vais á hacer saquear el hotel! ¡vais á hacernos degollar!

—¡Oh! no temais nada, monseñor, respondió la voz, las tropas huyen y el pueblo no se ocupa sino en perseguirlas.

—¿Es cierto?

—Ved vos mismo, monseñor.

El príncipe sacó temerosamente la cabeza detras de la celosía, arrojó una mirada á la calle, se aseguró del estado de las cosas, y despues volteándose hácia el reloj:

—Señor Kaiser, dijo, escribid que el 29 de Julio de 1830, á la una, la rama mayor de los Borbones ha cesado de reinar en Francia.

Diez y ocho años mas tarde, la mano de un hombre del pueblo paraba el péndulo de las Tullerías á la una y veinte minutos.

Esta vez era la rama menor la que á su turno habia cesado de reinar.

Los últimos tiros de fusil de esta jornada memorable fueron contra hombres que se fusilaban como ladrones.

Cuando estos últimos tiros se extinguieron, M. Laffitte, que habia pasado todo el dia en conferenciar en su hotel,

rodeado de diputados temblorosos, se aproximó cojeando á M. Oudard: M. Laffitte se habia lastimado un pié.

—Señor, le dijo, ayer os he suplicado fueseis á Neuilly y previniereis al duque de Orleans del estado de los negocios. A esta advertencia, se ha contentado con responder: “Os doy las gracias.” ¿Quereis volver cerca de él y decirle que le suplico escoja entra una corona y un pasaporte? si salgo bien, no le cobraré mi comision; si encallo, me negará.

M. Oudard partió, guardándose bien de responder á M. Laffitte, lo que habia respondido dos dias antes.

En cuarenta y ocho horas, las cosas habian cambiado de aspecto.

Al dia siguiente, 30 de Julio, á las once de la noche, á pié, vestido de paisano y acompañado solamente de tres personas, el duque de Orleans entró en Paris, y despues de haber respondido al *quien vive* de los centinelas con la consigna: *libertad, igualdad, fraternidad*, entró en el Palacio Real por la puerta de una de las secretarías, es decir, por el número 216 de la calle de San Honorato.

Echemos una mirada sobre lo que habia pasado en Neuilly y en Saint-Cloud durante la noche del 29 y la jornada del 30.

CAPÍTULO XLI.

CARLOS X, como lo hemos ya indicado, aceptó á su pesar el ministerio Mortemart.

M. de Mortemart era uno de esos grandes señores de que nos ha dado tantas muestras la primera revolucion: medio aristócrata y medio liberal. Asi es, que estaba poco querido de Carlos X que no pasaba por mas concesiones que por la de la fuerza y no por la de la conciencia.

Por eso le hemos visto luchar mientras pudo, y no hacer concesion alguna á los liberales.

—No he olvidado, decia, los acontecimientos de 1789 á 1793, y no quiero me suceda lo que á mi hermano: me gusta montar á caballo pero no subir á una carreta.

Veinte y cuatro horas hacia que M. de Mortemart estaba en Saint-Cloud cuando le mandó llamar Carlos X, y le anunció que le habia nombrado su primer ministro.

M. de Mortemart, admirado del honor que se le hacia, se defendió con todas veras antes de aceptarlo, manifestando que reconocia su incapacidad para las circunstancias, que no tenia aptitud ninguna para los negocios, y que deseaba vivir tranquilo dedicándose á la curacion de una enfermedad que habia empezado á padecer en las orillas del Danubio.

El rey, disgustado de su resistencia, esclamó:



—Es decir, caballero, que os negais á salvar mi vida y la de mis ministros?

—¡Oh! contestó con viveza M. de Mortemart, si es eso lo que V. M. desea. . . .

—Sí, caballero, eso es.

Y dejándose llevar de su íntimo pensamiento, sin calcular lo que este tenia de ofensivo para M. de Mortemart.

—Seré feliz, añadió, si no me hacen aceptar á otros ministros mas que á vos.

Volviéndose entonces hácia M. de Polignac:

—Introducid á esos señores, le dijo.

El principe de Polignac se presentó con M. de Semonville, de Vitrolles y de Argout, que no cejando en sus propósitos, habian vuelto á la carga y esperaban la resolucion del rey en la cámara vecina.

—Señores, dijo Carlos X, he hecho ya lo que deseabais: id, y decid á los parisienses que el rey revoca las ordenanzas, aunque, os lo aseguro, creo que este paso es muy fatal para los intereses de la monarquía.

No habia tiempo que perder, subieron en su coche los comisionados y tomaron á galope el camino de Paris.

En todo el camino M. de Semonville no dejó de gritar:

—Amigos míos, venimos de Saint-Cloud, los ministros han caído.

Llegados al Hotel de Ville los tres embajadores, hicieronse presentar á M. de La Fayette, que aparecia sino como rey de Francia, al menos como rey de la revolucion.

M. de La Fayette los introdujo al salon en que tenia sus sesiones la comision municipal.

Trabose una discusion acalorada, y tanto que quizás hubiese aprovechado al trono si M. de Schenon, no la hubiera interrumpido, esclamando:

—Ya es tarde, señores, el trono de Carlos X se ha desplomado, y se ha manchado con saugre.

Quiso insistir M. de Semonville pero M. Audry de Puyraveau dirigiéndose á la ventana:

—No habéis mas de arreglos, les dijo—ó si no hago subir al pueblo.

Esta amenaza disipaba la última esperanza de la dinastía real por derecho divino.

Los embajadores tuvieron que retirarse—Pero Casimiro Périer los siguió, les dió un salvo conducto para M. de Laffitte y les invitó á tentar un último esfuerzo con él.

La tentativa fué inútil: aunque hubiese querido M. de Laffitte sostener á la rama primogénita, (y apresurémonos á decir que no quería) era ya muy tarde para que pudiese cambiar de ideas. El populacho habia invadido su casa, y mientras se trataba del arreglo mencionado, un hombre apareció en el umbral de la puerta, é hiriendo el pavimento con la culata de su fusil

—Quien esclamó—se atreve aquí á proponer arreglos con Carlos X?

M. de Argout comprendió que todo habia concluido, y volvió á tomar el camino de Saint-Cloud.

Carlos X creyendo haber apaciguado los ánimos con la concesion que acababa de hacer á los liberales, estaba con la mayor tranquilidad jugando una partida de whist con M. de Duras, M. de Luxembourg y la duquesa de Berry, cuando súbitamente entró un oficial de la guardia de M. de Luxembourg, y le dió parte de haber observado mucho movimiento en el castillo de Neuilly.

—Y que creis que signifique ese movimiento? le preguntó M. de Luxembourg.

—No lo sé, señor, pero si yo hubiera tenido autorizacion competente, me hubiera apoderado del Duque de Orleans, y yá estaria aquí, que es donde debe estar.

El rey que lo habia oído todo se volvió vivamente al oficial, y

—Si hubierais hecho semejante cosa, caballero, le dijo con severidad, yo la hubiese desaprobado altamente.

M. de Mortemart, impaciente, no comprendiendo por que se perdian tan preciosos instantes, solicitó del Delfin el permiso necesario para poder ir á Paris á fin de tentar algun medio con buen éxito. Conocia, y con razon, que era cuasi ser culpable, el permanecer ocioso en tan horrible naufragio, y creia que cada uno debia trabajar segun su génio y su fuerza en la salvacion del amenazado buque.

Se habia dado una consigna que no permitia pasase nadie de Saint-Cloud á Paris, y el Delfin no quiso tomar sobre sí responsabilidad alguna.

Entonces M. de Mortemart tuvo que dirigirse al rey, pero tambien fué inútil.

—Todavía nó—le respondió Carlos X—aun tenemos tiempo—y cada vez que M. de Mortemart volvia á insistir en su súplica, obtenia la misma respuesta.

A media noche MM. de Argout y de Vitrolles llegaron á Saint-Cloud. Encontraron al rey acostado, pero á M. de Mortemart en pié.

—¿Que haceis aquí?—dijeron á éste—vuestro lugar está en Paris.

—Sin duda alguna—contestó M. de Mortemart—pero no habiendo podido obtener del rey ningun poder por escrito ¿quereis que me presente en Paris como un aventurero?

—Despachemos la tarea que otros no quieren hacer—dijo M. de Argout—y arrimándose los tres á una mesa, redactaron y estendieron una ordenanza que anulaba las del 25, restablecia la guardia nacional, poniéndola á las órdenes del mariscal Maison, y nombraba á M. Mortemart ministro de relaciones, á Périer de hacienda, y al general Gérard de guerra.

Redactada la ordenanza faltaba aun lo mas difícil, que era hacerla firmar por el rey: para esto fué necesario forzar la consigna de los guardas que tenian orden de no de-

jar entrar á nadie, y combatir la resistencia del ayuda de cámara, á quien se hizo responsable de las consecuencias que podrian resultar de su negativa. En fin, éste consintió en abrir la puerta de la recámara del rey y M. de Mortemart se presentó solo ante Carlos X.

El rey estaba durmiendo.

Se le despertó.

Carlos X se levantó lentamente como un hombre cansado, y reconociendo á M. de Mortemart,

—¡Ah! ¿sois vos?—le dijo—¿qué quereis?

M. de Mortemart le presentó las ordenanzas.

—Aguardemos aun—dijo Carlos X.

—Pero, Sire—insistió el duque—V. M. ignora sin duda el estado en que se encuentra Paris—M. de Argout está aquí y va á manifestároslo.

—No quiero recibir á M. de Argout—contestó el rey con impaciencia.

—El baron de Vitrolles está con él, Sire—¿quereis que introduzcan al baron de Vitrolles?

—Bien: que entre el baron de Vitrolles.

—M. de Vitrolles fué introducido y se aproximó al lecho del rey.

—El rey hizo entonces una seña á M. de Mortemart para que se retirase.

Acababa de herir mortalmente la susceptibilidad de dos personas: á M. de Argout no recibéndole, y á M. de Mortemart despidiéndolo despues de haberle recibido.

Era un hábil político Carlos X.

—¡Ah! murmuró M. de Mortemart al salir de la cámara real, . . . ¡si no se tratase de salvar su cabeza. . . !

Las primeras palabras de Carlos X á M. de Vitrolles fueron un reproche.

—¡Cómo!—le dijo—¿sois vos, Vitrolles—vos el que os empeñais en que entre en arreglos con mis súbditos rebeldes?

—Sí, Sire, porque si nó, no podreis entrar en Paris como rey.

—Pues bien—esclamó Carlos X—me resuelvo á todo antes que dar este golpe á la monarquía.

—Sea como deseais—contestó M. de Vitrolles—¿esperais algo de la Vendée? ¿creis contar con ella?—yo seguiré á V. M. porque estoy pronto á sacrificarme por vuestro trono.

—¡La Vendée! murmuró Carlos X. . . . ¡es muy difícil. . . !

Despues como hablando consigo mismo:

—Vamos, vamos—le dijo—dadme una pluma.

Y firmó.

La monarquía acababa de rendir su espada, sin haber ni aun salvado su honor como el rey Juan en Poitiers y como Francisco I en Pavía.

M. de Mortemart y M. de Argout partieron en calesa á Paris, pero al llegar al bosque de Boulogne se les impidió el paso en virtud de una orden dada la víspera, y les fué preciso atravesar el bosque á pié abandonando el carruaje. Ganaron el Point-du-jour, atravesaron el puente de Grenelle y entraron por fin en Paris por la brecha practicada en un muro destinada probablemente á la introduccion de algun contrabando.

A las ocho de la mañana, M. de Mortemart llegaba a la plaza de Luis XV con el sombrero y la corbata en la mano y el frac colgado en el brazo.

La ciudad estaba silenciosa: todas las ventanas se hallaban cerradas y en las tristes calles solo se veian discurrir hombres desconocidos, esos hombres que en dias de revolucion levantan y cuidan de las barricadas.

Hácia la misma hora M. Laffitte, despues de haber enviado á Neuilly á M. Oudard, redactaba en union de MM. Thiers, Mignet y Larreguy, una proclama orleanista que debia publicarse á un mismo tiempo en el *Nacional*, en el *Correo francés* y en el *Comercio*.

Pero, debemos decirlo, esta proclama fué muy mal recibida.

vida: cuando al salir de la imprenta del *Nacional*, donde acababan de componerla, MM. Thiers, Mignet y Lorreguy la distribuyeron fresca aun, entre los insurrectos de la víspera, acampados en la plaza de la Bolsa, un grito de cólera y de amenaza se levantó entre ellos.

—Si eso quieren—esclamaban—es necesario empezar de nuevo... vamos á fundir balas.

M. Pedro Leroux estaba allí; tomó uno de los impresos orleanistas y corrió al Hotel-de-Ville á presentarlo á La Fayette.

El golpe fué rudo, La Fayette no creía que los orleanistas trabajasen tanto: se arrellanó en su sillón, sin oír apenas á M. de Boismelon que llegó á anunciarle que el duque de Orleans, detenido por el alcalde de Montrouge M. Leullier, deseaba un salvo-conducto para ir á reunirse con su regimiento que estaba en Joigny.

M. de La Fayette impulsado por ese primer movimiento generoso, propio de su corazón, iba á firmar el salvo-conducto pedido, cuando M. Pedro Leroux insistió al contrario en que se diese orden á M. Leullier para que mantuviese arrestado al duque. Débil é irresoluto, M. de La Fayette iba á firmar con sentimiento esta segunda orden, cuando M. Odilon Barrot entró vestido de simple guardia nacional, llamó á M. de La Fayette á parte, metióse con él en una cámara vecina y le hizo firmar la orden de poner al duque de Orleans en libertad.

Dióse esta orden á M. Comte que marchó al instante á ejecutarla.

Sin embargo, la noticia de este arresto se habia esparcido, y se habia levantado una especie de motín en la Plaza de la Bolsa. Algunos hombres mandados por Estevan Arago clamaban á voz en cuello:—“Es un príncipe! Es un Borbon! Es preciso fusilarle!” Y como en tales instantes las resoluciones suelen ser rápidas, ya se preparaban á poner esta en ejecucion.

Estevan Arago se puso á su cabeza; pero previno á M. de La Fayette de lo que pasaba, y le ofreció que merced al camino que haria tomar á su gente, tardarian én llegar á Montrouge cosa de dos horas.

Este tiempo era mas que suficiente para poder avisar al príncipe y salvarlo.

M. de La Fayette aprovechó el aviso, y el duque de Orleans, cubierto con su salvo-conducto y prevenido á tiempo, tomaba la posta en la Cruz de Berny, cuando los que debían fusilarle entraban en Montrouge.

En todos los muros de Paris se leía esta proclama:

“Carlos X no puede volver á entrar á Paris, porque ha hecho correr la sangre del pueblo.

“La república nos traeria tristísimas divisiones y nos haria enemigos de la Europa entera.

“El príncipe de Orleans es un príncipe decidido por la causa de la revolucion.

“El duque de Orleans no se ha batido nunca contra nosotros.

“El duque de Orleans estuvo en Jemmapes.

“El duque de Orleans es un rey ciudadano.

“El duque de Orleans ha llevado en los combates la escarapela tricolor: el duque de Orleans es el único que puede usarla todavía, y nosotros no queremos á otro.

“El duque de Orleans no se pronuncia, sino que aguarda nuestro voto: proclamémoslo y aceptará la Carta como la hemos siempre entendido y deseado. Del pueblo frances espera la corona.”

Esta proclama se leyó en el Hotel-de-Ville y fué generalmente aprobada.

Algunas voces se elevaron diciendo:

—Falta todavía saber si el duque de Orleans aceptará la corona.

Entonces pasó de mano en mano la nota enviada por M.

Laffitte y escrita en el castillo de Neuilly á las tres y cuarto de la mañana.

M. Laffitte, no la habia recibido hasta las once.

Dicha nota decia así:

“El duque de Orleans está en Neuilly con toda su familia: cerca de él, en Puteaux se encuentran las tropas realistas y bastaria una orden de la corte para que lo aprehendiesen logrando así poseer una prenda para su seguridad futura.

“Se proponen ir á verle en nombre de las autoridades constituidas, acompañadas convenientemente, y ofrecerle la corona. Si manifiesta escrúpulos de familia y de delicadeza, se le dirá que su permanencia en París es necesaria para la tranquilidad de la capital y de la Francia entera, y que se hallan en la necesidad de cuidarlo con la seguridad debida. Puede contarse con el buen éxito de esta medida; y aun puede asegurarse que ‘el duque de Orleans no tardará mucho en asociarse completamente á los deseos y votos de la nacion.’”

CAPÍTULO XLII.

POR su parte M. Thiers, despues de haber visto lo mal recibidas que fueron en el pueblo las proclamas, y el buen efecto que produjeron en el Hotel-de-Ville, habia vuelto á

casa de M. Laffitte para aceptar, en union de Scheffer la delicada y decisiva mision de ir á ofrecer al duque de Orleans la corona.

Scheffer era amigo de la familia del duque, tanto como puede serlo un artista de unos príncipes.

Ambos partieron.

El duque de Orleans no estaba en Neuilly.

Los dos embajadores solicitaron ver á la duquesa.

La duquesa los recibió.

Sin duda ignoraba la causa que los conducia, porque su semblante manifestaba mas severidad que inquietud.

M. Thiers tomó la palabra.

A medida que avanzaba en su discurso, el austero rostro de la duquesa se iba volviendo sombrío.

Cuando M. Thiers acabó, en lugar de responderle, volvióse á Scheffer que habia permanecido callado, y le dijo:

—¡Oh! caballero ¿cómo habeis podido encargarnos de semejante comision?—Que el señor—añadió designando á Thiers—que el señor lo haya hecho, lo concibo perfectamente porque no nos conoce, pero ves que nos habeis tratado de cerca. que podiais conocernos. . . . ah! nunca os perdonaremos esto. . . .

Los dos enviados saludaron é iban á retirarse cuando madama Adelaida se presentó acompañada de madama de Monjoie.

Solo una cosa inquietaba á madama Adelaida y era que su hermano y ella, ya al fin de su vida, tuviesen necesidad de volver al destierro en que habian pasado su juventud.

Asi es, que sin aceptar ni rechazar la proposicion hecha al duque de Orleans:

—Que hagan de mi hermano un presidente, un guardia nacional, todo lo que quieran. . . .—dijo—con tal que no hagan de él un proscripto.

Entonces los dos embajadores cobraron valor é insistieron con madama Adelaida: esta abandonando al instante la cues-

Laffitte y escrita en el castillo de Neuilly á las tres y cuarto de la mañana.

M. Laffitte, no la habia recibido hasta las once.

Dicha nota decia así:

“El duque de Orleans está en Neuilly con toda su familia: cerca de él, en Puteaux se encuentran las tropas realistas y bastaria una orden de la corte para que lo aprehendiesen logrando así poseer una prenda para su seguridad futura.

“Se proponen ir á verle en nombre de las autoridades constituidas, acompañadas convenientemente, y ofrecerle la corona. Si manifiesta escrúpulos de familia y de delicadeza, se le dirá que su permanencia en París es necesaria para la tranquilidad de la capital y de la Francia entera, y que se hallan en la necesidad de cuidarlo con la seguridad debida. Puede contarse con el buen éxito de esta medida; y aun puede asegurarse que ‘el duque de Orleans no tardará mucho en asociarse completamente á los deseos y votos de la nacion.’”

CAPÍTULO XLII.

POR su parte M. Thiers, despues de haber visto lo mal recibidas que fueron en el pueblo las proclamas, y el buen efecto que produjeron en el Hotel-de-Ville, habia vuelto á

casa de M. Laffitte para aceptar, en union de Scheffer la delicada y decisiva mision de ir á ofrecer al duque de Orleans la corona.

Scheffer era amigo de la familia del duque, tanto como puede serlo un artista de unos príncipes.

Ambos partieron.

El duque de Orleans no estaba en Neuilly.

Los dos embajadores solicitaron ver á la duquesa.

La duquesa los recibió.

Sin duda ignoraba la causa que los conducia, porque su semblante manifestaba mas severidad que inquietud.

M. Thiers tomó la palabra.

A medida que avanzaba en su discurso, el austero rostro de la duquesa se iba volviendo sombrío.

Cuando M. Thiers acabó, en lugar de responderle, volvióse á Scheffer que habia permanecido callado, y le dijo:

—¡Oh! caballero ¿cómo habeis podido encargarnos de semejante comision?—Que el señor—añadió designando á Thiers—que el señor lo haya hecho, lo concibo perfectamente porque no nos conoce, pero ves que nos habeis tratado de cerca. que podiais conocernos. . . . ah! nunca os perdonaremos esto. . . .

Los dos enviados saludaron é iban á retirarse cuando madama Adelaida se presentó acompañada de madama de Monjoie.

Solo una cosa inquietaba á madama Adelaida y era que su hermano y ella, ya al fin de su vida, tuviesen necesidad de volver al destierro en que habian pasado su juventud.

Asi es, que sin aceptar ni rechazar la proposicion hecha al duque de Orleans:

—Que hagan de mi hermano un presidente, un guardia nacional, todo lo que quieran. . . .—dijo—con tal que no hagan de él un proscripto.

Entonces los dos embajadores cobraron valor é insistieron con madama Adelaida: esta abandonando al instante la cues-

tion de las susceptibilidades de familia, abordó la más grave y difícil de las susceptibilidades políticas.

Consistía en M. Thiers convencerla, y no le costó gran trabajo.

La princesa deseaba que la convenciesen.

Después, como la reina indicaba nuevas objeciones:

—¡Oh! lo que es yo—dijo ella—no soy una princesa extranjera: soy hija de París, y si estos Señores lo creen útil para la causa de mi hermano estoy pronta á presentarme en medio de los parisienses.

Los dos enviados no juzgaron necesario este paso y quedó convenido que se avisaría al duque de Orleans lo más pronto posible del estado de las ideas en la capital y de la oferta que se le hacía.

M. de Montesquiou partió al instante á llevar este aviso al príncipe, ocultó en un sitio conocido solo de los del castillo.

¿Qué hacían entretanto M. de Mortemart por un lado y los republicanos por otro?

Como unos y otros debían encontrarse á medio día en el Hotel-de-Ville en el momento en que los diputados bajo la presidencia de M. Laffitte se reunían en el Palacio-Borbon, veamos lo que pasaba en el Hotel-de-Ville.

Ya hemos hablado de los rumores producidos por la proclama salida de la imprenta del *Nacional*.

Los gefes del partido republicano prevenidos á tiempo de lo que ocurría, se habían reunido armados en casa de Lointier.

Entre ellos, se habían deslizado, para saber sus proyectos algunos emisarios del partido orleanista que ostensiblemente aparecían como republicanos.

Estos emisarios se presentaron á los republicanos contando con la adhesión de Beranger.

En efecto, Beranger, cuyo nombre pronunciamos por la vez primera, era quizás el que más había trabajado en favor del duque de Orleans.

Beranger era el alma de M. Laffitte.

M. Laffitte, hombre lleno de gracia y de cortesanía cuando su propio interés ó el de su popularidad lo demandaban, M. Laffitte abandonado á sí mismo, era débil, indeciso, y apenas medianamente instruido en los hechos históricos, sin cuyo conocimiento puede poseerse y ostentarse la política del corazón pero no la del razonamiento.

Todo lo que tenía M. Laffitte lo tenía Beranger, y además poseía lo que á aquel le faltaba.

Beranger había comprendido, aunque republicano en el alma, que antes de llegar á la república había aun una última forma de gobierno de que hacer uso: comprendió que al descender de la monarquía de derecho divino á la magistratura popular, no podía hacerse por una suave pendiente, sino que se esponían á caer en un inmenso abismo. Desinteresado como lo había sido siempre, desconfiando del duque de Orleans pero desconfiando más todavía de los representantes del partido democrático, había apoyado al duque de Orleans con su popularidad, con su talento y con su integridad.

M. Laffitte tenía la mayor confianza en Beranger, y con justa razón, por que la mejor parte de su popularidad, la debía M. Laffitte á la influencia que Beranger ejercía en él.

Pero por poderoso que fuese el nombre de Beranger, tenía varios grados de poder, estendiéndose este menos en los salones de M. Lointier que en los de M. Laffitte. Así es que el orador orleanista que hablaba en nombre de M. Laffitte y que invocaba la adhesión de Beranger, recibió un escupitajo en la cara que le lanzó un miembro de la asamblea que mirando su traición quería acabar con el traidor de un balazo.

Se le quitó el fusil con que le amenazaba y en medio de mil rumores se redactó esta manifestación destinada al gobierno provisional del Hotel-de-Ville.

“Ayer ha reconquistado el pueblo sus sagrados derechos,

á precio de su sangre: el mas precioso de aquellos, es, el de poder elejir su gobierno con toda libertad: es necesario impedir por lo mismo, la circulacion de cualquiera clase de proclamas que señalen un gefe, pues ni aun la forma de gobierno está determinada.

“Existe una representacion provisional de la nacion: adoptémosla interin son conocidos los deseos de la mayoría de los franceses.”

Se necesitaba una persona segura para llevar esta manifestacion al Hotel-de-Ville. Elijóse á Hubert, el mismo á quien hemos visto hacer tan gran papel en la invasion de la cámara el 15 de Mayo.

Hubert se dirigió al Hotel-de-Ville: iba vestido de guardia nacional, pero para mayor seguridad rodavía, lo acompañaban seis miembros de la reunion.

Estos seis guardianes del pabellon republicano, que se encargó Hubert de desplegar y sostener con su tan conocido valor, eran Bastide, Hingray, Teste, Guinard, Trélat y Pouvelle.

La diputacion se presentó ante el general La Fayette.

Hubert llevaba la representacion en la punta de la bayoneta de su fusil: abrióla, leyóla en alta voz, y concluida la lectura, dijo mostrando las huellas de las balas que se percibian en el techo:

—En nombre de la sangre derramada, mi general, yo os conjuro para que no dejeis nos arranquen el premio de la victoria.

El general La Fayette estaba muy embarazado: habia contraido ya algunos compromisos, y así es, que respondió al conciso discurso de Hubert con una manifestacion prolija en que hizo una confusa mezela de sus recuerdos de América y de Francia. Debatiase en medio del lago de tibia elocuencia de su discurso, en el que sobrenadaban de vez en cuando ideas mas bien constitucionales que republicanas, cuando el general Carbonnel se aproximó anun-

ciándole la visita de un par de Francia, que deseaba hablarle á él solo.

Esta fué una fortuna para La Fayette en aquellos momentos, porque le evitaba dar una respuesta positiva.

Trató de levantarse, pero los jóvenes republicanos le detuvieron.

Conocian que su La Fayette iba á escapárseles.

Carbonnel insistia.

—Hacedle entrar—le dijo por fin La Fayette.

—Pero el par de Francia no quiere hablar mas que á vos.

—Entonces—dijo el general—no logrará hablarme, porque me hallo entre amigos para los que no tengo nada oculto.

Y saludó con la mayor gracia á los jóvenes republicanos.

Aun le quedaba al antiguo defensor de las libertades del 89, un resto de aquellas formas aristocráticas, cuya influencia sentian las naturalezas mas rudas.

Los jóvenes se frotaron las manos de gusto, y el par de Francia fué introducido.

Era M. de Sussy.

Llegaba de la cámara de diputados que habia rehusado recibirlo.

Era portador de la ordenanza de Carlos X redactada durante la noche por MM. de Argout y de Vitrolles. Esta ordenanza le habia sido entregada por M. de Mortemart, que habia puesto en sus manos los intereses de la monarquía.

Se habia dirigido desde luego á la cámara, pero habia llegado precisamente en el mismo momento en que MM. Sebastiani y Benjamin Constant acababan de estender la declaracion siguiente, que leida en la tribuna habia arrancado infinitos aplausos:

“La reunion de los diputados que residen actualmente en Paris, ha creido urgente suplicar á S. A. R. M. el duque de Orleans se venga á la capital para ejercer en ella las funciones de teniente general del reino, y se le manifieste

los deseos que hay de conservar la cucarda-tricolor. Se necesita absolutamente poder ofrecer á la Francia, en la próxima sesion de las cámaras, todas las garantías indispensables para la mejor y mas completa ejecucion de la Carta."

Adoptada esta proposicion, nombróse una comision de doce miembros para manifestar al duque de Orleans los deseos de la cámara.

Veamos que es lo que habia determinado á M. de Sussy á dirigirse al general La Fayette.

M. de Sussy estaba de desgracia: si malo era el momento para hablar de Carlos X en la cámara, peor era para ocuparse de él en el Hotel-de-Ville.

En efecto, apenas vió el general de lo que se trataba, pasó la nueva ordenanza á la diputacion republicana.

Era el medio mas seguro para separar las ideas de la candidatura del duque de Orleans.

Un solo grito se escuchó: grito elevado en coro por toda la diputacion:

—¡No mas Borbones! ¡No mas Borbones! Un republicano hasta se atrevió á alzar la mano contra M. de Sussy.

Trélat le detuvo.

—¿Qué vas á hacer? le preguntó?

—¿Qué voy á hacer? á echarlo por la ventana.....

—¿Qué pienses en eso! un agente.....

—Caballero, dijo La Fayette, ya veis el estado de exaltacion en que se encuentran los espíritus. Todo lo que puedo hacer por vos, es introducir y presentaros á la comision municipal.

El conde de Lobau que allí se hallaba, se ofreció á acompañar al conde. M. de Sussy aceptó, suplicando á La Fayette se sirviese dirigir una carta á M. de Mortemart, manifestándole que él habia tratado de desempeñar su mision.

Mientras introducian á M. de Sussy ante la comision municipal, M. de La Fayette escribia la siguiente carta:

"Señor duque:

"He recibido la carta que me habeis hecho el honor de dirigirme, con todos los afectuosos sentimientos que vuestro carácter ha largo tiempo me inspira. El señor conde de Sussy os dará cuenta de la visita que ha tenido á bien hacerme: yo he llenado vuestras intenciones leyendo ante las personas que me rodeaban, vuestra misiva y he invitado á M. de Sussy pasase á verse con la poco numerosa comision que se hallaba en el Hotel-de-Ville. Ha visto á M. Laffitte que estaba con varios de sus colegas; y cuidaré de remitir al general Gérard los pliegos de que me ha encargado.

"Los deberes que me detienen aquí me imposibilitan poder ir á buscaros en persona. Si vinieseis al Hotel-de-Ville, tendré el honor de recibiros pero sin que sacásemos utilidad ninguna para el principal objeto de nuestra conversacion, porque vuestras comunicaciones han sido dirigidas á mis colegas."

M. de La Fayette mostró esta carta á la diputacion republicana, que se retiró refunfuñando.

—Idos, idos, les dijo M. Odilon Barrot, pero creedme, el duque de Orleans es la mejor de las repúblicas.

Ya al salir, Audry de Puyraveau deslizó un paquete en la mano de Hubert.

—Tomad—le dijo en voz baja—leed esa proclama.

Era la proclama redactada por la comision municipal. Decia así:

"La Francia es libre, y quiere una constitucion.

"Solo permite al gobierno provisional el derecho de consultarla.

"Mientras no haya espresado su voluntad por medio de nuevas elecciones, respecto á los principios políticos siguientes, la custodia de la constitucion está confiada á ella sola, á la nacion.

"No mas trono.

"El gobierno ejercido por mandatarios elegidos por la nacion.

“El poder ejecutivo confiado á un presidente temporal.
 “Reunion de todos los ciudadanos para la eleccion de diputados.

“Libertad de cultos: no mas cultos de Estado.

“Los empleos en los ejércitos de mar y tierra, garantizados de toda destitucion arbitraria.

“Formacion de guardias nacionales en todos los puntos de Francia.

“Los principios por los cuales acabamos de esponer nuestras vidas, los sostendremos en caso necesario hasta por medio de una insurreccion legal.”

Esta proclama leida por Hubert á la multitud reunida en la plaza del Hotel-de-Ville, es la expresion mas avanzada de las opiniones republicanas de 1830.

En 1848, se dejó del primer golpe, bien atras á 1830.

Mientras que el republicanismo se batia con el trono, entretanto Hubert leia su proclama al aire libre, y M. de Mortemart trataba inutilmente de hacer reconocer sus ordenanzas, veamos que se habia hecho del futuro rey de Francia.

Luis Felipe, como es muy sabido, pasaba todos los veranos en Neuilly con su familia. Allí, pues, fué donde supo con sorpresa lo de las ordenanzas y donde principió á percibir los primeros rumores de la insurreccion. Su ansiedad era inmensa: el momento aguardado tanto tiempo, habia llegado al fin. Mientras solo habia percibido la seductora fantasma allá en el horizonte, el duque habia avanzado hácia ella con valor; pero una mañana, la fantasma se hizo corpórea, se convirtió en realidad, y se llegó á él: entonces el duque conoció que esta realidad se llamaba *usurpacion*. La palabra era espantosa: el hecho era difícil de realizar.

El duque de Orleans tenia energia; pero su energia le faltó.

De Paris á Saint-Cloud tanto temia á los insurgentes como á los guardias realistas; los unos podian reclamarle como jefe, los otros detenerle como rehenes.

Luis Felipe se ocultó en uno de los pabelloncitos de su parque llamado *la Lecheria*.

Allí se estuvo durante los dias 28 y 29.

Pero el 29, despues de haber recibido un despacho de Laffitte, su inquietud aumentó en tal grado que no se creyó bastante seguro en su pabellon y se fué para Raincy con M. Oudard.

Llevaba una levita color de castaña, un pantalon blanco y sombrero gris con una cucarda tricolor hecha por su hermana.

El dia 29, á las tres, supo la toma de las Tullerías, y la victoria del pueblo.

La situacion era estrema: se trataba para él nada menos que de la proscripcion ó del trono.

Del trono, es decir, de la eterna ambicion de su raza.

Del destierro, es decir, del constante terror de su vida.

El 30 en la mañana aun fué peor: recibió un mensaje de M. Laffitte invitándole á escoger entre la corona y un pasaporte.

Sin embargo, durante todo el dia 30, el duque de Orleans permaneció en su retiro de Raincy sin dar señal de vida.

Entretanto, su hijo el duque de Chartres, como lo hemos visto, estuvo espuesto á ser fusilado en Montrouge.

Entretanto, la comision de la cámara iba al Luxemburgo á solicitar la tenencia general del reino para el duque de Orleans.

Entretanto, los republicanos experimentaban las primeras decepciones.

Entretanto, el trono sufría las últimas negativas.

La diputacion de la cámara se presentó en el Palacio Real: el duque no estaba.

Se presentó en Neuilly: tampoco estaba el duque.

La declaracion se entregó á madama Adelaida.

No habia ya medio de volver atras.

En la noche, el duque de Orleans, avisado de todo lo que habia ocurrido, volvió á Neuilly.

La declaracion se leyó en el parque por el duque de Orleans, rodeado de su familia, con cierta solemnidad manifestada mas tarde en una especie de monumento del gusto de M. Fontaine, elevado en el sitio mismo en que la declaracion se leyó.

Luego, despues de haber abrazado á su esposa, á su hermana y á sus hijos, el duque partió para Paris con MM. Berthois, Heymés y Oudard.

Nosotros le hemos visto entrar en la capital, atravesar las barricadas y penetrar en el Palacio Real por la puerta de la casa número 216 de la calle de San Honorato.

Su primer cuidado fué enviar un recado á Laffitte, avisándole su llegada, y cumplimentar á La Fayette que con su influencia habia logrado tranquilizar algo al pueblo.

Al mismo tiempo, sabiendo que Mortemart se hallaba en Paris y el objeto que tenia, le mandó suplicar pasara á verlo al Palacio Real.

M. de Mortemart iba á volverse á Saint-Cloud cuando recibió este aviso, y juzgó importante detener su partida. Siguió al ayudante que habia ido á verle, llegó al Palacio Real á las diez y media, y fué introducido ante el príncipe por M. Oudard.

El príncipe estaba en un pequeño gabinete completamente separado de los demas departamentos suyos y de su familia, y como hacia un calor insoportable, estaba medio vestido recostado en un pequeño colchon que se hallaba en el suelo. Un abundante sudor que no debia atribuirse al calor solo sino tambien á las angustias de su alma y á las agitaciones de su espíritu, corria por su frente: su mirada era la mirada de un hombre que delira, y sus palabras rápidas y entrecortadas.

Ciertamente Carlos X en el momento de perder su corona estaba menos agitado que Luis Felipe en Paris en el mo-

mento de usurpársela. Al instante que percibió á M. de Montemart, el príncipe se levantó de su lecho.

—Ah! llegad, señor duque, llegad—escuchadme para que podais transmitir mis palabras al rey; estoy dolorosamente afectado por todo lo que pasa... Vais á volver á ver á S. M. en Saint Cloud ¿no es verdad?

—Sí, Monseñor.

—Pues bien—continuó el duque con vivacidad—decidle que me han traído á la fuerza á Paris. Ayer en la noche, una porcion de hombres han invadido á Neuilly, me han buscado á nombre de los diputados, y sabiendo que estaba ausente, han declarado á la duquesa que iba á ser conducida presa á Paris con todos sus hijos y que permanecería así hasta que yo pareciese. Entonces, solo entonces, la duquesa trémula y agitada me escribió un billete llamándome. Mi amor á mi mujer y á mis hijos me hizo olvidar todo lo demas y acudí. He venido solo por libertar á mi familia y me han conducido aquí esta tarde.

Todos saben lo que habia de verdad en esta odisea, que acababa de recitar el duque á M. de Mortemart.

Por desgracia en el mismo momento resonaron en la calle los gritos de *¡Viva el duque de Orleans!* que hallaron eco en los patios del Palacio-Real.

—¿Oís, monseñor? dijo M. de Mortemart.

—Sí, sí, ya escucho—respondió el príncipe—pero decidle al rey que antes me dejaré matar que aceptar la corona.

Y por si su sola palabra no le bastase al rey, el duque de Orleans se dirigió á una mesa, tomó una pluma y trazó algunas líneas que rotuló á Carlos X.

Era una protesta contra el destino que le reservaban la cámara de diputados y la de los pares.

M. de Mortemart dobló el billete, le ocultó entre los pliegues de su corbata, saludó al príncipe y salió.

¿Cuán triste y agitada debió ser para el duque de Or-

leans la noche del 30 al 31! ¡solo él podría contar sus horribles angustias!

Nosotros hemos relatado todo lo que pudo traspirarse: sin duda despues de la entrevista con M. de Mortemart, hubo otra entre el futuro rey de Francia y M. Laffitte; pero los pormenores de ella nos son desconocidos y no podemos por lo mismo manifestarlos.



MIENTRAS tanto, á escepcion de Cárlos X, que en medio del terror creciente de sus servidores y de su familia, permanecía sereno y con esa calma que presta solo el error y la obstinacion; Saint-Cloud era el teatro de escenas violentas é inesperadas que completaban las estrañas peripecias del gran drama que se representaba en aquellos momentos entre el pueblo y el rey.

Ragusa, el hombre de la fatalidad, la víctima elegida por el destino para cargar en este mundo y en el otro con el peso de dos imperios, Ragusa, despues de haber disputado el terreno palmo á palmo, llorando su derrota menos amargamente quizá que hubiera llorado su victoria, habia ido á reunirse con la familia real en Saint-Cloud.

A la llegada del duque de Ragusa, aun podia contar Cárlos X con cinco ó seis mil hombres, que unidos á los restos

de las tropas que acababan de dejar á Paris, podian formar un cuerpo de cosa de diez mil hombres.

El delfin queria reunir los diez mil hombres y marchar sobre Paris. Le habia escitado y sostenido en su resolucion M. de Champagny, hombre valeroso y resuelto, tan adicto al príncipe que se hubiera dejado matar con solo una palabra suya.

M. de Champagny habia ordenado un plan de resistencia, que estaba dispuesto á poner en ejecucion previo el consentimiento del rey.

El delfin solicitó y obtuvo una entrevista del rey, y en esta audiencia M. de Champagny espuso á la aprobacion de Cárlos X el proyecto siguiente:

El rey marchará inmediatamente á Orleans donde se reconcentrarán todas las tropas: el mariscal Oudinot y el general Coetlosquet se encargarán del mando de los cuerpos de Lunéville y de Saint-Omer que se creia se dirijian á Paris, y se apoderarán en Tolon del tesoro del dey de Alger que acaba de llegar allí, y que asciende nada menos que á la enorme suma de cincuenta millones. Al mariscal Bourmont, se le hará venir de África, con todas las fuerzas de que pueda disponer; unirá las provincias realistas del Mediodía á las provincias realistas de la Vendée, y la guerra civil quedará establecida en Francia sobre las bases mas sólidas para poder luchar.

El rey escuchó este plan con el aire mas lánguido y distraido. Al ver se amontonaban los sucesos sobre su cabeza, como las nubes del cielo impelidas por el viento, dudó de su fortuna y de la suerte de su monarquía. Los días del reinado de la casa de Borbon habia concluido y no era un sacrilegio proseguir resistiéndose no á la voluntad de los hombres, sino á la voluntad de Dios que parecia decirle: ¡Basta ya!

—Hablad de todo eso al delfin—rrespondió.

Era del todo inútil hablar al delfin, pues que el mismo

leans la noche del 30 al 31! ¡solo él podría contar sus horribles angustias!

Nosotros hemos relatado todo lo que pudo traspirarse: sin duda despues de la entrevista con M. de Mortemart, hubo otra entre el futuro rey de Francia y M. Laffitte; pero los pormenores de ella nos son desconocidos y no podemos por lo mismo manifestarlos.



MIENTRAS tanto, á escepcion de Cárlos X, que en medio del terror creciente de sus servidores y de su familia, permanecía sereno y con esa calma que presta solo el error y la obstinacion; Saint-Cloud era el teatro de escenas violentas é inesperadas que completaban las estrañas peripecias del gran drama que se representaba en aquellos momentos entre el pueblo y el rey.

Ragusa, el hombre de la fatalidad, la víctima elegida por el destino para cargar en este mundo y en el otro con el peso de dos imperios, Ragusa, despues de haber disputado el terreno palmo á palmo, llorando su derrota menos amargamente quizá que hubiera llorado su victoria, habia ido á reunirse con la familia real en Saint-Cloud.

A la llegada del duque de Ragusa, aun podia contar Cárlos X con cinco ó seis mil hombres, que unidos á los restos

de las tropas que acababan de dejar á Paris, podian formar un cuerpo de cosa de diez mil hombres.

El delfin queria reunir los diez mil hombres y marchar sobre Paris. Le habia escitado y sostenido en su resolucion M. de Champagny, hombre valeroso y resuelto, tan adicto al príncipe que se hubiera dejado matar con solo una palabra suya.

M. de Champagny habia ordenado un plan de resistencia, que estaba dispuesto á poner en ejecucion previo el consentimiento del rey.

El delfin solicitó y obtuvo una entrevista del rey, y en esta audiencia M. de Champagny espuso á la aprobacion de Cárlos X el proyecto siguiente:

El rey marchará inmediatamente á Orleans donde se reconcentrarán todas las tropas: el mariscal Oudinot y el general Coetlosquet se encargarán del mando de los cuerpos de Lunéville y de Saint-Omer que se creia se dirijian á Paris, y se apoderarán en Tolon del tesoro del dey de Alger que acaba de llegar allí, y que asciende nada menos que á la enorme suma de cincuenta millones. Al mariscal Bourmont, se le hará venir de África, con todas las fuerzas de que pueda disponer; unirá las provincias realistas del Mediodía á las provincias realistas de la Vendée, y la guerra civil quedará establecida en Francia sobre las bases mas sólidas para poder luchar.

El rey escuchó este plan con el aire mas lánguido y distraido. Al ver se amontonaban los sucesos sobre su cabeza, como las nubes del cielo impelidas por el viento, dudó de su fortuna y de la suerte de su monarquía. Los días del reinado de la casa de Borbon habia concluido y no era un sacrilegio proseguir resistiéndose no á la voluntad de los hombres, sino á la voluntad de Dios que parecia decirle: ¡Basta ya!

—Hablad de todo eso al delfin—rrespondió.

Era del todo inútil hablar al delfin, pues que el mismo

Delfin era el que habia enviado á M. de Champagny á la cámara del rey.

El Delfin se presentó.

—Sire—dijo al rey—no solo apruebo ese plan: hago mas que aprobarlo, lo recomiendo á V. M.

—¡Pero bien! preguntó Cárlos X—¿qué deseais entonces?

—La autorizacion formal para ponerlo en obra.

El rey reflexionó un instante, y sacudiendo despues la cabeza.

—¡Oh! no—dijo—no!...

Se hallaba en uno de esos instantes de desfallecimiento que tienen los reyes á la hora de su caída: desfallecimiento que esperimentó Napoleon en Fontainebleau en 1814 y en el Eliseo en 1815; desfallecimiento que debia sentir Luis Felipe en las Tullerías en 1848.

El Delfin se retiró furioso á su departamento: arrojó su espada al suelo, y se tiró sollozando en un sillón.

M. de Champagny le habia acompañado: dejó pasar la primera esplosion de su cólera, y propuso despues al Delfin obrase como si hubiera obtenido la autorizacion del rey.

El Delfin estaba en uno de esos momentos de exaltacion, en que los consejos estremos son los que mas halagan al dolor. Aceptó esta cuasi-revolucion en contra de su padre, y él y M. de Champagny comenzaron á redactar una proclama para la tropa.

Ya estaba concluida é iba á leerse, cuando anunciaron al Delfin que el general Talon deseaba hablarle.

—¡El general Talon! preguntó el Delfin—¿no es el que con tanto valor se batió antes de ayer en el Hotel-de-Ville?

—El mismo, monseñor—respondió el ayudante.

—Hacedle entrar—dijo el príncipe.

El general Talon apareció en el umbral de la puerta, con las cejas fruncidas y sombría la mirada.

—Monseñor—dijo—estoy pronto á morir por vuestra augusta familia—y no hablaré mas de una adhesion de la que

he dado pruebas; pero esta adhesion tiene sus límites y no me permite afrontar la deshonra.

—¡La deshonra!—esclamó el Delfin—¿qué quereis decir, general?

—Lo que quiero decir es—contestó el general Talon—que acaba de leerse á las tropas una proclama, noticiándoles como un suceso dichoso la retractacion de las ordenanzas.

—¿Por quién está firmada esa proclama? ¡espero que no será por el rey!—gritó el delfin.

—No, monseñor—por el duque de Ragusa.

El Delfin lanzó un grito de corage, corrió como un loco al cuarto del rey, preguntando en todas partes donde estaba el mariscal, y avisado que este se hallaba en la sala de villar, entró bruscamente en ella.

El duque de Ragusa se encontraba allí en efecto, el Delfin le mandó le siguiese á una pieza próxima.

La sala de billar estaba llena.

La órden fué tan brusca, dada con un acento tan vibrante y agitado que todos quedaron inmóviles, siguiendo ansiosos con la vista al mariscal que iba detras del Delfin.

La puerta se cerró tras de ellos.

Como *empezó*, segun se dice en términos teatrales, la escena que pasó entonces entre el mariscal y el príncipe, nadie podrá decirlo porque ambos estaban solos; pero de pronto se oyeron fuertes gritos, la puerta se abrió con violencia, y el mariscal apareció con la cabeza descubierta y andando hácia atras seguido del Delfin que le insultaba y le amenazaba á la vez. En fin, en contestacion á una respuesta dada por el mariscal á tantos insultos y amenazas:

—Sois un traidor, caballero—esclamó el Delfin—nos habeis traicionado como habeis traicionado al otro. Vuestra espada! vuestra espada!

Y lanzándose sobre el mariscal trató de arrancarle la espada, que desenvainó á medias.

Con un movimiento rápido el mariscal metió su espada, pero la afilada hoja deslizándose entre las manos del Delfín, hirióle los dedos y brotó la sangre.

A la vista de su sangre el príncipe perdió la cabeza.

La sala estaba llena de guardias.

—A mí, señores, á mí! gritó mostrando la mano ensangrentada.

Los guardias obedecieron y rodearon al mariscal, no tanto para arrestarlo como para libertarlo de la cólera del príncipe.

La orden había sido formal, y se condujo al mariscal á una cámara donde se le detuvo prisionero.

Apenas había pasado esta escena cuando ya había tenido noticia de ella el rey: el noble anciano salió de su apatía. Tenía una gran injusticia que reparar y que endulzar una dolorosa herida.

—Decid al mariscal que está levantado su arresto,—gritó desde su puerta entreabierta—y que le suplico venga á verme al instante.

Un momento despues el mariscal apareció en el umbral.

Carlos X dió tres pasos hácia el duque de Ragusa.

—Señor mariscal—le dijo—acabo de saber lo que ha pasado—recibid mis excusas mientras el Delfín os hace las suyas.

Había tal espresion de dolor en aquel anciano, que en los momentos mismos de perder un trono, hallaba aun palabras para consolar un ofendido orgullo, que una lágrima brotó de los párpados del mariscal, y con voz conmovida dió las gracias al rey por sus bondades.

El rey aprovechó este instante para rogar al mariscal fuese á buscar al Delfín.

—Para qué? le preguntó el duque de Ragusa.

—Para ofrecerle vuestras excusas, mi querido mariscal—contestó el rey—y sobre todo para recibir las suyas.

El duque se inclinó en señal de obediencia y fué á bus-

car al Delfín; pero cuando el Delfín tendió la mano al mariscal, éste dió un paso atras, le saludó y se fué.

Su mano había rehusado tocar la del príncipe.

Despues de la lectura de la proclama del duque de Ragusa, despues de la violenta escena habida entre él y el príncipe, ya no había medio de poner en obra el plan de resistencia presentado por M. de Champagny.

Ademas, toda la energia del Delfín se había gastado en esta lucha. Cada uno se retiró á su departamento, donde, segun su debilidad ó su fuerza, trató de luchar contra el destino, ó se inclinó sumiso ante la mano del Señor.

Hácia media noche, es decir, cuando el duque de Mortemart dejaba el Palacio Real, llevándose la carta del duque de Orleans en la que protestaba su fidelidad al rey, la duquesa de Berry llena de terror irresistible y maternal, se levantó de su lecho, corrió al cuarto del Delfín y le suplicó no se obstinase en permanecer mas tiempo en Saint-Cloud que se hallaba amenazado.

Nadie pensó en preguntar quién amenazaba á Saint-Cloud; pero la frase *Saint-Cloud está amenazado* se esparció al instante mismo en los corredores y cámaras del palacio, y todo el mundo se puso en pié: despertóse al rey, dijosele que Saint-Cloud estaba amenazado y se le pidieron órdenes.

Los horas despues, el rey, la duquesa de Berry y los dos vástagos reales, se dirigian á Trianon escoltados por cien guardias de corps.

El Delfín fué el último que quedó para dirigir la retirada de la ropa.

Al día siguiente aparecía esta proclama firmada por el duque de Orleans, y que anunciaba á los parisienses su aceptación.

“Habitantes de Paris!

“Los diputados de la Francia, reunidos en este instante en Paris, han espresado el deseo de que viniese á esta ca-

pital para ejercer en ella las funciones de teniente general del reino.

“No he dudado un momento y he llegado para dividir con vosotros los peligros, para colocarme en medio de este heroico pueblo, y hacer todos los esfuerzos posibles para preservaros de la guerra civil y de la anarquía. Al entrar en la ciudad de Paris traia con orgullo los gloriosos colores que habeis vuelto á adoptar, y que he llevado por tanto tiempo.

“Las cámaras van á reunirse: á ellas les toca poner los medios para mantener el orden, las leyes y los derechos de la nacion.

“Una Carta será de hoy mas una verdad.—L. F. de Orleans.”

Pero antes de estender esta proclama antes de contraer este compromiso, el duque de Orleans como aquellos hombres de la antigüedad que nada hacian sin consultar el oráculo de Delfos ó de Dodona, habia consultado al Calchas de la calle de San Florentino.

M. de Sebastiani fué el encargado por el príncipe para ir á escuchar el moribundo acento que disponia todavía de las coronas. Fué introducido ante M. de Talleyrand en el momento mismo en que se estaba vistiendo, y le presentó la carta que en forma de consulta le dirigia el príncipe.

—Que acepte—contestó M. de Talleyrand y el príncipe aceptó.

Aceptando, habíase obrado una gran revolucion loca: la monarquía plebeya habia sustituido á la monarquía aristocrática.

CAPÍTULO XLIV.

LA proclamacion del duque de Orleans se leyó en la cámara y fué acogida con el mayor entusiasmo. Hubo un momento de duda en que todos veian delante y detras de sí, y cada uno deseaba saber dónde habian llegado.

Benjamin Constant, M. Guizot, M. Béran y M. Villemain se encargaron de poner algun orden en este juego de ajedrez en que tantos peones habian sido derribados, y en que á un rey, descendiente de tantos reyes, se le habia dado jaque-mate.

He aquí el trabajo de estos señores;

“Franceses! la Francia es libre. El absolutismo alzaba su bandera: el heroico pueblo de Paris la ha abatido. Paris, atacado, ha hecho triunfar con las armas la causa sagrada que habia triunfado inútilmente en las elecciones. Un poder usurpando nuestros derechos y perturbando nuestro reposo amenazaba á la vez á la libertad y al orden; pero ya hemos vuelto á estar en posesion del orden y de la libertad.”

“No mas temores por los derechos adquiridos: no mas obstáculos para adquirir los que deseamos y nos faltan todavía.

“Lo primero que necesita la patria ahora es un gobierno que sin temor alguno nos garantice la posesion de aquellos bienes: ¡Franceses! los diputados que se hallan en Paris se han reunido, y mientras pueden tomar una intervencion formal

pital para ejercer en ella las funciones de teniente general del reino.

“No he dudado un momento y he llegado para dividir con vosotros los peligros, para colocarme en medio de este heroico pueblo, y hacer todos los esfuerzos posibles para preservaros de la guerra civil y de la anarquía. Al entrar en la ciudad de Paris traia con orgullo los gloriosos colores que habeis vuelto á adoptar, y que he llevado por tanto tiempo.

“Las cámaras van á reunirse: á ellas les toca poner los medios para mantener el orden, las leyes y los derechos de la nacion.

“Una Carta será de hoy mas una verdad.—L. F. de Orleans.”

Pero antes de estender esta proclama antes de contraer este compromiso, el duque de Orleans como aquellos hombres de la antigüedad que nada hacian sin consultar el oráculo de Delfos ó de Dodona, habia consultado al Calchas de la calle de San Florentino.

M. de Sebastiani fué el encargado por el príncipe para ir á escuchar el moribundo acento que disponia todavía de las coronas. Fué introducido ante M. de Talleyrand en el momento mismo en que se estaba vistiendo, y le presentó la carta que en forma de consulta le dirijia el príncipe.

—Que acepte—contestó M. de Talleyrand y el príncipe aceptó.

Aceptando, habíase obrado una gran revolucion loca: la monarquía plebeya habia sustituido á la monarquía aristocrática.

CAPÍTULO XLIV.

LA proclamacion del duque de Orleans se leyó en la cámara y fué acogida con el mayor entusiasmo. Hubo un momento de duda en que todos veian delante y detras de sí, y cada uno deseaba saber dónde habian llegado.

Benjamin Constant, M. Guizot, M. Béran y M. Villemain se encargaron de poner algun orden en este juego de ajedrez en que tantos peones habian sido derribados, y en que á un rey, descendiente de tantos reyes, se le habia dado jaque-mate.

He aquí el trabajo de estos señores;

“Franceses! la Francia es libre. El absolutismo alzaba su bandera: el heroico pueblo de Paris la ha abatido. Paris, atacado, ha hecho triunfar con las armas la causa sagrada que habia triunfado inútilmente en las elecciones. Un poder usurpando nuestros derechos y perturbando nuestro reposo amenazaba á la vez á la libertad y al orden; pero ya hemos vuelto á estar en posesion del orden y de la libertad.”

“No mas temores por los derechos adquiridos: no mas obstáculos para adquirir los que deseamos y nos faltan todavía.

“Lo primero que necesita la patria ahora es un gobierno que sin temor alguno nos garantice la posesion de aquellos bienes: ¡Franceses! los diputados que se hallan en Paris se han reunido, y mientras pueden tomar una intervencion formal

las cámaras han invitado á un francés que jamas ha combato sino en favor de la Francia, al duque de Orleans, para que ejerza las funciones de teniente general del reino. Este es, á su modo de ver, el único medio de poder completar con la paz el buen éxito de la mas legitima defensa.

“El duque de Orleans es adicto á la causa nacional y á la constitucion: ha defendido siempre esos intereses y ha profesado siempre esos principios. Él respetará nuestros derechos, porque nos deberá á nosotros los suyos. Aseguraremos por medio de leyes todas las garantías necesarias para dar fuerza á la libertad y hacerla durable.

“Restablecimiento de la guardia nacional, pudiendo los guardias nacionales elegir sus oficiales y gefes;

“Intervencion de los ciudadanos en la formacion de las administraciones municipales y departamentales;

“Jurados para los delitos de imprenta;

“Responsabilidad legal de los ministros de Estado y de los agentes secundarios de la administracion;

“La suerte de los militares legalmente asegurada;

“Reeleccion de los diputados promovidos á empleos públicos.

“En fin, daremos á nuestras instituciones, de acuerdo con el gefe del Estado, todo el desarrollo que necesiten.

“Franceses! el mismo duque de Orleans ha hablado ya, y su lenguaje es el que conviene á un pais libre.

“Las cámaras van á reunirse—os ha dicho—y á ellas les toca poner los medios para mantener el orden, las leyes y los derechos de la nacion. La Carta será de hoy mas una verdad.”

Esto mismo habia dicho el duque, salvo un pequeño cambio en el último renglon.

Este cambio era pequeño, pero significaba mucho. En lugar de: una Carta será de hoy mas una verdad, aquellos señores habian puesto:

“La Carta será de hoy mas una verdad.”

Esta *errata* evitaba hacer una Carta nueva, y lograba el gobierno de las barricadas utilizando la antigua, no dar al pueblo mas que la suma de libertad prometida por el gobierno caido.

Una comision de la cámara se dirigió á ver al duque de Orleans para felicitarle y acompañarle despues al Hotel-de-Ville.

El duque de Orleans contaba con la cámara de los pares y la de diputados: le faltaba conquistar el Hotel-de-Ville.

El Hotel-de-Ville, es decir, la fortaleza en que hace mas de novecientos años, se refugia en cada motin, esa Diosa popular que se llama la Revolucion.

Allí estaba tambien entonces: y el duque de Orleans para consagrar su poder necesitaba hacerla una ovacion.

Pusiéronse en marcha.

El duque de Orleans iba á caballo, inquieto en el fondo de su corazon, pero tranquilo en la apariencia.

M. Laffitte le seguia y como no podia andar á pié á causa de un golpe que habia recibido en una pierna, ni en coche por estar desempedradas las calles, se hacia llevar en una silla de manos por algunos pobres hijos de la Saboya.

Todo fué bien desde el Palacio Real hasta el muelle: aun estaban en el cuartel de la plebe y la plebe aclamaba á su elegido. Pero pasado el Puente Nuevo, empezaron á entrar en la esfera del pueblo, y las señales de entusiasmo se debilitaron poco á poco hasta llegar al mas helado silencio.

Llegados á la plaza de la Grève; á la vista de aquellos hombres con los brazos desnudos, acampados sobre sucia paja, á vista de las recientes señales del combate que lejos de hacerlas desaparecer como otras veces se conservaban con cuidado, estaba uno muy distante de creer que la revolucion hubiese terminado, y que gracias á la cámara de los pares, á los diputados y al Palacio Real el pueblo hubiese presentado su dimision.

No, parecía haberse refugiado al Hotel-de-Ville, sombrío, inquieto y vigilante.

El duque de Orleans se apeó de su caballo, y la sombría bóveda del Hotel-de-Ville se presentó á su vista como la garganta de una horrible caverna: subió muy pálido las escaleras, y desapareció con su pequeño cortejo en el interior del Hotel.

Esto era apenas un mal bocado para el mónstruo de piedra que acababa de devorarle.

M. de La Fayette esperaba á la régia visita en la meseta del Hotel-de-Ville.

Por casualidad asistí á esta recepcion del duque de Orleans: acababa de llegar de Soissons, á donde habia ido á buscar seis mil libras de pólvora por orden del general La Fayette.

La situacion era grave y solemne: el paso que daba el duque de Orleans al ir á solicitar la sancion del pueblo al palacio del mismo pueblo, era un rompimiento completo, eterno con la monarquía de derecho divino: era la coronacion de quince años de conspiraciones, era un girar sagradamente á la revolucion en la persona de un príncipe de la sangre.

Sin embargo, los pormenores de esta recepcion fueron mezquinos comparados con la grandeza del acto: el mismo La Fayette hizo desaparecer la grandeza y solemnidad de las circunstancias en que se hallaba, deteniéndose en detalles insignificantes.

Se leyó la declaracion de la cámara.

Cuando el lector llegó á las palabras *Jurado para los delitos de imprenta*, el hombre que debía publicar las famosas leyes de Setiembre se inclinó hácia La Fayette y le dijo:

—Este artículo es completamente inútil, mi querido general, porque espero que ya no habrá delitos de imprenta.

Concluida la lectura, puso la mano sobre su corazon y contestó:

—Como francés, deploro los males causados al país y la sangre que se ha derramado: como príncipe me contemplo dichoso con contribuir á la felicidad de la nacion.

En este momento, un hombre vestido de general, hendiendo la multitud llegó á colocarse frente al príncipe.

Era el general Dubourg, ese hombre que debía contribuir de un modo tan poderoso á la revolucion: ese hombre de quien nadie se habia ocupado antes ni se ocuparia despues.

—Acabais de contraer un compromiso sagrado, monseñor—dijo el general al príncipe, haced por cumplirle. . . . porque si le olvidais alguna vez. . . . y señaló con la mano al pueblo ébrio que llenaba la plaza—el pueblo que está ahí, en la Grève, sabrá recordárosle.

El príncipe se inmutó, la sangre llenó las venas de su frente, y con voz conmovida:

—Caballero—contestó— no me conocéis: soy un hombre honrado, y cuando se trata de cumplir un deber, no me dejo vencer con ruegos ni intimidar con amenazas.

Y volviéndose á La Fayette, el príncipe le dijo á media voz algunas palabras que pudieron oír solo los que le rodeaban.

Pero casi al mismo tiempo, y para darle la parte cómica á esta escena que habia tenido algo de la grandiosidad del drama, La Fayette, llevó al duque de Orleans á la ventana, púsole una bandera tricolor en la mano y le mostró al pueblo que contemplaba los sagrados colores nacionales.

El pueblo aplaudió con furor.

Era la misma escena que se habia representado en circunstancias semejantes, cuarenta años atrás con Luis XVI. Solamente que, salvos algunos excesos, esta revolucion no tenia ni sus Flesselles ni sus Toulon, ni sus Berthier; y mientras que la primera, en cuatro años apenas habia conducido á Luis XVI desde la ovacion al cadalso, la segunda debía

tardar 18 años en conducir á Luis Felipe del triunfo al destierro.

El duque de Orleans entró en el Palacio Real en medio de numerosas aclamaciones, nada le faltaba: habia sido ungido por la cámara de los pares, por los diputados y por el Hotel-de-Ville, es decir, por M. de Senonville, M. Laffitte y M. de La Fayette.

En la tarde, uno de esos carruajes públicos llamados *Carrolinas*, condujo de Neuilly al Palacio Real á la hermana, la esposa y los hijos del teniente general.

Pero aun le faltaba al duque de Orleans sostener en el Palacio Real una lucha mas viva que la que sostuvo en el Hotel-de-Ville. Mientras que creyendo haber concluido abrazaba á su hermana, á su mujer é hijos, M. Thiers llegó hasta él, cosa fácil en aquella época, y le anunció á sus republicanos.

Los republicanos de M. Thiers eran todos esos generosos jóvenes del *Nacional* que hemos visto despues figurar en los puestos públicos, sin poseer por desgracia, tanta ciencia política como integridad.

Algunos de ellos, mártires en 1850 de la causa que defendian en 1830, se encuentran hoy en una prision.

En fin, eran MM. Boinvilliers, Godofredo Cavaignac, Guinard, Thomas, Bastide y Chevallon.

El príncipe se sorprendió mucho: no esperaba tal visita, y por lo mismo no se habia preparado para ella.

Empezaron por ambas partes con algunas frases vagas, medio bruscas y medio políticas: era la escaramuza que precede á la batalla.

M. de Poinvilliers tomó la palabra.

—Mañana, príncipe—le dijo—sereis rey.

El duque de Orleans hizo un movimiento.

—¡Rey! ¿quién lo dice, caballero?

—La marcha que siguen vuestros partidarios, la precipi-

tacion con que trabajan los carteles, con que cubren las murallas, el oro que derraman en las calles.

—No sé nada de lo que hacen mis partidarios—respondió el duque—sé solamente que nunca he aspirado á la corona, y que no la deseo aunque infinitas gentes me obligan á aceptarla.

—En fin—replicó M. Boinvilliers—no es esa la cuestion: supongamos que llegais á ser rey ¿cuál es vuestra opinion respecto á los tratados de 1815? La revolucion que acaba de hacerse, pensadlo bien, no es una revolucion *liberal*, es una revolucion nacional: la vista del pabellon tricolor es lo que ha sublevado al pueblo, y seria mas fácil ahora arrojar á los habitantes de Paris sobre el Rhin, que contra Saint-Cloud.

—Señores—contestó el duque—soy demasiado buen francés, y demasiado patriota para ser partidario de los tratados de 1815; pero importa mucho manejarse con táctica con las naciones extranjeras, y hay sentimientos que no se deben manifestar en voz muy alta.

—Pasemos á la dignidad de par.

—A la dignidad de par? repitió el príncipe con un tono que significaba: ¿es un interrogatorio el que me hacen sufrir?

—La dignidad de par, convendreis conmigo, dijo M. Boinvilliers, en que no tiene muy fuertes raices en la sociedad: el código, al abolir el derecho de primogenitura y al dividir las herencias, ha ahogado á la aristocracia en su germen, y ha concluido para siempre el absurdo principio de poder heredar la nobleza.

—Yo creo, señores, que os equivocais—dijo el duque—respecto á esta cuestion: á mi modo de ver el que la nobleza sea hereditaria presta una gran seguridad á las ideas que defendereis, porque siendo la dignidad de par en una familia un derecho que el hijo recibe del padre, en lugar de un favor que obtiene de su rey, el principio de independenciam, muy

fácil de perderse en una cámara de eleccion, adquiere mayor fuerza en una cámara hereditaria. Por lo demas, añadió el príncipe—es una cuestion que debe examinarse, mas si la dignidad hereditaria de par no puede existir, *no seré yo quien la sostendré á mi costa.*

—Monseñor—dijo entonces Bastide—creo que por el interes mismo de la corona, debiais reunir las asambleas primarias.

El duque se estremeció como si lo hubiese mordido una serpiente.

—Las asambleas primarias—sí, dijo—ya sé, señores, que hablo con republicanos.

Los diputados se inclinaron: lejos de rechazarlo aceptaban el nombre que se les daba.

—¿Creeis posible, señores, que haya república en Francia?—esclamó el duque.—¿No habeis recibido una ruda leccion el año de 93?

—Señor,—dijo Cavaignac—la de 93 fué una revolucion y no una república. Ademas, segun puedo recordar, república ó revolucion, los acontecimientos pasados de 89 á 93, obtuvieron vuestra adhesion completa. Erais de la sociedad de los Jacobinos.

—Sí; pero por fortuna—esclamó vivamente el duque—no pertenecia á la Convencion.

—No, pero vuestro padre y el mio pertenecian á ella, caballero, y ambos votaron la muerte del rey.

—Justamente por eso digo lo que digo, señor Cavaignac:—creo que le es permitido al hijo de Felipe Igualdad indicar su opinion acerca de los regicidas. Por lo demas, caballero, mi padre ha sido injusta y demasiadamente calumniado, porque era uno de los hombres mas respetables que he conocido.

—Monseñor—replicó M. de Boinvilliers, interrumpiendo al duque de Orleans en la enumeracion de las cualidades de

su padre y de las calumnias de que habia sido obgeto—tememos aun otro temor.

—¿Cuál és?

—Tememos, y tenemos nuestras razones para ello, tememos ver á los realistas y al clero entorpecer el camino del nuevo trono.

—Oh! en cuanto á eso—estad tranquilo: mi casa ha sufrido rudos golpes del clero, la mayor parte de las calumnias de que he hablado proceden de él, y una barrera eterna nos separa por lo mismo. Eso estaba bueno para la rama primogénita.

Y pronunció estas últimas palabras con tal sentimiento de animosidad que los republicanos admirados se quedaron contemplándole.

—Señores, añadió—acaso presento una verdad desconocida, revelando esa division de principios y de intereses que han separado siempre á la rama menor de la primogénita, á la casa de Orleans, de la casa reinante? ¡Oh! nuestro odio no data de ayer: señores, se remonta á Felipe, hermano de Luis XIV. ¿Quiénes calumniaron al regente? El clero y los realistas. Algun dia, señores, cuando hayais profundizado mas las cuestiones históricas, cuando hayais hollado hasta las últimas raices del árbol que quereis abatir, solo entonces sabreis lo que era el regente y apreciareis los inmensos servicios que prestó á la Francia, descentralizando á Versalles y haciendo circular, por medio de su sistema financiero, la plata y el oro de la Francia, hasta por las últimas arterias de la sociedad. Ah! no deseo mas que una cosa, y es, que si Dios me llama á reinar en Francia, como deciais antes, que me conceda el cielo una parte, solo una parte de su talento.

Despues, estendiéndose largamente sobre los cambios que la política del regente habia operado en la situacion diplomática de Europa, habló con vaguedad acerca de su

alianza con la Inglaterra, dejando traslucir sus tendencias á buscar el mismo apoyo que su abuelo.

Toda esta digresion separaba á los republicanos del verdadero motivo de su visita; y como ya sabian todo lo que habian deseado saber, se inclinaron en señal de que deseaban retirarse.

El duque de Orleans los saludó—y—vamos, señores, les dijo, vosotros volveréis á buscarme... ya vereis... ya vereis....

—Jamás—contestó uno de ellos.

—¿Jamás? la frase es muy absoluta: ya conoceis aquel antiguo proverbio: nadie diga de esta agua no beberé....

Antes de que concluyese su proverbio los republicanos habian salido volviéndole la espalda. El tal proverbio en la boca del príncipe, pintaba perfectamente el desprecio con que veía ese íntimo sentimiento que los hombres llaman convicción.

Al día siguiente, el general La Fayette á la cabeza de la comision municipal, pagaba al duque de Orleans la visita que habia hecho éste la víspera al Hotel-de-Ville.

La comision municipal, ademas de pagarle la visita, llevaba el objeto de presentar la dimision de sus funciones ante el teniente general.

Hé aquí á la letra, cópia de la dimision de ese poder popular improvisado el 30 en la noche, y que despues de funcionar solo dos dias, se retiraba del gobierno el 1.º de Agosto.

Estaba escrita con anticipacion y datada en el Hotel-de-Ville.

“Monseñor: los miembros de la comision municipal de Paris tienen la honra de manifestar á V. A. R., que no existiendo ya las graves circunstancias que habian hecho necesaria la creacion de su temporal poder, desde que os habeis encargado de la Tenencia general del reino, esperan las instrucciones de V. A. para encargar á los que les designeis de las funciones que le fuesen confiadas.

“Somos con el mas profundo respeto,

“De Vuestra Alteza Real,

“Humildes y obedientes servidores

“De Schonen, Lobau, Audry de Puyraveau.”

El duque de Orleans contestó aceptando la dimision de a comision municipal, pero suplicándole conservase aquellas funciones necesarias para conservar el buen orden en el interior, y la seguridad de los intereses municipales de la ciudad de Paris. Respecto á los demas trabajos de que habia estado encargada, la rogó los pasase á los competentes ministerios.

La comision habia previsto este caso y formó con anticipacion una lista ministerial que sometió á la aprobacion del teniente general.

Sin embargo, los futuros ministros no podian ser reconocidos sino bajo el nombre de comisionados provisionales.

Sus nombres eran:

MM. Dupont (de l'Eure) de Justicia.

El baron Louis, de hacienda.

El general Gérard, de la guerra.

Casimiro Périer, del interior.

De Rigny, de marina.

Bignon, de relaciones exteriores, y

Guizot, de instruccion pública.

CAPÍTULO XLV.

SOBREVINO un incidente que causó algun trastorno en la combinacion de este ministerio. Apenas Casimiro Périer hubo aceptado, cuando dirigió sus miradas á Versalles y vió que Carlos X no habia llegado aun mas que hasta Rambouillet. Corrió al Hotel-de-Ville y suplicó á Bonnelier, secretario entonces de la comision municipal, bórrase su nombre de la lista de los elegidos.

Por desgracia la lista no estaba ya en poder del secretario, y tuvo Périer que contentarse con publicar una *errata* en el *Monitor*.

El nombre de M. de Broglie sustituyó al de Casimiro Périer.

A dos de estos ministros que figuraban en la lista del trono de Julio, les guardaba el porvenir una mision bien extraña.

M. Guizot estaba destinado á enterrar á esta monarquía que recibia al nacer.

M. Dupont (de l'Eure) debia ser uno de los primeros ministros del gobierno que debia sucederla.

¡Singular destino el de los hombres de Estado! Cuasi siempre llegan al poder cuando no tienen ya fuerzas para sostenerlo, cuando nace ó cuando muere.

Mientras tanto, como ya lo hemos dicho, Carlos X se ha-

bia ido retirando, y despues de haber hecho alto en Trianon el 31 de Julio, en cuyo punto se unió á él el Delfin y las tropas que habian permanecido fieles, volvió á emprender su marcha hácia Rambouillet, despues de haber oido misa ante un altar portátil que llevaban encerrado en un armario.

Habíanse tomado las disposiciones siguientes:

M. de Bordesoulle se quedaba en Versalles á la cabeza de su division.

El Delfin debia dormir en Trappes.

La duquesa de Berry y sus dos hijos caminarían en coche.

Carlos X seguiria á Rambouillet á caballo.

Llegaron á Rambouillet en la noche del 31 de Julio al 1º de Agosto, á las doce.

Carlos X estaba de muy mal humor: su escolta muriéndose de hambre se habia tomado la libertad de cojer en el parque alguna caza.

Cuando preguntó que tiros eran los que oía, y se le contestó que eran de cazadores

—De cazadores? repitió—¿han cazado? ¿y quienes?—Los de vuestra escolta: la necesidad de vivir debe servirles de disculpa.

—No, exclamó el rey—eso es faltarme abiertamente: ya no podré yo cazar mas en este parque si le devastan así hoy.

Quizas otro que Carlos X en vez de pensar en su parque devastado, hubiera pensado en su destruida monarquía, y hubiese recordado suspirando que de aquel mismo castillo en que se hallaba habian sido echados, diez y seis años antes, María Luisa y el rey de Roma, por los aliados que lo condujeron á Francia.

Las ideas del Delfin eran poco mas ó menos las mismas.

—Sabeis lo que mas echo de menos al dejar la Francia, Guiche? decia.

—No lo sé, monseñor,—respondió éste—hay tantas cosas que echar de menos!

—Pues bien! es mi carruage de caza, ¡era tan lindo!

Después, pasando frente al sexto regimiento de la guardia:

—Coronel—preguntó—teneis confianza en vuestra tropa?

—Hará su deber, monseñor—contestó el coronel inclinándose.

El príncipe continuó su marcha; pero deteniéndose de pronto ante un soldado que tenia el corbatin mal puesto:

—Teneis muy mal puesta la corbata, le dijo.

Los príncipes fugitivos tuvieron á pesar suyo que acordarse de su posición.

La Delfina llegaba de Dijon y habia encontrado en el camino al duque de Chartres, que ya en libertad iba á reunirse en Joigny con su regimiento.

La duquesa habia reconocido al joven príncipe y habia hecho detener su carruage.

—Caballero—preguntó la Delfina al duque de Orleans—¿venis de París?

—Sí señora.

—Y qué pasa allí de nuevo?

Entonces el duque de Orleans la refirió todo lo que le habian contado.

—Y adonde está el rey? prosiguió la Delfina.

—Creo que en Saint-Cloud.

—Lo creéis nada mas. ¿No lo sabeis de cierto?

—He estado fuera de las murallas de París, señora, y lo único que he visto es flotar el pabellon tricolor en todos los monumentos públicos.

—Y adonde vais?

—A reunirme con mi regimiento que está en Joigny.

—Nos le conservareis con fidelidad—¿no es así?

—Señora, cumpliré con mi deber.

El duque de Orleans saludó y las dos calesas se alejaron por rumbos opuestos.

Al contemplar á la duquesa, á lo que un tercer destierro alejaba de Francia, Carlos X se adelantó hácia ella con los brazos abiertos; pero ahogado por la emoción que sentia no pudo decirle una sola palabra.

Aquella fué mas fuerte.

—Ahora sí, dijo, suceda lo que Dios quiera, ya estamos reunidos, y espero que para siempre.

A cosa de las dos anunciaron al rey la llegada de una diputación que venia de París.

Preguntó por los nombres de los diputados.

—Son MM. de Coigny,—se le contestó—el mariscal Maison, Odilon Barrot y de Schonen.

—Cómo está Coigny entre esos señores? preguntó Carlos X admirado.

—Como representante de M. Mortemart.

—Recibiré á Coigny, pero á Coigny solo—respondió el rey.

He aquí lo que habia sucedido:

El duque de Orleans estaba inquieto. Conciliadas las cámaras, sometido el Hotel-de-Ville, reducidos los republicanos á la impotencia, quedaba un último poder, un poder solo, el mas débil de todos; pero mas temible para el príncipe por su debilidad misma.

Quería Luis Felipe que este último poder consagrarse el suyo.

En consecuencia, mandó llamar á M. de Mortemart, que habia vuelto á París después de haber llevado al rey la carta que le habia encargado el príncipe, y que ocultó entre los pliegues de su corbata.

—Señor duque—le habia dicho—la situación de la familia real me inquieta mucho, las noticias que recibo de Rambouillet me hacen temer que la insurrección cunda hasta al rededor del rey.

—Y bien! Monseñor? preguntó M. de Mortemart.

—Pues bien: creo que seria conveniente que una diputacion pasase á ver al rey á fin de lograr nuevas concesiones.

—Y cuáles deberán ser esas concesiones? monseñor.

—Puede ser una de ellas, por ejemplo, consagrar mi nombramiento de teniente general del reino—abolir ademas las ordenanzas y autorizar la apertura de las cámaras.... eso haria mas llevadera mi posicion y me daria medios de hacer en su obsequio lo que no podré hacer quizás si continua protestando contra la revolucion.

—Monseñor—seré hasta el fin un fiel servidor del rey—contestó M. de Mortemart—y como creo en la sinceridad de V. A., me pongo desde luego á sus órdenes.

Nombróse una diputacion compuesta, como hemos dicho, de MM. de Schonen, Maison y Odilon Barrot.

Despues M. de Mortemart que no queria alejarse de la escena de los acontecimientos, ó que quizás guardaba algun resentimiento á Carlos X por la poca gracia con que le nombró su ministro, se hizo reemplazar por el duque de Coigny.

El rey no quiso recibir mas que al duque. La discusion fué larga; pero al fin, el duque de Coigny, hombre de tacto, de bellos modales y de talento, convenció á Carlos X y salió de la cámara del rey con la siguiente ordenanza que se mandó inmediatamente al duque de Orleans:

“Deseando el rey poner un fin á las turbaciones que existen en la capital y en algunas otras partes de la Francia, y contando con el sincero afecto de su primo el duque de Orleans, le nombra teniente general del reino.

“Juzgando el rey conveniente retirar sus ordenanzas del 25 de Julio, aprueba que las cámaras se reúnan el 3 de Agosto, y se atreve á esperar que ellas restablecerán la paz en Francia.

“El rey aguardará aquí la vuelta de la persona encargada de llevar á Paris esta declaracion.

“Si se tratase de atentar á la vida del rey y de su familia, ó á su libertad, se defenderá hasta la muerte.

“Fecha en Rambonillet, el 1.º de Agosto de 1830.”—CARLOS.”

Este mensaje lo recibió el duque de Orleans al dia siguiente á las siete de la mañana. M. Dupin se hallaba á su lado.

M. Dupin se habia vuelto muy valiente desde que vió que las cámaras y el Hotel-de-Ville se declararon á favor del duque de Orleans.

Tan bravo estaba el 2 de Agosto como irresoluto habia estado en los dias 27, 28 y 29 de Julio. Así es, que aconsejó al duque diese al rey una contestacion enérgica; y no solo se lo aconsejó, sino que la redactó él mismo.

Leyóla el duque, y satisfecho de ella, la copió de su puño y letra y la encerró en un sobre.

Quedóse despues suspenso, y

—Mi querido señor Dupin—le dijo—bien pensado, yo no puedo dirigir una carta de esta importancia sin consultarlo con mi mujer.

M. Dupin encontró tan justa su susceptibilidad, que la aprobó inclinándose.

El duque de Orleans salió, y un cuarto de hora despues entró con el despacho sellado y cerrado en el mismo sobre.

—¡Y bien! preguntó M. Dupin.

—He aquí la respuesta.

Y la contestacion se remitió al enviado de Carlos X.

El sobre era el mismo, ¿pero era la misma contestacion? No era probable, porque al recibirla Carlos X se enterneció súbitamente, y pasando al instante á su gabinete, escribió la siguiente carta, que encargó al general Latour-Froissac llevarse á Paris.

Esta carta respuesta á la del duque de Orleans era un acto de abdicacion, redactado en los términos siguientes:

“Rambouillet, 2 de Agosto de 1830.

“Primo mio: estoy profundamente afectado por los males que afligen y que podrian amenazar á mis pueblos por no haber buscado el medio de prevenirlos. He tomado la resolucion de abdicar mi corona en favor de mi nieto, el duque de Burdeos.

“El Delfin, que tiene mis mismos sentimientos, renuncia tambien sus derechos en favor de su sobrino.

“A vos, pues, os toca, como teniente general del reino, el proclamar el advenimiento de Henrique V al trono. Tomareis, desde luego, todas las medidas que os conciernen para arreglar la forma del gobierno durante la menor edad del nuevo rey. Yo me limito á hacer conocer estas disposiciones, como un modo de evitar mayores males.

“Comunicareis mis intenciones al cuerpo diplomático, y me avisareis lo mas pronto posible la proclamacion por la cual mi nieto será reconocido rey, bajo el nombre de Henrique V.

“Encargo al teniente general vizconde de Latour-Froissac, os entregue esta carta: lleva orden de entenderse con vos para los arreglos que deben practicarse en favor de las personas que me han acompañado, así como por lo que toca al resto de mi familia.

“Despues tomaremos las demas medidas, consecuencias del cambio del reino.

“Os renuevo, primo mio, las seguridades de los sentimientos con que soy vuestro adicto primo,

CARLOS LUIS-ANTONIO.”

Ademas de esta carta, M. de Latour-Froissac recibió otras dos que se encargó de entregar á la duquesa de Orleans: la una era de madama de Gontant, la otra de Mademoiselle.

CAPÍTULO XLVI.



EL mensajero del caido trono llegó al Palacio Real en la tarde del 2 de Agosto: todas las puertas estaban abiertas, y en los escalones dormian algunos hombres del pueblo con sus fusiles cargados al lado suyo. Los cortesanos de la nueva corte circulaban algo atarantados por medio de aquellos estraños guardias de corps, pero circulaban sin consignas, sin impedimento alguno.

M. de Latour-Froissac, creyó por lo mismo que nada le sería mas fácil que llegar hasta el duque de Orleans, pero su admiracion fué escesiva cuando el ayudante de servicio le impidió el paso.

—Pero, caballero—le dijo el general—cometeis una falta que puede ser grave: ¡cuidado!

—Señor, tengo mi consigna.

—Yo soy M. de Latour-Froissac.

—Tengo el honor de conoceros, general.

—Soy enviado por su magestad Carlos X, y encargado de un mensaje de la mayor importancia.

—Señor general, no podeis pasar.

—¡Tened cuidado, caballero! ya he tenido el honor de decíroslo: vengo de parte de un rey vencido pero no destronado.

—Señor, yo no puedo repetiros lo que ya os he dicho. S. A. R. monseñor el duque de Orleans no está visible.

M. de Latour-Froissac se retiró y fué corriendo á casa de M. de Mortemart, á quien rogó le acompañase al Palacio Real y tratase de ver si era mas feliz que él.

Ambos montaron en un fiacre, y se hicieron conducir á la reja de la plaza.

Llegados á ella, M. de Latour Fraissac entregó la carta al duque de Mortemart que penetró solo en el Palacio Real.

Sin duda la consigna no hablaba con él, porque fué introducido sin demora.

Un instante despues se reunía á M. de Latour Froissac: el duque de Orleans habia tomado el mensaje, pero rehusaba absolutamente ver al mensajero.

Entonces, M. de Latour Froissac solicitó ver á la duquesa de Orleans, á la cual, segun se recordará, tenía que entregar dos cartas.

Recibió la misma negativa que del duque; pero por medio de un sobrino de M. de Mortemart, camarada de colegio del jóven duque de Chartres, logró en el mismo dia ser presentado por éste ante la duquesa su madre.

La duquesa lloró mucho al leer la carta que la dirigia Mademoiselle; pero nada podia hacer en su situacion: el duque estaba muy empeñado en la partida para que pudiese volver ya atras.

Sin embargo esa tenacidad de Carlos X en dar á su nieto el trono de Francia, habia asustado al duque de Orleans: el pretesto que habia dado á M. de Mortemart rehusando encargarse de la regencia estaba sacado de la historia de su abuelo.

—No! no! esclamó—no me encargaré jamás de una regencia: al primer cólico que acometiese al duque de Burdeos gritarian ¡al envenenador!....

¡Ay! que lejos estaba de pensar, que diez y ocho años mas

tarde, resbalándose á su turno por esa fatal pendiente del trono tan rápida cuando se descende, lanzaría él mismo, ya anciano, á su nieto para apagar la revolucion; esperando como Alburquerque conjurar el huracan elevando un niño entre sus brazos, y que rechazado por Lamartine, como rechazaba al duque de Burdeos veria á su vez al conde de Paris tomar el camino del destierro, camino que no tiene limites y del que muy á menudo no puede volverse.

Era necesario á cualquier precio alejar á Carlos X, echarlo de Rambouillet como se le habia echado de Paris, y lanzarlo en ese camino de la Lombardía, que es la pendiente por la cual ruedan hasta el mar las coronas de nuestros reyes.

Se empezó decidiendo que se nombraran cuatro comisionados para proteger á Carlos X. contra el furor del pueblo.

Estos cuatro comisionados fueron el mariscal Maison, M. de Jacqueminot, de Schonen y Odilon Barrot.

Despues, como se habia hecho la otra vez para endulzar la amargura del aviso, se les unió á M. de Coigny.

Todos cuatro se presentaron en el Palacio Real: Luis Felipe los recibió, les dijo que Carlos X reclamaba una salvaguardia y les esplicó su mision.

Debian *cuidar* al rey hasta que saliese de Francia.

—Pero—dijo M. de Schonen—es necesario preveerlo todo, monseñor: si Carlos X nos entregase al duque de Burdeos ¿qué deberiamos hacer?

—¿Cómo pues? esclamó Luis Felipe disgustado visiblemente del giro de la cuestion—el duque de Burdeos! pues si es vuestro rey!

La duquesa de Orleans estaba presente: lanzó un grito de alegría y se arrojó en los brazos de su marido.

—¡Oh! ¡señor! le dijo sollozando—sois el hombre mas honrado del reino.

Los comisionados partieron, pues, sabiendo que el duque de Burdeos era el rey; pero ignorando que debian hacer de este rey si llegaban á entregársele.

En tal caso, no podían hacer mas que avisar. Es verdad que en ese mismo día el duque de Orleans hizo publicar en el *Correo Français* su protesta contra el nacimiento del duque de Burdeos.

Ademas, el príncipe hizo llamar al general Hulot y al capitán Dumont Darville: encargó al primero apresurase la salida del rey para Cherbourg, y al segundo esperase allí con un buque para embarcar al rey y conducirlo á Inglaterra.



CAPÍTULO XLVII.

Los convidados llegaron á Rambouillet á media noche: Carlos X se sorprendió mucho cuando le anunciaron la visita de los cuatro embajadores.

Contestó que la hora no era oportuna para una audiencia, pero que sin embargo ofrecía á los señores comisionados la hospitalidad por aquella noche en el castillo de Rambouillet.

Los comisionados rehusaron, y volvieron á tomar el camino de París.

El duque de Orleans los vió llegar con algun asombro.

—Es necesario que parta—murmuraba, . . . es preciso. . . es preciso. . .

—¿Pero cómo hacerle marchar? preguntó uno de los comisionados.

—Asustándole—dijo el rey.

Y, llamando aparte al coronel Jacqueminot le dió algunas órdenes en voz baja.

El coronel hizo una reverencia y salió.

La expedición de Rambouillet estaba resuelta.

Al día siguiente, París se despertó al sonido del tambor batiente que tocaba la generala, mientras que hombres del pueblo, ó vestidos como tales, recorrían las calles gritando “¡A las armas! ¡A las armas!”

Todos se asustaron, todos preguntaron, y al fin supieron que Carlos X había reunido doce mil hombres en Rambouillet, que se aprestaba á ir sobre París, y que había hecho un llamamiento á los patriotas de Julio.

Muchos no habían aun abandonado la carabina ó el fusil; así es, que á las ocho de la mañana treinta mil hombres estaban sobre las armas.

Pusiéronse en marcha hácia Rambouillet, engrosándose las filas con los patriotas de todos los pueblos grandes y pequeños por los que atravesaban.

A los primeros sonidos del tambor, los comisionados habían vuelto á salir para Rambouillet, pero no tan de prisa como parecía lo demandaban las circunstancias.

Esta vez si fueron introducidos ante Carlos X, cuya abdicación había sido enviada á la cámara de los pares.

El mariscal Maison tomó la palabra, y al esponerle la misión de que estaban encargados le anunció que detrás de ellos venía una columna de cincuenta á sesenta mil hombres.

—¿No habeis leído mi abdicación, caballero? preguntó Carlos X.

—La he leído, Sire.

—Entonces debeis haber visto que estoy decidido á morir en caso que se quiera emplear la violencia para hacerme salir de Rambouillet.

En tal caso, no podian hacer mas que avisar. Es verdad que en ese mismo dia el duque de Orleans hizo publicar en el *Correo Francés* su protesta contra el nacimiento del duque de Burdeos.

Ademas, el príncipe hizo llamar al general Hulot y al capitán Dumont Darville: encargó al primero apresurase la salida del rey para Cherbourg, y al segundo esperase allí con un buque para embarcar al rey y conducirlo á Inglaterra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 INSTITUTO VINCENZO LUCINI
 RE FLAMMAM
 VERITATIS
 CAPÍTULO XLVII.

Los convidados llegaron á Rambouillet á media noche: Carlos X se sorprendió mucho cuando le anunciaron la visita de los cuatro embajadores.

Contestó que la hora no era oportuna para una audiencia, pero que sin embargo ofrecia á los señores comisionados la hospitalidad por aquella noche en el castillo de Rambouillet.

Los comisionados rehusaron, y volvieron á tomar el camino de París.

El duque de Orleans los vió llegar con algun asombro.

—Es necesario que parta—murmuraba, . . . es preciso. . . es preciso. . .

—¿Pero cómo hacerle marchar? preguntó uno de los comisionados.

—Asustándole—dijo el rey.

Y, llamando aparte al coronel Jacqueminot le dió algunas órdenes en voz baja.

El coronel hizo una reverencia y salió.

La expedición de Rambouillet estaba resuelta.

Al dia siguiente, París se despertó al sonido del tambor batiente que tocaba la generala, mientras que hombres del pueblo, ó vestidos como tales, recorrian las calles gritando “¡A las armas! ¡A las armas!”

Todos se asustaron, todos preguntaron, y al fin supieron que Carlos X habia reunido doce mil hombres en Rambouillet, que se aprestaba á ir sobre París, y que habia hecho un llamamiento á los patriotas de Julio.

Muchos no habian aun abandonado la carabina ó el fusil; así es, que á las ocho de la mañana treinta mil hombres estaban sobre las armas.

Pusiéronse en marcha hácia Rambouillet, engrosándose las filas con los patriotas de todos los pueblos grandes y pequeños por los que atravesaban.

A los primeros sonidos del tambor, los comisionados habian vuelto á salir para Rambouillet, pero no tan de prisa como parecia lo demandaban las circunstancias.

Esta vez si fueron introducidos ante Carlos X, cuya abdicación habia sido enviada á la cámara de los pares.

El mariscal Maison tomó la palabra, y al esponerle la misión de que estaban encargados le anunció que detrás de ellos venia una columna de cincuenta á sesenta mil hombres.

—¿No habeis leído mi abdicación, caballero? preguntó Carlos X.

—La he leído, Sire.

—Entonces debeis haber visto que estoy decidido á morir en caso que se quiera emplear la violencia para hacerme salir de Rambouillet.

M. Odilon Barrot tomó la palabra:

—Yo no dudo, Sire, le dijo—que esteis dispuesto á sacrificar vuestra vida; pero no las de esos buenos servidores que os rodean, que se han mantenido fieles y que os deben ser por lo mismo muy queridos, nó: evitad una catástrofe en la que perecerian sin utilidad ninguna: habeis renunciado á la corona, vuestro hijo ha abdicado. . . .

—Sí, pero en favor de mi nieto, le interrumpió vivamente Carlos X: he reservado esos derechos, y los sostendré mientras corra una gota de sangre por mi cuerpo. . . .

M. Odilon Barrot interrumpió á su vez á Carlos X.

—Cualesquiera que sean los derechos de vuestro nieto, cualesquiera que sean vuestras esperanzas para su porvenir, debiais evitar que vuestro nombre se manchase con sangre francesa.

Carlos X se volvió al duque de Ragusa que asistia á la conversacion.

—¿Qué debemos hacer, señor? le preguntó.

Entonces M. Odilon Barrot tomando las manos del rey, que debió (y sea dicho entre paréntesis) admirarse de tal confianza, exclamó:

—Sire, es necesario que consumeis vuestro sacrificio ahora mismo.

A estas palabras Carlos X contestó con una señal que indicaba deseaba quedar solo para consultar con su familia y amigos.

En consecuencia, los comisionados se retiraron.

Media hora despues, se les avisó que el rey acababa de dejar á Rambouillet y que se dirigia á Maintenon.

El carruaje en que estaban encerrados los diamantes de la corona se quedó por orden espresa de Carlos X, en el patio del castillo de Rambouillet.

Los comisionados pusieron sus sellos en el carruaje, enviaron orden al general Pajol que mandaba la columna po-

pular de retornar á Paris, y subiendo á un coche de cuatro mulas, formaron la retaguardia del rey que huia.

Tal es la diferencia que existe entre nuestras dos revoluciones: en 1791 Luis XVI fugitivo en Varennes, fué custodiado por tres comisionados encargados de velar sobre el prisionero del Temple y la víctima de la plaza de la Revolucion.

En 1830, Carlos X fugitivo en Rambouillet, fué acompañado hasta Cherbourg por cuatro comisionados encargados de velar sobre él, hasta embarcarlo, y de abandonarlo despues á merced de las olas y de su fortuna.

Si la clemencia es una señal de fuerza, indudablemente la Francia de 1830 era mas fuerte que la Francia de 1791.

Ademas, preciso es decirlo, en 1830 se conocia claramente que la monarquía, separada de sus apoyos, conservaba muy débiles raices en el suelo de Francia. En 1830, era solo un árbol que desarraigar; en 1791, era toda una espesa selva que destruir.

A las cuatro de la tarde, la columna expedicionaria llegó á tres cuartos de legua de Rambouillet: recibió allí la orden de detenerse y supo que Carlos X habia abandonado á Rambouillet.

Mas tarde pintaremos todos los pormenores de esta extraña expedicion, de la que formábamos parte, y que aunque compuesta de unos treinta mil hombres, hubiese sido vencida ciertamente por tres ó cuatro mil hombres valientes y bien dirigidos.

Los unos acamparon: los otros hallaron un asilo en el pequeño pueblo de Coigniers: todos se morian de hambre.

Mientras que á las seis de la mañana la columna expedicionaria se dirigia de vuelta á Paris, la multitud parisiense se precipitaba en masa á las puertas del Palacio-Borbon.

El teniente general debia asistir á la apertura de las cámaras convocadas por él.

A la una tronó el cañon de los Inválidos, ese bronce

inerte y cortesano, que mudo siempre cuando cae un trono, se despierta y suena cuando se eleva otro.

La diputacion de los pares y de los diputados mezclados confusamente, sin distincion de rangos ni de títulos, fué á recibir al duque de Orleans á la puerta del palacio, en el que, diez y ocho años mas tarde, su nieto debería ir á buscar un asilo, ya que no una proteccion.

De pronto un ugier anunció con voz fuerte y sonora al señor teniente general del reino.

El duque de Orleans apareció en trage militar y con el cordon de la Legion de Honor.

Llevaba su sombrero en la mano saludando á derecha é izquierda con ese aire de afabilidad que se habia esparcido en su rostro desde hacia tres dias.

Sin embargo, al mirarse frente á frente del trono vacio, se le vió palidecer.

Se acordaba acaso que en aquel mismo recinto y al pié de aquel mismo trono, Carlos X habia estado próximo á caer, y que él, que se dirigia á su turno á subir las mismas gradas, habia recogido y entregado al rey la gorra de blanco penacho, simbolo real que se cayó de su cabeza?

Se adelantó sin embargo por el estrado con paso firme y se sentó en una silla de tijera.

El duque de Nemours, en defecto del duque de Orleans, en camino entonces para Paris á la cabeza de su regimiento, ocupó otra silla frente á su padre.

Todo un estado mayor se colocó al rededor de las futuras Magestades, iluminadas ya por esos dorados rayos que alumbran siempre los nacientes tronos.

Oh! monseñor duque de Nemours ¿os acordais del 24 de Febrero, en que fugitivo y disfrazado, abandonando en las manos de un guardia nacional á vuestro amado sobrino, dejasteis ese mismo recinto?

Pero el velo del porvenir, espeso y oscuro por los diez y

ocho años que debian pasar, se estendia entre 1830 y 1848 bordado de arabescos de oro magníficos.

El duque de Orleans tomó la palabra:

“Señores pares y señores diputados, dijo: Paris, viendo turbado su reposo por una deplorable violacion de la Carta y de las leyes, lo defendía con un valor heroico. En medio de esta lucha sangrienta ninguna de las garantías del orden social existian; las personas, las propiedades, los derechos, todo lo que es mas precioso y caro para los hombres y los ciudadanos, corrian el peligro mas inminente. Acéfalo el pais de todo poder público, el voto de mis ciudadanos me llamó: ellos me han juzgado digno de unirme á ellos para el bien y la salvacion de la patria: ellos me han invitado para que ejerza las funciones de teniente general del reino. Su causa me ha parecido justa, inmensos los peligros, imperiosa la necesidad, sagrado mi deber! He llegado al medio de este valiente pueblo, seguido de mi familia y llevando sus colores, esos colores que por segunda vez han señalado entre nosotros el triunfo de la libertad. He acudido, resuelto á sacrificarme á todo lo que las circunstancias me exijan, en la situacion en que me han colocado, para establecer el imperio de las leyes, salvar la libertad amenazada é imposibilitar la vuelta de tan grandes males, asegurando para siempre el poder de esta Carta, cuyo nombre invocado en el combate, se invocaba despues de la victoria. A las cámaras les toa guiarme para el mejor cumplimiento de tan noble tarea. Todos los derechos deben quedar sólidamente garantizados, y todas las instituciones necesarias para su mas lleno y libre ejercicio, deben recibir el desarrollo que demandan. Adicto por cariño y por conviccion á los principios de un gobierno libre, acepto desde ahora todas las consecuencias. Creo deber llamar vuestra atencion desde hoy acerca de la organizacion de la guardia nacional, de la aplicacion de un jurado para los delitos de imprenta, de la formacion de administraciones departamen-

tales y municipales, y sobre todo, acerca de ese artículo 14 de la Carta, tan odiosamente interpretado.

“Animado de estos sentimientos, señores, he venido á abrir esta sesion.

“Me es doloroso el pasado: deploro infortunios que hubiera querido prevenir; pero en medio de ese magnánimo arranque de la capital y de todas las ciudades francesas, al mirar renacer el orden con tan maravillosa prontitud, despues de una resistencia sin escesos, un justo orgullo nacional hace latir mi carazon, y veo, confiado, el porvenir de la patria.

“Sí, señores, dichosa y libre será esta Francia que nos es tan cara: ella mostrará á la Europa que únicamente ocupada en su prosperidad interior, ama la paz tanto como la libertad, y no desea mas que la dicha de sus habitantes.

“El respeto á todos los derechos, el cuidado de todos los intereses, la buena fé en el gobierno, son los medios mejores para desarmar y concluir con los partidos, y para llenar los espíritus de esa confianza en las instituciones, y de esa estabilidad, únicas garantías seguras de la dicha de los pueblos y de la fuerza de los Estados.

“Señores pares y señores diputados: tan pronto como estén constituidas las cámaras os haré conocer el acta de abdicacion de S. M. Carlos X: por la que renuncia tambien sus derechos S. A. R. el Delfin Luis-Antonio de Francia. Esta acta me ha sido entregada ayer, 2 de Agosto, á las once de la noche. He ordenado ya se deposite en la cámara de los pares, y mañana la haré circular en la parte oficial del *Monitor*.”

Terminado este discurso en medio de ruidosas aclamaciones, el teniente general declaró abierta la sesion del poder legislativo, y se retiró al Palacio Real.

En el muelle se encontró Luis Felipe con las carrozas de Carlos X llenas de gente del pueblo,

Prestaban sombra á éstas, pabellones tricolores llevados

por algunos hombres que iban sentados en el pescante junto á los cocheros y en el lugar de los lacayos.

Puntas de lanzas y de bayonetas asomaban por todas las portezuelas.

Luis Felipe deseaba con ansia tener noticias de Rambouillet.

Las noticias eran buenas: como ya lo hemos dicho, Carlos X habia abandonado á Rambouillet y dirijídose á Maintenon.

Llegado á este punto, Carlos X licenció su guardia, y conservó solo como escolta hasta llegar á Cherbourg, á los militares que pertenecian á su casa.

El 5 de Agosto Carlos X se hallaba en Verneuil.

Allí fué donde supo la apertura de las cámaras y donde leyó el discurso que pronunció en ellas el teniente general.

Su admiracion fué inmensa cuando vió que el nombre de Henrique V no habia sido pronunciado, y que no se habia reservado al real infante ninguno de sus derechos.

Sin embargo nada de todo eso podia hacerle perder completamente la esperanza que fundaba en el duque de Orleans.

—Estoy seguro—decia—que mi primo es incapaz de tomarse una corona que no le pertenece.

—No—respondió la Delfina—no la tomará él, pero dejará que la coloquen en su cabeza.

—Entretanto—replicó el Delfin—se ve lo que nunca se ha visto, es decir, tres reyes de Francia á un tiempo.

—Y tres reyes sin corona—contestó la Delfina con un suspiro.

El 7 de Agosto, Luis Felipe I fué proclamado rey de los franceses.

El 9 de Agosto la familia fugitiva supo esta noticia en Argenteuil.

—He podido engañarme hasta tal punto? exclamó Carlos X. Oh! no es eso lo que se me prometió en Rambouillet!

—Bueno—dijo el Delfin—el duque de Burdeos habrá reinado como yo, solo un día—el porvenir nos dirá cuantas semanas reinará el duque de Orleans.

Pareciendo muy lenta la marcha de la familia destronada, se resolvió organizar un movimiento en Normandía.

En Rambouillet se logró un buen éxito, y se distribuyó á los emisarios del nuevo gobierno el mismo programa.

El 12 el cortejo no habia llegado mas que hasta Saint-Lô.

Allí supieron que los guardias nacionales de Valognes, de Cherbourg, de Bayaer y de Carentau acababan de sublevarse.

Cárlos X, tan impasible en lo que le concernia, temblaba por la vida del duque de Burdeos. Conservar esta vida era, segun él, la última mision que le destinaba la Providencia.

Desde entonces apresuraron su marcha; atravesaron Carentau sin detenerse, y llegaron á Valognes el dia 14.

Desde este punto fué desde donde escribió Cárlos X al rey de Inglaterra pidiéndole un asilo; el lenguaje de su carta era menos elevado, pero contenia la misma súplica que quince años antes habia dirigido Napoleon al regente, y que diez y ocho años mas tarde debia dirigir Luis Felipe á la reina Victoria.

Antes de dejar á Valognes, lo mismo que Napoleon en 1814, al irse para la isla de Elba, Cárlos X, temiendo ser asesinado, abandonó su traje militar y se vistió uno de paisano sin decoracion alguna.

Su precaucion no habia sido inútil: muy cerca de Cherbourg algunos hombres se acercaron á su escolta gritando: *Abajo la cucarda blanca! Viva la libertad!*

El 64 de línea rodeó al instante el real carruaje, y tuvo el honor de ser el último regimiento que se conservó fiel al trono caido.

Se procedió sin retardo al embarque.

Una inmensa multitud cubria el muelle, las murallas y todos esos magníficos trabajos marítimos empezados por Luis XVI y concluidos por Napoleon.

La fisonomía de la familia real presentaba, en ese momento supremo, singulares contrastes.

El anciano rey estaba como siempre, sereno y digno. Era el mas cercano al sepulcro y por lo mismo para quien debia durar el destierro menos tiempo.

La duquesa de Angulema, tan valerosa por naturaleza, estaba completamente abatida.

El Delfin se mostraba indiferente hasta el idiotismo.

La duquesa de Berry, furiosa é irritada, á juzgar por las apariencias, se hubiera dejado llevar el último extremo.

Mademoiselle que tenia poco mas ó menos la edad de la hermana del rey cuando abandonó la Francia, lloraba.

El duque de Burdeos que tenia poco mas ó menos la misma edad que la en que el conde de Paris debia dejar la Francia, enviaba besos á todos, maquinalmente y por costumbre, besos que rechazaban los concurrentes, pero que acogia la patria, esta madre á la que tantas veces se la fuerza á ser ingrata con sus mejores hijos.

Dos buques recibieron á Cárlos X y su comitiva.

Eran el *Great-Britain* y el *Charles-Caroll*.

Abordo del *Great-Britain* que debia trasportarle á Inglaterra, Cárlos X envió este mensaje á M. Odilon Barrot.

“Me complazco en testificar á los señores comisionados la justicia de que son dignos. Solo merecen alabanzas las atenciones que les he debido tanto yo como toda mi familia.”

En fin, el 14 de Agosto á las dos y cuarto de la tarde, sonó la señal de partida: el comandante hizo desplegar todas las velas, y el *Great-Britain*, remolcado por un vapor, fué desapareciendo lentamente en el horizonte, llevándose la monarquía destronada hácia la rada de Spithead, donde la aguardaba la melancólica hospitalidad de Holly-Rood, casi

tan deshonrosa para la Inglaterra como la homicida prision de Santa Elena.

Por una rara casualidad, los dos buques que trasportaron á Carlos X y á su familia, pertenecian á M. Patterson, cuñado de Gerónimo Bonaparte.

CAPÍTULO XLVIII.

HUGO CAPETO fundó la dinastía de los grandes vasallos, Francisco I la de los grandes señores, Luis XIV la de los aristócratas, Luis Felipe la de los grandes propietarios.

Es curioso contemplar cómo esta monarquía, creada por el paisanage y por los banqueros, causó tan poca turbacion en los negocios comerciales. El 24 de Julio, tres dias antes de la revolucion, la renta estaba á 105,15; y el 12 de Agosto, tres dias despues de la instalacion de la monarquía, estaba á 104,40.

La monarquía de derecho divino, al desplomarse, solo produjo una baja de 75 céntimos,

Pero este movimiento gigantesco calmado tan pronto en el interior, causó una conmocion terrible en el extranjero.

El soberano cuya adhesion preocupaba mas á Luis Felipe era el emperador de Rusia.

En efecto, el emperador de Rusia, pronto á firmar un tra-

tado con la rama primogénita en que nos cedia las fronteras del Rhin con la condicion de que le dejáramos posesionarse de Constantinopla, perdía con el advenimiento de Luis Felipe al trono, aquella presa tan deseada desde hacia mas de ciento cincuenta años por los Czares ó emperatrices que le habian antecedido.

Así es que el primer enviado extraordinario que se nombró, fué M. Athalin, encargado de presentar al Czar una carta que se halla testual en nuestras notas justificativas, (1)

M. Athalin encontró al emperadar de Rusia muy irritado; y es que no solo, como ya hemos dicho, perdía con el advenimiento al trono de Luis Felipe su sueño bizantino, sino que conocía tambien, que á pesar de la compresion que trataría de ejercer Luis Felipe, se creaba al Oeste del globo una máquina de libertad poderosa que rápida como el vapor llegaría á invadir sus estados.

Así es, que sin embargo del tono de la carta de Luis Felipe, el emperador recibió mas que friamente á M. Athalin, y el 18 de Setiembre, le entregó en respuesta esta carta ambigua que hacía aun mas insolente el no usar en ella de la calificacion de hermano, dada á Nicolás por Luis Felipe. (2)

La respuesta era bien seca ¿pero que le importaba al nuevo rey? Lo que este quería era la paz, la paz á cualquier precio; y esta se la prometía la Rusia con tal de que fuesen respetados los tratados de 1815. Era todo lo que necesitaba Luis Felipe, que no habia tenido nunca intenciones de atacarlos.

Despues de la Rusia, la potencia que inquietaba mas á Luis Felipe era el Austria; pero el Austria, fijas las miradas en las invasiones de la Prusia, por una parte, y en su volcán

[1] Véanse las notas justificativas, número 10.

[2] Véanse las notas justificativas, número 11.

tan deshonrosa para la Inglaterra como la homicida prision de Santa Elena.

Por una rara casualidad, los dos buques que trasportaron á Carlos X y á su familia, pertenecian á M. Patterson, cuñado de Gerónimo Bonaparte.

CAPÍTULO XLVIII.

HUGO CAPETO fundó la dinastía de los grandes vasallos, Francisco I la de los grandes señores, Luis XIV la de los aristócratas, Luis Felipe la de los grandes propietarios.

Es curioso contemplar cómo esta monarquía, creada por el paisanage y por los banqueros, causó tan poca turbacion en los negocios comerciales. El 24 de Julio, tres dias antes de la revolucion, la renta estaba á 105,15; y el 12 de Agosto, tres dias despues de la instalacion de la monarquía, estaba á 104,40.

La monarquía de derecho divino, al desplomarse, solo produjo una baja de 75 céntimos,

Pero este movimiento gigantesco calmado tan pronto en el interior, causó una conmocion terrible en el extranjero.

El soberano cuya adhesion preocupaba mas á Luis Felipe era el emperador de Rusia.

En efecto, el emperador de Rusia, pronto á firmar un tra-

tado con la rama primogénita en que nos cedia las fronteras del Rhin con la condicion de que le dejáramos posesionarse de Constantinopla, perdía con el advenimiento de Luis Felipe al trono, aquella presa tan deseada desde hacia mas de ciento cincuenta años por los Czares ó emperatrices que le habian antecedido.

Así es que el primer enviado extraordinario que se nombró, fué M. Athalin, encargado de presentar al Czar una carta que se halla testual en nuestras notas justificativas, (1)

M. Athalin encontró al emperadar de Rusia muy irritado; y es que no solo, como ya hemos dicho, perdía con el advenimiento al trono de Luis Felipe su sueño bizantino, sino que conocía tambien, que á pesar de la compresion que trataría de ejercer Luis Felipe, se creaba al Oeste del globo una máquina de libertad poderosa que rápida como el vapor llegaría á invadir sus estados.

Así es, que sin embargo del tono de la carta de Luis Felipe, el emperador recibió mas que friamente á M. Athalin, y el 18 de Setiembre, le entregó en respuesta esta carta ambigua que hacía aun mas insolente el no usar en ella de la calificacion de hermano, dada á Nicolás por Luis Felipe. (2)

La respuesta era bien seca ¿pero que le importaba al nuevo rey? Lo que este quería era la paz, la paz á cualquier precio; y esta se la prometía la Rusia con tal de que fuesen respetados los tratados de 1815. Era todo lo que necesitaba Luis Felipe, que no habia tenido nunca intenciones de atacarlos.

Despues de la Rusia, la potencia que inquietaba mas á Luis Felipe era el Austria; pero el Austria, fijas las miradas en las invasiones de la Prusia, por una parte, y en su volcán

[1] Véanse las notas justificativas, número 10.

[2] Véanse las notas justificativas, número 11.

milanes por otra, pronto siempre á lanzar sus llamas, nos tenia aun mas miedo á nosotros que nosotros á ella.

Por lo mismo, apenas supo Francisco II la llegada del general Belliard encargado de una carta del nuevo rey, que se apresuró á concederle una audiencia, y que aun adelantándose á sus deseos:

—Reconozco á vuestro rey Luis Felipe—le dijo. Tarea difícil es la que se ha impuesto ¡permítame el cielo que logre desempeñarla bien! Decidle que envíe pronto á su embajador.

La Inglaterra no inquietaba absolutamente al elegido de Julio. Herida por los tratados de la rama primogénita con la Rusia, herida por la campaña de Anjel, conocía que nada igual podia temer de un rey (que segun habia dicho él mismo) era Francés de nombre, pero inglés de corazón.(1)

No se engañó en su esperanza: Carlos X, el duque de Angulema, y el duque de Burdeos fueron recibidos en Inglaterra como simples particulares: y mientras se dirijian tristemente á Holly—Rood en medio de claras señales de desprecio, y aun de odio del pueblo inglés, el General Baudrad acogido con entusiasmo, entregaba dos cartas, una al rey Guillermo y otra al lord Wellington recibiendo de ambas potencias una respuesta no solo favorable sino afectuosa.

La Prusia por su parte, habia visto como el Austria, con algun terror la alianza de la rama primogénita con la Rusia.

[1] Recuérdese la carta de Luis Felipe al obispo de Landoff, acerca de la muerte del duque Anjou: en esa carta se halla esta frase:

“He abandonado mi patria tan joven, que apenas tengo las costumbres de un Francés, y puedo decir con verdad, que soy afecto á la Inglaterra no solo por reconocimiento, sino tambien por gusto y por inclinacion.

Esta alianza nos valia el lado izquierdo del Rhin, y lo que ella debia recibir en cambio no era un pago suficiente. El advenimiento al trono del duque de Orleans acababa con todos estos temores. En consecuencia el gabinete de Berlin sin manifestar simpatías, ofreció no ser hostil y decidió que dejaría al volcan *consumirse á sí mismo*.

Quedaba aun la España: porque no merecen mencionarse pequeñas potencias como Saxe, Suecia, Baviera, Portugal, Cerdeña y Wurtemberg.

Lo mismo que á sus demas hermanos, Luis Felipe habia escrito á Fernando VII una carta de las mas conciliadoras; pero por toda respuesta, este, permitió se publicase en su nombre un manifiesto muy poco respetuoso al nuevo trono.

Los refugiados españoles creyeron el momento favorable. Reuniéronse, formaron su comité y nombraron á MM. Marchais, Dupont y Loève Veymars para que se presentasen en el Palacio Real y solicitasen del rey una intervencion en España.

Ya se habia tratado de esta intervencion en el consejo. La mayoría de los ministros y aun M. Guizot mismo la habian apoyado, pero el mariscal Sebastiani se habia opuesto enérgicamente; y como Luis Felipe nada temia entonces mas que una guerra, se habia unido á M. Sebastiani.

Los delegados del comité español ignoraban esta decision, y se presentaron llenos de esperanza. Ofrecian al duque de Orleans, si se lograba que con su intervencion triunfase la causa liberal en Europa, dar al duque de Nemours la mano de doña María y el trono de España.

Esto era ofrecer imposibles.

Así es que Luis Felipe rehusó, permitiendo solo á los refugiados españoles su completa libertad de accion.

—Trabajad, señores, y en cuanto á Fernando podeis colgarle si gustais: es el mayor pícaro que haya existido nunca.

Animados con esta neutralidad, los refugiados hicieron

una tentativa sobre España que no tuvo éxito (como puede recordarse); pero que bastó para asustar á la corte de Madrid, la que manifestó su adhesión al advenimiento al trono de la nueva dinastía.

El duque de Módena fué el único que se mantuvo fuerte, y que no reconoció á Luis Felipe.

Mientras esto pasaba, se esparció una noticia tan inesperada como sombría.

El 26 de Agosto de 1830, se halló colgado al príncipe de Borbon de la falleba de su ventana.

No consignamos aquí tan triste catástrofe para evocar el escándalo de una acusación infame. Aunque declarada madama de Feucheres convicta del crimen, á pesar de que la ciencia y la ley la creían inocente, jamás, ni con las sombras de la sospecha, mancharémos nosotros á la familia real. Malditos los partidos que se valen de tales armas para herir á sus contrarios! Lo mismo que el Delfín al arrancar la espada de las manos del duque de Ragusa, se hieren á sí mismos, y ensangrientan sus propias manos.

Solo una prueba deplorable se encuentra en todo el proceso, y es la de que, por una herencia de sesenta millones, una noble y santa mujer como la reina, pudiera familiarizarse con una mujer como madama de Feucheres.

Infeliz el reinado que comprende el suicidio del duque de Borbon y el asesinato de madama de Praslin.

Pasemos rápidamente sobre estos acontecimientos y guardémoslos sobre todo de hacer responsable de la fortuna de que goza al joven y noble héroe de la Smala.

Las miradas se volvieron fácilmente del castillo de Saint Leu vestido de duelo, hácia Bruselas que precisamente en el momento en que el príncipe tomaba la resolución fatal de abandonar el mundo, tomaba ella la heroica resolución de libertarse del yugo de la Holanda.

Bruselas, imitadora siempre de la Francia, tuvo su revolución de Julio y su nueva dinastía; solo que en vez de te-

ner un rey belga, tuvo un rey anglo-aleman, pero que no por eso es peor rey.

Los trastornos de Bruselas se extendieron á toda la confederación del Rin: Aix-la-Chapelle, Colonia y Hamburgo se sublevaron: hasta en Viena, en la pacífica Viena, que, diez y ocho años mas tarde, debia oír proclamar la república, hubo su motin. La Polonia y la Italia llamaron á las armas, pero escepto en Bruselas, la revolución se sofocó en todas partes.

Viena, Hamburgo, Colonia y Aix-la-Chapelle volvieron á su antiguo yugo: la Italia fué amarrada de nuevo al poste infame: la voz de la Polonia se ahogó con sangre y M. de Sebastiani fué á anunciar á la cámara que la *tranquilidad reinaba en Varsovia*.

—La tranquilidad del suplicio! exclamó uno.

Solo la Francia siguió febril y agitada; mas de una vez aun debia el volcan conmover al mundo antes de extinguirse.

En medio de tantas potencias destruidas, aristócratas y populares, y sobre cuyas ruinas se elevara el trono de Luis Felipe, una sola potencia, mezcla estraña de pueblo y de aristocracia, se habia mantenido firme; la de La Fayette.

El fantasma de la libertad vivía en él.

Investido con el grado de Comandante general de la guardia nacional del reino, La Fayette obraba en las milicias ciudadanas esa influencia que dá una antigua reputación, un gran nombre, una lealdad á toda prueba, y mas que todo, ese prestigio que adquieren los hombres que han visto derribarse tantas cosas.

En efecto, La Fayette habia visto caer el trono de Luis XVI, que en vano trató de sostener, y habia ayudado á derribar los tronos de Napoleon y de Carlos X. No era esto todo: durante la Restauración, La Fayette afiliado entre los Carbonarios, habia tomado parte en todas las conspiraciones militares: Colmar, Belort, La Rochela, habian oido pro-

nunciar su nombre en voz baja pues jamás fué pronunciado en alta voz. La Fayette era una fuerza que molestaba á Luis Felipe: habia ademas entre el rey ciudadano y aquella especie de dictador del pueblo una cierta promesa conocida bajo el nombre de programa del Hotel-de-Ville, la cual no podia abstenerse el rey de cumplir. Al mas pequeño desvio de los principios que le habian valido su elevacion, ya le parecia mirar aparecer á La Fayette aconsejándole y aun amenazándole casi. Esto le incomodaba horriblemente y resolvió el rey desembarazarse de La Fayette.

Colocado en condiciones semejantes á las que habian conducido á Octavio y á Enrique IV al trono, Luis Felipe tenia mucho de la astucia del primer César, y de la falsa honradez del fundador de la dinastía borbónica. El uno debia su trono á los oficiales del Emperador, y lo primero que hizo fué sacrificar á Antonio: el otro lo debió á los protestantes, y la primera cosa que hizo fué sacrificar á Biron: Luis Felipe lo debia á los republicanos, y su primer pensamiento fué el de sacrificar á La Fayette.

La ocasion se le presentó muy pronto: supose una mañana que M. de Polignac habia sido arrestado en una miserable taberna de la ensenada de Granville, M. Peyronnet, denunciado por un antiguo funcionario, que á M. M. de Chantelauze y de Guernon—Ranville se les habia detenido en Tours, y en fin que todos cuatro acababan de ser trasportados á Vincennes.

Era la segunda vez que M. de Polignac estaba prisionero en este mismo castillo, abierto para él por vez primera á consecuencia de la conspiracion de Jorge Cadoudal.

Grande fué la emocion que causó este arresto, arresto que embarazaba bastante en sus primeros pasos á esta monarquía naciente. ¿Iba á desmentir su origen no participando de la cólera del pueblo contra los que firmaron las ordenanzas? ¿Iba, desde sus principios, á usar de rigor y á esponerse á resbalar en sangre?

Nombráronse tres comisionados para interrogar á los ministros: M. Berénger (es necesario no confundirle con el poeta) retirado ya á la vida oscura, de la que no debia salir sino para atacar con sus canciones al rey que él habia hecho, M. Madier de Montjau y M. Manguin.

CAPÍTULO XLIX.

Al saber el arresto de los cuatro ministros, los otros tres M. M. de Montbel, Capvelle y d' Haussez lograron esconderse sin que se pudiera dar con ellos. El aspecto de aquellos era tan diferente que nadie hubiera creído á primera vista que estaban detenidos por una misma causa y que representaban el mismo principio.

M. de Polignac estaba sereno y casi alegre: miraba su arresto como una gracia de muy mal gusto que debia concluir de un dia á otro: no comprendia la responsabilidad del ministro del momento en que se habian vengado del rey. La inviolabilidad real, debia, segun él, resguardar á la responsabilidad ministerial.

En cuanto á M. de Peyronnet, su actitud indicaba mas insolencia que calma, mas terquedad que conviccion. Todo lo debo al rey—decia—y el rey tenia derecho para disponer de mí á su antojo. Me ordenó firmase las ordenanzas

nunciar su nombre en voz baja pues jamás fué pronunciado en alta voz. La Fayette era una fuerza que molestaba á Luis Felipe: habia ademas entre el rey ciudadano y aquella especie de dictador del pueblo una cierta promesa conocida bajo el nombre de programa del Hotel-de-Ville, la cual no podia abstenerse el rey de cumplir. Al mas pequeño desvio de los principios que le habian valido su elevacion, ya le parecia mirar aparecer á La Fayette aconsejándole y aun amenazándole casi. Esto le incomodaba horriblemente y resolvió el rey desembarazarse de La Fayette.

Colocado en condiciones semejantes á las que habian conducido á Octavio y á Enrique IV al trono, Luis Felipe tenia mucho de la astucia del primer César, y de la falsa honradez del fundador de la dinastía borbónica. El uno debia su trono á los oficiales del Emperador, y lo primero que hizo fué sacrificar á Antonio: el otro lo debió á los protestantes, y la primera cosa que hizo fué sacrificar á Biron: Luis Felipe lo debia á los republicanos, y su primer pensamiento fué el de sacrificar á La Fayette.

La ocasion se le presentó muy pronto: supose una mañana que M. de Polignac habia sido arrestado en una miserable taberna de la ensenada de Granville, M. Peyronnet, denunciado por un antiguo funcionario, que á M. M. de Chantelauze y de Guernon—Ranville se les habia detenido en Tours, y en fin que todos cuatro acababan de ser trasportados á Vincennes.

Era la segunda vez que M. de Polignac estaba prisionero en este mismo castillo, abierto para él por vez primera á consecuencia de la conspiracion de Jorge Cadoudal.

Grande fué la emocion que causó este arresto, arresto que embarazaba bastante en sus primeros pasos á esta monarquía naciente. ¿Iba á desmentir su origen no participando de la cólera del pueblo contra los que firmaron las ordenanzas? ¿Iba, desde sus principios, á usar de rigor y á esponerse á resbalar en sangre?

Nombráronse tres comisionados para interrogar á los ministros: M. Berénger (es necesario no confundirle con el poeta) retirado ya á la vida oscura, de la que no debia salir sino para atacar con sus canciones al rey que él habia hecho, M. Madier de Montjau y M. Manguin.

CAPÍTULO XLIX.

Al saber el arresto de los cuatro ministros, los otros tres M. M. de Montbel, Capvelle y d' Haussez lograron esconderse sin que se pudiera dar con ellos. El aspecto de aquellos era tan diferente que nadie hubiera creído á primera vista que estaban detenidos por una misma causa y que representaban el mismo principio.

M. de Polignac estaba sereno y casi alegre: miraba su arresto como una gracia de muy mal gusto que debia concluir de un dia á otro: no comprendia la responsabilidad del ministro del momento en que se habian vengado del rey. La inviolabilidad real, debia, segun él, resguardar á la responsabilidad ministerial.

En cuanto á M. de Peyronnet, su actitud indicaba mas insolencia que calma, mas terquedad que conviccion. Todo lo debo al rey—decia—y el rey tenia derecho para disponer de mí á su antojo. Me ordenó firmase las ordenanzas

y las firmé: si mas me hubiese mandado, mas hubiese hecho.

M. de Guernon-Ranville habia conservado cierta alegría; pero esa alegría del misántropo que encubre mal las inquietudes del espíritu ó las angustias del alma: se comprendia al verlo, que en medio de la soledad y del silencio de su prision, debian ser muy amargas sus meditaciones acerca de la situacion en que se hallaba.

M. de Chantelauze estaba abatido y no trataba de ocultar su abatimiento: pálido, enfermizo, aterrado, se fatigaba á cada frase que profería, sufría á cada paso que daba.

El rey se habia librado ya de alguna parte de responsabilidad haciendo nombrar por la cámara la comision que debia interrogar á los prisioneros.

Se esperaba antes que llegase el dia de juzgarlos, obtener la abolicion de la pena de muerte en asuntos políticos.

Así es, que ese gran triunfo de la filosofía legal, la abolicion de la pena de muerte en materias políticas, iba á obtenerse quiza, no por la fuerza de una conviccion filantrópica, ó de un gran progreso social, sino por un pequeño interes de conservacion personal.

Si no lograba buen éxito el proyecto, si la pena de muerte no se abolía, se trasladaria el proceso á la cámara de los pares, en la cual tendrían siempre mas influencia. Lo mismo que se habia hecho condenar á esta cámara al mariscal Ney en 1815, se la haria absolver en 1830 á MM. de Polignac, de Peyronnet, de Chantelauze y de Guernon-Ranville.

Para preparar las cosas, se habia suspendido toda ejecucion. Inútilmente el austero Dupont (de l'Eure) habia sollicitado dos ó tres veces la aplicacion de la pena de muerte. Tratándose de la ejecucion de un parricida, el rey, cuya autorizacion se pedia, inclinándose hácia M. Laffitte, le habia dicho: "¡Mi padre murió en un cadalso!"

Ademas, este horror al cadalso existía en toda la familia.

El señor duque de Montpensier estaba próximo á desmayarse un dia que contaba yo delante de él la historia de la guillotina.

Propúsose la abolicion de la pena de muerte por M. Victor de Tracy en la sesion del 17 de Agosto.

El 6 de Octubre M. Berénger leyó acerca de esta proposicion un informe que concluía pidiendo se aplazase; pero hablaron en contra sucesivamente M. de Keratry y M. de La Fayette. Bajo la influencia de estos, la cámara votó se dirijiese un mensaje al rey que tenia por objeto la supresion en ciertos casos de la pena de muerte.

Nombróse una comision para redactar este mensaje.

A las ocho de la noche estaba concluido.

Fácil era de adivinar la respuesta del rey, pues todo se habia hecho inspirado por él.

—Señores—dijo—el voto que espresais se halla hace largo tiempo en mi corazon.

Sin embargo se creia, y con razon, que al pueblo no se le engañaria con esa falsa filantropia; que reconoceria pronto la causa, y que en la frase *en ciertos casos*, comprenderia habia una puerta abierta á la impunidad.

En consecuencia, al dia siguiente se leyó una proposicion en la tribuna que trataba de señalar á las viudas de los ciudadanos muertos durante las tres jornadas, una pension de quinientos francos, á los huérfanos una suma anual de doscientos cincuenta francos hasta que llegasen á la edad de siete años, y en fin, á los heridos, su admision en el hospital de los Inválidos.

Y con todo, á pesar de estas precauciones, no llegaron á engañar al pueblo.

Una sorda y comprimida cólera bullía en el fondo de la sociedad que de cuando en cuando se dejaba percibir.

El 18 de Octubre aparecieron amenazantes carteles en los muros del Luxemburgo.

Dos ó tres pelotones de esos hombres que solo se ven en



dias malditos, brotaron de las catacumbas de la sociedad, y se esparcieron por las calles de la capital, cantando la *Parisiense* y gritando: *¡Mueran los ministros!*

Estos pelotones se dirigieron hácia Vincennes; pero rechazados por las amenazas del general Daumesnil, se replegaron al Palacio Real precisamente en el momento en que había consejo de ministros.

El rey se paseaba en la azotea con Odilon Barrot: los amotinados percibieron al prefecto del Sena, y manifestando no ver al rey, exclamaron: *¡Viva Barrot!*

Odilon Barrot quiso arengarles, pero el rey le detuvo.

—Dejadlos—le dijo—Yo tambien hace cuarenta años oí gritar: *¡Viva Pethion!*

El prefecto del Sena se mordió los labios, y entró al consejo de ministros.

La guardia del Palacio Real bastó para disipar el motin.

Al dia siguiente M. Odilon Barrot publicaba una proclama.

La proclama es la manía de los hombres de Estado: todo aquel que ha hecho una proclama es un hombre de Estado: publicar su proclama es recibir del pueblo que la lee la sancion de una potencia cualquiera.

Consignemos aquí la proclama de M. Odilon Barrot; ella explicará cómo, creyendo consolidar su poder, preparaba su caida.

“Ciudadanos! decia el prefecto del Sena.—Vuestros magistrados están profundamente afligidos por los desórdenes que vienen á turbar la tranquilidad pública, en el momento mismo en que la industria y el comercio, que tienen necesidad de tantas seguridades, iban á salir de esa crisis demasiado prolongada. No es venganza lo que pide ese pueblo de Paris, que es siempre el pueblo de los tres grandes dias, el pueblo mas valiente y mas generoso de la tierra, no, es justicia. La justicia es en efecto la necesidad, el derecho de los hombres fuertes y valerosos: la venganza es el placer

de los débiles y de los cobardes. Un paso inoportuno (la proposicion de la cámara) ha hecho suponer que trataba de concertarse un modo para torcer el curso ordinario de la justicia con respecto á los antiguos ministros: las demoras que no son mas que el cumplimiento de las fórmulas que dan á la justicia un carácter mas solemne, han venido á acreditar, á fortificar esa opinion que nuestros miserables enemigos, siempre prontos á aprovechar cualquier accidente para desunirnos, explotan con el mayor afán. De ahí ha provenido esa conmocion popular que para los hombres de buena fé, para los buenos ciudadanos, no tiene otra causa que una mala comprension. Os lo declaro con toda seguridad, conciudadanos: el curso de la justicia no ha sido suspendido ni interrumpido, ni llegará á serlo: continúa el proceso de la acusacion hecha á los antiguos ministros: estos pertenecen á la ley, y de la ley sola penden sus destinos. Los buenos ciudadanos no pueden pedir ni desear otra cosa; y sin embargo ¡esos gritos de muerte lanzados en nuestras calles y en nuestras plazas públicas, esas provocaciones y esos pasquines, que son sino violencias hechas á la justicia? Nosotros queremos para los demas lo que anheláramos para nosotros mismos, jueces serenos é imparciales: ¡pues bien! algunos hombres estraviados ó malquerientes amenazan á los jueces antes de comenzado el debate. Pueblo de Paris! tu no apruebas esas violencias: los acusados son sagrados para tí: están bajo la salvaguardia de la ley. Insultarlos, poner trabas á su defensa, anticiparse á los acuerdos de la justicia, es violar las leyes de toda nacion civilizada, es faltar al primer deber de la libertad, es mas que un crimen, es una cobardía. No hay un solo ciudadano en este noble y glorioso pueblo, que no comprenda que está en su honor y en su deber impedir un atentado que mancharia nuestra revolucion: que se haga justicia; pero la violencia no es justicia! Tal es la voz de todos los hombres de bien, tal será el principio de la conducta de vuestros magistrados. En estas

graves circunstancias, cuentan con la union y asistencia de los verdaderos patriotas para dar mas fuerza á las medidas tomadas para asegurar el órden público.”

M. Odilon Barrot acababa de cometer á los ojos del rey, una falta que no debia perdonarle en mucho tiempo: acababa de reprobár, al hablar del mensaje de la cámara sobre la abolición de la pena de muerte *en ciertos casos*, el pensamiento secreto del hombre.

Desde este instante se decidió la caída de M. Odilon Barrot.

Luis Felipe consiguió fácilmente que el consejo adoptase sus ideas respecto á la caída del prefecto del Sena. Si se recuerda, el ministerio era lo mas heterogéneo posible: la revolución de 1830 acababa de encargar de sus intereses á M. de Broglie, tráfugo del campo realista; á M. Guizot, el hombre de Gante; á M. Perier que luchó hasta última hora contra la revolución; á M. Sebastiani, que el juéves en la mañana, declaraba que la bandera blanca era su bandera; y en fin, al general Gerard, último ministro de Carlos X, que se habia sostenido en el poder con solo haber hecho firmar á la rama menor la ordenanza de la rama primogénita.

Ninguno de esos hombres podian querer á Odilon Barrot.

Así es, que cuando el rey pidió su separación, solo Dupont (de l'Eure) se opuso á ella.

Era esponerse él mismo á una separación próxima.

Fuera del ministerio, Odilon Barrot estaba sostenido por Laffitte y por La Fayette.

La cosa estaba enredada: M. Sebastiani propuso hacer una indicación al prefecto del Sena para que se retirase él mismo; pero se interrumpió la sesión del consejo que debia continuar en la tarde.

En la noche se reunieron los ministros: solo el rey, contra su costumbre, tardó en llegar. De repente se abrió la puerta y apareció satisfecho y gozoso.

—Señores—dijo—os anuncio que la salida del prefecto

del Sena está decidida, y que el general La Fayette, comprendiendo la necesidad, se presta á ayudarnos.

—¡M. de La Fayette prestarse á coadyuvar á la salida de M. Odilon Barrot! exclamó Dupont (de l'Eure)—pero, Sire, lo que dice V. M. es imposible!

—Yo lo he oido,—caballero—respondió el rey vivamente.

—Permitidme, Sire, creer que estais en un error, insistió Dupont (de l'Eure) inclinándose: el general ha hablado conmigo de un modo enteramente distinto, y no le creo capaz de contradecirse en este punto.

La cólera inflamó el semblante del rey, pero sin embargo se calló.

—Ademas—continuó Dupont (de l'Eure) hablemos de mí: puesto que M. Barrot se retira, yo reitero á V. M. la súplica de que acepte mi dimisión.

—Pero esta mañana, caballero, me prometisteis quedaros hasta el fin del proceso de los ministros.

—Sí, pero con la condición de que M. Barrot se quedaria.

—Sin condición, caballero.

—Lo que es ahora, Sire, afirmo, que V. M. está equivocado.

—¡Qué! caballero, ¿os atreveis á desmentirme? ¡Oh! eso ya es demasiado y todo el mundo sabrá la falta que habeis cometido.

—Sire, respondió el guarda-sellos, cuando el rey haya dicho *si*, y Dupont (de l'Eure) haya dicho *no*, á la verdad no sé á cual de los dos creará la Francia.

El guarda-sellos saludó y se adelantó hácia la puerta.

En el umbral encontró al duque de Orleans que le impidió el paso, le tomó las manos y le condujo al rey.

—Sire, dijo el joven príncipe, M. Dupont es un hombre tan honrado, que solo puede haber en todo esto una mala inteligencia.

El rey abrazó á M. Dupont y M. Dupont le ofreció permanecer.

Pero todo esto no era mas que un mal remiendo sin consistencia alguna: si M. Dupont (de l'Eure) consentia en quedarse con MM. de Broglie, Guizot, Molé, Casimiro Périer, Dupin y Bignon, MM. Bignon, Dupin, Casimiro Périer, Molé, Guizot y Broglie no consintieron en quedarse con M. Dupont (de l'Eure.)

Los doctrinarios al presentar su dimision, forzaron á Luis Felipe á que formase un nuevo gabinete.

Todavía fué M. Laffitte el encargado de esta difícil operacion.

Al cabo de dos ó tres dias de hablar vagamente, el *Monitor* publicó, el 2 de Noviembre, la lista de los nuevos elegidos.

Estos eran:

MM. Laffitte, ministro de hacienda y presidente del consejo.

Dupont (de l'Eure) de justicia.

Gérard, de guerra.

Sebastiani, de marina.

Maison, de negocios extranjeros.

Montalivet, del interior, y

Mérilhou, de instruccion pública.

Los tres ministros sin cartera, Dupin, Casimiro Perier y Bignon habian dimitido sus cargos.

Quince dias despues una recomposicion colocaba al mariscal Soult en el ministerio de la Guerra, á M. Sebastiani en el de negocios extranjeros, y á M. de Argout en el de marina.

Mientras tanto los dias volaban y se acercaba la época fatal, es decir, la fecha fijada para la instruccion del proceso de los ministros.

El 4 de Octubre la cámara de los pares se constituyó en jurado, ordenó la traslacion de los ministros al pequeño Luxemburgo, y fijó la apertura de los debates para el 15 de Diciembre.

El rey, al cambiar de ministerio, habia logrado su objeto que era salvar á los ministros: la cámara de los pares haria lo que él quisiera. En el nuevo ministerio disponia de M. Laffitte, *su amigo*, de Sebastiani y de Montalivet, que lo complacian en todo, de Gérard y de Maison, sus adictos, y en cuanto á M. Mérilhou era fácil de conquistar: quedaba solo Dupont (de l'Eure) que obraría segun obrase La Fayette, y La Fayette, proscripto por M. de Polignac, queria vengarse á su modo, salvándole.

En este intervalo que separaba la formacion del nuevo ministerio de la apertura del proceso, M. La Fayette recibió de la mano de aquel á quien habia hecho rey, una herida, la primera, pero herida tanto mas dolorosa cuanto que era inesperada.

CAPÍTULO L.

SÉASE ó no que el sacudimiento que sintió la Francia en la caída del gobierno de Carlos X hubiese sido en realidad mas fuerte y profundo que lo que parecía á primera vista, el caso es que las bancarrotas se multiplicaron, las casas mas

El rey abrazó á M. Dupont y M. Dupont le ofreció permanecer.

Pero todo esto no era mas que un mal remiendo sin consistencia alguna: si M. Dupont (de l'Eure) consentia en quedarse con MM. de Broglie, Guizot, Molé, Casimiro Périer, Dupin y Bignon, MM. Bignon, Dupin, Casimiro Périer, Molé, Guizot y Broglie no consintieron en quedarse con M. Dupont (de l'Eure.)

Los doctrinarios al presentar su dimision, forzaron á Luis Felipe á que formase un nuevo gabinete.

Todavía fué M. Laffitte el encargado de esta difícil operacion.

Al cabo de dos ó tres dias de hablar vagamente, el *Monitor* publicó, el 2 de Noviembre, la lista de los nuevos elegidos.

Estos eran:

MM. Laffitte, ministro de hacienda y presidente del consejo.

Dupont (de l'Eure) de justicia.

Gérard, de guerra.

Sebastiani, de marina.

Maison, de negocios extranjeros.

Montalivet, del interior, y

Mérilhou, de instruccion pública.

Los tres ministros sin cartera, Dupin, Casimiro Perier y Bignon habian dimitido sus cargos.

Quince dias despues una recomposicion colocaba al mariscal Soult en el ministerio de la Guerra, á M. Sebastiani en el de negocios extranjeros, y á M. de Argout en el de marina.

Mientras tanto los dias volaban y se acercaba la época fatal, es decir, la fecha fijada para la instruccion del proceso de los ministros.

El 4 de Octubre la cámara de los pares se constituyó en jurado, ordenó la traslacion de los ministros al pequeño Luxemburgo, y fijó la apertura de los debates para el 15 de Diciembre.

El rey, al cambiar de ministerio, habia logrado su objeto que era salvar á los ministros: la cámara de los pares haria lo que él quisiera. En el nuevo ministerio disponia de M. Laffitte, *su amigo*, de Sebastiani y de Montalivet, que lo complacian en todo, de Gérard y de Maison, sus adictos, y en cuanto á M. Mérilhou era fácil de conquistar: quedaba solo Dupont (de l'Eure) que obraría segun obrase La Fayette, y La Fayette, proscripto por M. de Polignac, queria vengarse á su modo, salvándole.

En este intervalo que separaba la formacion del nuevo ministerio de la apertura del proceso, M. La Fayette recibió de la mano de aquel á quien habia hecho rey, una herida, la primera, pero herida tanto mas dolorosa cuanto que era inesperada.

CAPÍTULO L.

SÉASE ó no que el sacudimiento que sintió la Francia en la caída del gobierno de Carlos X hubiese sido en realidad mas fuerte y profundo que lo que parecía á primera vista, el caso es que las bancarrotas se multiplicaron, las casas mas

fuertes perdieron algo de su crédito, y aun el mismo M. Laffitte empezaba á temer que al lanzarse en la revolucion con cuerpo y bienes, habia salvado el cuerpo es verdad, pero corría un gran riesgo su fortuna.

Conociendo que no tardaría mucho en hallarse embarazado en sus negocios, M. Laffitte propuso al rey le vendiese su selva de Breteuil, y el rey aceptó; solo que para que esta venta se velase con el mayor secreto, se habian convenido en que el acta iria garantizada con su firma privada, y que esta firma no se registraría.

M. Laffitte se admiró mucho, por lo mismo, una mañana (la del 18 de Noviembre) en que recibió la carta siguiente del rey:

“Mi querido señor Laffitte:

“Despues de lo que me ha indicado uno de nuestros amigos, comprendo debeis saber yá por qué me he aprovechado de la ausencia de M. Jamet (1) para hacer registrar la firma privada con el mayor secreto posible.”

Esta carta incomprendible para el público no lo era menos para M. Laffitte. ¿Quién era ese comun amigo que el rey no nombraba? ¿Por qué habia aprovechado la ausencia de M. Jamet para hacer una cosa que habia ofrecido no hacer?

El único hecho, claro, positivo, incontestable, era que la firma privada habia sido registrada con el mayor secreto.

Ahora bien, todos saben lo que es el secreto del registro, sobre todo cuando se trata nada menos que de una venta de ocho á diez millones.

Era un golpe terrible para el crédito de M. Laffitte la primera muestra de gratitud de Luis Felipe de aquel á quien habia hecho rey.

Pero ¿no era preciso que Luis Felipe destruyese unos despues de otros, á todos los que le habian elevado?

(1) M. Jamet era director de la contabilidad del rey.

M. Laffitte podia vengarse facilmente, con solo presentar su dimision, que acarrearía la de Dupont (de l'Eure) en el ministerio, la de La Fayette como comandante de la guardia nacional, y la de Odilon Barrot como prefecto del Sena.

Entonces Luis Felipe quedaria desarmado ante la irritacion popular aumentada por el proceso de los ministros.

Pero tuvo la generosidad de no hacer nada, y disimulando sus temores para el porvenir, temores que el porvenir le probó eran bien fundados, encerró su herida que vertia sangre en lo mas profundo de su corazon.

Resolvió prestar su apoyo y el de sus amigos Dupont (de l'Eure), La Fayette y Odilon Barrot, al proceso de los ministros, piedra de toque en la que podria conmoverse fuertemente el trono de Julio, á los cinco meses de su existencia.

Iban á tener que luchar con tres partidos.

El legitimista.

El bonapartista.

El republicano.

Al partido legitimista se le conocia ya bien, y se habia visto cuando trató de defender á Carlos X, lo poco temible que era. Lo único que le daba alguna importancia era su fortuna; pero las fortunas estaban comprometidas en cualquier movimiento popular. ¿No se habia dicho en voz bien alta que si la revolucion de Julio en vez de durar tres dias dura cuatro, el pueblo se hubiera entregado al pillaje?

Pobre pueblo! ¿cómo se le calunniaba!

El partido bonapartista.

Apenas se habia pronunciado el nombre de Napoleon II en los dias de la revolucion de Julio en los que en medio de la general sorpresa habian escamoteado la corona para el duque de Orleans. Pero entretanto habia reclutado gente, y habia conocido que teniendo á la vez raices en el pueblo, en el ejército, en la administracion, en la cámara de los pares y hasta en la corte, era mucho mas fuerte de lo que él

mismo creia. Solo que su candidato estaba muy lejos, fuera del círculo de su poder, y aunque hubiesen tenido un trono que brindar á Napoleon II, no era probable que el Austria le permitiese aceptarlo.

El partido republicano.

Oh! este era el que inspiraba mas serios temores. Menos considerable quizá que los otros dos en los momentos en que la revolucion de Julio habia estallado, se habia fortalecido despues, y comprendia que ya necesitaban contar con él. Además, su fuerza provenia de su conviccion: cierta voz interior le decia que el porvenir era suyo. No se habia manchado con los excesos del 93, y estaba libre de las persecuciones de la cámara. Le faltaba esperiencia, es verdad, pero qué le importaba si estaban dispuestos á morir para derribar los obstáculos que su misma inespierencia podria suscitarles? Tenian valor, adhesion, probidad; qué mas se podia pedir á hombres que no deseaban destinos, oro ni honores?

El alma, el núcleo mas poderoso del partido republicano estaba en la artillería de la guardia nacional.

La artillería de la guardia nacional se componia de cuatro baterías.

La segunda, á las órdenes de Guinard y de Cavaignac, y la tercera á las de Bastide y Thomas, pertenecian enteramente al partido republicano.

El duque de Orleans, colocado como simple artillero en la primera, habia estendido en ella y en la cuarta, algunas semillas, no de reaccion, pero sí de adhesion al rey. Y sin embargo, á pesar de la presencia del príncipe, podiamos contar con cerca de una tercera parte de los soldados que componian ambas baterías.

Además, la artillería llamaba la atencion por su buena disciplina y porte, y por el ardor con que se entregaba á los ejercicios. A las seis de la mañana en el verano y á las ocho en el invierno, efectuaban sus maniobras en los patios del

Louvre, donde estaban colocadas las piezas, y muchas veces en Vincennes, hemos luchado quizás con ventaja en los ejercicios de fuerza y destreza con los artilleros permanentes.

En la artillería tenia fijas sus miradas el gobierno.

CAPÍTULO LI.

ENTRETANTO murió Benjamin Constant.

En los últimos dias de su vida habíanse contado de él cosas estrañas: se habia dicho que su adhesion al gobierno de Julio le habia valido cuatrocientos mil francos. ¿Era esto verdad, ó era obra de la calumnia que queria manchar tan grande y bien sentada reputacion? La realidad era que Benjamin Constant habia muerto en la mayor miseria, y que, en los últimos dias de su existencia, habia tenido que buscar mas de una vez en el pan desdeñado la víspera, el sustento del dia siguiente.

Benjamin Constant tenia un defecto, ese defecto que no presta á un hombre seguridad alguna ni en su honor ni en su conciencia, ni en su vida. Era jugador.

Pero el dia en que la noticia de su muerte se estendió en Paris, lo mismo que el dia en que murió Mirabeau, todo se

mismo creia. Solo que su candidato estaba muy lejos, fuera del círculo de su poder, y aunque hubiesen tenido un trono que brindar á Napoleon II, no era probable que el Austria le permitiese aceptarlo.

El partido republicano.

Oh! este era el que inspiraba mas serios temores. Menos considerable quizá que los otros dos en los momentos en que la revolucion de Julio habia estallado, se habia fortalecido despues, y comprendia que ya necesitaban contar con él. Además, su fuerza provenia de su conviccion: cierta voz interior le decia que el porvenir era suyo. No se habia manchado con los escesos del 93, y estaba libre de las persecuciones de la cámara. Le faltaba esperiencia, es verdad, pero qué le importaba si estaban dispuestos á morir para derribar los obstáculos que su misma inespierencia podria suscitarles? Tenian valor, adhesion, probidad; qué mas se podia pedir á hombres que no deseaban destinos, oro ni honores?

El alma, el núcleo mas poderoso del partido republicano estaba en la artillería de la guardia nacional.

La artillería de la guardia nacional se componia de cuatro baterías.

La segunda, á las órdenes de Guinard y de Cavaignac, y la tercera á las de Bastide y Thomas, pertenecian enteramente al partido republicano.

El duque de Orleans, colocado como simple artillero en la primera, habia estendido en ella y en la cuarta, algunas semillas, no de reaccion, pero sí de adhesion al rey. Y sin embargo, á pesar de la presencia del príncipe, podiamos contar con cerca de una tercera parte de los soldados que componian ambas baterías.

Además, la artillería llamaba la atencion por su buena disciplina y porte, y por el ardor con que se entregaba á los ejercicios. A las seis de la mañana en el verano y á las ocho en el invierno, efectuaban sus maniobras en los patios del

Louvre, donde estaban colocadas las piezas, y muchas veces en Vincennes, hemos luchado quizás con ventaja en los ejercicios de fuerza y destreza con los artilleros permanentes.

En la artillería tenia fijas sus miradas el gobierno.

CAPÍTULO LI.

ENTRETANTO murió Benjamin Constant.

En los últimos dias de su vida habíanse contado de él cosas estrañas: se habia dicho que su adhesion al gobierno de Julio le habia valido cuatrocientos mil francos. ¿Era esto verdad, ó era obra de la calumnia que queria manchar tan grande y bien sentada reputacion? La realidad era que Benjamin Constant habia muerto en la mayor miseria, y que, en los últimos dias de su existencia, habia tenido que buscar mas de una vez en el pan desdeñado la víspera, el sustento del dia siguiente.

Benjamin Constant tenia un defecto, ese defecto que no presta á un hombre seguridad alguna ni en su honor ni en su conciencia, ni en su vida. Era jugador.

Pero el dia en que la noticia de su muerte se estendió en Paris, lo mismo que el dia en que murió Mirabeau, todo se

olvidó. Cien mil hombres acompañaron el convoy, el carro fúnebre se llevó arrastrando, una porción de jóvenes entusiastas gritaron: *Al Panteon!* y hubo necesidad de que interviniese la fuerza armada para que el convoy tomase otra vez el camino del cementerio del que se había separado.

Todos estos acontecimientos eran vapores aislados que iban uno á uno á engrosar y robustecer el huracan próximo á bramar sobre el Luxemburgo.

El 15 de Diciembre principiaron los debates. Desde las ocho de la mañana la multitud llenaba el salon de sesiones, y pululaban en las avenidas del Palacio.

Es que el pueblo comprendía por instinto que en el proceso de los ministros juzgaban su propia causa. Si los ministros salían absueltos ó condenados á cualquiera pena que no fuese la muerte, el rey de las barricadas renegaba á los ojos de la Europa de la revolucion de Julio.

Así pensaba M. Mauguin, uno de los jueces instructores.

Interrogado sobre que género de castigo debía imponerse á los culpables, había respondido: ¡la muerte!

Era preciso que el sentimiento de una gran cuestion vital para la revolucion, se ocultase bajo esta palabra, *la muerte!* para que tantos labios jóvenes y generosos, la repitiesen en medio de amenazas y maldiciones.

Conocidos son los pormenores de ese proceso, durante el cual mas de una vez los gritos lanzados fuera del Palacio, conmovieron en sus asientos á jueces y acusados.

El proceso duró desde el 15 al 21, y apesar de todas las precauciones tomadas, cada dia crecia mas y mas la multitud que esperaba el fallo.

Este no debía pronunciarse delante de los acusados: hicieronlos salir, y se les anunció que iban á conducirlos de nuevo á Vincennes.

Al oír esto, contempláronse perdidos. Durante todo este último dia no habían cesado de sonar los tambores, ni de oírse gritos de muerte.

M. de Montalivet, ministro del interior, que había recibido orden del rey para hacer conducir á los prisioneros sanos y salvos hasta Vincennes, escogió al coronel Ladvocat para dividir con él un tan peligroso honor.

—Caballero,—le dijo cuando llegó el momento de obrar, —vamos á trabajar para la historia; tratemos, pues, de que sea en honor de la Francia.

M. Ladvocat recibió los prisioneros de manos del conserje: un carruaje los aguardaba en la puerta del pequeño Luxemburgo.

Al momento que aparecieron en la puerta, algunos hombres se lanzaron por las otras avenidas del Palacio, gritando:

—Ya se ha pronunciado el fallo! los ministros están condenados á muerte!

Yo me encontraba en medio de esa multitud febril, y recuerdo todavía la esplosion de triunfo que se escuchó entre aquellas masas á las temibles palabras:

—A muerte!

Fué un inmenso grito que resonó en todo Paris, aumentándose sin cesar, como repetido por los ecos, se aumentó en un valle de Suiza, el horroroso ruido del trueno.

Mientras tanto, el carruaje que encerraba á los prisioneros ganaba la calle de Madama, donde, á las órdenes del coronel Favoir esperaba un destacamento de doscientos caballos.

El carruaje era ligero y partió al galope. Temblaron las calles bajo las herraduras de los caballos, y á poco toda aquella tropa, semejante á un torbellino, lanzóse hácia los *boulevares* exteriores y desapareció.

De repente esparcióse entre el pueblo la voz de que los ministros no estaban condenados á muerte, sino solo á prision perpétua, y que, por orden del rey, acababan de favorecer su partida.

El cambio fué instantáneo: á los gritos de triunfo sucedie-

ron los gritos de rabia, y con un solo movimiento, lanzóse la multitud sobre las bayonetas de la guardia nacional que defendía el Palacio.

Entretanto, M. de Montalivet enviaba al rey este billete desde la barrera del Trono:

“Sire: estamos ya á la mitad del camino: algunos minutos mas, y llegamos á Vincennes y todo se salva.”

Esto pasaba precisamente en el momento en que se llegaban á las manos en las calles de Tournon y de la Delfina, y en la plaza del Panteon.

Era tal el tumulto que los pares, al oirlo, habian tenido miedo, y unos por un lado y otros por el otro, habian escapádose todos.

A las diez, M. Pasquier entró en el salon de audiencias; estaba desierto, y á la débil luz de un quinqué medio apagado, y ante las bancas vacias fué como leyó el fallo de la Corte.

Hácia la misma hora, es decir, á las diez se escuchó un cañonazo.

Este cañonazo anunciada al rey que los prisioneros habian llegado sanos y salvos á Vincennes.

Pero nosotros que ignorábamos su significado, lo tomamos por una señal: así es, que sonó el grito de *A las armas!* y cuantos portaban el uniforme de artilleros se precipitaron hácia el Louvre.

En el camino encontramos á La Fayette que luchaba inútilmente con un peloton de gente del pueblo.

Éste pedia, entre terribles imprecaciones, la muerte de los ministros.

—Amigos míos! amigos míos!... decia La Fayette, no reconozco en vosotros á los valientes de Julio.

—Bien lo creo! exclamó un hombre del pueblo—porque vos no estabais entre ellos.

Esta frase debió parecer muy dura al pobre comandante

general. Era la segunda revolucion en la que miraba zozobrar su popularidad.

Nosotros le rodeamos: nuestro uniforme de artilleros inspiraba respeto, porque la artillería pasaba por republicana: le sacamos de entre la multitud y seguimos nuestro camino hácia el Louvre.

Llegamos precisamente en el momento en que se habia dado órden de cerrar las rejas: aun pudimos entrar, pero se cerraron tras de nosotros.

Encontramos á nuestros camaradas vivamente agitados. Se habia tratado de hacer un movimiento sobre el Palacio Real. Teníamos municiones para veinte mil tiros de cañon, y nos hallábamos á cosa de trescientos pasos del castillo.

El pueblo estaba furioso: la guardia nacional exasperada: habíamos encontrado á muchos hombres arrojando sus fusiles en las calles, y á otros quebrando sus sables con cólera.

Ciertamente, el momento no podia ser mas á propósito para dar un golpe vigoroso, y este golpe parecia estar decidido.

De repente un artillero se aproxima á nosotros. y nos anuncia que han quitado las S de las piezas.

Nos precipitamos al parque: ponemos una pieza en movimiento, y en efecto, una de las ruedas se suelta y la pieza cae.

Cien voces preguntan á la vez: ¿Quién ha hecho esto?

Tres ó cuatro voces contestan que el comandante Barre.

Al instante se precipitan hácia él. Hace una señal á la cuarta batería y á la primera, que, como es sabido, eran orleanistas: Bastide hace otra y la tercera batería se presenta con sable en mano. Bastide y el comandante Barre se ven próximos á sostener un combate particular; pero el comandante cede y ofrece que va á hacer colocar otra vez las S.

En efecto, un cuarto de hora despues las S estaban ya colocadas.

Entonces entran todos en tumulto al cuerpo de guardia.

Acércanse al rededor de una mesa en la que el gefe de la segunda batería redacta una proclama. Concluida ésta un artillero sube sobre una mesa y empieza á leerla; pero otro artillero, Grille de Beuzelin, se la arranca de las manos y la desgarrá.

Síguese una escena tumultuosa en que se cambian citas y desafíos para el día siguiente.

Pero el golpe no se ha dado, y la artillería ve reunirse en el muelle, en la plaza de Saint-Germain-l'Auxerrois, en la calle del Gallo y en la plaza del Carrousel, tres ó cuatro mil hombres tanto de guardia nacional como de tropas de línea que rodean al Louvre.

Se distribuyen municiones, y se espera.

Todo el siguiente día permaneció la artillería encerrada.

El 23 en la mañana todo estaba casi concluido: la hora solemne del trono de Julio aun no habia sonado, y sin grandes luchas, con solo la influencia de la guardia nacional, vuelta al orden por medio de su comandante general, el alboroto se dispó completamente.

El mismo día 23 en la tarde, M. Dupin pedía que la cámara dirigiese un voto de gracias á la guardia nacional de Paris.

Al día siguiente se abolia por la camara de Diputados el título de comandante general de la guardia nacional del reino.

La Fayette quedaba destituido como sub-prefecto.

Es verdad que el ministerio acordaba se dejase al rey en libertad de poder ó no conservarle el título de comandante honorario.

Lo que habia mas estraño es que la cámara habia escogido para destituir á La Fayette el momento en que este vélaba sobre la tranquilidad pública que acababa de restablecer.

En la víspera, el rey le habia escrito:

“Me dirijo á voz, mi querido general, para trasmitir á

nuestra valiente é infatigable guardia nacional la espresion mas viva de mi admiracion por el celo y la energia con que ha mantenido el orden público y prevenido nuevas turbaciones: pero á vos es á quien debo daros mas gracias, mi querido general, á vos que acabais de dar de nuevo, en estos dias de pruebas, ejemplo de valor, de patriotismo, y de respeto á las leyes, como lo habeis hecho tantas veces en el curso de vuestra larga y noble carrera.

“Manifestad en mi nombre el gozo que me posee por haber visto renacer esa hermosa institucion de la guardia nacional, que se nos habia casi quitado, y que ha vuelto á levantarse mas brillante, mas fuerte y con mayor patriotismo, mas bella y numerosa que lo habia estado nunca, tan luego como las gloriosas jornadas de Julio han roto para siempre los lazos con que habian creido poder aniquilarla. A esa grandiosa institucion está encomendado el asegurar el triunfo de la causa sagrada de la libertad, haciendo respetar afuera nuestra independendencia nacional, y en el interior preservando á las leyes de todo atentado. No olvidemos que no hay libertad sin ley y que no hay ley cuando una fuerza cualquiera llega á paralizar su accion ó á sobreponerse á ella.

“Tales son, mi querido general, los sentimientos que os ruego manifesteis de mi parte á la guardia nacional. Yo cuento con que ella y vos continuareis en vuestros esfuerzos á fin de que nada turbe esta tranquilidad pública de que Paris y la Francia necesitan tanto y que tan esencial es mantener.

“Recibid al mismo tiempo, mi querido general, las seguridades de la sincera amistad que sabeis os profesa

LUIS FELIPE.”

Hay personas á quienes se debe tanto, ha dicho madama de Sévigné, que solo se las puede pagar con la ingratitud.

La monarquía acababa de saldar sus cuentas con La Fayette.

Tan pronto como La Fayette supo el voto de la corona, envió al rey su dimisión concebida en estos términos:

“25 de Diciembre de 1830.

“Sire: la resolución que tomó ayer la cámara de diputados, con el consentimiento de los ministros del rey, suprimiendo la comandancia general de guardias nacionales en el momento en que iba á votarse la ley respectiva, manifiesta bien claramente los sentimientos de dos ramas del poder legislativo, y sobre todo los de aquella á que tengo la honra de pertenecer. Creería faltáros al respeto si aguardase á mas formalidades para enviar al rey, como lo hago, la dimisión de los poderes que me habia confiado. Vuestra Magestad sabe, y la correspondencia del Estado mayor lo probaria si fuese necesario, que su ejercicio no ha sido tan ilusorio hasta hoy, como se ha dicho en la tribuna. La patriótica solicitud del rey proveerá á todo, y, por ejemplo, seria muy importante calmar, con las ordenanzas que la ley deja á su disposición, la inquietud que ha producido la división de los batallones rurales y el temor de ver reducirse la artillería ciudadana, á obrar solo en las plazas fuertes y en las costas.

“El presidente del consejo ha tenido á bien proponerme el título de comandante honorario; pero debe conocer, y lo mismo juzgará V. M., que esas condecoraciones nominales no convienen á las instituciones de un país libre ni me convienen á mí.

“Al depositar con respeto y gratitud en las manos del rey, la única ordenanza que me concedió la autoridad sobre los guardias nacionales, he tomado las precauciones necesarias para que no padezca el servicio. El general Dumas recibirá las órdenes del ministro del interior, y el general Carbon-

nel distribuirá el servicio en la capital, hasta que V. M. le reemplace.

“Ruego á V. M. se digne admitir el cordial homenaje de mi adhesión y mi respeto.—La Fayette.”

Al día siguiente recibió del rey esta carta, digna compañera de la dirigida á Laffitte:

“Recibo en este instante vuestra carta, mi querido general, que me ha afectado tanto como me ha sorprendido *por la decisión que tomáis: aun no he tenido tiempo de leer los periódicos*. El consejo de ministros se reúne á la una: entonces estaré libre y podré veros entre cuatro y cinco y hacer os desistir de vuestra determinación.”

El rey no habia tenido tiempo de leer los periódicos. El rey estaba sorprendido y afectado con la decisión del general cuando la tal decisión le habia sido pedida por un acuerdo de la cámara.

Esta carta revelaba una fría impertinencia ó una rarísima distracción.

El 26 de Diciembre, es decir, al siguiente día, se publicó en los periódicos y se fijó en las esquinas de París, la siguiente proclama:

“Valientes guardias nacionales, mis queridos compatriotas! dividireis mi pesar al saber que el general La Fayette ha creído deber presentar su dimisión. Yo me lisonjeaba de verle mas largo tiempo á vuestra cabeza, animando vuestro celo con su ejemplo y con el recuerdo de los grandes servicios que ha prestado á la causa de la libertad. Su dimisión me es tanto mas sensible cuanto que aun no hace muchos días, ese digno general tomaba una parte gloriosa en el mantenimiento del orden público que habeis tan noble y eficazmente protegido durante las últimas agitaciones. Me queda el consuelo de que no he desperdiciado medio alguno para evitar á la guardia nacional un sinsabor tan grande, y á mí un pesar tan verdadero.

LUIS FELIPE.”

La cámara había matado dos pájaros con una pedrada: al saber la dimision de La Fayette, Dupont (de l'Eure) presentó la suya.

En esta vez se apresuraron á aceptarla.

Cinco dias despues lord Stuart, embajador de Inglaterra, se presentó con motivo del año nuevo, á hacer su visita diplomática al rey, y como le felicitase por la habilidad con que había sabido evitarse los distintos embañazos que se le habían opuesto en el año de 1830:

—Sí, le contestó Luis Felipe—las cosas, en efecto, no se han arreglado tan mal.

Luego, en voz mas baja, y sonriéndose:

—Tengo todavía dos medicamentos de que hacer uso, y todo acabará bien.

Estos dos medicamentos, eran Laffitte y Odilon Barrot, únicos representantss de la revolucion de Julio que se sostenian en el poder.

Así se deslizó en el inmenso abismo de la eternidad el memorable año de 1830.

CAPÍTULO LII.

Con nuevas turbaciones comenzó el año de 1831. El aniversario del asesinato del duque de Berry sirvió de pretexto á algunos motines que duraron tres dias, y que dieron

por resultado la devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, el pillage del Arzobispado y la desaparicion de las lises del escudo real.

La devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, y el pillage del Arzobispado fueron un sacrilegio: la desaparicion de las lises, borradas publicamente de todos los coches del rey, fué una afrenta.

Yá Luis Felipe había tratado de hacer creer que era Valois y no Borbon.

Ahora era confesar que no era ni Borbon ni Valois.

Todo esto pasaba bajo un nuevo ministerio. Luis Felipe había echo uso de su primer medicamento; había quitado á M. Laffitte.

Veamos como habían sucedido tantas cosas y con que motivo el ex-propietario de la selva de Breteuil había hecho dimision de la presidencia del consejo.

La Francia, desde el alto de la tribuna y por el organo de su presidente del consejo, había proclamado el sistema de la no-intervencion en estos términos:

“La Francia no permitirá que el principio de la no-intervencion llegue á violarse, pero se esforzará tambien para impedir que se comprometa una paz que podía haberse conservado.

Si se hace inevitable la guerra, es preciso que se pruebe á la faz del mundo que nosotros no la hemos querido y que solo la hemos aceptado por que se nos colocaba entre ella y el abandono de nuestros principios. Seremos mas fuertes si al poder de las armas unimos la conviccion de nuestros derechos: continuaremos tratando de arreglos pero apercibiendo nuestras armas. Dentro de muy poco tiempo tendremos, ademas de nuestras plazas fuertes, quinientos mil hombres de guerra bien armados, bien organizados, y con buenos gefes: un millon de guardias nacionales los apoyarán, y el rey, si es necesario, se pondrá á su cabeza. Marcharemos unidos, fuertes con nuestro derecho y con el poder de nuestro principios. Si la tempestad estalla á la

La cámara había matado dos pájaros con una pedrada: al saber la dimision de La Fayette, Dupont (de l'Eure) presentó la suya.

En esta vez se apresuraron á aceptarla.

Cinco dias despues lord Stuart, embajador de Inglaterra, se presentó con motivo del año nuevo, á hacer su visita diplomática al rey, y como le felicitase por la habilidad con que había sabido evitarse los distintos embañazos que se le habían opuesto en el año de 1830:

—Sí, le contestó Luis Felipe—las cosas, en efecto, no se han arreglado tan mal.

Luego, en voz mas baja, y sonriéndose:

—Tengo todavía dos medicamentos de que hacer uso, y todo acabará bien.

Estos dos medicamentos, eran Laffitte y Odilon Barrot, únicos representantss de la revolucion de Julio que se sostenian en el poder.

Así se deslizó en el inmenso abismo de la eternidad el memorable año de 1830.

CAPÍTULO LII.

Con nuevas turbaciones comenzó el año de 1831. El aniversario del asesinato del duque de Berry sirvió de pretexto á algunos motines que duraron tres dias, y que dieron

por resultado la devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, el pillage del Arzobispado y la desaparicion de las lises del escudo real.

La devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, y el pillage del Arzobispado fueron un sacrilegio: la desaparicion de las lises, borradas publicamente de todos los coches del rey, fué una afrenta.

Yá Luis Felipe había tratado de hacer creer que era Valois y no Borbon.

Ahora era confesar que no era ni Borbon ni Valois.

Todo esto pasaba bajo un nuevo ministerio. Luis Felipe había echo uso de su primer medicamento; había quitado á M. Laffitte.

Veamos como habían sucedido tantas cosas y con que motivo el ex-propietario de la selva de Breteuil había hecho dimision de la presidencia del consejo.

La Francia, desde el alto de la tribuna y por el organo de su presidente del consejo, había proclamado el sistema de la no-intervencion en estos términos:

“La Francia no permitirá que el principio de la no-intervencion llegue á violarse, pero se esforzará tambien para impedir que se comprometa una paz que podía haberse conservado.

Si se hace inevitable la guerra, es preciso que se pruebe á la faz del mundo que nosotros no la hemos querido y que solo la hemos aceptado por que se nos colocaba entre ella y el abandono de nuestros principios. Seremos mas fuertes si al poder de las armas unimos la conviccion de nuestros derechos: continuaremos tratando de arreglos pero apercibiendo nuestras armas. Dentro de muy poco tiempo tendremos, ademas de nuestras plazas fuertes, quinientos mil hombres de guerra bien armados, bien organizados, y con buenos gefes: un millon de guardias nacionales los apoyarán, y el rey, si es necesario, se pondrá á su cabeza. Marcharemos unidos, fuertes con nuestro derecho y con el poder de nuestro principios. Si la tempestad estalla á la

vista de los tres colores y nos auxilia, no seremos ya responsables de nada al universo."

Esta declaracion de principios, hecha con el consentimiento del rey, habia sido naturalmente muy aplaudida en la cámara y sobre todo fuera de la cámara.

De repente estalló la revolucion de Modena, en la cual estaba afiliado el mismo príncipe reinante que deseaba hacerse rey de la Italia unitaria, y el duque de Orleans, hijo del rey.

Sofocada la revolucion, el Austria se resolvió á intervenir en ella.

En consecuencia de la proclama leida en la tribuna, al mariscal Maison, nuestro embajador en Viena, se le comisionó para presentar al gabinete austriaco una declaracion formal prohibiéndole la entrada en los Estados Romanos.

Pero el gabinete austriaco, contestó á esta prohibicion con una simple nota no escrita por la pluma, pero sí deslizada por los labios de Metternich.

"Hasta aquí habiamos dejado á la Francia avanzar en su principio de no-intervencion: pero ya es tiempo de que sepa que no reconocemos aquel en lo que concierne á la Italia, pues llevaremos nuestras armas á todas las partes donde se estienda la insurreccion. Si esta intervencion debe acarrear la guerra, deseamos mejor correr sus riesgos que no esponernos á perecer en medio de los motines.

El mariscal Maison trasmitió esta nota á M. de Sebastiani, ministro de negocios estrangeros; añadiendo que no habia un instante que perder, que era preciso tomar la iniciativa, y arrojar uu ejercito mas allá de los Alpes.

El despacho llegado á M. de Sebastiani en lugar de comunicarse á M. Laffitte, presidente del consejo, se comunicó al rey, el cual prohibió tuviese conocimiento de él M. Laffitte.

Leyóle este el dia 8 en el *Nacional*: cuando habia llegado á Paris el 4.

Semejante conducta de parte del ministerio de negocios estrangeros era incomprensible; así es que M. Laffitte pidió esplicaciones á M. de Sebastiani que, atacado hasta en sus últimos atrincheramientos, tuvo que confesar al fin que habia obedecido órdenes superiores.

M. Laffitte se dirigió á ver al rey que le recibió como lo habia hecho despues del registro de la venta de la selva de Breteuil, como habia recibido á La Fayette despues de su destitucion por la cámara, es decir, con las mas vivas protestas de amistad.

Despues, como insistiese Laffitte sosteniendo el belicoso programa que leyó en la cámara, se atrincheró el rey tras su título de rey constitucional, é invitó al presidente del consejo á arreglarse en este punto con sus colegas.

El dia 9 habia consejo. M. Laffitte se presentó en él, y vió que todos se unian para desaprobare el programa, no habiendo una sola voz que lo apoyase.

M. Laffitte presentó su dimision, que fué aceptada sin dificultad alguna.

El gabinete Casimiro Perier estaba ya formado, y aguardaba solo aquella dimision.

Así es que quedó constituido en un solo dia.

El mariscal Soult para el ministerio de la guerra.

M. de Sebastiani, quedó en el de negocios estrangeros.

El baron Louis se instaló en el de hacienda.

M. Barthe en el de justicia.

M. de Montalivet en el de cultos é instruccion pública.

M. d'Argout en el de trabajos públicos y comercio, y

M. de Rigny en el de marina.

Todos hemos visto á Casimiro Perier: la susceptibilidad del general Lamarque, el orgullo de M. Guizot, nada eran en comparacion de su susceptibilidad y de su orgullo. Una cólera inmensa, pronta siempre á desbordarse en palabras amargas, llenaba el alma de ese hombre, que no aspiraba

al poder sino para vengarse como ministro del pueblo que tantas veces le habia hecho temblar como banquero.

Desde el mismo dia de su entrada al ministerio se vió precisado á presentar su dimision.

Casimiro Perier estaba odiado: así es que cuando entró en la cámara con su cartera bajo el brazo, vió muy pocos semblantes afables.

De la cámara se dirigió al Palacio Real: allí fué peor todavía; las antecámaras del rey estaban en esa época llenas de militares: éstos detestaban al nuevo ministro por instinto sin duda, y porque adivinaban quizás hasta qué grado descenderia la Francia bajo su gobierno. Le volvieron las espaldas y el presidente del consejo continuó hácia los departamentos del rey.

Éste le aguardaba rodeado de su familia.

En los labios de Luis Felipe vagaba esa sonrisa encantadora que habia seducido á Laffitte, á Dupont (de l'Eure) y á La Fayette. La reina se mostraba digna pero política.

En cuanto á madama Adelaida, manifestaba un aspecto glacial.

Casimiro Perier se volvió al duque de Orleans: éste no solo estaba frio sino desdeñoso.

El ministro palideció, ó mas bien dicho, se puso amarillo; y dirigiéndose al rey:

—Sire—le dijo—una palabra á solas, os lo suplico.

El rey pasó á su gabinete y le hizo seña para que le siguiese.

A penas se habia cerrado la puerta cuando Casimiro Perier, con voz vibrante de cólera, exclamó:

—Sire, os presento mi dimision!

La salida era tan rara é inesperada, que Luis Felipe quedó anonadado.

—Vuestra dimision? y por qué?

—Sire—tengo enemigos en la cámara, enemigos en los

clubs, enemigos en la corte, y no puedo afrontar tantos odios á la vez.

El rey rogó, suplicó, pero todo fué inútil: se vió precisado á llamar á su hermana y á su hijo, y Casimiro Perier recibió sus excusas.

Desde su primera entrevista con este hombre, el rey se habia doblegado ante él.

Faltaba la cámara.

El 18 de Marzo, el nuevo ministro subió á la tribuna, y manifestó desde ella su programa político.

Desde ese momento no hubo ya mas circunloquios ni rodeos: Casimiro Perier proclamó altamente estos principios:

“Paz á toda costa con las potencias aliadas.

“Guerra encarnizada á la revolucion.

—“La sangre francesa no pertenece mas que á la Francia” exclamó. Y este axioma impío arrancó mil aplausos.

Os engañabais grandemente, pobre hombre de Estado! la sangre de la Francia, como la de Cristo, pertenece al mundo entero, y cuanta mas sangre derrame la Francia por los demas pñeblos, mas y mas se estenderá su religion.

El banquero egoista no tenia mas que palabras de desprecio para Luis Felipe.

—Es un hombre decia—en cuya casa no debe entrar nunca un ministro, sino es decidido á arrojarle la cartera á la cabeza.

Despues, cuando el rey hizo borrar las lises de su escudo:

—“¡El cobarde!—esclamó—sacrifica sus blasones porque tiene miedo. Al dia siguiente de la revolucion debia haberlo hecho: yo se lo aconsejé; pero entonces respetaba aun á sus mayores!”

Casimiro Périer que dejaba borrar con la espada rusa y con el sable austriaco el nombre de la Francia del gran catálogo de las naciones, llamaba cobarde al hombre que de-

jaba borrar por el pueblo los blasones de Luis XIII de su carruage.

Esta política dió por resultado la consolidacion de Leopoldo en el trono de Bélgica, y el abandono de la Polonia y de la Italia, á la Rusia y al Austria.

La diplomacia europea acababa de escupirnos al rostro con la sangre de tres pueblos.

Pero desde ese momento. el gobierno pudo tranquilizarse respecto á las potencias extranjeras, y toda la cuestion quedó reducida á la lucha entre la reaccion y el progreso, ó mas bien entre la monarquía moribunda y la república naciente.

La mayor desgracia del partido republicano representado visiblemente por la *Sociedad de los Amigos del pueblo*, era su ignorancia histórica. Para ellos la Francia databa solo desde 1789: sus miradas no veian nada mas allá del humo del cañon de la Bastilla: para ellos la democracia no era una linfa que tenia su origen en las Comunas, que se hacia arroyo con la Jacquerie, fuente con la Liga, rio con la Fronda, lago con la revolucion, y que debía hacerse oceano cuando se agotasen todas las formas del poder monárquico, no: para ellos era un torrente brotado de súbito de una roca, y que como el Rhône, se perdía en las sombrías cavernas del imperio.

Esta ignorancia, que prestaba á su carácter un viso caballeresco, los hacia ágiles para cualquier golpe de manos, como á los caballeros de la edad media: los inspiraba una necesidad grande de obrar, los volvía impacientes, agitados, inquietos. A cualquiera que hubiese ido á predecirles el triunfo de su causa á los veinte, quince ó diez años, lo hubieran recibido como enemigo. No, el triunfo no tenia valor á sus ojos si no triunfaban en un día. Mañana! En medio de las turbaciones que renacian á cada hora ¿verian llegar quizás ese mañana?

Comenzaron las persecuciones. Diez y nueve de los nues-

tros habian ido arrestados despues del proceso de los ministros.

Segun todas las probabilidades, yo mismo me escapé de ser arrestado con ellos, gracias á la dimision que envié al rey y que publiqué en todos los periódicos de aquella época; porque á mi arresto entonces se le hubiera dado el colorido de una venganza.

Entre los arrestados se hallaban tres gefes del partido: Godofredo Cavaignac, Guinard y Trelat.

Imposible seria ser mas afable, mas valiente y mas espiritual que Cavaignac, hijo del convencional que fué representante del pueblo en 1793, y hermano del general que fué dictador en 1848. Tenia, á la vez, un genio serio y original, un corazon tierno y valiente: yo le conocí mucho, le traté mucho, le amé mucho. Ya ha tenido la dicha de morir.

Guinard, menos simpático que Cavaignac, se le parecia mucho en el corazon y en el valor: nada mas hermoso que él, cuando en medio del peligro sacudia desdeñosamente su cabeza de leon: ante él se podia, sin temor, emitir cualquier idea que cruzase la mente, pues cuanto mas arriesgada fuese, mas seguro estaba uno de que la aceptaria. Este ha vivido y se halla prisionero.

A Trelat apenas le conozco: llegado á figurar en los negocios públicos en 1848, ha dejado entrever un carácter recto pero tímido, un corazon honrado pero falto de energia.

Su proceso fué un triunfo para la causa republicana: como toda idea justa, aquella de que eran apóstoles debía engrandecerse y popularizarse con la persecucion. Nada se les probó, y salieron libres en medio de los *bravos* de diez mil hombres del pueblo, estudiantes y clérigos jóvenes, que los llevaron en brazos hasta la puerta de la casa de Trelat.

Guinard y Cavaignac habian logrado sustraerse á esta ovacion.

Era un primer golpe que se daba al poder. No tardaria mucho en recibir el segundo.

Como se ve, la lucha se anunciaba vigorosa y ardiente. Si el ataque era vivo, la defensa iba á ser terca: ademas, todo motivo de queja debia ser recibido por el gobierno y aceptado por la oposicion.

La cruz de Julio fué el campo en que se dió la segunda batalla.

Despues de la revolucion, una ley acordada el 13 de Diciembre de 1830 instituyó una decoracion especial para los combatientes que mas se habian distinguido durante las tres primeras jornadas. En consecuencia, la comision para distribuir las recompensas nacionales, se encargó de arreglar las listas de los ciudadanos que merecian la tal cruz.

En esa época, bajo el ministerio Laffitte, y bajo la influencia de La Fayette, el rey trataba aun de ganar popularidad: deseó, pues, recibir esa cruz, y hasta, segun creo, presentó por conducto de M. de Rumigny una solicitud á la comision respectiva.

La comision contestó sencillamente que la cruz se habia acordado para los que combatieron en las jornadas del 27, 28 y 29; que el duque de Orleans no habia entrado en Paris hasta en la noche del 30 al 31, y que, por consiguiente, no tenía derecho á recibir la cruz por ningun título.

Entonces decidió el rey que ya que no podia recibirla él la daria.

Arreglóse en el Palacio Real que la cruz de Julio llevaria esta inscripcion: "*Dada por el rey,*" y ademas la formalidad del juramento.

No fué esto solo, sino que la cinta que la comision habia decidido fuese encarnada y negra, colores de sangre y de duelo, se cambió en azul y encarnada.

La inscripcion *dada por el rey* era un absurdo. En la época en que habian ganado esa cruz, no habia mas que un rey en Francia, y ese rey era contra quien combatian.

Al *juramento* le faltaba lógica. ¿Cómo podian jurar fidelidad y obediencia á un rey, los hombres que acababan de

proclamar, con las armas en la mano, la soberanía del pueblo?

Nos resolvimos á resistir.

Una circular de Garnier Pagés nos reunió en el camino de Saumon, y reducimos la cuestion á las proposiciones siguientes:

Admitiremos la inscripcion *dada por el rey?*

Sufriremos el *juramento?*

Aceptaremos la cinta azul y encarnada en lugar de la cinta encarnada y negra?

Las dos primeras proposiciones fueron rechazadas por unanimidad.

La tercera fué objeto de una discusion vivísima.

En fin, se decidió que el color de la cinta era indiferente, que la verdadera cuestion importante era el juramento y la inscripcion, y se adoptó la cinta azul y encarnada en lugar de la encarnada y negra.

En el instante mismo se arrojaron algunas varas de cinta azul y encarnada en la mesa del presidente: cada uno tomó una pequeña parte que colocó en el ojal de su frac ó levita, y salieron todos con el mayor orden.

Muchos ciudadanos fueron acusados ante el jurado, por llevar una decoracion ilegal.

Quedaron libres.

La corte se confesó al fin vencida, y el *Monitor* publicó la lista de los condecorados sin decir nada del *juramento* ni de la *inscripcion*.

Solo se dió una contraseña para ridiculizar así la decoracion de Julio; pero por fortuna los que la llevaban no eran hombres que se dejaban reir en sus bigotes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

